UN EXTRAÑO EN MI VIDA
JUDITH McNAUGHT



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPITULO UNO

Parado frente a las ventanas del elegante departamento del penthouse, el hombre alto y moreno miraba en silencio el panorama de las luces titilantes que se abrían en abanico contra el horizonte crepuscular de St. Louis. La amargura y la resignación que embargaban a Ramón Galverra se hicieron evidentes en el movimiento nervioso con que se aflojó el nudo de la corbata y se llevó a la boca el vaso de whisky, del que bebió un gran trago.

A sus espaldas, un hombre rubio entró con pasos rápidos en el living en semipenumbra.

-¿Y bien, Ramón? -preguntó ansioso-. ¿Qué decidieron?

-Lo que siempre deciden los banqueros -dijo Ramón con aspereza, sin siquiera darse vuelta-. Preocuparse por sus propios intereses.

-¡Hijos de perra! -explotó Roger.

Furioso y frustrado, con un gesto nervioso pasó la mano por sus cabellos rubios, giró sobre sus talones y se dirigió decidido a las botellas alineadas sobre el bar.

-Cuando el dinero entraba a raudales estaban incondicionalmente de tu parte -rugió mientras se servía whisky en un vaso.

-Ellos no cambiaron-dijo Ramón, malhumorado-. Si el dinero siguiera entrando a raudales, seguirían estando de mi parte.

Roger encendió una lámpara, después miró malhumorado el magnífico mobiliario estilo Luis XIV del espacioso living, como si ahora, en esas circunstancias, le resultara ofensivo.

-Yo estaba tan seguro, tan absolutamente seguro de que los banqueros se pondrían de tu parte cuando les explicaras el estado de salud mental de tu padre antes de morir. ¿Cómo es posible que te culpen por sus errores y su incompetencia?

Ramón giró sobre sí mismo y se apoyó en el marco de la ventana. Por un instante se quedó mirando el resto de whisky que había en su vaso; después se lo llevó a los labios y lo bebió hasta el final.

-Ellos me culpan por no haber evitado que cometiera errores fatales y por no haber reconocido a tiempo su incompetencia.

-No reconocer los... -repitió Roger, furioso-. ¿Cómo se supone que podrías haber reconocido que un hombre que siempre actuó como si fuera Dios Todopoderoso un día empezara a creérselo? Y aun si lo hubieras notado, ¿qué podrías haber hecho? Las acciones estaban a su nombre, no al tuyo. Fue el accionista mayoritario de la compañía hasta el mismo día de su muerte. Tú tenías las manos atadas.

-Ahora las tengo vacías -respondió Ramón, sacudiendo los hombros anchos y musculosos por sobre su figura de un metro noventa.

-Mira -dijo Roger en un arrebato-, yo no toqué antes este tema porque sabía que podría herir tu orgullo, pero tú sabes que estoy muy lejos de ser pobre. ¿Cuánto necesitas? Si no tengo toda la cantidad, tal vez pueda conseguir el resto.

Un destello de humor se dibujó por primera vez en los labios finamente delineados y en los arrogantes ojos oscuros de Ramón Galverra. La transformación fue sorprendente: se suavizaron los rasgos de una cara que, en los últimos tiempos, parecía haber sido fundida en bronce por un artista que quisiera retratar una fría y cruel determinación y la antigua grandeza española.

-Cincuenta millones ayudarían... Setenta y cinco millones serían mejor.

-¿Cincuenta millones? -repitió Ramón, blanco como el papel, mirando asombrado al hombre al que conocía desde que los dos estudiaban en la Universidad de Harvard-. ¿Cincuenta millones sólo ayudarían?

-Correcto. Sólo ayudarían.

Ramón dejó el vaso sobre la mesa de mármol, se dio vuelta y se encaminó hacia el cuarto de huéspedes que ocupaba desde que llegó a St. Louis, hacía ya una semana.

-Ramón, debes ver a Sid Green, ya que estás aquí. -Se apresuró a decir Roger-. Si él quisiera, estoy seguro de que puede reunir esa suma de dinero. Y te lo debe.

Ramón movió la cabeza de un lado a otro. Sus aristocráticos rasgos españoles se endurecieron en una expresión de profundo desprecio.

-Si Sid quisiera ayudar, se habría puesto en contacto conmigo. Él sabe que estoy aquí y sabe también que estoy en problemas.

-Quizá no lo sabe. Hasta ahora te las has ingeniado para mantener en secreto que la compañía está en quiebra. Tal vez no lo sabe.

-Lo sabe. Es miembro del directorio del banco que se rehusa a ampliar nuestro préstamo. -Pero...

-¡No! Si Sid quisiera ayudar, ya se habría puesto en contacto conmigo. Su silencio es por demás elocuente, y ya no voy a rogarle. Convoqué a una reunión de los auditores y abogados de mi empresa. Será dentro de diez días en Puerto Rico. En esa reunión les daré instrucciones para que declaren la quiebra. Ramón giró sobre sus talones y salió rápidamente de la habitación, exteriorizando su ira contenida con largos trancos.

Cuando volvió, vistiendo vaqueros y camisa, sus abundantes cabellos negros estaban todavía algo húmedos por la ducha. Roger se volvió y se quedó mirándolo en silencio, mientras Ramón doblaba los puños de la camisa blanca hasta los codos.

-Ramón -le rogó con insistencia-, quédate una semana más en St. Louis. Si le das más tiempo, quizá Sid se ponga en contacto contigo. Repito, yo no creo que él sepa que estás aquí. Ni siquiera sé si está en la ciudad.

-Está en la ciudad. Por mi parte y tal como lo he planeado, dentro de dos días saldré para Puerto Rico. Roger se dio por vencido con un profundo y largo suspiro.

-¿Qué diablos vas a hacer en Puerto Rico? -Primero voy a ocuparme de la quiebra de la compañía, y después voy a hacer lo que hizo mi abuelo, y su padre antes que él -respondió, cortante-. Voy a labrar la tierra.

-¡Has perdido el juicio! -exclamó Roger-. ¿Cultivar ese pequeño pedazo de tierra, con esa cabaña donde tú y yo llevamos a esas dos chicas de...?

-Ese pequeño pedazo de tierra -lo interrumpió Ramón con serena dignidad- es todo lo que me queda, además de la cabaña en la que nací.

-¿Y qué hay de la casa cerca de San Juan, o la finca en España, o la isla en el Mediterráneo? Vende una de tus casas, o la isla; con el producto de esa venta podrás vivir lujosamente por el resto de tus días.

-Ya no dispongo de ellas. Las di en garantía prendaria para procurar dinero para la empresa, un dinero que no podrá reintegrar. Antes de que termine el ajo, los bancos que prestaron el dinero van a caer como buitres sobre todos inis bienes.

-¡Maldito sea! -exclamó Roger con furia impotente-. Si tu padre no estuviera ya muerto, podría matarlo con mis propias manos.

-Ya se te habrían adelantado los accionistas -dijo Ramón con una sonrisa forzada.

-¿Cómo puedes estar tan tranquilo y hablar como si no te importara?

-He aceptado la derrota -dijo Ramón con serenidad-. Hice todo cuanto podía hacerse. No tendré reparos en trabajar la tierra junto a la gente que durante siglos la trabajó para mi familia.

Roger trató de no demostrar compasión por ese hombre que no sólo la rechazaría sino que lo aborrecería por ello.

-Ramón -dijo-, ¿hay algo que yo pueda hacer?

-Sí.

-Dímelo -lo urgió Roger, mirándolo esperanzado-. Sólo dímelo y lo haré.

-¿Me prestarías tu auto? Me gustaría dar un paseo... solo.

Roger hizo una mueca de incredulidad ante tan modesto pedido, buscó en sus bolsillos y le alcanzó las llaves a su amigo.

-Anda mal el paso de combustible y el filtro se tapa constantemente, pero en el taller de Mercedes Benz no me lo pueden recibir hasta dentro de una semana. Con la buena suerte que estás teniendo últimamente, es probable que esa cosa te deje plantado en medio de la calle esta misma noche.

Ramón se encogió de hombros, con el rostro desprovisto de toda emoción.

-Si el auto se para, caminaré. El ejercicio me ayudará a ponerme en condiciones para cuando me dedique a los trabajos agrícolas.

-¡No necesitas dedicarte a la agricultura, y lo sabes! Eres muy conocido en el mundo internacional de los negocios.

En un esfuerzo evidente por controlar su enojo Ramón contrajo los músculos de las mandíbulas. -Para el mundo internacional de los negocios yo he sido partícipe y cómplice de un pecado y de un fracaso que nadie va a perdonar u olvidar. ¿Me ves pidiendo un empleo a mis amigos, con esos antecedentes? ¿Debo ir mañana a tu fábrica y solicitar un empleo en tu línea de montaje?

-¡No, por supuesto que no! Pero puedes pensar en algo. Te he visto levantar un imperio financiero en pocos años. Si pudiste hacerlo entonces, también podrías encontrar ahora la manera de salvar para ti una parte de él. ¡No puedo creer que ya no te importe! Yo...

-No puedo hacer milagros -lo interrumpió Ramón, tajante-. Y eso es lo que sería necesario. El Lear está en un hangar del aeropuerto, a la espera de un repuesto para una de las turbinas. Cuando los mecánicos hayan terminado con el jet y mi piloto regrese de su fin de semana afuera, el domingo por la noche, volaré a. Puerto Rico.

Roger abrió la boca para protestar, pero Ramón lo silenció con una mirada impaciente.

-Hay mucha dignidad en el trabajo del campo. Más dignidad, creo, que en el trato con los banqueros. Mientras mi padre vivió, no conocí la paz. Y desde que murió, tampoco tuve un minuto de paz. Déjame encontrarla a mi manera.

CAPITULO DOS

Como era habitual los viernes por la noche, el enorme bar del Canyon Inn, en los suburbios de Westport, estaba colmado de gente. Katie Connelly miró de reojo su reloj pulsera; luego recorrió con la mirada los grupos que reían, bebían y charlaban, tratando de descubrir entre ellos una cara en particular. No podía ver la entrada principal porque se lo impedía la gran cantidad de plantas frondosas. y lámparas Tiffany que estaban suspendidas del techo de vidrio de colores.

Con una sonrisa radiante dibujada en el rostro, volvió su atención hacia el grupo de hombres y mujeres que la rodeaban.

-Entonces le dije que no volviera a llamarme-les decía Karen Wilson.

Un hombre le dio un pisotón a Katie, mientras se estiraba por delante de ella para alcanzar su trago del mostrador del bar. Al tratar de sacar dinero del bolsillo, le dio un codazo violento en el costado. Ni siquiera insinuó una disculpa, y Katie tampoco esperó que lo hiciera. Era un hombre más entre tantos, así como ella era una mujer más entre tantas, cada uno por su lado y con los mismos derechos.

Al apartarse del bar con su bebida en la mano, el hombre notó la presencia de Katie. Se detuvo para dirigir una mirada curiosa a la figura delgada y bien contorneada, envuelta en un ajustado vestido azul.

-Hola... -dijo mientras seguía mirándola-, bonita.

Pronunció estas palabras en voz alta, mientras estudiaba minuciosamente cada detalle en ella, desde los brillantes cabellos rojizos que le caían sobre los hombros, hasta los ojos azul zafiro que lo miraban por debajo de largas y espesas pestañas y cejas suavemente arqueadas.

La curva hermosa de las mejillas, la nariz pequeña, la piel tersa empezaron a teñirse de un ligero rubor mientras él seguía inspeccionándola.

-Muy bonita --sc corrigió, sin darse cuenta de que el creciente rubor de ella era producto de una profunda irritación y no de complacencia.

Aunque a Katie le ofendía que la mirara como si hubiera pagado por el privilegio, en realidad no podía reprochárselo. Después de todo, ella estaba allí. En ese lugar que, a pesar de lo que preferían pensar los dueños, no era otra cosa que un gran bar de solitarios, anexo a un pequeño salón comedor que pretendía otorgarle dignidad.

-¿Dónde está su trago? -preguntó él, mientras volvía a examinar lentamente su hermoso rostro. -No tengo -contestó Katie, confirmando lo que era obvio.

-¿Por qué no? -Ya tomé dos.

-Bueno, ¿por qué no pide otro y nos encontramos en aquel rincón? Así podemos conocernos. Además, soy abogado...

Agregó ese dato como si fuera de tanta importancia que la alentaría a pedir otro trago y aceptar la invitación.

Katie se mordió el labio y lo miró con deliberado disgusto.

-¡Oh! -Oh, ¿qué?

-No me gustan los abogados -dijo, mirándolo de frente.

Él se mostró más sorprendido que disgustado. -¡Qué lástima!

Se encogió de hombros, se dio vuelta y siguió su camino, mezclándose con la multitud. Katie lo vio detenerse junto a dos muchachas muy atractivas, que le devolvieron con provocativo interés la mirada curiosa. Sintió una oleada de vergüenza por él, por todos los que se hallaban en este lugar atestado, pero especialmente por ella misma. Por estar aquí. Se sentía desconcertada por su reacción, pero esa clase de lugares la ponían automáticamente a la defensiva, y toda la calidez y espontaneidad que eran naturales en ella desaparecían en cuanto trasponía el umbral de entrada.

Por supuesto, un segundo después el abogado ya se había olvidado de Katie. ¿Por qué debía tomarse la molestia de gastar dos dólares para pagarle un trago y esforzarse por ser amistoso y seductor? ¿Por qué debía tomarse esa molestia, si no era necesario? Si Katie, o cualquier otra mujer de las que había en el salón, quería conocerlo, él estaba enteramente dispuesto a permitirle que tratara de despertar su interés. Y si salía victorioso del intento, incluso la invitaría a ir a su departamento -en el auto de ella, por supuesto-, para satisfacer su propio, y muy manifiesto, apetito sexual. Después la invitaría a compartir cordialmente una copa -siempre que no se sintiera muy cansado-, la acompañaría hasta la puerta y dejaría, que regresara a su casa, o dondequiera que viviera, por sus propios medios.

Así de práctico, así de directo. Sin ataduras de ninguna naturaleza. Sin hacer ni esperar ningún compromiso. Por supuesto, la mujer actual tenía igualdad de derechos para negarse; no estaba obligada a ir a la cama con él. Ni siquiera tenía que preocuparse si con su rechazo hería sus sentimientos. Porque él no sentía nada por ella. Puede que se sintiera levemente disgustado por haber perdido una o dos horas, pero después se limitaría a elegir a otra entre las muchas mujeres deseosas de ponerse a su disposición.

Katie alzó los profundos ojos azules, una vez más buscando a Rod entre la multitud y deseando haberle propuesto encontrarse en algún otro lugar. La música popular sonaba demasiado fuerte y agregaba su estridencia al vocerío y a las risas forzadas. Miró las caras que la rodeaban, todas diferentes y sin embargo iguales en sus expresiones inquietas, ansiosas, aburridas. Todos estaban allí en busca de algo y todavía no lo habían encontrado.

-Eres Katie, ¿verdad? -dijo detrás de ella una voz masculina que no le resultaba familiar.

Katie se dio vuelta, sobresaltada, y se encontró mirando una cara confiadamente sonriente, enmarcada por una camisa lvy League, un blazer de buena confección y una corbata al tono.

-Te conocí hace dos semanas en el supermercado. Estabas con Karen -agregó el joven.

Tenía una sonrisa de muchacho y una mirada firme. Katie se mostró cautelosa y sonrió sin su espontaneidad habitual.

-Hola, Ken, me alegra volver a verte.

-Oye, Katie -dijo él, como si de pronto se le hubiera ocurrido una idea brillante y original-. ¿Por qué no nos vamos de aquí a algún otro lugar más tranquilo?

A su departamento o al de ella, al que estuviera más cerca. Katie conocía la rutina y se sintió asqueada. ¿Qué tenías en mente?

Él no contestó la pregunta, no necesitaba hacerlo. Le respondió con otra pregunta.

-¿Dónde vives?

-A unas pocas cuadras de aquí. En los departamentos Village Green.

-¿Vives sola o con alguna amiga? -Con dos lesbianas -mintió ella con la seriedad.

Él le creyó y no se mostró escandalizado. -¿En serio? ¿No te molesta?

Katie lo miró con grandes ojos inocentes. -No. Las adoro.

Por sólo una fracción de segundo, Ken pareció sentir una cierta repugnancia. La sonrisa de Katie se convirtió entonces en una franca carcajada, y el joven se recuperó casi inmediatamente, se encogió de hombros y dijo:

-¡Qué lástima! Nos vemos...

Katie vio cómo dirigía enseguida su atención hacia el otro lado del salón, hasta que divisó a alguien que le interesaba y se fue, abriéndose paso trabajosamente entre la multitud. Ella ya había tenido suficiente, más que suficiente. Tocó el brazo de Karen e interrumpió la charla animada que mantenía con dos jóvenes muy agradables sobre la temporada de esquí en Colorado.

-Karen, voy un momento al baño de damas y después me marcho.

-¿Rob no apareció? -preguntó Karen, distraída-. Bueno, mira a tu alrededor, hay gran abundancia de los de su clase. Elige el que más te guste.

-Me voy -repitió Katie con serena determinación.

Karen se limitó a encogerse de hombros y volvió a enfrascarse en la conversación.

El baño de damas estaba detrás del bar, al fondo de un pequeño pasillo, y Katie se abrió camino trabajosamente entre los cuerpos que se balanceaban al compás de la música. Dio un suspiro de alivio cuando por fin superó, entre apretujones, el último obstáculo humano de su camino y entró en la relativa calma del pasillo. No estaba segura de si se sentía aliviada o disgustada por la ausencia de Rob. Ocho meses atrás, se había sentido frenética e intensamente deslumbrada por él, por su espíritu inteligente y su sensibilidad. lo tenía todo: era rubio, de buena presencia, muy seguro de sí mismo, dueño de un gran encanto y de un futuro asegurado como heredero de una de las empresas de corredores de bolsa más importantes de St. Louis. Era hermoso, inteligente, maravilloso... y casado.

Un dejo de tristeza se dibujó en el rostro de Katie al recordar la última vez que había visto a Rob... Después de una velada espléndida con cena y baile, habían vuelto al departamento de ella y estaban tomando una copa. Durante horas había pensado en cómo reaccionaría cuando Rob la tomara en sus brazos. Esa noche, por primera vez, estaba decidida a no rechazarlo cuando quisiera hacerle el amor. En los últimos meses, él le había dicho cientos de veces que la amaba, y se lo había mostrado de cien maneras diferentes. No había necesidad de seguir dudando por más tiempo. En realidad, estuvo a punto de tomar ella misma la iniciativa cuando Rob apoyó la cabeza en el sofá y suspiró.

-Katie, en la sección sociales de los diarios de mañana van a publicar algo sobre mí. No sólo sobre mí... también sobre mi esposa y mi hijo. Soy casado.

Pálida y acongojada, Katie le había dicho que nunca más la llamara ni tratara de verla. Pero él lo hizo en muchas ocasiones. Y con la misma tenacidad, Katie se negó a atender sus llamadas en la oficina y colgaba el teléfono de su casa en cuanto oía su voz.

Eso había sucedido cinco meses atrás y en muy pocas oportunidades se había permitido volver a pensar en él, ni aun por un instante. Hasta tres días atrás, estaba segura de haberlo

borrado por completo de su mente, pero el miércoles, cuando contestó el teléfono, la voz profunda de Rob hizo que todo su cuerpo se estremeciera.

-Katie, por favor no cuelgues. Todo está cambiando. Necesito verte, hablar contigo.

Él se había opuesto a la elección de ese lugar para reunirse, pero Katie se mantuvo firme. El Canyon Inn era lo bastante ruidoso y público para desalentarlo si intentaba utilizar su encantador poder de persuasión. Si ésa era su intención. Y Karen iba allí todos los viernes, lo que significaba que Katie tendría apoyo moral femenino, en caso de necesitarlo.

El baño de damas estaba lleno y Katie tuvo que hacer cola para entrar. Salió algunos minutos después, desanduvo el tramo del pasillo y, distraída, buscó las llaves de su auto en la cartera que le colgaba del hombro. Entonces se quedó parada frente al gentío que le bloqueaba el reingreso en el bar. Al lado de ella, frente a uno de los teléfonos públicos de la pared, un hombre hablaba con marcado acento español.

-Perdón, ¿podría decirme la dirección de este lugar?

A punto de abrirse paso a codazos entre la apretada masa de humanidades, Katie se volvió para mirar a ese hombre alto y delgado que la observaba con cierta impaciencia mientras mantenía el teléfono pegado a la oreja.

-¿Me habla a mí? -preguntó Katie.

Estaba muy bronceado, y tenía cabellos abundantes y ondulados, tan negros como los ojos. En un lugar lleno de hombres que a Katie siempre le hacían pensar en vendedores de IBM, ese hombre, vestido con un jean gastado y una camisa blanca arremangada hasta los codos, decididamente no pertenecía allí. Era demasiado... tosco.

-Pregunté -repitió la voz con acento españolsi me puede decir la dirección de este lugar. Tuve problemas con el auto y estoy tratando de pedir un vehículo de remolque.

Automáticamente, Katie le dio el nombre de las dos calles que se cruzaban en la esquina del Canyon Inn, mientras sentía un íntimo rechazo por esos ojos negros y esa nariz patricia en una cara extraña y arrogante. Puede que algunas mujeres se sintieran atraídas por los hombres de piel morena y aspecto extranjero que olían a ruda masculinidad. Pero no Katherine Connelly.

-Muchas gracias -respondió él.

Apartó la mano de la boca del teléfono y repitió los nombres de las calles que Katie le había dado. Katie se dio vuelta y chocó contra un pulóver verde oscuro, ajustado sobre el torso masculino que le bloqueaba el camino de regreso al área del bar. Sin levantar la mirada, dijo:

-Disculpe, ¿mc permite pasar?

El pulóver se vio obligado a correrse hacia un costado del pasillo.

-¿Adonde va? -preguntó el dueño del pulóver, con una voz amistosa-. Todavía es muy temprano. Katie alzó los ojos azul profundo y vio una amplia sonrisa de sincera admiración.

-Lo sé -dijo-, pero debo irme. A medianoche me convierto en una calabaza.

-Su carroza se convierte en una calabaza -la corrigió él, sonriente-. Y su vestido se convierte en harapos.

-Premeditada obsolescencia y confección de mala calidad, aun en los tiempos de Cenicienta -suspiró Katie, con fingido fastidio.

-¡Muy lista! -dijo él, aplaudiendo- Sagitario, ¿verdad?

-¡Error! -contestó Katie, mientras sacaba las llaves del fondo de su cartera.

-¿Entonces de qué signo es?

-Bajar la velocidad y seguir con precaución. ¿Cuál es el suyo?

-Una mezcla de todos -respondió, después de pensar por un instante. Con una mirada cargada de lujuria siguió cada curva de la figura agraciada que tenía frente a él. Estiró una mano y con los nudillos rozó levemente la solapa de seda del vestido de Katie.

-Sucede que me gustan las mujeres inteligentes. No me siento intimidado ante ellas.

Katie refrenó el impulso de sugerirle que tratara de hacerle una insinuación amorosa a su hermana. -Realmente debo irme, voy a encontrarme con alguien -dijo amable.

-Tipo de suerte -replicó él.

Kane salió a la oscuridad de la sofocante noche de verano; se sentía frustrada y deprimida. Se detuvo debajo de la marquesina de la entrada. De pronto, su corazón empezó a latir con fuerza al ver que un conocido Corvette blanco pasaba a toda velocidad la luz roja de la esquina y doblaba para entrar en -el estacionamiento, haciendo chirriar los frenos frente a ella.

-Perdón por llegar tarde. Sube, Katie, iremos a algún otro lugar y hablaremos.

Katie miró a Rob a través de la ventanilla abierta del coche y sintió una ansiedad tan intensa que le produjo dolor, seguía siendo insoportablemente hermoso, pero su sonrisa, por lo común tan confiada y segura, tenía ahora un tinte de atractiva inseguridad que le estrujaba el corazón y debilitaba su propia determinación.

-Es muy tarde. Y si todavía sigues casado no tengo nada de qué hablar contigo.

-Katie, no podemos hablar de esto en este lugar. No me hagas pasar un mal momento por llegar tarde. El vuelo fue pésimo y llegó con demora a St. Louis. Ahora, sé buena y sube al auto. No tengo tiempo para perderlo discutiendo contigo.

-¿Por qué no tienes tiempo? -insistió Katie- ¿Te está esperando tu esposa?

Rob maldijo en voz baja, aceleró con violencia y estacionó el auto deportivo en un espacio oscuro junto al edificio. Salió del coche y se apoyó contra la puerta, esperando que Katie fuera hasta él. Katie, de mala gana, se acercó hasta la cochera oscura; el viento fresco le alborotaba el pelo y le enredaba los pliegues del vestido.

-Ha pasado mucho tiempo, Katie -dijo Rob cuando ella se paró frente a él-. ¿No me vas a saludar con un beso?

¿Sigues casado?

Por toda respuesta, la apretó con fuerza entre sus brazos y la besó con una mezcla de súplica y deseo apasionado. La conocía demasiado bien, sin embargo, y se daba cuenta de que ella sólo estaba aceptando pasivamente su beso y que, al no contestar la pregunta, le había confirmado que seguía casado.

-No seas así -murmuró con voz ronca, echando su aliento cálido en la oreja de Katie-. Durante meses no he hecho más que pensar en ti. Vámonos de aquí, vamos a tu departamento.

Katie contuvo el aliento.

-No.

-Katie, yo te amo, estoy loco por ti. No sigas rechazándome.

Por primera vez, Katie sintió el olor a alcohol en su aliento y se sintió involuntariamente conmovida, porque parecía que él había necesitado recurrir al alcohol para infundirse valor antes de verla. Pero no se dejó dominar por ese sentimiento.

-No estoy dispuesta a vivir una aventura pasajera y superficial con un hombre casado -1e dijo con voz serena.

-Antes de saber que era casado no pensabas que estar conmigo fuera para nada "superficial".

Ahora iba a intentar la seducción, y Katie no estaba dispuesta a soportarlo:

-Por favor, por favor, Rob, no me hagas esto. Yo no podría vivir conmigo misma si sé que destruyo el matrimonio de otra mujer.

-El matrimonio estaba "destruido" mucho tiempo antes de conocerte. Traté de decírtelo. -Entonces divórciate -replicó Katie, terminante.

Aun en la oscuridad, pudo ver la amarga ironía que contrajo la sonrisa de Rob.

-Los Southfield no se divorcian; aprenden a llevar su vida cada uno por su lado. Pregúntales a mi padre y a mi abuelo -dijo con una mezcla de dolor e irritación.

A pesar del continuo abrir y cerrar de las puertas cuando la gente se amontonaba para entrar y salir del restaurante, Rob siguió hablando en tono normal, mientras le deslizaba las manos por la espalda, la acariciaba y la aferraba de las caderas, forzándola a apretarse contra sus muslos fuertes.

-Esto es para ti, Katie, sólo para ti. Tú no destruirás mi matrimonio. Hacía mucho que estaba terminado.

Katie ya no pudo soportarlo. La sordidez de la situación la hacía sentirse sucia, y trató de apartarse de él.

-Aléjate de mí. O eres un mentiroso, o un cobarde, o ambas cosas y...

Mientras forcejeaba, las manos de Rob le apretaron con fuerza los brazos.

-¡Te odio por actuar de esta manera! -exclamó Katie con la voz ahogada-. ¡Suéltame!

-¡Haga lo que le dice! -Una voz con un ligero acento extranjero habló desde la oscuridad.

Rob giró la cabeza con violencia.

-¿Quién diablos es usted? -preguntó a la figura de camisa blanca que salió de las sombras del edificio.

Mantuvo la mano cerrada alrededor de un brazo de Katie, mientras miraba amenazante al intruso. -¿Lo conoces? -le preguntó a Katie, colérico. La voz de Katie sonó ronca por la mortificación y el enojo.

-No. Pero apártate de mí. Quiero irme.

-Tú te quedas -ordenó, y volteó la cabeza hacia el desconocido, agregando: -Y usted se va. ¡Ahora muévase, a menos que quiera que lo ayude a irse!

La voz del desconocido se tornó extremada y casi amenazadoramente cortés.

-Puede intentarlo, si así lo desea. Pero déjela ir. Perdida la paciencia ante la persistente e inquebrantable obstinación de Katie, y frente a esa intromisión indeseada, Rob descargó toda su inútil furia en el intruso. Soltó el brazo de Katie y con un solo movimiento lanzó cl puño cerrado directamente hacia la mandíbula de su oponente. Se produjo un segundo de silencio, seguido por el crujido terrible del choque de un hueso contra otro, y después sonó un ruido sordo. Katie abrió los ojos brillantes por las lágrimas y vio a Rob inconsciente, tendido a sus pies.

-Abra la puerta del auto -ordenó la voz extranjera, con una determinación que no admitía réplicas. Katie abrió la puerta del Corvette. Sin ninguna ceremonia, el hombre empujó y dobló a Rob sobre el asiento, dejando que la cabeza se apoyara sobre el volante, como si estuviera hundido en el sopor de una borrachera.

-¿Dónde está su auto? -preguntó. Katie lo miró a los ojos, desconcertada.

-No podemos dejarlo en este estado. Tal vez necesite un médico.

-¿Cuál es su auto? -repitió el hombre con impaciencia-. No tengo ganas de estar aquí, en caso de que alguien haya visto lo sucedido y llame a la policía.

-Pero... -protestó Katie.

Por encima del hombro miró el Corvette de Rob, mientras se apresuraba por llegar a su coche. Obstinada, se plantó frente a la puerta del conductor.

-Usted váyase si quiere. Yo no puedo.

-No lo maté, sólo lo aturdí. En un par de minutos se despertará con la cara hinchada y algunos dientes menos. Eso es todo.

Enérgico, obligó a Katie a pasar por delante del auto y ocupar el asiento del acompañante.

-Yo manejo -dijo-; usted no está en condiciones de hacerlo.

Se sentó frente al volante, se golpeó la rodilla contra la palanca de cambio y profirió algo que Katie dedujo debía de ser una maldición en español. -Déme las llaves -ordenó tajante.

Echó el asiento lo más atrás posible para acomodar las piernas demasiado largas. Katie le entregó las llaves. Varios autos entraron y salieron y tuvieron que esperar hasta poder salir marcha atrás del estacionamiento. Pasaron rápido por entre las filas de autos estacionados y junto a un viejo y desvencijado camión de reparto con una rueda en llanta, que estaba estacionado detrás del restaurante.

Katie sentía que debía decir algo para quebrar ese silencio tan molesto.

-¿Es suyo? -preguntó con voz débil.

Él miró el inservible camión de reparto y entonces le dedicó una mirada cargada de ironía.

-¿Cómo lo supo?

Katie se sonrojó, mortificada. Sabía, como también lo sabía él, que por el solo hecho de ser "hispano" ella había deducido que era el conductor del camión. Para no herirlo en su orgullo, dijo:

-Cuando estaba hablando por teléfono, usted mencionó que necesitaba un remolque... por eso lo supe.

Salieron de la playa de estacionamiento y se mezclaron con el tránsito de la calle, mientras Katie le daba indicaciones sencillas para llegar a su departamento, que quedaba a unas pocas cuadras del bar.

-Quiero darle las gracias... ¿Su nombre era...? -Ramón -completó él.

Con manos nerviosas, Katie tomó la cartera y buscó el monedero. Vivía tan cerca que, para cuando extrajo un billete de cinco dólares, ya estaban entrando en el estacionamiento del complejo de departamentos.

-Allí es donde vivo. La primera puerta a la dcrecha, bajo la luz de gas.

-Él metió el coche en el lugar vacío más cercano a la puerta, apagó el encendido, bajó y dio la vuelta al coche hasta la puerta de ella. Katie se apresuró a abrir la puerta y bajó del auto. Vacilante, lo miró a la cara morena, orgullosa, enigmática, y estimó que debía de tener unos treinta y cinco años. Había algo en él que la hacía sentir incómoda... Quizás era por su condición de extranjero o por su piel oscura.

-Muchas gracias, Ramón. Por favor, acéptelo -le dijo, extendiendo la mano y ofreciéndole el billete de cinco dólares.

El miró apenas el dinero y después a ella.

-Por favor -insistió con amabilidad, alargándole el billete de cinco dólares-, estoy segura de que le vendrán bien.

-Por supuesto -contestó, seco, después de una breve pausa.

Tomó el dinero y lo guardó en el bolsillo trasero del vaquero.

-La acompaño hasta la puerta de su departamento -agregó, resuelto.

Katie se dio vuelta y empezó a subir los escalones, algo sorprendida cuando él la tomó, suave pero firmemente, del brazo. Era un gesto tan fino y galante... especialmente porque sabía que, aunque no había sido su intención, lo había herido en su orgullo.

Él introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Katie dio un paso hacia adentro y se volvió. para agradecerle una vez más. Pero él se le adelantó.

-Quisiera usar su teléfono para averiguar si, como prometieron, ya enviaron el remolque.

Katie sabía que la más elemental cortesía exigía que le permitiera usar el teléfono. Él había acudido en su ayuda y hasta se había arriesgado a ser arrestado por causa de ella. Se esforzó por ocultar su renuencia a dejarlo entrar y dio un paso al costado para que pudiera entrar en su lujoso departamento.

-El teléfono está allí, sobre la mesita -le explicó. -Después de hacer la llamada me quedaré todavía un rato para asegurarme de que su amigo... -enfatizó despectivamente la última palabra- no decida venir aquí cuando se despierte. Para entonces espero que el mecánico haya terminado la reparación, y regresaré a pie... No es lejos.

Katie, que ni siquiera había considerado la posibilidad de que Rob pudiera ir a su casa, se estremeció mientras se quitaba las sandalias de tacos altos. No tenía dudas de que Rob nunca volvería a acercársele después de haber sido rechazado por ella de palabra y desalentado físicamente por Ramón.

-Estoy segura de que no volverá -dijo convencida. Pero aun así sintió que, en una reacción tardía, estaba temblando. -Creo... creo que prepararé un poco de café.

Ya iba camino de la cocina cuando, al comprender que no tenía otra opción, agregó amable:

-¿Puedo ofrecerle un café?

Ramón aceptó el ofrecimiento con tal ambivalencia que casi todas las dudas de Katie sobre su integridad se disiparon. Desde que lo había conocido, él no había dicho ni hecho nada que de ninguna forma pudiera calificarse de atrevido.

Una vez en la cocina, Katie se dio cuenta de que, en medio de la ansiedad por ver a Rob esa noche, había olvidado comprar café y no le quedaba ni un grano. Dentro de todo se alegraba, porque de pronto sintió que necesitaba algo más fuerte. Abrió la alacena de arriba de la heladera y sacó la botella de coñac de Rob.

-Me temo quc lo único que puedo ofrecerle es coñac o agua -le gritó desde la cocina.

-Un coñac estará bien -contestó él.

Katie sirvió la bebida en dos copas para cognac y volvió al living justo en el momento en que Ramón colgaba el teléfono.

-¿Llegó el camión de reparaciones? -preguntó. -Está allí en este preciso momento, y el mecánico está haciendo una reparación provisoria para que yo pueda usarlo.

Ramón tomó la copa que ella le ofrecía y echó una mirada al departamento con una expresión burlona en los ojos.

-¿Dónde están sus amigas? -preguntó.

-¿Qué amigas? -preguntó Katie, desconcertada, mientras se sentaba en una bonita silla tapizada en pana beige.

-Las lesbianas.

Perpleja, Katie sofocó una carcajada.

-¿Estaba usted tan cerca que me oyó decir eso?'

Ramón la miró y asintió, pero no había ninguna mueca de picardía en sus labios bien dclincados.

-Estaba detrás de usted, esperando que el cantinero me diera cambio para el teléfono.

-¡Oh!

Empezaba a sentirse abatida por los penosos sucesos de esa noche, pero decidió no dejarse vencer, y los empujó hasta el fondo de su mente. Pensaría en ellos mañana, cuando estuviera en mejores condiciones para afrontarlos. Se encogió de hombros.

-Lo de las lesbianas fue un invento. No tenía humor para...

-¿Por qué no le gustan los abogados? -la interrumpió Ramón.

Katie sofocó otra carcajada.

-Es una historia muy larga, de la que preferiría no hablar. Pero supongo que la razón que me impulsó a decir eso fue que pensé que era presuntuoso de parte 'de ese hombre haberme dicho que era abogado.

-¿Y usted no es presuntuosa?

Katie lo miró con ojos sorprendidos. Había algo de indefensión infantil en la manera en que se había enroscado en la silla, con los pies descalzos debajo del cuerpo; una vulnerabilidad inocente en la pureza de sus rasgos y en la claridad de sus grandes ojos azules. -Yo... yo no sé...

-¿Acaso no se habría comportado descortés conmigo, si al acercarme a usted le hubiera dicho que manejo un camión de reparto?

Katie esbozó la primera sonrisa sincera de la noche, con los labios suavemente curvados con simpática naturalidad y los ojos brillantes.

-Tal vez el asombro me hubiera impedido hablar. En primer lugar, nadie que maneje un camión va a Canyon Tnn; en segundo lugar, si así fuera jamás lo admitiría.

-¿Por qué? No es algo de que avergonzarse. -No. Lo sé. Pero seguramente diría que está en el negocio del transporte, o en el negocio de camiones... algo parecido, de modo que sonara como que posee un ferrocarril, o al menos toda una flota de camiones. Ramón la miró fijo, como si las palabras que había pronunciado fueran un impedimento, no una ayuda, para entenderla. Desvió la mirada hacia los cabellos dorado-rojizos que le caían sobre los hombros,

pero entonces, bruscamente, apartó los ojos. Alzó la copa y bebió la mitad del coñac que contenía.

-Se supone que el coñac debe saborearse lentamente -dijo Katie, pero enseguida se arrepintió.

Se dio cuenta de que lo que había querido ser una sugerencia sonó más como una crítica agresiva. -Quiero decir... -se corrigió, balbuceante-. Lo puede tomar de un trago, pero la gente que está acostumbrada a beber coñac por lo general prefiere saborearlo de a poco.

Ramón bajó la copa y la miró con una expresión impenetrable.

-Gracias -respondió con inconmovible cortesía-. Trataré de recordarlo... si es que alguna vez tengo la suerte de volver a probarlo.

Contrariada ante la certeza de que lo había ofendido, Katie lo vio cruzar el living hasta la ventana y correr el pesado cortinado beige.

Desde la ventana del departamento se veía un paisaje monótono que abarcaba el estacionamiento y la transitada calle de cuatro carriles que corría frente al complejo de departamentos. Con un hombro apoyado en el marco de la ventana y la mirada fija en el estacionamiento, ahora Ramón parecía seguir el consejo de Katie, ya que saboreaba su coñac de a pequeños tragos.

Como al pasar, Katie notó la forma en que la camisa blanca se ajustaba sobre los hombros anchos y musculosos y se estiraba cada vez que él levantaba el brazo. Desvió la mirada. Ella sólo había querido ayudar, y en cambio se había comportado de manera agresiva y altanera. Deseaba que se fuera. Estaba mental y físicamente exhausta y no había absolutamente ninguna razón para que él la custodiara como lo estaba haciendo. Rob no vendría esa noche.

-¿Cuántos años tiene? -le preguntó él con brusquedad.

Katie lo miró a los ojos. -Veintitrés.

-Entonces tiene edad suficiente para saber juzgar mejor las prioridades.

Katie estaba más perpleja que fastidiada. -¿Qué quiere decir con eso?

-Quiero decir que usted piensa que es importante beber el coñac de la manera "correcta", y sin embargo no le preocupa si es "correcto" invitar a su departamento a cualquier hombre al que recién conoce. Se arriesga a manchar su reputación y...

-¡Invitar a cualquier hombre al que recién conozco! -ba!buceó Katie indignada, sin sentir ya la menor obligación de mostrarse cortés-. En primer lugar, yo lo invité a entrar solamente porque usted me pidió usar el teléfono, y sentí que debía ser amable después de que había acudido en mi ayuda. En segundo lugar, no sé nada sobre México o sobre cualquiera sea el país de donde viene, pero...

-Nací en Puerto Rico -le informó. Katie pasó por alto ese dato.

-Bien, aquí, en los Estados Unidos, no tenemos esas ideas anticuadas y absurdas sobre la reputación de las mujeres. Los hombres nunca se han preócupado por su propia reputación, y nosotras no nos preocupamos más por la nuestra. ¡Hacemos lo que queremos! Katie no podía creerlo. ¡Ahora, cuando realmente quería insultarlo, estaba al borde de reír a carcajadas! Los ojos negros de Ramón parecían divertidos y en. la comisura de sus labios revoloteaba una sonrisa. -¿Usted hace lo que quiere?

-¡Por supuesto que sí! -respondió Katie con pasión.

-¿Y qué es lo que hace? -¿Perdón?

-¿Qué le gusta hacer? -¡Todo lo que quiero!

-¿Qué quiere... ahora? -preguntó con voz profunda.

El tono sugerente hizo que, de pronto y con una sensación desagradable, Katie tomara conciencia de la descarnada sensualidad que emanaba de ese largo cuerpo musculoso, delineado por el revelador jean y la ajustada camisa blanca. Sintió un estremecimiento cuando él le recorrió el rostro con la mirada, demorandose en la suave plenitud de sus labios, antes de pasar a estudiar lenta y tiiiuuciosamentc las curvas de sus pechos, pujantes bajo la tela adherente del vestido. Sintió como si fuera a gritar, reír o llorar, o las tres cosas al mismo

tiempo. ¡Después de todo lo que le había sucedido esa noche, Katie Connelly bahía conseguido caer en manos de un Casanova portorriqueño que creía ser la respuesta a todas sus inquietudes sexuales!

Esforzándose por mostrarse fuerte, contestó por fin la pregunta.

-¿Qué quiero ahora? Quiero ser feliz con mi vida y conmigo misma. Quiero ser... libre -concluyó con voz débil.

Estaba demasiado trastornada para pensar con claridad ante esa mirada penetrante y sensual. -¿De qué quiere liberarse?

Katic se puso de pie de un salto. -¡De los hombres!

Cuando ella se paró, Ramón se le acercó con paso deliberadamente lento.

-Usted quiere liberarse de tanta libertad, no de los hombres.

Mientras él se le acercaba, Katie siguió rctrocediendo hacia la puerta. Había sido una locura invitarlo a entrar, y él estaba malinterpretando, con toda premeditación y porque así convenía a sus propias intenciones, las razones que ella había tenido para hacerlo. Respiró agitada cuando su espalda dio contra la puerta.

Ramón se quedó parado a unos diez centímetros de ella.

-Si, como dice, quisiera liberarse de los hombres, no habría ido a ese lugar esta noche y no se habría encontrado con ese hombre en el estacionamiento. En realidad, usted no sabe lo que quiere.

-Lo único que sé es que es muy tarde -dijo Katie con voz temblorosa- y que ahora quiero que se vaya. Él entrecerró los ojos.

-¿Me tiene miedo? -le preguntó con voz suave. -No -mintió Katie.

Hizo un gesto de aprobación, satisfecho.

-Bien. ¿Entonces no se opondrá a ir conmigo mañana al zoológico?

Katie podía jurar que Ramón sabía que se sentía sumamente incómoda y que no tenía deseos de ir a ninguna parte con él. Pensó que podía decirle que tenía otros planes para mañana, pero estaba segura de que él la presionaría para que propusiera otro momento. Todos sus instintos le advertían que, si se lo proponía, podía volverse muy insistente. En su estado de cansancio, de sobreexcitación, le parecía más conveniente aceptar la cita y después no acudir. Él entendería ese rechazo directo y lo aceptaría como definitivo.

-De acuerdo -mintió-. ¿A qué hora? -Pasaré a buscarla a las diez de la mañana. Cuando la puerta se cerró detrás de él, Katie sintió como si un demonio estuviera enroscando una cuerda, más y más ajustada, para ver hasta dónde podía ser retorcida antes de que ella se quebrara. Se echó sobre la cama y se quedó mirando el techo. ¡Tenía ya suficientes problemas como para tener que lidiar también con un latino apasionado que la invitaba a ir al zoológico!

Pensó en la escena patética de Rob y cerró con fuerza los ojos, en un intento de escapar a su cansancio espiritual. Al día siguiente iría a la casa de sus padres.

De hecho, pasaría allí todo el fin de semana. Después de todo, sus padres siempre se quejaban de que la veían muy poco.

CAPITULO TRES

A las ocho en punto de la rnañana siguiente, e zumbido del despertador la arrancó de un sueño profundo y agitado. Contrariada por haber decidido salir un sábado a la mañana, buscó a tientas el botón de alarma y silenció el molesto ruido.

Eran las nueve cuando volvió a abrir los ojos. La luz que entraba a raudales en el dormitorio de paredes floreadas la hizo parpadear. ¡Oh, no! En una hora llegaría Ramón...

Saltó de la cama, corrió al baño y abrió la ducha.

A medida que pasaban los minutos sentía el pulso cada vez más acelerado, mientras todo lo demás parecía suceder en cámara lenta. Necesitó una eternidad para secar su abundante cabellera; todo lo que tocaba se le caía de las manos, y se moría por una taza de café, que no tenía, para terminar de despertarse.

Iba de un lado a otro, apurada, abriendo cajones; se puso un par de pantalones azul marino y un top del mismo color, adornado con ribetes blancos. Se peinó el cabello hacia atrás y se lo ató con una banda estampada en rojo, blanco y azul. Después echó algunas ropas elegidas al azar dentro de su maletín de fin de semana.

A las nueve y treinta y cinco, Katie cerró la puerta del departamento y salió al azul balsámico de una mañana de mayo. El enorme complejo de departamentos estaba en silencio. Era la quietud típica de un lugar habitado predominantemente por solteros, que descansaban en las horas siguientes a las citas, fiestas y juergas del viernes a la noche.

Katie corrió hasta su auto. Con el maletín en la mano izquierda, con la derecha buscaba las llaves en el fondo de la cartera que le colgaba del hombro. -¡Maldición! -resopló.

Dejó el maletín en el suelo, junto al coche, y siguió revolviendo frenéticamente la cartera en busca de las llaves. Echó una mirada nerviosa y recelosa al tránsito que pasaba en ambas direcciones por la calle. Tenía miedo de que en cualquier momento apareciera en la entrada del estacionamiento un destartalado y rechinante camión de reparto.

-¿Qué hice con las llaves? -se preguntó, sin darse cuenta, en voz alta.

Sus nervios, ya a punto de quebrarse, estallaron en un grito ahogado cuando una mano la tomó suavemente del brazo.

-Yo las tengo-dijo una voz profunda cerca de su oído.

Katie, asustada y furiosa, se dio vuelta.

-¡Cómo se atreve a espiarme! -bramó.

-Estaba esperándola -dijo Ramón, enfático.

-¡Mentiroso! -exclamó, con los puños crispados a los costados del cuerpo. Faltan casi treinta

minutos para la hora en que se suponía que debía venir. ¿O ni siquiera sabe la hora?

-Aquí están sus llaves. Anoche las guardé por error en mi bolsillo.

Alzó la mano y le alcanzó las llaves, junto con una rosa roja de tallo largo que descansaba sobre su palma.

-Ella le arrebató las llaves de la mano y puso el mayor cuidado para no tocar siquiera la indeseable flor carmesí.

-Tome la rosa-dijo, calmo, con la mano todavía extendida-. Es para usted.

-¡Maldito sea! -rugió, furiosa--. ¡Déjeme tranquila! ¡Esto no es Puerto Rico,y yo no quiero su flor! Paciente, se quedó parado sin hacer caso de su enojo.

-¡Dije quc no la quiero! -explotó Katie con furia.

Fuera de sí, levantó el maletín de viaje y en el movimiento brusco chocó con la mano de Ramón y la rosa se cayó al suelo.

El espectáculo de ver caer sobre el cemento esa hermosa flor hizo que Katie sintiera una punzada de remordimiento, más fuerte que su enojo y que la hizo sentir avergonzada. Miró a Ramón. Su semblante orgulloso estaba sereno, sin reflejar ni enojo ni reproches. Sólo una profunda e inexplicable pesadumbre.

Incapaz de mirarlo a los ojos, Katie bajó la mirada. Su sentimiento de culpa se agudizó por la vergüenza, al comprobar que la compra de una flor no era lo único que Ramón había hecho para tratar de agradarle. También se había vestido con sumo cuidado. Los jeans gastados habían sido reemplazados por un impecable pantalón negro y una rcmcra de punto de mangas cortas, también negra.De la cara recién afeitada emanaba la fragancia de una colonia de hierbas.

El sólo había querido agradarle e impresionarla. No merecía ese trato, especialmente por la forma en que la había defendido la noche anterior. Katie miró la aterciopelada rosa roja a

sus pies y se sintió tan avergonzada que no pudo evitar que asomaran lágrimas en sus ojos y que un nudo le apretara la garganta.

-Ramón, lo siento, lo siento mucho-dijo contrita.

Se agachó para recoger la rosa, la tomó del tallo, alzó los ojos y miró compungida el rostro de Ramón. -Gracias, muchas gracias por csta hermosa flor. Y si... si todavía lo desea, iré con usted al zoológico porque... le prometí que lo haría. -Hizo una pausa para llevar más aire a sus pulmones cerrados y agregó: -Pero quiero que entienda que no deseo que usted sienta algo... bueno... algo serio con respecto a mí y empiece... empiece a...

Katie arrastró las palabras, azorada, al ver que los ojos de Ramón empezaban a brillar divertidos. -Yo sólo le ofrecí una flor y un paseo al zoológico, no matrimonio -dijo con un humor mordaz. -Tiene razón-admitió Katie, de pronto sonriente.

-¿Entonces podemos irnos? -sugirió él.

-Sí, pero antes déjeme llevar el maletín al departamento. Ya no lo necesito.

Intentó levantarlo, pero Ramón se le anticipó. - Lo llevo yo -dijo.

Cuando entraron en el departamento, ella tomó el maletín y se dirigió al dormitorio. La pregunta de Ramón la detuvo.

-¿Se estaba escapando de mí? Katie se volvió.

-No exactamente. Después de lo de anoche, sentí necesidad de alejarme de todo y de todos por un tiempo.

-¿Qué iba a hacer?

Los labios de Katie se curvaron en una sonrisa triste que iluminó sus hermosos ojos.

-Iba a hacer lo que hace la mayoría de las mujeres norteamericanas independientes, autosuficientes y adultas cuando no pueden enfrentar un problema: correr a casa, con mamá y papá.

Pocos minutos después salieron del departamento. Mientras cruzaban la playa de estacionamiento, Katie alzó la costosa cámara que llevaba en la mano izquierda.

-Es una cámara fotográfica -dijo.

-Sí, lo sé -asintió él con una mezcla de seriedad e ironía-. Incluso en Puerto Rico las conocemos. Katie se echó a reír y meneó la cabeza en un gesto de autocensura.

--Nunca me di cuenta de hasta qué punto soy una "norteamericana insoportable".

Se detuvieron junto a un elegante Buick Regal. Ramón le abrió la puerta del acompañante.

-Usted es una norteamericana hermosa -la contradijo, apaciguador-. Suba, por favor.

Aunque íntimamente avergonzada, Katie no pudo evitar sentir un gran alivio al comprobar que iban a ir en un auto. No era precisamente su estilo transitar por las carreteras en un destartalado camión de reparto. -¿Otra vez se descompuso el camión? -preguntó.

El coche se deslizó suavemente por la playa de estacionamiento y se internaron en el tráfico típico de los sábados.

-Pensé que preferiría este coche al camión. Se lo pedí prestado a un amigo.

-También podríamos haber ido en mi auto - insinuó tímidamente.

La mirada rápida que le dedicó Ramón no le dejó dudas de que, si él invitaba a alguien a ir a alguna parte, daba por sentado que lo harían en su propio vehículo. Acusó la muda reprimenda, encendió la radio FM y le dirigió una mirada furtiva. Con ese físico espléndido y la cara y los brazos tan intensamente bronceados, le recordaba a un profesor español de tenis.

Katie disfrutó enormemente las horas que pasó con Ramón en el zoológico, aun cuando estaba colmado de visitantes, por tratarse de un día feriado. Juntos vagaron por los anchos senderos de cemento; Ramón compró maníes para que Katie se los arrojara a los osos y se largó a reír a carcajadas, en el pabellón de las aves, cuando un tucán con un pico enorme se lanzó en

picada e hizo que Katie chillara de susto y se cubriera la cabeza.

Siguieron deambulando. Katie no recordaba otra salida que hubiera disfrutado tanto como ésa. Ramón se comportaba en todo momento con impecable cortesía, la tomaba del

brazo cada vez que bajaban escalones o rampas y, por la manera en que accedía a sus menores deseos, era evidente que poseía un don natural de galantería.

Cuando llegaron a la isla de los monos, pavos reales y otros interesantes, pero no raros, animales pequeños, Katie ya había usado casi todo el segundo, rollo de película. Tomó un puñado de maíz de la bolsa que Ramón sostenía en la mano, se inclinó sobre la cerca que los separaba de la pequeña isla y arrojó los granos, de a uno, a los patos. La posición involuntariamente provocativa hizo que la tela del pantalón azul marino se adhiriera a los contornos voluptuosos de sus caderas y muslos. Una imagen tentadora que Ramón disfrutó con ojos codiciosos.

Sin darse cuenta de hacia dónde se dirigía la mirada de Ramón, ella lo miró por encima de los hombros. -¿Quiere una foto de esto? -preguntó.

-¿De qué? -preguntó él, retorciendo los labios. -De la isla -dijo Katie, confundida por esa expresión sonriente-. Ya casi he terminado' este rollo. Le daré los dos para que los haga revelar, así tendrá un recuerdo de su paseo al zoológico de 'St. Louis.

La miró sorprendido. -¿Estas fotos son para mí?

-Por supuesto -contestó Katie, al tiempo que tomaba otro puñado de maíz.

-De haber sabido que eran para mí -dijo Ramón, sonriente-, habría deseado tener fotos de algo más que osos y jirafas para acordarme de este día.

En el camino de regreso se detuvieron en un pequeño negocio para que Katie comprara café. En un impulso, decidió invitar a Ramón a merendar y agregó una botella de vino tinto y un poco de queso a su compra.

Ramón la acompañó hasta la puerta. Pareció titubear cuando Katie lo invita a entrar, pero al final aceptó.

No había pasado una hora cuando Ramón se puso de pie.

-Tengo un asunto que atender esta noche - explicó.

Sonriente, Katie se levantó y fue a buscar la cámara.

-Todavía queda una foto en el rollo. Párese ahí; le saco una y lc doy los dos rollos para quc sc los llcvc. -No, guárdela. Mañana le tomo una foto a usted, cuando vayamos al campo a hacer un picnic.

Katie consideró mentalmente si debía aceptar otra salida con él. Por primera vez en muchos años se había sentido alegre y despreocupada. Y sin embargo...

-No, en realidad no debería... Pero gracias. Ramón era alto, sensual y varonil. No había ninguna duda de ello. Pero sus rasgos morenos y su masculinidad agresiva le producían más rechazo que atracción. Y, por otra parte, realmente no tenían nada en común.

-¿Por qué me mira y después aparta la mirada, como si deseara no haberme visto? -preguntó de repente Ramón.

La mirada de Katie se encontró con la de él. -No... yo no...

-Sí -dijo él, implacable-. Lo hace.

Katie pensó en mentir, pero cambió de idea ante la mirada escrutadora de esos penetrantes ojos negros. -Usted me recuerda a alguien que ahora está muerto. Era alto y moreno y... bueno... tenía el mismo aspecto exageradamente machista que usted.

-¿Su muerte le produjo un gran pesar?

-Su muerte me produjo un gran alivio -dijo Katie, categórica-. hubo momentos, antes de su muerte, en los que hubiera querido tener el coraje de matarlo con mis propias manos.

El rió entre dientes.

-¡Qué vida triste y sórdida para alguien tan joven y hermosa!

Katie, que era conocida y querida por su alegre disposición de ánimo, a pesar de los dolorosos recuerdos que guardaba en su interior, lo miró con una sonrisa apacible.

-Mejor una vida triste y sórdida que una aburrida... supongo.

-Pero usted está aburrida. Lo noté mientras la observaba en ese lugar donde nos conocimos.

Con la mano en el picaporte de la puerta de entrada, se volvió para mirarla.

-Mañana a las nueve paso a buscarla. Yo traeré la comida -dijo, sonriente ante la sorpresa y la indecisión de Katie-, y usted puede preparar un discurso sobre mi grosería al insistir, no pedir, en que salga conmigo.

Recién a la noche, cuando se retiró temprano, porque se aburría, de una reunión en el departamento de unos amigos, Katie pensó seriamente en las últimas palabras de Ramón. Mientras se ponía un pijama de seda y una bata haciendo juego, se preguntó si el aburrimiento era la causa de su creciente desasosiego, de esa vaga e inexplicable insatisfacción que en los últimos meses iba creciendo en su interior. No, decidió después de meditar un momento. Su vida era cualquier cosa menos aburrida. Por momentos hasta era demasiado pródiga en acontecimientos.

Hecha un ovillo sobre el sofá del living, con los ojos azules melancólicos y sombríos, con aire ausente, Katie recorría con una uña larga y bien arreglada la tapa de la novela que tenía sobre el regazo. Si no estaba aburrida, ¿entonces qué era lo que le pasaba en los últimos tiempos? Era una pregunta que se hacía cada vez con más frecuencia y creciente frustración, porque nunca encontraba la respuesta. Si sólo pudiera imaginar qué le estaba faltando a su vida, entonces podría tratar de hacer algo al respecto.

A su vida no le faltaba nada, se dijo Katie con firmeza. Incómoda por su insatisfacción, enumeró mentalmente todas las razones que tenía para sentirse feliz: a los veintitrés años ya poseía un título universitario y un empleo fantástico y muy bien pagado. Y de no contar con su salario, el fideicomiso que su padre había establecido para ella años atrás le proporcionaba más dinero del que necesitaba. Tenía un departamento hermoso y armarios llenos de ropa. Era atractiva para los hombres; tenía buenos amigos, tanto hombres como mujeres, y su vida social era tan activa como ella quisiera. Sus padres la adoraban y la apoya

ban. "¡Lo tengo todo!", se dijo.

¿Qué más podía desear o necesitar para ser feliz? "Un hombre", contestó Katie para sus adentros.

Una sonrisa débil se dibujó en sus labios. "Un hombre" no era, decididamente, la respuesta a su problema. Ya conocía a docenas de hombres. De

modo que no era la falta de compañía masculina la responsable de su inquietud, de su desesperanza y de su vacío interior.

Katie detestaba cualquier clase de autocompasión, así que se recompuso rápido. No había absolutamente ninguna razón para su infelicidad. Ninguna, de ninguna naturaleza. ¡Ella era muy feliz! En el mundo entero las mujeres deseaban tener una carrera, luchaban por ser independientes y autosuficientes, soñaban con tener seguridad económica. Katie Connelly, con sólo veintitrés años, tenía todo eso.

"Yo lo tengo todo", se dijo con convicción plena, mientras abría el libro que tenía sobre el regazo. Se quedó mirando las palabras borrosas, mientras en algún lugar de su corazón una voz le gritaba: "No es suficiente. No significa nada. Yo no me refiero a cualquier cosa."

CAPITULO CUATRO

Fueron de picnic a Forest Park. Katie llevó una manta, que Ramón extendió bajo la sombra de un grupo de robles gigantescos. El llevó la comida, un verdadero banquete: una exquisita carne fría cortada en tajadas finas, jamón importado y un sabroso y crocante pan francés.

Mientras charlaban y comían, y cada vez que buscaba algo en la canasta de mimbre, Katie sentía los ojos de él fijos en su semblante animado, y la mirada absorta con que contemplaba la mata brillante de cabellos rojizos que le caían sobre los hombros. Pero lo estaba pasando tan bien que en realidad no le importaba que la mirara de esa forma.

-Creó que en los Estados Unidos se acostumbra comer pollo frito en los picnics -dijo Ramón cuando se produjo un momento de silencio-. Lamentablemente, yo no sé cocinar. Si alguna otra vez salimos de picnic, compraré los alimentos y usted los cocinará.

Katie casi se ahoga con el generoso Chianti que estaba tomando de un vaso de cartón.

-¡Qué deducción tan machista! -lo regañó riendo-. ¿Por qué supone que sé cocinar?

Ramón se tendió de costado, se apoyó en un brazo

y la miró con exagerada seriedad.

-Porque es mujer.

-¿Habla... habla en serio? -balbuceó Katie.

-¿Si digo en serio que es mujer? ¿O que sabe cocinar? ¿O sobre usted?

Katie notó que su voz se hizo más ronca y profunda en la última pregunta.

-Si dice en serio que todas las mujeres saben cocinar -informó, escueta.

La sonrisa de Ramón se hizo más ancha ante la elegante evasiva.

-Yo no dije que todas las mujeres son buenas cocineras; dije simplemente que las mujeres deberían hacer la comida. Los hombres deberían trabajar para comprar los alimentos para que ellas los preparen.. Así debería ser.

Katie lo miró con muda incredulidad, casi convencida de que la estaba provocando deliberadamente. -Puede que le sorprenda oír esto, pero no todas las mujeres nacen con un deseo irresistible de cortar cebollas y rallar queso.

Ramón emitió una risa ahogada. Entonces cambió bruscamente de tema.

-¿En qué trabaja usted?

-Trabajo en el departamento de personal de una gran empresa. Entrevisto a los postulantes para un puesto y otras cosas por el estilo.

-¿Disfruta lo que hace? -Mucho -contestó.

Buscó dentro de la canasta y sacó una enorme manzana colorada. Encogió las piernas cubiertas por el jean hasta tocar el pecho con las rodillas, las rodeó con los brazos y dio un mordisco a la jugosa fruta.

-Es una delicia. -Es lamentable. Katie lo miró perpleja.

-¿Es lamentable que me guste la manzana?

-Es lamentable que disfrute tanto de su trabajo, porque tal vez le cueste mucho renunciar a él cuando se case.

-¡Renunciar cuando yo ...! -Katie rió con ganas y sacudió la cabeza. -Ramón, es una suerte para usted que no, sea norteamericano. Ni siquiera está a salvo en este país. Aquí hay mujeres que lo cocinarían a usted por su manera de pensar.

-Soy norteamericano -dijo él, ignorando la advertencia macabra de Katie.

-Creí que había dicho que es portorriqueño. -Dije que nací en Puerto Rico. En realidad soy español.

-Acaba de decir que es norteamericano y portorriqueño.

-Katie-dijo él, usando por primera vez su nombre de pila, lo que a ella le provocó un inexplicable estremecimiento de placer-, Puerto Rico es un estado asociado de los Estados Unidos. Todo hombre nacido allí es, automáticamente, un ciudadano norteamericano. Sin embargo, todos mis ancestros son españoles, no portorriqueños. Yo soy un norteamericano nacido en Puerto Rico y de ascendencia española. Igual que tú eres... -dijo, mientras miraba atentamente el cutis terso, los ojos azules y los cabellos rojizos-, igual que tú eres una norteamericana, nacida en los Estados Unidos y de ascendencia irlandesa.

Katie se sintió un poco molesta por el tono de superioridad con que él pronunció su discurso. -Tú, lo que eres... ¡eres un machista español, portorriqueño, norteamericano... y de la peor especie! -¿Por qué usas ese tono de voz conmigo? ¿Por pensar que el deber de una mujer, cuando se casa, es atender al esposo?

Katie lo miró con altivez.

-No importa lo que tú pienses. El hecho es que muchas mujeres, exactamente igual que los hombres, necesitan tener otros intereses y objetivos fuera de sus hogares. Nos gusta tener una carrera de la que podamos enorgullecernos.

-Una mujer puede sentirse orgullosa de cuidar a su esposo y a sus hijos.

Katie supo que no había nada, nada, que pudiera decir para borrar esa insufrible sonrisa suficiente de la cara de Ramón.

-Por suerte para nosotras, los hombres norteamericanos nacidos en los Estados Unidos no se oponen a que sus mujeres tengan una profesión. ¡Son más comprensivos y considerados!

-Son muy comprensivos y considerados -concedió Ramón en tono burlón-. Las autorizan a trabajar, están de acuerdo con que les entreguen. el dinero que ganan, les permiten tener sus hijos, encontrar a alguien que los cuide, limpiar sus casas y... -se mofó- y hasta las dejan preparar la comida.

Katie se quedó momentáneamente sin habla ante ese discurso, pero después se dejó caer de espaldas sobre el césped y se echó a reír.

-¡Tienes razón, toda la razón!

Ramón se echó junto a ella, puso las manos debajo de la cabeza y se quedó mirando el azul profundo del cielo, apenas matizado con los copos blancos de algunas nubes.

-Tienes una risa encantadora, Katie.

Katie dio otro mordisco a la manzana y le habló en tono jovial.

-Dices eso sólo porque crees que me has hecho cambiar de opinión, pero no es así. Si una mujer quiere hacer una carrera, debe tener la oportunidad de lograrlo. Además, la mayoría de las mujeres quieren tener casas y vestidos más hermosos de los que el único ingreso del esposo puede brindarles.

--Entonces ella sale a trabajar y consigue su hermosa casa y sus elegantes vestidos a expensas del orgullo del marido, demostrándole, a él y a todo el mundo, que lo que él puede brindarle no es suficiente.

-Los maridos norteamericanos no son tan orgullosos como seguramente lo son los españoles.

-Los maridos norteamericanos han renunciado a sus responsabilidades. No tienen nada de qué enorgullecerse.

-¡Pamplinas! -exclamó Katie, terminante-. ¿Quisieras que la mujer que amas y con quien te casas viva en un lugar como Harlem, simplemente porque es lo mejor que puedes ofrecerle con el dinero que ganas manejando ese camión? ¿Aun sabiendo que si ella trabajara, haciendo algo que le gusta, los dos podrían vivir mejor?

-Yo esperaría que ella fuera feliz con lo que yo pueda brindarle.

Katie se estremeció ante la perspectiva de que alguna dulce muchacha española tuviera que vivir en un barrio miserable sólo porque el orgullo de Ramón no le permitiría trabajar.

-Y no me gustaría que ella se avergonzara, como tú, de lo que hago para vivir -agregó con voz ronca. Katie sintió el reproche implícito en sus palabras, pero de cualquier manera perseveró en su posición.

-¿Nunca deseaste hacer algo mejor que manejar un camión de reparto?

La respuesta tardó en llegar y Katie sospechó que él la estaba rebajando a la categoría de una vulgar mujer norteamericana dueña de una ambición sin límites.

-Lo hago. También cultivo productos alimenticios.

Katie se incorporó, apoyándose en los codos. -¿Trabajas en el campo? ¿En Missouri? -En Puerto Rico -corrigió.

Katie no pudo decidir si se sentía aliviada o decepcionada al saber que no se quedaría en St. Louis. Él tenía los ojos cerrados y ella dejó vagar su mirada por los cabellos negros ligeramente ondulados y por la cara. En ese rostro bronceado había rasgos de nobleza

española, autoridad y arrogancia en el contorno firme de la mandíbula y la nariz recta, determinación en la agudeza del mentón. Sin embargo, pensó Katie con una sonrisa, el

pequeño hoyuelo en el mentón y las pestañas largas y lacias suavizaban el efecto general. Los labios eran firmes pero sensualmente delineados. Con un hormigueo de excitación, Katie se preguntó cómo sería sentir esos labios cálidos moviéndose sobre los suyos. Ayer le había dicho que tenía treinta y cuatro años, pero Katie pensó que ahora parecía más joven, con el semblante relajado por el sueño reparador de la noche.

Dejó vagar la mirada por el cuerpo largo, perfecto, musculoso, extendido a su lado sobre la manta. La remera de jersey rojo se apretaba contra los hombros anchos y el pecho, y las mangas cortas dejaban al descubierto las fibras musculosas de los brazos. El jean acentuaba las caderas estrechas, el vientre chato y los muslos firmes. Aun dormido, parecía emanar de él una cruda y potente virilidad, pero ya no le producía rechazo. Al haber admitido ante él que su semblante le recordaba levemente a David, de alguna manera había desterrado de su mente la idea de cualquier semejanza entre los dos hombres.

Ramón no abrió los ojos, pero en la línea de su boca se insinuó una media sonrisa.

-Espero que lo que estás viendo cuente con tu aprobación.

Mortificada, Katic desvió la mirada hacia la ondulada pradera que se extendía ante ella.

-Así es. La pradera está hoy muy hermosa, los árboles como...

-No estabas mirando los árboles, señorita.

Katie optó por no contestar. Se alegraba de que la hubiera llamado señorita; le sonaba ajeno y extraño y acentuaba la diferencia entre ellos, neutralizando el efecto que su agresiva masculinidad surtía en ella. ¿En qué había estado pensando para desear que Ramón la besara? Eso sólo podía conducir a un desastre, si luego se enredaba sentimentalmente con él. Ellos no tenían nada en común, venían de mundos diferentes. Una distancia sideral los separaba en lo social. Al día siguiente, por ejemplo, ella estaba invitada a un asado en el elegante chalé de sus padres en los terrenos del country club de Forest Oaks. Ramón nunca caería bien entre la clase de gente que estaría allí. Sabía que se sentiría muy incómodo si a ella se le ocurriera llevarlo. Se sentiría desubicado. Y en el momento en que sus padres dcscubricran que era un trabajador rural que en la primavera conducía un camión de reparto, muy probablemente le harían ver a Ramón, con la más cruda claridad, que no pensaban que hubiera un lugar para él ni en su casa ni al lado de su hija.

Katie tomó una decisión firme: no volvería a ver a Ramón después de ese día. En verdad, nunca podría haber nada entre ellos y la incipiente atracción que sentía hacia él era razón más que suficiente para romper de inmediato esa relación, que no podría conducir nunca a nada significativo o duradero. -¿Por qué te apartaste de mí, Katie?

Con sus penetrantes ojos negros, buscaba la cara de Katie. Estaba concentrada, alisando la manta debajo de ella. Después volvió a echarse.

-No sé qué quieres decir -respondió.

Cerró los ojos, eludiendo deliberadamente encontrarse con su mirada. La voz de Ramón sonó profunda y sensual.

-¿Te gustaría saber qué veo yo cuando te miro? -No -respondió, formal-, si al decírmelo vas a hablar como un fervoroso amante latino. Y por el tono de tu voz, creo que eso es exactamente lo que ibas a hacer.

Katie trató de relajarse, pero era imposible ante el pesado silencio que siguió a sus palabras. Pocos minutos después se incorporó de un salto.

-Creo que es hora de volver a casa -anunció. Se arrodilló y empezó a guardar las cosas en la canasta de picnic. Sin pronunciar palabra, Ramón dobló la manta.

El molesto silencio que reinó durante el trayecto de regreso sólo fue interrumpido dos veces por Katie, que, con la esperanza de atenuar su rudeza anterior, intentó entablar una conversación en dos oportunidades. Pero Ramón le contestó con monosílabos. Se sentía avergonzada de sus pensamientos presuntuosos, molesta por la forma en que le había hablado, y contrariada porque él no le permitía disimular los efectos de su actitud.

Para cuando Ramón enfiló el Buick Regal hacia el estacionamiento, frente a la entrada de su departamento, no había nada que Katie deseara más que se terminara de una vez ese día,

aunque eran apenas las tres de la tarde. Antes de que Ramón pudiera dar la vuelta al coche para ayudarla a bajar, Katie abrió la puerta de un empujón y prácticamente saltó fuera.

-Yo te abriré la puerta -dijo él, brusco-. Es un gesto de elemental cortesía.

Katie, que por primera vez notó que estaba profundamente irritado, se sintió de pronto exasperada frente a su obstinación. Subió los escalones con rabia y, apurándose, introdujo la llave en la cerradura.

-Puede que te sorprenda oír esto -dijo-, pero no hay ningún defecto en mis manos y estoy perfectamente capacitada para abrir yo misma la puerta de un auto. ¡Y no veo por qué deberías ser cortés conmigo, cuando yo me he comportado de manera tan detestable contigo!

A Ramón no le pasó inadvertido el humor amargo de estas últimas palabras que, sin embargo, fue eclipsado por las siguientes. Al abrir la puerta del departamento, ella se volvió y dijo furiosa:

-Gracias, Ramón, lo he pasado muy bien. Katie, que no tenía la menor idea de por qué Ramón se había echado a reír, primero se sintió aliviada al comprobar que ya no estaba enojado y enseguida muy cautelosa por la manera en que la siguió dentro del departamento, cerró la puerta detrás de él, y ahora la miraba a la cara con una expresión inconfundible.

Con suavidad, pronunció unas palabras que eran en parte una invitación, en parte una orden.

-Ven aquí, Katie.

Katie meneó la cabeza y dio un prudente paso atrás, pero un inoportuno estremecimiento le subía, quemándola, por la espalda.

-¿No es costumbre de las norteamericanas liberadas mostrar su agradecimiento con un beso, por "haberlo pasado muy bien"? -insistió Ramón.

-No todas -gruñó Katie-. Algunas decimos simplemente "gracias".

En los labios de Ramón se dibujó una débil sonrisa, pero la mirada penetrante descendió a la plenitud incitante de sus labios y se quedó fija allí.

-Ven aquí, Katie.

Al ver que ella seguía resistiéndose, agregó en voz baja y suave:

-¿No sientes curiosidad por ver cómo besan los españoles y cómo hacen el amor los portorriqueños?

Katie tragó saliva con dificultad.

-No -susurró apenas.

-Ven aquí, Katie, yo te mostraré.

Hipnotizada por esa voz aterciopelada y por esos fascinantes ojos negros, Katie fue hacia él en un rapto de temor y excitación.

Sea lo que fuere que ella esperaba al ir hacia Ramón, no era sentirse triturada por un abrazo de acero y transportada a una densa y dulce oscuridad, donde la única sensación era la de esos labios entre abiertos moviéndose sin cesar sobre los suyos, las oleadas de calor que le corrían por todo el cuerpo al despertar a sus manos acariciantes.

-Katie... -murmuró él con voz ronca.

Apartó los labios de su boca y empezó a besarla en los ojos, las sienes, las mejillas.

-Katie... -repitió en un suplicante murmullo, mientras buscaba una vez más su boca.

A Katie le pareció toda una eternidad hasta que Ramón, por fin, alzó la cabeza. Débil y temblorosa, apoyó la mejilla sobre el pecho vigoroso y sintió los latidos violentos del corazón. Se sentía totalmente aniquilada por lo que acababa de suceder. La habían besado muchas más veces de las que podía recordar; besos de hombres que habían practicado y perfeccionado su técnica hasta convertirla casi en una forma de arte. En los brazos de esos hombres había sentido placer, pero no ese insensato estallido de júbilo, seguido de un deseo feroz.

Ramón recorrió con los labios su cabello brillante. -¿Y bien, te digo en qué pienso cuando te miro? Katie trató de contestar con serenidad, pero su voz era casi tan ronca como la de él.

-¿Vas a hablar como un latino enamorado?

-Sí.

-De acuerdo.

La risa de Ramón era rica y profunda.

-Veo una beldad con dorados cabellos rojizos y la sonrisa de un ángel; y recuerdo a una muchacha con aire de princesa parada en ese bar de solteros, y que parecía muy disgustada con sus propios planes; despues oigo a una bruja diciéndole a un hombre que se le estaba insinuando que sus compañeras de cuarto eran lesbianas... -Empezó a acariciarle suavemente

las mejillas y concluyó: -Cuando te miro, pienso que eres mi ángel-princesa-bruja.

La manera en que él se refirió a ella como "suya" hizo que el espíritu impulsivo de Katie volviera a la realidad. Rápidamente se liberó de los brazos de Ramón.

-¿Me acompañarías a la piscina del complejo? - preguntó con fingida despreocupación-. La inauguraron hoy y estarán allí todos los inquilinos de estos departamentos, que además son mis amigos.

Mientras hablaba, metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón y captó la forma en que Ramón paseaba la mirada sobre su remera ajustada sobre el busto. Sacó rápidamente las manos de los bolsillos.

Él arqueó una ceja con indulgente curiosidad. Parecía preguntarle en silencio por qué se oponía a que posara los ojos sobre ella, si acababa de tocarla con las manos.

-Por supuesto -dijo-, me gustaría ver tu piscina y conocer a tus amigos.

Una vez más, Katie se sintió incómoda frente a él. Parecía un extranjero oscuro y desconocido que estaba demasiado interesado en ella. Además, ahora estaba alerta frente a él, y con muy buenas razones. Sabía muy bien cuándo un hombre quería llevarla a la cama, y eso era precisamente lo que Ramón quería. Lo más pronto posible.

Abrió las puertas corredizas de la parte trasera del living, por donde se accedía a un pequeño patio rodeado de una empalizada que le otorgaba privacidad. En el centro, estratégicamente ubicadas para tomar sol, había dos reposeras de madera de pino con gruesos almohadones floreados. Detrás y a los costados de ellas, Katie había distribuido una gran cantidad de plantas, algunas ya en plena floración.

Se paró junto,a un macetón rebosante de petunias rojas y blancas. Con una mano apoyada en la puerta de la empalizada,', Katie titubeó, tratando de pensar córno expresaría lo que quería decir.

-Tienes un hermoso departamento –comentó Ramón a sus espaldas-. El alquiler debe de ser muy elevado.

Katie giró sobre sí misma, reconociendo instantáneamente en ese comentario superficial el medio perfecto para marcar las diferencias entre ellos y, con buena suerte, enfriar sus ardientes intenciones.

-Gracias. Es cierto, la renta es muy alta. Vivo aquí porque es un reaseguro para que mis padres sepan que mis amigos y mis vecinos son la clase de gente que me conviene.

-¿Gente rica?

-No necesariamente rica, pero exitosa, gente socialmente aceptable.

La cara de Ramón era una máscara desprovista de toda expresión.

-Tal vez sería mejor, entonces, que no me presentaras a tus amigos.

Una mirada a ese rostro reservado, hermoso, y una vez más Katie se sintió avergonzada. Se pasó una mano nerviosa por los cabellos, tomó aliento con fuerza y le planteó la cuestión sin rodeós.

-Ramón, a pesar de lo que acaba de pasar entre nosotros allí adentro, quiero que entiendas que no voy a ir a la cama contigo. Ni ahora ni nunca.

-¿Porque soy español?-preguntó desapasionado. El semblante sereno de Katie se encendió de mortificación.

-¡No, por supuesto que no! Porque... -sonrió con ironía-, para usa r una frase muy trillada... "no soy esa clase de chicas".

Se sentía mucho mejor ahora que había aclarado todo entre ellos. Se apoyó nuevamente contra la puerta de la empalizada.

-Bueno, ¿podemos bajar ahora y ver qué pasa en el natatorio?

-No creo que sea prudente que te vean conmigo -dijo Ramón, sarcástico-; puede hacerte sentir avergonzada frente a tus "amigos exitosos y socialmente aceptables".

Katie miró por sobre los hombros a ese hombre alto que la miraba por encima de su aristocrática nariz, los ojos duros cargados de ironía y altivez.

-Ramón, sólo porque yo me comporte como una mula caprichosa, no significa que tú debas hacer lo mismo. Por favor, ¿vienes conmigo a la piscina?

Al mirarla, Ramón no pudo evitar que una sonrisa se dibujara en su rostro. Sin pronunciar una palabra, estiró la mano y le abrió la puerta.

Tal como Katie había pensado, la piscina olímpica era un caos total. Se estaban disputando simultáneamente cuatro partidos de waterpolo y todos los participantes gritaban y chapoteaban al mismo tiempo. Por todas partes había chicas en bikini y hombres en diminutas trusas de baño, tendidos sobre toallones y reposeras de cara al sol, con los cuerpos lustrosos por los bronceadores. Por todas partes latas de cerveza y radios portátiles. Una música estridente rugía desde los altoparlantes del club.

Katie se dirigió hasta una mesa bajo una sombrilla y sacó una silla de aluminio.

-¿Que te parece la inauguración de una piscina norteamericana? -le preguntó, mientras él se sentaba

a su lado.

-Interesante -respondió indiferente, y recorrió el colorido pandemónium con una mirada enigmática.

-¡Hola, Katie! -la llamó Karen.

Salió de la pileta como una sirena encantada, con su cuerpo voluptuoso brillante' por el agua que caía sobre él. Karen estaba acompañada, como de costumbre, por dos admiradores, pagados a ella como sanguijuelas. Se acercaron a Katie y Ramón.

-Conoces a Don y Brad, ¿verdad? -dijo Karen, señalando con indolencia a los dos hombres, también inquilinos de los departamentos.

Katie los conocía casi tanto como Karen. Por eso se sintió algo sorprendida por la pregunta. Pero pronto se dio cuenta de que, en realidad, a Karen no le importaba quién conocía a quién, siempre que ella le presentara a Ramón.

Katie hizo las presentaciones con inexplicable desgano. Trató de no advertir la cálida admiración en la sonrisa fulgurante de Ramón cuando le presentó a Karen, y la respuesta de ésta, en el destello de sus ojos verdes, al estrecharle la mano.

-¿Por qué no se cambian y vienen a nadar con nosotros? -les sugirió, sin dejar de mirar a Ramón--. Además, deberían quedarse, porque al atardecer vamos a tener una gran fiesta.

-Ramón no trajo ropa de baño -se excusó rápidamente Katie.

-No hay problema. Brad le puede prestar un short o un slip, ¿no es cierto, Brad? -respondió Karen con astucia.

Fue ésa la primera vez que apartó los ojos de Ramón desde que salió de la pileta.

Brad, que desde hacía casi un año perseguía apasionadamente a Karen, parecía estar pensando en si no sería mejor comprarle a Ramón un boleto de ida para que se fuera de la ciudad. Pero secundó la proposición

con amabilidad. ¿Y cómo podría haberlo evitado?

Pocos hombres se atrevían anegarle algo a Karen, cuya sola mirada prometía tantas cosas en recompensa. Era de la misma altura que Katie, un metro sesenta

y cinco, pero había tal sensualidad en sus cabellos oscuros y en las curvas de su cuerpo, que la hacían parecer una fruta de pasionaria lista para ser arrancada. Aunque sólo por el hombre que ella eligiera. La independencia que se reflejaba en sus rasgados ojos verdes dejaba bien en claro que era dueña absoluta de sus elecciones. Y por la forma en que Karen observó a Ramón cuando él se iba con Brad para cambiarse, Katie no tuvo dudas de que ella

lo había elegido. -¿Dónde lo conociste? -susurró Karen, casi con reverencia-. Se parece a un Adonis griego... ¿o Adonis era rubio? Bueno... de todos modos parece un dios griego de cabellos negros.

Katie reprimió el impulso perverso de enfriar el interés de Karen por Ramón, informándole que era un labriego español de cabellos negros.

-Lo conocí el viernes a la noche en Canyon Inn dijo en cambio.

-¿En serio? No lo vi allí, y sería casi imposible no haberlo notado. ¿A qué se dedica, aparte de lucir tan sexy y espléndido?

-Él... -titubeó- está en el negocio del transporte... camiones, en realidad -agregó para evitarle a Ramón cualquier posible penuria.

-¿En serio? -dijo Karen sin esperar respuesta y mirando interrogante a- Katie-. ¿Es de tu reserva privada, o se puede tomar una muestra?

Katie no pudo evitar sonreír ante la cruda franqueza de Karen.

-¿Cambiaría las cosas si fuera de rni reserva privada?

-Tú sabes que sí. Somos amigas. Si a ti te interesa, me hago a un lado. jamás intentaría quitártelo.

Era extraño, pero Karie sabía que hablaba en serio. Karen poseía una ética personal: no le robaba un hombre a sus amigas. No obstante, le irritaba que Karen supusiera automáticamente que podía robarle a Ramón a menos que decidiera no hacerlo por su peculiar sentido de la amistad.

-Tómalo -dijo con una indiferencia que no sentía en absoluto-. Si lo quieres, es todo tuyo. Ahora voy a casa a cambiarme de ropa.

Mientras se ponía el bikini en el departamento, Katie se enojó consigo misma por no decirle a Karen que dejara en paz a Ramón. Y estaba igualmente enojada porque, de una manera o de otra, se sentía inquieta. Y también algo deprimida por la sincera admiración que había visto en la expresión de Ramón al contemplar la figura espléndida de Karen envuelta en su bikini.

Ya en traje de baño, Katie se paró frente al espejo, estudiando su aspecto con ojos críticos. El azul brillante del bikini revelaba una figura en todo su esplendor, desde la plenitud de sus pechos, la estrechez de la cintura y las curvas de las caderas hasta las piernas largas y bien formadas. Enfadada, pensó que debía de ser la única mujer que podía parecer fríamente decente hasta cuando estaba casi desnuda.

Los hombres silbaban con admiración a las chicas como Karen Wilson, pero se quedaban mirando en silencio a Katie Connelly. El orgullo sereno de la curva de su barbilla y la gracia natural con que se movía siempre la hacían parecer vagamente ausente, y Katie se sentía impotente para cambiar esa imagen, aunque lo deseara... cosa que por lo general no era así.

Muy raras veces se le acercaban los hombres que no la conocían, excepto, claro, en los bares para solteros. Ella no parecía accesible. Por lo general, los hombres echaban una mirada a su cutis sin impurezas y a sus claros ojos azules y, más que sex appeal, veían en ella una belleza clásica. Descontaban que se mantendría lejana, intocable, y la trataban con contenida admiración. Para cuando llegaban a conocerla lo suficiente para darse cuenta de que era fundamentalmente cálida y cordial, con un indomable sentido del

humor, también la conocían lo suficiente como para no pretender más de lo que ella estaba dispuesta a dar.

Hablaban y reían con ella y le pedían citas, pero sus insinuaciones sexuales eran por lo general verbales, no físicas. Insinuaciones dichas con suavidad, que Katie ignoraba con una sonrisa sutil.

Katie cepilló la mata de cabellos ondulados, sacudió rápidamente la cabeza de un lado a otro para volverlos al estilo informal y despeinado, y echó una última mirada al espejo.

Cuando llegó a la zona de la pileta, encontró a Ramón tendido en una reposera, junto a tres muchachas que habían extendido sus toallas sobre el piso de cemento al borde de la

piscina. Estaban sentadas allí, coqueteando descaradamente con él. Al otro lado, sentada bajo la sombrilla, se hallaba Karen con Brad y Don.

-¿Puedo unirme a tu harén, Ramón? -bromeó Katie con una débil sonrisa, y se paró frente a él. Cuando él alzó los ojos para mirarla, una sonrisa indolente y devastadora se dibujó en su rostro bronceado. Ágil, rodó sobre sí y se incorporó para ofrecerle la codiciada reposera. Katie suspiró para sus adentros, aliviada. Bien podía haber ido envuelta en un abrigo, porque ni una sola vez la mirada de Ramón fue más abajo de su cuello.

Él se sentó a la mesa con Karen y los otros dos hombres.

Tratando de no hacer caso de sus sentimientos encontrados, Katie empezó a pasarse aceite bronceador por las piernas.

-Soy muy hábil para eso, Katie -dijo Don, sonriendo-. ¿Necesitas ayuda?

Katie lo miró con una sonrisa forzada. -Mis piernas no son tan largas -Se excusó.

A diferencia de Brad, Don no estaba tan obsesionado con Karen, y en los últimos meses Katie había sentido que, si le daba un mínima aliento, fácilmente derivaría su interés hacia ella. En medio del proceso de aceitarse el brazo izquierdo, oyó que Karen decía:

-Ramón, Katie me dijo que estás en el negocio del transporte.

-¡Ah!... ¿Eso te dijo?

Ramón arrastró las palabras con sarcasmo suficiente como para que Katie interrumpiera lo que estaba haciendo y lo mirara. Él se había reclinado en la silla, con un cigarro entre los dientes blancos y los ojos penetrantes fijos en ella. Se sonrojó y apartó rápidamente la mirada.

Unos instantes después, Karen hizo todo lo posible para llevarlo a nadar con ella, pero se encontró con un firme aunque amable rechazo.

-¿Sabes nadar? -le preguntó Katie, cuando los demás se habían ido.

-Puerto Rico es una isla, Katie-respondió tajante-. De un lado el océano Atlántico, del otro el Caribe. Tenemos agua de sobra para nadar.

Katie lo miró ceñuda. Desde que la había besado en el departamento, percibió que se había operado una sutil transferencia de poder. Hasta entonces, ella se había sentido segura y dueña del control de la relación. Ahora se sentía confusa y extrañamente vulnerable, mientras que a Ramón se lo veía decidido y muy seguro de sí.

-Yo sólo quería ofrecerme para enseñarte a nadar, en caso de que no supieras -dijo, encogiéndose de hombros-. No es necesario que me dictes una clase

sobre la geografía de Puerto Rico.

Él no hizo caso del reproche implícito. -Si tienes ganas de nadar -dijo-, vamos a nadar.

A Katie se le congeló el aliento cuando él se incorporó y se quedó mirándola, apenas cubierto con el short blanco de Brad. Era un metro noventa de espléndida masculinidad, de hombros anchos y caderas estrechas, con los músculos firmes de un atleta y el pecho cubierto por una tenue capa de vello negro. Cuando Katie se paró, se preocupó por mantener los ojos fijos en el medallón de plata que colgaba de una cadena alrededor del cuello.

Desconcertada y turbada por la forma en que ese cuerpo bronceado la inquietaba, Katie no lo miró a los ojos hasta que se dio cuenta de que él no tenía la menor . intención de darle paso. Cuando por fin alzó los ojos, él dijo:

-Pienso que tú también luces muy hermosa. Una sonrisa espontánea se dibujó en los labios de

Katie.

-No creí que lo hubieras notado -dijo mientras iban hacia la pileta.

-No creí que quisieras que te mirara.

-Pero sí mirabas a Karen -se oyó decir Katie.

Sacudió la cabeza, turbada, y se retractó. -No quise decir eso.

-No -se burló él, divertido-. Estoy seguro de que no quisiste decirlo.

Katie se quedó flotando en la parte más honda de la pileta. Prefería olvidar todo ese intercambio de palabras. Buceó, cortando el agua con movimientos impecables y graciosos y Ramón llegó enseguida a su lado y se puso a la par de las brazadas vigorosas de Katie con

tanta facilidad que no pudo menos que admirarlo. Nadaron juntos veinte largos, antes de que Katie se quedara parada en la parte baja y siguiera mirando a Ramón, que nadó diez largos más.

Ramón se sumergió, buceando con estilo impecable, y desapareció de su vista. Katie emitió un chillido cuando sintió que unas manos tiraban de sus pics y la arrastraban hasta al fondo. Cuando por fin pudo salir a la superficie, boqueaba en busca de aire y los ojos le ardían por el cloro.

-Eso fue una chiquillada-dijo con fingida severidad, mientras Ramón se echaba hacia atrás los

ondulados cabellos negros y le sonreía-. Una chiquillada, casi tanto como... ¡esto!

Partió el agua con una fuerte palmada, lo salpicó en la cara y después se zambulló para escapar a las represalias. Siguió una sesión de quince minutos de risas, zambullidas y carreras, al cabo de los cuales Katie estaba sin aliento y exhausta.

Katie apoyó las manos sobre el borde de la pileta, salió, trotó hasta la reposera y le alcanzó a Ramón la toalla que había llevado para él.

-Tu juego es demasiado brusco -lo regañó de buen talante, mientras se inclinaba a un costado y exprimía los cabellos largos y abundantes.

Ramón se puso la toalla alrededor del cuello y se quedó mirándola, con las manos en jarra sobre las caderas y el pecho palpitante por el ejercicio.

-Podría ser tan suave contigo como tú lo desearas -dijo casi en un susurro.

Katie sintió que se derretía por dentro ante el sentido que adivinó en sus palabras. Casi segura de que él se refiría a hacerle el amor, se echó boca abajo en la reposera y escondió la cabeza entre los brazos. La piel se le electrizó al sentir el frío del bronceador en aerosol que Ramón le echó en la espalda. Enseguida se sentó junto a ella. Se puso tensa mientras él le pasaba las manos por la espalda, suavemente, arriba y abajo, masajeando rítmicamente para extender el aceite bronceador sobre la piel satinada.

-¿Desabrocho el corpiño? -le preguntó. -Ni lo pienses -le advirtió Katie.

Cuando las manos de él se movieron hacia los hombros y los pulgares hacían círculos justo debajo de su nuca, Katie respiraba con dificultad y sentía que cada pulgada de su piel cobraba vida ahí dónde él pasaba las manos.

-¿Te estoy inquietando, Katie? -preguntó en un susurro ronco.

-Tú sabes que sí -respondió con un murmullo sordo, aunque hubiera preferido callar.

Oyó su risita contenida y satisfecha y giró la cabeza para el otro lado.

-Lo estás haciendo a propósito y me pones nerviosa.

-En ese caso te dejaré descansar -respondió él. Se levantó de la reposera y se alejó unos metros. Katie trató de no preguntarse qué estaría haciendo, y cerró con fuerza los ojos ante el sol resplandeciente del atardecer.

De vez en cuando oía su voz profunda seguida por risotadas femeninas, o a alguno de los hombres que le decía algo. No había dudas de que caía bien en ese ambiente, pensó Katie. ¿Y por qué no?, pensó melancólica. En ese lugar, el único requisito para ganar popularidad con el sexo opuesto era tener un cuerpo atractivo, de preferencia combinado con un rostro agradable, y, si se trataba de un hombre, trabajar en un buen empleo. Katie, con su inocente mentira, le

había proporcionado a Ramón el último requisito.

¿Qué pasaba con ella?, se preguntó Katie, pensativa. No tenía ninguna razón para quejarse. A pesar de los ocasionales ataques de descontento que sufría en los últimos tiempos, cuando su mundo parecía estar poblado por personas falsas y superficiales, ella disfrutaba de las chanzas inteligentes que intercambiaba con los hombres confiados y seguros que conocía. Le gusta

ba tener bonitos vestidos y un hermoso departamento, y ser objeto de tanta admiración masculina. Disfrutaba de la compañía de los hombres, aunque evitaba escrupulosamente intimar con ellos, porque sus deseos físicos nunca eran más fuertes que la necesidad

imperiosa de conservar lo que le quedaba de orgullo y dignidad después de la experiencia traumática con David.

Rob podría haber sido cl único otro hombre a quien ella le habría permitido hacerle el amor. Pero, afortunadamente, antes de que ello sucediera había descubierto que era casado. Algún día aparecería el hombre indicado y entonces no se reservaría nada. El hombre indicado, no cualquier hombre. Katie Connelly no estaba dispuesta, en ninguña circunstancia, a encontrarse un día sentada, junto á una piscina o en algún bar, en compañía de tres o cuatro hombres que conocieran íntimamente su cuerpo. Sabía que eso les sucedía con frecuencia a otras mujeres, pero a Katie le parecía una idea degradante y repulsiva.

-¡Eh, Katie, despierta y date vuelta! -le ordenó Don.

Katie parpadeó, sorprendida por haberse quedado dormida, y giró, obediente, sobre la espalda.

-Son casi las seis. Brad y yo iremos a comprar pizza y algunas cervezas para la pequeña fiesta de esta noche. ¿Quieres que traiga algo más fuerte para ti y para Ramón?

¿Había alguna burla en la manera en que pronunció el nombre Ramón? Katie frunció la nariz y miró a su sonriente admirador.

-¿Más fuerte que la pizza de Mama Romano?

¡No, Dios no lo permita!

Miró a su alrededor buscando a Ramón y lo vio avanzar hacia ella, con Karen a un lado y otra mujer al otro. Puso el mayor cuidado en disimular el ridículo arrebato de celos que sentía.

-Vainos a tener una fiestita esta noche -le dijo a Ramón-, con baile y esas cosas. ¿Te gustaría

quedarte con nosotros?

-Por supuesto que le gustaría, Katie-se apresuró a contestar Karen en nombre de Ramón.

-Entonces está bien también para mí-dijo Katie, encogiéndose de hombros.

Ella disfrutaría la fiesta con sus amigos y Ramón podría disfrutarla con Karen y con cualquier otra que eligiera.

A las nueve y media de esa noche habían devorado toda la comida y bebido varias cajas de cerveza e innumerables botellas de licor. La piscina estaba iluminada y el agua tenía un tornasolado resplandor verde. De los altavoces salía una estridente música disco. A Katie le encantaba bailar y durante casi una hora lo había hecho con diferentes compañeros. Entonces vio a Ramón parado, alejado del bullicio, una figura solitaria apoyada sobre la cerca que rodeaba la pileta, con los ojos fijos en la distancia. Su silueta se recortaba contra la profunda oscuridad de la noche, cl único contraste lo marcaba la banda blanca del short de baño. Parecía estar muy lejos de todo y también, de alguna manera, solitario.

Katie se le acercó por detrás y le puso una mano sobre el brazo.

-¿Ramón? -dijo ansiosa.

Él se volvió lentamente y la miró sonriendo. Era evidente que el contacto de su mano le complacía. Ella la retiró.

-¿Por qué estás aquí, tan solo?

-Necesitaba escapar del ruido para poder pensar. ¿Nunca sientes necesidad de estar sola?

-Sí -admitió ella-, pero por lo general no en medio de una fiesta.

-No necesitamos estar aquí en fiesta -señaló él con toda intención.

El corazón le dio un pequeño brinco pero se apresuró a disimularlo.

-¿No tienes ganas de bailar?

Él apuntó con la cabeza hacia los altoparlantes, de los que salía música de Neil Diamond.

-Cuando bailo me gusta sentir a una mujer entre mis brazos -respondió-. Además, tendría que hacer cola para tener el privilegio de bailar contigo.

-Ramón, ¿sabes bailar? -insistió.

Convencida de que era probable que no supiera, estaba a punto de ofrecerse a enseñarle.

Ramón arrojó lejos el cigarro, que en su vuelo describió una incandescente curva roja en el aire y le respondió con tono seco.

-Sí, Katie, sé bailar, sé nadar, sé anudar-los cordones de mis zapatos. Tengo un ligero acento, que para ti parece significar que soy atrasado e ignorante,:

pero que muchas mujeres encuentran muy atractivo. Katie se puso tiesa de ira, levantó la barbilla, lo miró directamente a los ojos y, esforzándose por mostrarse serena y formal, le dijo:

-¡Vete al diablo!

Giró sobre sus talones, resuelta a irse. Entonces se estremeció, sorprendida, cuando la mano de Ramón se cerró alrededor de su brazo, obligándola a girar para mirarlo a los ojos.

-Nunca más vuelvas a hablarme en ese tono. Y no maldigas. No va con tu estilo.

El tono de su voz delataba una profunda irritación.

-Yo te hablo en el tono que quiero -explotó Katie-. Y si todas las demás mujeres te encuentran

tan irresistiblemente atractivo, ¡quédate con ellas!

Ramón miró esos tormentosos ojos azules y el bello rostro orgulloso, y una contenida sonrisa de admiración se dibujó en su semblante.

-¡Qué pequeña cascarrabias eres! Y cuando estás enojada...

-No soy una pequeña nada -lo interrumpió con vehemencia-. Y mido un metro sesenta y cinco. Y si estabas por decir que soy hermosa cuando estoy enojada... te lo advierto... me reiré en tu cara. Los hombres son poco imaginativos; siempre les dicen eso a las mujeres, tal vez porque lo oyeron en alguna ridícula película vieja y...

-Katie... -susurró Ramón, mientras sus labios firmes y sensuales se acercaban a los de ella-, tú eres hermosa cuando estás enojada. Y si te ríes te arrojaré a la pileta.

Todo el sistema nervioso de Katie se estremeció cuando los labios cálidos cubrieron los suyos con un beso prolongado. Ramón alzó la cabeza, le rodeó la cintura con el brazo, atrajo hacia él el cuerpo que ya no le ofrecía resistencia y cuando empezó a sonar una música romántica lenta la condujo hacia donde bailaban los demás.

Mientras bailaban, Ramón le susurraba algo al oído pero Katie no entendía las palabras que le decía.

Estaba demasiado perturbada por la sensación increíblemente excitante que le producían las piernas y los muslos desnudos en estrecho contacto con los suyos, moviéndose juntos al ritmo de la música lenta. Se sentía invadida por un deseo que anulaba su capacidad de resistencia. Quería alzar la cabeza y sentir esa boca buscando la suya, como lo había hecho en el departamento. Quería sentirse aprisionada por esos brazos fuertes y que él la transportara al mismo dulce y salvaje abandono al que la había llevado antes.

Cerró los ojos, resignada a admitir la verdad.

Aunque hacía apenas cuarenta y ocho horas que lo conocía, deseaba que Ramón le hiciera el amor esa noche. Lo deseaba con tanto fervor, que se sentía excitada y asombrada al mismo tiempo... pero al menos podía comprender la atracción física que sentía por él. Lo que no podía entender, y la asustaba, era esa fuerza extraña, magnética, que la arrastraba a vivir una aventura con él. Algunas veces, cuando él le hablaba con esa voz profunda y dominante, o la

miraba con esos penetrantes ojos negros, Katie sentía como si él le extendiera los brazos e inexorablemente la acercara más y más a él.

Katie expulsó esos pensamientos de su mente.

Sería desastroso enamorarse de Ramón. Ambos eran irremediablemente incompatibles. Él era orgulloso, pobre y dominador, mientras que ella era también orgullosa, pero demasiado rica para él e independiente por naturaleza. Cualquier relación entre ellos sólo podría terminar en dolor y resentimiento.

Como la mujer inteligente y sensible que era, Katie decidió que la mejor manera de evitar el peligro de la atracción que Ramón ejercía sobre ella era evitarlo. Por el resto de la

velada se quedaría lo más lejos posible de él y después de esa noche se negaría terminantemente a volver a verlo. Así de sencillo. Salvo que, cuando sintió que sus labios le rozaban primero las sienes y después la frente, Katie casi se olvidó de que era inteligente y sensible y estuvo a punto de alzar la cara y ofrecerle la boca para recibir el beso ardiente que, no tenía dudas, él le daría.

Katie se desprendió de sus brazos en el mismo instante en que cesó la música. Espontánea y sin dejar de sonreír, enfrentó la mirada interrogante de Ramón y dijo jovial:

-¿Por qué no te unes a los demás y te diviertes? Te veré más tarde.

En la siguiente hora y media Katie coqueteó con cada uno de los hombres que conocía y también con algunos que no conocía. Se prodigaba con su más deslumbrante encanto social y allí donde iba la seguían los hombres, listos para bailar, nadar, beber o enamorarla, tratando de complacer hasta sus mínimos deseos. Rio y bebió y bailó... y en todo momento notó que Ramón parecía haber seguido su consejo, ya que lo estaba pasando muy bien con, por lo menos, cuatro mujeres. En especial con Karen, que en ningún momento se apartó de su lado.

-Katie, salgamos de aquí... vamos a otro lugar más tranquilo -le susurró Don.

Katie sentía el aliento cálido en el oído mientras se movían al compás de la música disco.

-Odio los lugares tranquilos -contestó.

Siguió bailando suelta y tropezó con las piernas de Brad, que, sorprendido pero no disgustado, de pronto la vio sentada sobre sus rodillas.

-Brad también odia los lugares tranquilos, ¿no es verdad?

-Seguro -dijo Brad maliciosamente-. Mejor vamos a mi departamento y hagamos ruido en privado.

Katie no le prestó atención. Con el rabillo del ojo miraba a Karen, que bailaba con Ramón, con los dos brazos alrededor del cuello y moviendo con sensualidad el cuerpo contra el de él. Sea lo que fuere que Karen le estaba diciendo, con seguridad era algo divertido porque Ramón, sonriente hasta entonces, de pronto echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Katie se sintió absurdamente herida por la facilidad con que la había abandonado. Redoblando los esfuerzos por mostrarse alegre, se levantó y obligó a Brad a hacer lo mismo.

-Párate, haragán, y baila conmigo.

Brad dejó la lata de cerveza, pasó un brazo por

sobre los hombros de Katie y se mezclaron con los demás bailarines. De pronto, la aprisionó en un fuerte

abrazo.

-¿Qué diablos se te metió en la cabeza? -le preguntó al oído-. Nunca te vi actuar de esta manera.

Katie no contestó porque estaba buscando ansiosamente a Ramón y a Karen, que, como comprobó muy pronto, no estaban por ninguna parte. El corazón le estallaba. Ramón se había ido con Karen.

Cuando al cabo de media hora no habían regresado, Katie abandonó toda pretensión de divertirse. Ya sea que bailara o hablara, sentía que un nudo doloroso le apretaba el estómago y no podía dejar de escudriñar entre los cuerpos que bailaban o caminaban, tratando de descubrir la silueta alta de Ramón.

Katie no era la única que había notado la dcsaparición de Karen y Ramón. Una vez más bailaba con Brad, ignorándolo por completo mientras estiraba el cuello en busca de la pareja ausente.

-Por una absurda casualidad, no estarás loca por ese sucio hispano que Karen se llevó a su departamento, ¿no? -se burló Brad, despectivo:

-¡No lo llames así! -dijo Katie, furiosa, apartándose de sus brazos.

Había lágrimas en sus ojos cuando se dio vuelta y se abrió paso entre las parejas que bailaban.

Justo detrás de ella, sonó una voz autoritaria. -¿Dónde vas?

Katie se volvió y encaró a Ramón, con los puños apretados contra las piernas.

-¿Adonde has estado?

-¿Celosa? -preguntó Ramón, arqueando una ceja.

-Sabes... -dijo ella, casi agarrotada-, ¡no creo que ni siquiera me gustes!

-A mí tampoco me gustas mucho esta noche - respondió con franqueza Ramón, pero de pronto

suavizó la mirada-. Hay lágrimas en tus ojos. ¿Por qué?

-Porque... -murmuró furiosa-ese estúpido mal nacido te llamó sucio hispano.

Ramón se echó a reír y la tomó en sus brazos para bailar.

-¡Oh, Katie! -rio y le echó su aliento en los cabellos-. Sólo está enojado porque la mujer que desea fue a dar un paseo conmigo.

Katie echó la cabeza hacia atrás y lo miró a la cara. -¿Sólo fueron a dar un paseo?

La risa se desvaneció del semblante de Ramón. -Sólo un paseo. Nada más.

La apretó con fuerza y la retuvo bien cerca de él mientras se movían al compás de la música.

Katie apoyó la mejilla contra la fuerza protectora de su pecho y se entregó al deleite que le causaban las manos que le acariciaban los hombros y la espalda desnudos, después se deslizaban hacia abajo, presionando la columna para obligar a su cuerpo flexible a entrar en íntimo contacto con las líneas firmes de sus piernas y muslos. Le puso una mano en la nuca, la acarició suavemente y de pronto la cerró con fuerza, dominante. Katie tomó aliento, temblorosa, y alzó obediente la cabeza para recibir su beso. Ramón hundió la mano en sus cabellos sedosos, haciéndola prisionera del apetito impetuoso de su boca.

Cuando por fin se apartó, Ramón respiraba agitado. El pulso de Katie latía descontrolado y la sangre se le agolpaba en los oídos. Se quedó mirándolo a los ojos.

-Creo que me estoy asustando mucho -dijo temblando.

-Lo sé, querida -dijo él, suave-. Todo está sucediendo demasiado rápido para ti.

-¿Qué quiere decir "querida"? -Querida... mi amor...

Katie cerró los ojos, respiró hondo y, sin fuerzas, volvió a apoyarse contra su pecho.

_¿Cuánto tiempo te quedarás en St. Luis, antes de volver a Puerto Rico?

La respuesta tardó en llegar.

-Puedo quedarme hasta el domingo, una semana más a partir de hoy. Pero no más. Hasta entonces pasaremos juntos todos los días.

Katie se sentía demasiado contrariada para tratar siquiera de ocultarlo.

-No podremos. Mañana debo asistir á una reunión en casa de mis padres. El martes estoy libre, pero el miércoles debo volver a la oficina.

Vió que él estaba a punto de protestar y, como también ella deseaba pasar a su lado el máximo

posible del tiempo que les quedaba, dijo:

-¿Te gustaría acompañarme mañana a casa de mis padres?

Él parecía sentirse incómodo y Katie recobró una cierta cordura.

-Es probable que no sea una buena idea. Ellos no te gustarán y tú no les gustarás a ellos.

-¿Porque ellos son ricos y yo no? -preguntó con una débil sonrisa-. Puede que me gusten, a pesar de su riqueza. Nunca se sabe.

Katie sonrió por la forma en que, adrede, él planteó el problema al revés. Ramón la estrechó entre sus bracos y la apretó fuerte contra su cuerpo. Tenía una sonrisa muy atractiva, que suavizaba la reciedumbre de su belleza viril y le daba un aspecto casi aniñado. -¿Regresamos a mi departamento? -dijo Katie. Ramón asintió y Katie fue a recoger sus cosas, mientras él servía whisky en dos vasos de cartón, agregaba hielo y agua, y después cruzaba hasta donde

ella lo esperaba.

Cuando llegaron al pequeño patio cerrado, Katie se sorprendió al ver que, en lugar de entrar en el departamento, Ramón dejó los dos vasos sobre la mesita ubicada entre las dos

reposeras de madera de pino y se tendió sobre una de ellas. De alguna manera, ella descontaba que él trataría de continuar la conversación en la cama.

Con sentimientos encontrados de decepción y alivio, se tendió, hecha un ovillo, en la otra reposera y se volvió hacia él. Ramón encendió un cigarro. El incandescente punto rojo era lo único visible en la oscuridad.

-Cuéntame sobre tus padres, Katie.

Katie se dio fuerzas con un buen trago de whisky. -Para los parámetros de la mayoría de la gente, se puede decir que son muy ricos. Pero no siempre lo fueron. Hasta hace diez años, mi padre tenía un almacén de comestibles, modesto, nada fuera de lo común. Entonces convenció al banco de que le dieran crédito para abrir un supermercado lujoso. La cosa funcionó muy bien y después de ése abrió otros veinte. ¿Nunca pasaste por algún supermercado moderno con el nombre "Connelly" en el frente?

-Creo que sí.

-Bien, es el nuestro. Hace cuatro años mi padre se asoció al country club de Forest Oaks. No es tan prestigioso como el Old Warson o el St. Louis, pero a los socios de Forest Oaks les gusta creer que lo es y mi padre construyó la casa más grande en los terrenos del club, justo al lado del campo de golf.

-Yo te pregunto por tus padres y tú me hablas de su dinero. ¿Cómo son ellos... como personas?

Katie trató de ser sincera y objetiva.

-Me quieren mucho. Mi madre juega al golf y mi padre trabaja sin cesar. Creo que lo más importante para ellos, aparte de sus hijos, es tener una casa espléndida, una mucama, dos Mercedes, y pertenecer al country club. Papá es apuesto para sus cincuenta y ocho años, y mi madre siempre luce estupenda.

-¿Tienes hermanos y hermanas?

-Un hermano y una hermana. Yo soy la menor.

Maureen, mi hermana, tiene treinta años y está casada. Papá nombró vicepresidente de Connelly Corporation al esposo de ella, que está impaciente por hacerse cargo de la compañía cuando papá se retire.

Mi hermano, Mark, tiene veinticinco años y es muy agradable. No es, ni de lejos, tan ambicioso y codicioso como Maureen, que se pasa la vida angustiada ante la perspectiva de que, cuando papá se retire, Mark pueda recibir una parte mayor del negocio familiar de la que ella y el esposo pretenden. Y ahora que conoces lo peor, ¿quieres acompañarme mañana? También

estarán allí muchos de los amigos y vecinos de mis padres. Y son bastante parecidos a ellos.

Ramón apagó el cigarro y apoyó la cabeza en la reposera con un gesto de cansancio.

-¿Tú quieres que vaya? -preguntó.

-Sí -contestó enfática-, aunque reconozco que es egoísta de mi parte, porque mi hermana te mirará por encima de la nariz si se entera de lo que haces para vivir. En cuanto a mi hermano Mark, es probable que se esfuerce tanto por demostrarte que no es como Maureen, que te fastidiará aún más.

-¿Y tú qué harás, Katie? -preguntó con esa voz profunda, aterciopelada, que ella empezaba a adorar. -Bueno... yo... en realidad no lo sé.

-Entonces creo que debo ir contigo para poder averiguarlo.

Dejó el vaso sobre la mesa y se levantó.

Katie, adivinando que quería irse, le propuso que se quedara a tomar un café, por la simple razón de que no podía soportar la idea de que se fuera. Preparó el café, lo llevó al living en una pequeña bandeja y se sentó junto a él en el sofá. Tomaron el café en medio de un largo y cada vez más incómodo silencio, que Katie se sentía incapaz de romper o comprender.

Estudió el perfil recio que se recortaba contra la luz difusa de la única lámpara encendida.

-¿En qué piensas? -le preguntó por fin.

-En ti -dijo Ramón casi con rudeza-. ¿Para ti también son importantes las cosas que son importantes para tus padres?

-Algunas de ellas sí, supongo -admitió Katie. -¿Qué tan importantes?

-¿En comparación con qué?

-En comparación con esto -susurró con pasión salvaje.

Unió su boca a la de ella y con la lengua la obligó a abrir los labios. La besó con pasión y, sin aflojar el abrazo, la derribó sobre el sofá y se echó sobre ella, cubriéndola con su cuerpo.

Katie emitió un gemido de protesta. Ramón suavizó sus besos y empezó un irresistible juego erótico de seducción, que muy pronto tuvo a Katie agitándose debajo de él con un deseo voraz. Enredaba la lengua con la de ella, retrocedía, la hundía, la retiraba lentamente cuando ella trataba de retenerla, hasta que los labios abiertos de Katie buscaron salvajemente los suyos, perdida como estaba ante ese beso devastador. Cuando él intentó levantar la cabeza, ella la retuvo con su mano, tratando de no separar las bocas. Entonces gimió, excitada de placer, cuando él bajó de un tirón el corpiño del bikini, dejando libres sus pechos y deslizando la boca hasta los pezones rosados. Con exasperante lentitud él empezó a succionar con tuerza, primero uno, después el otro, hasta que Katie quedó reducida a un estado de deseo incontrolable y doloroso.

Ramón se apoyó con todo su peso sobre las manos, se incorporó levemente para acariciar con su mirada los ojos encendidos de pasión, los pechos turgentes, los pezones duros y erguidos por las caricias de su lengua, sus labios y sus dientes.

-Tócame, Katie -rogó con voz ronca.

Con las puntas de los dedos, Katie empezó a acariciar lentamente los músculos fuertes de su pecho y vio cómo, por reflejo, se retraían y después se aflojaban.

-Eres hermoso -murmuró.

Hizo vagar sus manos abiertas por el vello áspero del pecho bronceado, por los hombros anchos, por cada una de las fibras de los músculos de los brazos. -Los hombres no son hermosos.

Ramón intentó bromear, pero su voz sonó pesada, embotada por el efecto que las caricias de Katie estaban causando en él.

-Tú lo eres. De la misma manera en que son hermosos los océanos y las montañas -insistió ella. Sin pensarlo, dejó que las puntas de los dedos siguieran la línea de vello oscuro que se iba estrechando hasta desaparecer debajo del cinturón de elástico del short blanco de baño.

-¡No! -ordenó Ramón.

Katie detuvo cl movimiento de la mano y lo miró a la cara, ofuscada por la lucha que estaba librando por controlar su pasión.

-Eres hermoso y eres fuerte -le susurró ella, casi metiéndose en su aliento ardiente-, pero también eres gentil. Creo que eres el hombre más gentil que jamás he conocido... y ni siquiera sé por qué pienso de esta manera.

-¡Oh, Dios! -gimió Ramón, ya totalmente descontrolado.

Su boca se apoderó de la de ella con una pasión tan irrefrenable, que se sintió arrastrada por una marejada de deseo. Ramón hundió las manos en los cabellos abundantes de Katie, mientras le mantenía inmóvil la cabeza bajo la interminable embestida de sus labios.

Katie se sentía extasiada al sentir el palpitar de su virilidad erecta presionándola íntimamente. Entonces, cuando él empezó a mover lentamente en círculos las caderas contra las suyas, gimió con ardiente deseo.

-Deséame -le ordenó él con voz ronca-. Deséame más de lo que deseas las cosas que se pueden comprar con dinero. Deséame tanto como te deseo yo.

Katie casi sollozaba de placer. Entonces él se apartó de pronto de ella, se sentó, apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos. Ella notó su respiración agitada y después de unos minutos se acomodó la ropa, se pasó una mano temblorosa por el pelo desordenado y se sentó. Rechazada y herida, se corrió hasta el otro extremo del sofá y recogió las piernas debajo de los muslos.

-Katie. -La voz de él sonó fría y áspera.

Lo miró con cautela. Todavía tenía la cabeza reclinada sobre el sofá y los ojos cerrados.

-No quise decirte esto mientras te tenía en mis brazos y los dos estábamos locos de deseo. Ni siquiera tuve intención de decirte esto alguna vez. Sin embargo, desde la primera noche supe que antes de irme te lo diría...

El corazón de Katie dejó de latir. Él le iba a decir que era casado y ella... ella se pondría histérica.

-Quiero que vengas a Puerto Rico conmigo. -¿Qué? -apenas pudo susurrar.

-Quiero que te cases conmigo.

Katie abrió la boca, pero pasaron algunos segundos antes de que pudiera pronunciar una palabra. -Yo ... no puedo. No podría. Aquí tengo mi trabajo... y mi familia... y mis amigos... todos están aquí. Éste es mi lugar, aquí pertenezco...

Él giró la cabeza y prácticamente la perforó con la mirada.

-No -dijo irritado-, tú no perteneces aquí. Te observé la primera vez que te vi en el bar. Y te observé esta noche. A ti ni siquiera te gustan estas, personas, no formas parte de ellas.

Él vio la aprensión creciente en sus ojos inmensamente abiertos y le extendió los brazos.

-Ven -dijo en voz baja-. Ahora quiero tenerte entre mis brazos.

Demasiado aturdida para hacer otra cosa que no fuera obedecer, Katie se deslizó sobre el sofá y se refugió en el acogedor abrazo, apoyando la cabeza sobre los hombros de Ramón.

-Hay pureza en ti -agregó Ramón con dulzura-, una pureza que te hace diferente de toda esa

gente que tú llamas tus amigos.

Katie meneó lentamente la cabeza.

-En realidad, tú ni siquiera me conoces. No puedes estar hablando en serio al pedirme que me case contigo.

Ramón la tomó suavemente de la barbilla, obligándola a mirarlo a la cara, mientras él contemplaba absorto los brillantes ojos azules.

-Te conocí desde el mismo momento en que arrojaste al suelo la flor que te traje y enseguida casi te echas a llorar de vergüenza por lo que habías hecho.

Y, por otra parte, tengo treinta y cuatro años: sé exactamente lo que quiero. -Unió los labios a los de ella, callándola con un beso. -Cásate conmigo, Katie -susurró.

-¿No podrías... no podrías quedarte en los Estados Unidos... en St. Louis... para que pudiéramos conocernos mejor? Tal vez entonces, después...

-No -respondió él con absoluta determinación-. No puedo.

Se puso de pie y Katie lo imitó.

-No me contestes ahora. Todavía tienes tiempo para decidirte. -Miró el pequeño reloj que estaba junto a la lámpara. -Es tarde. Debo vestirme y después tengo que atender un asunto esta noche. ¿A qué hora paso a buscarte para ir a casa de tus padres?

Katie le dijo una hora, totalmente desconcertada. -¡Ah! -agregó-, creo que mi madre dijo que

habrá un asado, de modo que podemos ir con ropa informal.

Cuando Ramón se fue, Katie levantó mecánicamente las tazas de café, apagó la lámpara y se desvistió para acostarse.

Se tendió en la cama, se quedó mirando el techo y trató de asimilar todo lo que acababa de suceder.

¡Ramón quería que se casara con él y que lo acómpañara a Puerto Rico! Era imposible, estaba absolutamente fuera de discusión. Demasiado pronto para considerar siquiera tal posibilidad.

¿Demasiado pronto para considerarlo? Aun si Ramón le daba tiempo, ¿lo consideraría, en realidad?

Escondió la cabeza en la almohada. Todavía podía sentir las manos que la acariciaban con tan intensa ternura y la boca que buscaba la suya con avidez y pasión. Ningún hombre había conseguido hacerla sentir tan viva como él, y dudaba de que cualquier otro pudiera lograrlo jamás. En Ramón había puro instinto, no una técnica sexual aprendida. Era un don natural en él, hacer el amor con esa sensualidad tan posesiva, dominante. Él era, por naturaleza y cultura,

un macho dominante.

Curioso, pensó Katie, pero le había gustado sentirse dominada por él. Incluso se había sentido excitada ante la manera en que horas antes le había ordenado ir a sus brazos con un tranquilo: "Ven aquí, Katie". ¡Y sin embargo era tan dulce!

Katie cerró los ojos, tratando de pensar con mayor claridad. Si Ramón le daba tiempo, ¿era posible que se casara con él? ¡Terminantemente no!, respondió su cerebro con sensatez. Tal vez..., le susurró el corazón.

¿Por qué -se preguntó-, por qué debía siquiera considerar la idea de casarse con él? La respuesta se encontraba en esa extraña sensación que a veces la embargaba cuando reían juntos y hablaban... una sensación inexplicable de que, en lo emocional, se complementaban a la perfección. Una sensación de que algo profundo dentro de él se proyectaba hacia ella y encontraba la respuesta oportuna en su interior. Ese fuerte, magnético impulso que parecía, lenta e inexorablemente, acercarlos más y más uno al otro.

Ante ese pensamiento, la mente lógica de Katie empezó a batallar con sus emociones. Si era tan loca como para casarse con Ramón, él pretendería que ella viviera sólo de los ingresos de él. Eso querría decir que, en realidad, ella no se sentía muy feliz al vivir como una princesa norteamericana, como lo había hecho hasta ahora.

Él era el típico machista español. Sin embargo, todos sus instintos le decían que era un hombre sensible, capaz de la mayor dulzura y de la mayor fuerza...

Katie casi gimió en voz alta ante el apuro en que se encontraba. Cerró los ojos y cuando por fin cayó en un sueño profundo, ni la lógica ni los sentimientos habían ganado la batalla.

CAPITULO CINCO

La mañana siguiente, Katie esperó a Ramón en un estado de creciente aprensión, tan preocupada por aparecerse con él en la fiesta de sus padres, que ni siquiera podía meditar sobre el problema mayor que le había creado su propuesta de matrimonio.

Las posibilidades de que esa fiesta terminara en un desastre eran infinitas. Para Katie no era importante que a su familia le gustara Ramón; tampoco permitiría que la opinión que ellos tuvieran de él influyera en su decisión final de acompañarlo a Puerto Rico. Amaba a su familia, pero se consideraba lo bastante adulta como para tomar sus propias decisiones. Pero lo que si temía era que su familia pudiera decir algo que humillara a Ramón. Su hermana, Maureen, era unís presumida insoportable que, con un gran sentido de la oportunidad, había olvidado que los Connelly no siempre habían sido ricos. Si llegaba a descubrir que Ramón era un simple trabajador del campo que manejaba un camión de reparto, Maureen era capaz de desairarlo frente a una casa llena de gente, para acentuar de esa manera su propia superioridad social.

Katie sabía que sus padres tratarían a Ramón con la misma cortesía que mostraban hacia cualquier otro huésped de la casa, sin importarles a qué se dedicaba para vivir... siempre que

no tuvieran alguna sospecha de que entre Katie y él había algo más que una amistad superficial. De imaginar que Ramón quería casarse con ella, eran capaces de tratarlo con un desprecio tan glacial, que lo rebajarían al nivel de un trepador parásito social. Y delante de todos sus invitados. En el mismo momento que descubrieran que no tenía medios para mantener el estilo y el nivel de vida de Katie, Ramón sería descalificado como futuro yerno y, de considerarlo necesario, no titubearían en dejar perfectamente en claro su posición.

Ramón llegó puntualmente a las tres y media.

Katie lo recibió con su sonrisa más optimista, que tal vez logró engañarlo durante dos segundos. Pero enseguida la tomó en sus brazos, le levantó la barbilla y la miró a los ojos.

-Katie, no vamos a estar frente a un pelotón de fusilamiento-le dijo, serio-. Sólo frente a tu familia.

Le dio un beso dulce, tranquilizador, y cuando la liberó del abrazo, de alguna manera Katie se sintió mucho más confiada. Ese sentimiento seguía acompañándola cuando, treinta minutos después, el auto pasó debajo del arco de piedra del Forest Oaks Country Club y se detuvo frente a la casa de sus padres.

Situada al final del camino privado, sobre una superficie de dos hectáreas de césped impecablemente cortado, la mansión colonial de los Connelly, con sus columnas blancas y su amplio camino circular, era una estructura verdaderamente imponente. Katie estaba ansiosa por descubrir alguna reacción en Ramón, pero él echó apenas una mirada rápida a la casa, como si hubiera visto miles como ésa, y dio la vuelta al auto para ayudarla a bajar.

Cuando estaban a mitad de camino del sinuoso sendero de piedras que conducía a las puertas macizas de entrada, Ramón todavía no había hecho ningún comentario. Algún impulso diabólico hizo que Katie lo mirara de costado y le sonriera con suficiencia.

-Y bien -dijo-, ¿qué opinas?

Metió las manos en los bolsillos traseros de su jean de marca y dio aún cuatro pasos al frente. Entonces se dio cuenta de que Ramón no sólo no había contestado, sino que se había quedado parado.

Al darse vuelta, descubrió que era ella el objeto de un examen minucioso. Con una chispa juguetona en los ojos, la mirada de Ramón vagaba lentamente desde el tope de los cabellos relucientes, se demoraba con toda intención en los labios y en la plenitud de los pechos, después seguía escrupulosamente la hermosa curvatura de la cintura, las caderas y los muslos, seguía por las piernas largas y bien torneadas, se detenía en las sandalias y entonces volvía a subir y se detenía en la cara.

-Opino que tu sonrisa puede iluminar la oscuridad -dijo Ramón con toda solemnidad-, y que tu risa suena como una deliciosa melodía. Opino que tu cabello es como seda pesada que brilla a la luz del sol.

Katie se quedó allí, inmóvil, hipnotizada por esa voz profunda, mientras una ola cálida le corría por las venas.

-Opino que tienes los ojos más azules que jamás haya visto y me gusta cómo brillan cuando te sientes feliz o se nublan de deseo cuando estás en mis brazos.

Sus labios se iluminaron con una sonrisa maliciosa al mirar otra vez los pechos de Katie, resaltados por la actitud involuntariamente provocativa que había adoptado al mantener las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

-Y me gusta cómo te quedan esos pantalones.

Pero si no sacas ya mismo las manos de los bolsillos, te llevaré de vuelta al auto, así yo también puedo poner mis manos en ellos.

Katie sacó lentamente las manos de los bolsillos, consciente del hechizo sensual que emanaba de él y del que ella quería librarse... al menos en ese momento.

-Yo me refería... -dijo con voz ronca-. ¿Qué opinas de la casa?

Él miró en esa dirección y sacudió la cabeza. -Como salida de Lo que el viento se llevó. Katie hizo sonar la campanilla de entrada y oyó su magnífico repiqueteo por sobre las voces y las risas que venían del interior.

--¡Katie, mi amor! -La madre la saludó con un abrazo rápido.-Entra, ya llegaron todos los demás. Le sonrió a Ramón, que estaba parado al lado de su hija y le extendió amablemente la mano cuando Katie se lo presentó.

-Nos da mucho gusto tenerlo aquí, señor Galverra -dijo con absoluta corrección.

Con igual corrección, Ramón respondió que estaba encantado de hallarse allí. Katie, que inexplicablemente había contenido el aliento, sintió que disminuía su tensión interior.

Cuando la madre se excusó para ir a controlar a los mozos, Katie guió a Ramón por la casa hasta que salieron a un hermoso jardín. Allí habían dispuesto un bar para atender a los invitados, que, en pequeños grupos, reían y charlaban.

Lo que Katie había creído que sería un asado era, en realidad, un cóctel al que seguiría una cena formal para treinta personas. Resultaba obvio que Ramón era el único hombre que llevaba jeans,y Katie pensó que se lo veía fantástico. Con una sonrisa de orgullo, notó que no era la única mujer que pensaba que Ramón era magnífico. Varias de las amigas de su madre admiraban abiertamente al hombre alto de cabellos oscuros que la acompañaba y que iba con ella de un grupo a otro, saludando a todos con amabilidad.

Katie lo presentó a los amigos y vecinos de sus padres que ella conocía, observando cómo Ramón conquistaba a las mujeres con su radiante sonrisa y su sereno encanto. Estaba preparada para eso. Para lo que no estaba preparada era para ver que él se integraría tan bien con los hombres presentes, todos ellos prósperos hombres de negocios del lugar. Era evidente que, en alguna etapa del pasado, Ramón había adquirido ese lustre social y esos modales finos, corteses, sin ninguna afectación. Katie se sentía gratamente sorprendida al verlo. Se lo veía muy cómodo en medio de esos bebedores de Martini, perfectamente capaz de conversar sobre cualquier tema, desde deportes a política nacional e internacional. Sobre todo política internacional, observó Katie.

-Estás muy bien informado sobre los asuntos internacionales -comentó Katie en un momento que se quedaron a solas.

-Sé leer, Katie -respondió con una velada sonrisa.

Al adivinar un cierto reproche en sus palabras, Katie miró a otra parte. Como si presintiera la siguiente pregunta, Ramón se apresuró a agregar:

-Esta reunión no es muy diferente de cualquier otra. Cada vez que los hombres se reúnen a beber unas copas, tienden a hablar de negocios, si es que están en el mismo ramo. Si no, discuten sobre deportes o sobre política o sobre asuntos internacionales. Esto es igual en cualquier circunstancia y lugar.

Katie no estaba del todo satisfecha con esa respuesta, pero prefirió cambiar de tema. Al menos por el momento.

-¡Creo que estoy celosa! -comentó riendo un rato después, cuando una matrona de cuarenta y cinco años, acompañada de dos hijas grandes, monopolizó a Ramón durante largos diez minutos.

-No te pongas celosa --dijo Ramón.

Sonó tan despreocupado y divertido, que Katie pensó que debía de estar acostumbrado a la admiración lisonjera de las mujeres.

-No te preocupes; perderán todo interés en mí en cuanto se enteren de que soy un simple agricultor.

Lamentablemente, eso no era del todo cierto, como Katie pudo comprobar dos horas más tarde, para su gran desconsuelo. Estaban todos sentados en

el amplio comedor, frente a la mesa lujosamente arreglada, disfrutando de una cena exquisita, cuando la hermana de Katie hizo una pregunta desde el otro extremo de la larguísima mesa.

-¿A qué se dedica, señor Galverra?

Katie tuvo la incómoda sensación de que alrededor de la mesa cesaba de pronto el tintineo de los cubiertos de plata sobre la porcelana inglesa y se interrumpía toda conversación.

-Está en el negocio de camiones... y comestibles -improvisó rápido Katie, antes de que Ramón pudiera contestar.

-¿Camiones? Maureen.

-¿Cuál es la manera posible en ese negocio? - preguntó Katie, evasiva, dirigiendo a su hermana una mirada furibunda.

-¿Dijiste comestibles? -intervino el señor Connelly, mirando con interés-. ¿Mayorista o mino

rista?

-Mayorista -se apresuró Katie, impidiendo una vez más que Ramón contestara.

Ramón, sentado a su lado, se inclinó muy cerca de ella, esbozó su sonrisa más encantadora y le dijo en voz baja y furiosa:

-Cállate, Katie, o tu padre pensará que no sé hablar.

-¿Mayorista? -rumió el señor Connelly desde la cabecera de la mesa. Él siempre estaba deseoso de hablar sobre el negocio de comestibles. -¿En qué etapa... la distribución?

-No, en cultivo -contestó Ramón, sereno.

Por debajo de la mcsa palmeó la mano helada de Katie, en silenciosa expresión de disculpa por la forma ¿De qué manera? –persistió en que le había hablado.

-Producción en gran escala, me imagino dijo el padre-. ¿En qué magnitud?

-Es una hacienda pequeña que apenas se autoabastece -dijo Ramón, sin dejar de cortar, con toda calma, un trozo de ternera.

-¿Quiere decir que es un simple agricultor? - preguntó Maureen, con contenido desdén-. ¿En Missouri?

-No, en Puerto Rico.

El hermano de Katie, Mark, creyó oportuno cambíar el cariz que estaba tomando la conversación' e intervino con la sutileza de un saltador de garrocha sin garrocha.

-La semana pasada estuve hablando con Jake Masters y me dijo que una vez, en un cargamento de ananás de Puerto Rico, encontró una araña del tamaño de...

Uno de los invitados, al que no le interesaban las arañas, interrumpió el ridículo monólogo de Mark.

-¿Galverra es un apellido común entre los españoles? Leí algo sobre un Galverra, pero no puedo recordar el nombre de pila.

Katie sintió, más que vio, la tensión de Ramón.

-Es un apellido bastante común -contestó-, y mi nombre de pila lo es mucho más.

Katie, al querer dedicar a Ramón una sonrisa comprensiva y alentadora, se cruzó con una mirada de indisimulado disgusto de su madre. Sintió que el nudo del estómago se le apretaba aún más.

A la hora de irse, el estómago de Katie estaba totalmente revuelto. Sus padres se mostraron corteses al despedirlos en el vestíbulo de entrada, pero Katie percibió una especulación mezquina en los ojos de su madre cuando miraba a Ramón, y, sin decir nada en realidad, se las ingenió para transmitir a Katie e indudablemente a Ramón- que ni él ni su relación con Katie contaban con su aprobación.

Para empeorar aún más las cosas, cuando Ramón y Katie se disponían a retirarse, el hijo de siete años de Maureen se colgó de su falda y proclamó bien fuerte para que todos lo oyeran

-¡Mami, ese hombre habla raro!

Ya en el auto, Ramón inauejó pensativo y en silencio. Xatie se animó a hablar recién cuando estaban cerca del complejo de departamentos.

-Lamento haberte dicho que te pusieras unos vaqueros. Podría jurar que, hace dos semanas, mi madre me dijo que organizaría un asado.

-No tiene ninguna importancia -dijo Ramón-. La gente vale por lo que es, no por la vestimenta. -Lamento mucho la forma en que se comportó Maureen -se disculpó Katie una vez más.

-Ya deja de decir que lo lamentas, Katie. Ninguna persona puede disculparse por los actos de otra. Es ridículo intentarlo.

-Lo sé, pero mi hermana es tan antipática... y mis padres...

-Te quieren mucho - completó Ramón la frase por ella-. Quieren verte feliz, con un futuro asegurado y con todas las cosas que puede comprar el dinero. Desgraciadamente, como todos los padres, ellos creen que serás feliz sólo si tienes un futuro seguro. Y que en caso contrario no lo serás.

Katie estaba asombrada por la defensa que hacía de sus padres. Una vez dentro del departamento, se volvió hacia él, estudiando su semblante oscuro e inescrutable.

-¿Qué clase de hombre eres? -preguntó-. ¿Quién eres? Defiendes a mis padres, aun sabiendo que si decido ir contigo a Puerto Rico ellos harán hasta lo imposible por evitarlo. Sólo te mostraste divertido, pero no impresionado, por la gente que conociste esta noche y por el tamaño de la casa de mis padres. Hablas inglés con acento, pero tu vocabulario es mucho mejor que el de la mayoría de los hombres que conozco y que tienen un título universitario. ¿Quién eres tú, Ramón?

Él le puso las manos sobre los hombros y habló con serenidad.

-Soy el hombre que quiere apartarte de todo lo que conoces y de la gente que te ama. Soy el hombre que quiere llevarte a un país extraño donde tú, no yo, tendrá la desventaja del idioma. Soy el hombre que quiere llevarte a vivir en la cabaña donde nació, una cabaña con cuatro habitaciones limpias, pero nada más que eso. Soy el hombre que sabe que es un egoísta al querer hacer todo eso, pero que sin embargo tratará con todas sus fuerzas de hacerlo.

-¿Por qué? -susurró Katie.

Ramón inclinó la cabeza y le rozó los labios con los suyos.

-Porque estoy convencido de que puedo hacerte más feliz de lo que jamás puedas haber soñado.

Conmovida por el suave contacto de esa boca, Katie trató de seguir la lógica de Ramón.

-¿Pero cómo podría ser feliz viviendo en una cabaña primitiva, donde no conozco a nadie ni puedo hablar con nadie, aun si lo quisiera?

-Te lo diré después -le respondió de pronto, sonriente-. Porque hoy traje mi propio traje de baño.

-Yo... ¿Quieres nadar? -tartamudeó Katie, desconcertada.

La sonrisa de Ramón era decididamente codiciosa. -Quiero verte con la menor cantidad posible de ropa. Y el lugar más seguro para eso, para los dos, es ahí abajo en la piscina.

Con más alivio que decepción, Katie fue al dormitorio a cambiarse. Se desvistió rápidamente y se puso un impactante bikini amarillo brillante. Se estudió en el espejo con una sonrisa complacida. Era el traje de baño más escaso que jamás había tenido: apenas dos tiritas angostas de tela. que revelaban cada curva de su cuerpo. Hasta ahora nunca había tenido valor para usarlo, pero ése era el día apropiado. Le parecía muy bien que Ramón, aunque en forma arbitraria, hubiera decidido mantener la distancia, pero ella, con toda alevosía, quería hacérselo lo más difícil posible. Se cepilló los cabellos para que lucieran bien lustrosos y salió del dormitorio en el mismo momento que él salía del baño. Se había puesto un slip negro ajustado que resaltaba su magnífico físico de tal manera que Katie sintió la boca reseca.

La reacción de Ramón, sin embargo, fue menos entusiasta. Sus ojos negros literalmente rastrillaron todo su cuerpo, desde la cabeza a los pies.

-Cámbiate -dijo tajante.

Katie nunca antes le había oído un tono de voz tan duro. Un segundo después agregó, ahora más suave:

-Por favor, cámbiate.

-No -contestó Katie con firmeza-. No me cambiaré. ¿Por qué debería hacerlo?

-Porque yo te lo pido.

-Tú me lo ordenaste. Y eso no me gustó.

-Ahora te lo pido -insistió Ramón, implacable-. Por favor, cámbiate ese bikini.

Katie le dirigió una mirada desafiante. -Voy a ir con este bikini a la pileta. -Entonces no voy contigo.

Katie se sintió de pronto ridículamente desnuda y culpó a Ramón por esa humillación. Fue a su dormitorio, se quitó ese bikini y se puso uno verde. Entonces volvió al living -Gracias -dijo Ramón, sereno.

Katie estaba demasiado enojada como para hablar. Abrió con fuerza la puerta de vidrio del patio, salió precipitada, cruzó la empalizada y bajó a la piscina. Estaba casi desierta. Evidentemente, la mayoría de los inquilinos estaban pasando el día con sus familias. Katie se tendió, seductora, en la reposera más cercana a la parte honda de la pileta, ignorando a Ramón, que no dejaba de mirarla, parado frente a ella con los brazos en jarras.

-¿Vas a nadar? -preguntó Ramón.

Katie negó con la cabeza y los dientes apretados.' Ramón se sentó en una silla frente a ella, encendió uno de esos cigarros muy finos que parecía preferir y se inclinó hacia adelante, tomándose las rodillas con las manos.

-Katie, escúchame.

-No quiero escucharte. Muchas de las cosas que dices no me gustan.

-De cualquier manera me escucharás.

Katie giró la cabeza hacia él con tanta rapidez que sus largos cabellos le cayeron en cascada sobre los hombros.

-Ramón, es la segunda vez esta noche que me has dicho lo que tengo que hacer, prácticamente me lo has ordenado. Y no me gusta. Si yo hubiera estado dispuesta a casarme contigo, que no lo he estado en ningún momento, estos últimos veinte minutos me habrían hecho cambiar de idea.

Se puso de pie, gozando la sensación de estar en un plano más elevado que él, al menos físicamente.

-En obsequio de lo que queda de nuestra velada, nuestra última velada juntos, nadaré. Porque estoy segura de que será lo próximo que me ordenarás.

Enojada, dio tres trancos largos y se zambulló en la pileta. Unos segundos después oyó muy cerca de ella el impacto del cuerpo de Ramón contra el agua. Katie nadó tan rápido como le fue posible, pero en realidad no le sorprendió que Ramón la alcanzara con toda facilidad, ni tampoco que la tomara por la fuerza, apretándola contra su cuerpo.

-Hay otras cuatro personas en esta piscina, Ramón. ¡Ahora suéltame, antes de que grite pidiendo ayuda!

-Katie, ¿quieres callarte y dejarme...? -Ya pasó tu oportunidad. ¡Perdiste! -¡Maldición! -exclamó enfurecido.

Le hundió la mano en los cabellos de la nuca, los tomó con fuerza para obligarla a echar la cabeza hacia atrás y la besó con pasión.

Más furiosa que nunca, Katie torció la cabeza y se limpió la boca con la palma de la mano.

-¡No me gustó! -Tampoco a mí escúchame.

-No veo que tenga otra opción. hacer pie en el fondo.

Ramón pasó por alto ese comentario.

-Katie, tu bikini era muy hermoso y el verte con él me quitó el aliento. Si me escuchas, te explicaré por qué no quiero que lo uses. Anoche, más de uno de los hombres que viven aquí me preguntó si pensaba llegar a algo con su "virgen vestal". Así te llamaron.

-¿Ellos qué? -balbuceó Katie con irrefrenable disgusto.

-Te llamaron así porque todos ellos te desean y ninguno pudo tenerte.

-Apostaría a que eso te sorprendió -dijo con amargura-. No hay duda de que pensaste que quien vistiera ese bikini tan provocativo...

-Me hizo sentir muy orgulloso -la interrumpió. Katie ya había oído suficiente. Se apartó de él poniéndole una mano sobre el pecho.

-Y bien, lamento decepcionarte... porque sé lo orgulloso que eres... pero no soy virgen.

Katie vio en la tensión de las mandíbulas el efecto que le produjo su aclaración. Pero él no hizo ningún comentario.

-Hasta ahora -dijo en cambio-, ellos te han tratado con respeto, como a una hermosa hermana menor. Pero si te apareces con esas dos tiritas, las más -respondió él-. Por favor, Ni siquiera puedo pequeñas que he visto en mi vida y que tú pretendes llamar "traje de baño"... después de eso te perseguirán como una jauría de perros detrás de una hembra en celo.

-¡Me importa un bledo lo que ellos piensen! Y... -le advirtió amenazante cuando él quiso abrir la boca-, ¡si vas a decirme que no maldiga, te cruzaré la cara con una bofetada!

Él la soltó y Katie nadó hasta la escalera y salió de la pileta. Se detuvo junto a la reposera apenas lo suficiente para tomar la toalla y volvió sola al departamento. Una vez adentro, pensó en echar llave a la puerta, pero la ropa de Ramón estaba todavía allí. Entonces sólo cerró la puerta de su dormitorio.

Media hora más tarde, cuando ella ya se había bañado y acostado, Ramón golpeó a la puerta. Katie sabía perfectamente que si le abría le daría oportunidad de tomarla en sus brazos y en menos de dos minutos él la tendría derretida y doblegada, porque su cuerpo se negaba a atender razones o enojos en lo que concernía a Ramón.

-Katie, deja ya de refunfuñar y abre la puerta. -Estoy segura de que conoces la salida -- dijo con frialdad-. Ahora quiero dormir.

Para reafirmar sus palabras, apagó la lámpara de la mesa de noche.

-Katie, por el amor de Dios, no nos hagas esto. -No hay ningún nos... --contestó. Entonces, porque en cierto modo le dolió haber dicho eso en voz alta, agregó: -Yo no sé por qué quieres casarte conmigo, pero sí conozco todas las razones por las cuales yo no puedo casarme contigo. Hablar sobre ellas no va a cambiar absolutamente nada. Por favor, vete. En serio, creo que es lo mejor para los dos.

Después de eso se hizo un silencio ominoso en el departamento. Katie esperó; pasaron cuarenta y cinco minutos antes de que, por fin, se animara a mirar el reloj. Entonces, en silencio y con cautela, abrió la puerta y recorrió el departamento. Ramón se había ido, había apagado todas las luces y cerrado la puerta. Ella volvió a la cama y se metió debajo de las sábanas frías, apiló dos almohadas bajo su cabeza y encendió la lámpara de junto a la cama.

¡Qué difícil le resultaba escapar! Bueno, no tan difícil... En realidad nunca había considerado la idea de casarse con Ramón. En sus brazos se había sentido transportada hasta el límite de su deseo sexual, pero eso era todo. Por suerte, ninguna mujer de su época y edad, incluida Katherine Connelly, necesitaba casarse para satisfacer sus apetitos sexuales. Ella simplemente deseaba a Ramón más de lo que jamás había deseado a nadie... ni siquiera a Rob.

Ese pensamiento sólo trajo más confusión a su mente. Tal vez había estado más cerca de rendirse de lo que pensaba. Después de todo, su trabajo no era tan gratificante como ella pretendía hacer creer; no se sentía plenamente satisfecha; los hombres que conocía parecían superficiales y e océntricos. Y Ramón era la antítesis de todos ellos. El complacía cada uno de sus caprichos; en el zoológico iba adonde ella quisiera; si se mostraba cansada, insistía en que se sentara a descansar; si ella dedicaba más que una mirada de paso a un puesto de alimentos, enseguida le preguntaba si tenía hambre o sed; si ella quería nadar, él nadaba; si quería bailar, él bailaba... En tanto pudiera tenerla entre sus brazos, se recordó a sí misma, contrariada.

Él tampoco permitiría que ella levantara una pequeña bolsa de comestibles o el maletín de fin de semana. Él no abría una puerta, entraba por ella y la soltaba con violencia en sus narices, como hacían muchos de los hombres que conocía y que después la miraban como diciendo: "Bien, las mujeres querían igualdad... abran sus propias puertas".

Katie sacudió la cabeza. ¿Qué pasaba con ella, que de pronto pensaba en casarse con un hombre sólo porque le llevaba una bolsa de comestibles y le abría las puertas? Pero en Ramón había mucho más que eso. El se sentía tan seguro de su propia hombría, que no. temía mostrarse gentil. Era seguro de sí y muy orgulloso, y sin embargo frente a ella parecía extrañamente vulnerable.

Los pensamientos de Katie tomaron otros carriles. Si Ramón había vivido casi en la pobreza, ¿cómo era posible que conociera tan a fondo los códigos de comportamiento social, como lo demostró durante la cena en casa de sus padres? Ni una sola vez había mostrado la menor inseguridad sobre qué cubierto debía usar con un plato determinado. Tampoco se había mostrado incómodo, ni por un segundo, entre los amigos opulentos de sus padres.

¿Por qué quería casarse con ella y no, simplemente, llevarla a la cama? La noche anterior cuando estaban en el sofá, él debió de haber sabido que ella estaba muy lejos de negarle nada. "Deséame tanto como yo te deseo", le había dicho e implorado. Y cuando Katie lo deseó tanto como él quería, se apartó de ella, volvió a sentarse, cerró los ojos e, imperturbable, le pidió que se casara con él. ¿Le había pedido que se casara con él en lugar de hacerle el amor, porque quizá pensaba que era virgen? Aun en esos tiempos de emancipación sexual, los latinos daban mucho valor a la virginidad. ¿Habría querido casarse con ella de haber sabido que no era virgen? Katie tenía serias dudas sobre ello, por lo que se sintió humillada y furiosa. Anoche, Ramón Galverra había sabido exactamente qué hacer para llevarla al pico máximo de excitación. ¡Y eso no lo había aprendido en los libros! ¿Quién se creía que era?

¡Él tampoco era virgen!

Apagó la luz y se dejó caer pesadamente sobre las almohadas. ¡Gracias a Dios que no había aceptado ir con él a Puerto Rico! Él insistiría en ser el jefe indiscutido de la casa; prácticamente así lo había expresado durante el picnic. Esperaba que su esposa cocinara y limpiara y viviera para atenderlo. Y, también, la tendría siempre "en chinelas y embarazada".

¡Vaya!, ninguna mujer norteamericana liberada en su sano juicio querría casarse con ese típico machista... un machista que sería exasperantemente sobreprotector... que trataría a su esposa como si estuviera hecha de frágil cristal... que trabajaría hasta caerse de cansancio para darle todo lo que ella deseara... que podía ser tan intensamente apasionado... y tan gentil...

CAPITULO SEIS

A la mañana siguiente, Katie se despertó ante el sonido insistente del teléfono junto a la cama. Buscó a tientas, levantó el auricular y lo apoyó sobre la almohada, bien pegado a su oreja. Oyó la voz de su madre antes de poder decir "hola".

-Katie querida, ¿quién diablos es ese hombre? -Ramón Galverra -contestó, con los ojos todavía cerrados.

-Ya sé su nombre. Tú nos lo dijiste. ¿Qué hace él contigo?

-¿Qué hace conmigo? tes-. Nada.

-¡Katie, no seas estúpida! Es obvio que ese hombre sabe que tienes dinero... que tenemos dinero. Tengo la sensación de que anda detrás de algo.

Vacilante, Katie trató de defender a Ramón. -No anda detrás del dinero. Está buscando una esposa.

Se hizo un silencio total. Cuando por fin volvió a oír la voz de su madre, cada una de las palabras estaba cargada de desprecio.

-¿Esc campesino portorriqueño está pensando seriamente en casarse contigo?

El tono agudo de la voz de su madre la volvió a la realidad.

-Español -la corrigió Katie. -¿Qué? -preguntó entre dientes-

-Dije que es español, no portorriqueño. En realidad es norteamericano.

-Katherine -la voz se volvía cada vez más impaciente-, ¿tú no estarás pensando, en tu loca fantasía, en casarte con ese hombre?

Titubeante, se sentó y dejó colgar las piernas a un costado de la cama.

-No lo creo así -dijo por fin.

-¿No lo crees así? Katherine, quédate ahí y no dejes que ese hombre se acerque a ti hasta que nosotros lleguemos. ¡Dios!, esto mataría a tu padre. Inmediatamente después del desayuno vamos para allá.

-¡No, no lo hagan! -dijo Katie, saliendo por fin de su adormecimiento-. Mamá, escúchame. Me despertaste y apenas puedo pensar con claridad, pero no hay nada por lo que debas preocuparte. No voy a casarme con Ramón. Incluso dudo que vuelva a verlo.

-Katherine, ¿estás segura? ¿No lo dices sólo para tranquilizarme?

-No, en serio que no.

-Está bien, mi amor. Pero si vuelve a acercarse a ti, llámanos y en treinta minutos estaremos contigo. -Mamá...

-Llámanos, Katie. Tu padre y yo te amamos y queremos protegerte. No tengas vergüenza de reconocer que no puedes enfrentar tú sola a ese español... o portorriqueño... o lo que sea.

Katie abrió la boca para argumentar que no necesitaba ser protegida de Ramón, pero cambió de idea. Su madre no le creería y ella no tenía ganas de discutir.

-De acuerdo -admitió con un suspiro-, si los necesito los llamaré.

¿Qué les estaba pasando a sus padres? Una media hora después de la conversación con su madre, mientras se vestía con unos pantalones de terciopelo amarillo y un top haciendo juego, Katie se repetía una y otra vez la pregunta. ¿Por qué tenían que pensar que

Ramón le haría daño o alguna otra cosa 'que la obligara a llamarlos pidiendo ayuda? Se peinó los cabellos hacia atrás para dejar la frente despejada y los sujetó en la nuca con una hebilla de carey; dio un toque de color a los labios y de rimel a las pestañas. Decidió que lo mejor para quitarse de la mente a Ramón y a sus padres sería salir a comprar cualquier cosa, algo trivial y caro.

Pero, tal como había temido que sucediera, mientras guardaba en el lavaplatos el servicio de café sonó el timbre del departamento. Sus padres, por supuesto. Habían terminado de desayunar y ahora venían a terminar, metafóricamente hablando, con Ramón.

Resignada, se dirigió al living y abrió la puerta. Dio un paso atrás, sorprendida, ante la silueta alta y delgada que bloqueaba la luz del sol.

-Yo... estaba a punto de salir... --dijo.

Sin hacer caso de la indirecta, Ramón entró en el departamento y cerró la puerta, con una sonrisa forzada en los labios.

-Por alguna razón sospeché que era justamente lo que harías.

Katie se quedó mirando esos rasgos recios y hermosos, impregnados de determinación, y esos hombros poderosos y erguidos. Frente a ese metro noventa de avasallante masculinidad y férrea voluntad, Katie optó por hacer una retirada estratégica para poner en orden sus pensamientos. Giró sobre sus talones y lo miró por sobre el hombro.

-Te traeré una taza dé café -ofreció.

Estaba sirviendo el café en la cocina, cuando Ramón la tomó de la cintura y la atrajo hacia sí. Katie sintió su aliento en los cabellos.

-No quiero café, Katie. - ---¿Alguna cosa para desayunar?

-No.

-¿Qué quieres, entonces?

-Vuélvete y te lo diré.

Katie sacudió la cabeza y se aferró con tal fuerza al borde de la mesada de fórmica, que los nudillos de los dedos se le pusieron blancos.

-Katie, yo no te dije la razón principal por la que no quise que usaras ese bikini... porque no me gusta admitirlo. Y a ti tampoco te va a gustar -Hizo una pausa y suspiró. -La verdad, la más pura verdad, es que estaba celoso... No quiero que nadie, excepto yo, vea tanto de tu hermoso cuerpo.

Katie tragó saliva. Sentía que se había quedado sin voz. Tenía miedo de darse vuelta y temblaba al sentir esa figura larga y musculosa tan cerca de su espalda y de sus piernas.

-Acepto tu explicación. Y tienes razón... no me gusta. Soy yo, y nadie más que yo, quien decide qué usar. Pero en realidad, nada de todo eso importa ya. Lamento haberme comportado de manera tan infantil anoche; debí haber salido para despedirte. Pero no puedo casarme contigo, Ramón. No funcionaría.

Confiaba en que él aceptaría sus argumentos, aunque debería haber sabido que estaba equivocada. Sintió que le tomaba los brazos y la abrazaba para, suave pero firmemente, obligarla a darse vuelta y mirarlo a la cara. Katie mantuvo los ojos fijos en el cuello bronceado que emergía de la camisa azul abierta.

-Mírame, querida.

Esa voz profunda y ronca que la llamaba querida lo logró. Lentamente y con mucha aprensión, alzó los ojos azules para mirarlo.

-Tú puedes casarte conmigo. Y funcionará. Yo haré que así sea.

-¡Hay una enorme brecha cultural entre nosotros! -exclamó Katie-. ¿Cómo es posible que pienses que tú puedes hacer que funcione?

él seguía mirándola fijo.

-Porque por las noches volveré a casa y te haré el amor hasta que me pidas a gritos que me detenga. Por las mañanas te dejaré con el sabor de mis besos en tus labios. Viviré para ti. Llenaré tus días de alegría y, si Dios nos envía pesares, te estrecharé entre mis brazos hasta que desaparezcan las lágrimas de tus ojos... y después te enseñaré a reír nuevamente.

Como hipnotizada, Katie se quedó mirando la boca sensual que se acercaba a la suya.

-Nos pelearíamos... -arguyó temblando. Él le rozó los labios con los suyos.

-Las peleas son sólo otra manera de preocuparse por el otro.

-Nosotros... nosotros no estaríamos de acuerdo en nada. Tú eres despótico y yo soy independiente. -Aprenderemos a transigir -dijo Ramón, sin despegar los labios de los de ella.

-No puede ser una sola persona la que lo dé todo. ¿Qué exigirías a cambio?

La estrechó en sus brazos.

-Nada más y nada menos de lo que tú me ofrezcas... Todo lo que tengas para dar, sin reservarte nada. Siempre.

Le cubrió la boca con la suya, separándole los labios para permitir la suave invasión de su lengua. Lo que para Katie empezó como un calor tibio se convirtió en fuego, estalló en llamas y la abrasó con una furia estremecedora. Se refugiaba en él, respondiendo con total abandono y avidez a sus besos apasionados y gimiendo suavemente ante la caricia de las manos sobre sus pechos henchidos.

-Nos pertenecemos. Díme que tú también lo sabes -le ordenó él en un susurro.

La mano se abrió paso debajo del cinturón elástico, la tomó de las nalgas y la apretó contra la dureza palpitante de su virilidad erecta.

-Nuestros cuerpos lo saben, Katie.

.. Prisionera entre la excitación salvaje que le producía su mano sobre la piel desnuda y la evidencia palpable de su deseo apretándose ardientemente contra ella, las débiles defensas de Katie se desmoronaron por completo. Le rodeó el cuello con los brazos, le acarició los hombros, los espesos cabellos negros, le hundió las uñas en los músculos de la espalda.

Casi sollozando apretó los labios entreabiertos contra los de él.

-Díme que nos pertenecemos -repitió él.

Las palabras apenas susurradas parecían resonar en toda la habitación y golpear con su eco en la pasión desenfrenada de Katie. Se echó hacia atrás y lo miró a los ojos.

Ramón clavó la mirada en el rosado febril que teñía la suave curva de sus mejillas, en el pánico que asomaba de los profundos ojos azules debajo de las pestañas. Apartó los mechones de cabello que le caían a los costados de la cara y se la tomó con las dos manos.

-No te asustes, querida -dijo suavemente-. Creo que no estás asustada por lo que está pasando entre nosotros, sino por la rapidez con que está sucediendo. -Le acarició las mejillas ardientes y agregó: -Haría cualquier cosa por darte más tiempo... pero no puedo. El próximo domingo tendremos que salir para Puerto Rico. Eso te dará cuatro días completos para

empacar tus cosas. En realidad yo había pensado en salir hace dos días... no puedo retrasar la partida más allá del domingo.

-Pero yo... mañana debo ir a trabajar -protestó Katie, aturdida.

-Sí. Para decirles que te vas a Puerto Rico y que ésta será tu última semana allí.

De todos los tremendos obstáculos que veía en la posibilidad real de casarse con Ramón, Katie se puso a reflexionar sobre lo menos importante: su trabajo. -No puedo, así como así, presentarme en la oficina y renunciar con sólo cuatro días de aviso. Se supone que debo avisar con dos semanas de anticipación, no con cuatro días. No puedo.

-Sí, Katie, puedes -dijo Ramón con serenidad. -Y además están mis padres... ¡Oh, no! ¡Tenemos que salir de aquí! -dijo con repentina urgencia-. Me había olvidado de ellos. Lo único que me falta es que aparezcan ahora aquí y te encuentren. Mi madre ya me hizo una llamada telefónica a "Katherine" esta mañana.

Con un movimiento atropellado, se liberó de los brazos de Ramón, lo llevó corriendo al living, tomó su cartera y no se detuvo hasta que estuvieron en el auto de él.

Mientras introducía la llave en el encendido del Buick, Ramón la miró de soslayo, sonriente. -¿Qué significa hacer "una llamada telefónica a Katherine" ? -preguntó divertido.

Katie observó la serena destreza con que manejaba y admiró sus largos dedos masculinos posados sobre el volante.

-Cuando mis padres me llaman Katherine, en lugar de Katie, eso quiere decir que han abierto el frente de batalla, que están tomando posiciones con su . artillería y que, a menos que yo enarbole rápidamente una bandera blanca, van a empezar a disparar.

Ramón la miró sonriente y Katie se tranquilizó. Cuando él subió la rampa de salida de la autopista y tomó la carretera 40 hacia el este, Katie preguntó: -¿Adonde vamos?

-Al Arco. Nunca tuve tiempo de verlo de cerca. -¡Turista! -bromeó Katie.

Pasaron el resto de la mañana y buena parte de la tarde comportándose, al menos en apariencia, como turistas comunes. Abordaron uno de los barcos de ruedas a paleta e hicieron un paseo corto por las tenebrosas aguas del Misisipí. Katie miraba ausente el escenario cambiante sobre el lado del río que daba a Illinois. Su mente era un torbellino de pensamientos incoherentes.

Ramón estaba apoyado contra la barandilla y observaba a Katie.

-¿Cuándo se lo dirás a tus padres?

Katie sintió que las manos se le empapaban de sudor ante ese solo pensamiento. Las restregó con fuerza contra los pantalones amarillos y meneó la cabeza.

-Todavía no lo decidí -contestó, deliberadamente ambigua sobre qué era lo que no había decidido.

Deambularon por las calles de piedra de Laclede's Landing cerca del cauce del río y se detuvieron en una pequeña taberna que vendía unos sandwiches que eran verdaderas obras de arte. Katie comió muy poco y se quedó mirando por la ventana a la multitud de empleados de oficina que iban a comer al Landing.

Ramón se echó atrás en la silla, con un cigarro entre los dientes, y miró a Katie a través de los ojos entrecerrados por el humo.

-¿Quieres que yo cstc presente cuándo se los digas?

-No pensé en ello.

Vagaron a lo largo de la alameda dominada por la imponente entrada del Arch. Katie actuó como una rutinaria guía de turismo, explicando que el Arco, con sus ciento noventa y dos metros, era el monumento más alto de los Estados Unidos. Después se quedó en silencio y miró, sin ver, hacia el río que corría frente a ellos. Sin destino fijo en su mente, caminó hasta los escalones que bajaban hasta el cauce del río y se sentó a pensar, aunque en realidad no se sentía capaz de pensar en nada.

Ramón se paró junto a ella, con un pie apoyado cerca de sus muslos y observándola.

-Cuanto más esperes para hablar con ellos, tanto más nerviosa te pondrás y más difícil te resultará hacerlo.

-¿Realmente querías subir al Arco? -preguntó, evasiva-. No sé si corre el tranvía, pero si así fuera, tengo entendido que la vista desde allí es fantástica. No puedo decirlo por propia experiencia... siempre tuve demasiado miedo a las alturas como para abrir los ojos.

-Katie, no queda demasiado tiempo. -Lo sé.

Caminaron de regreso al auto. Cuando iban por la calle Market , Katie sugirió que tal vez a él le gustaría tomar por el bulevar Lindell. Automáticamente, Ramón siguió sus indicaciones.

-¿Qué es eso? -preguntó él cuando tomaron Lindell hacia el oeste.

Katie alzó los ojos y miró a su derecha. -La catedral de St. Louis -explicó.

Ramón frenó bruscamente frente a la imponente estructura.

-¿Por qué diablos te detienes aquí? -preguntó Katie, sorprendida.

Ramón dio una media vuelta en su asiento y le pasó el brazo sobre los hombros.

-Nos quedan sólo unos pocos días antes de partir, con muchas decisiones por tomar y mucho que hacer. Yo te ayudaré a empacar y haré todo lo que pueda, pero no puedo hablar con tus padres por ti, ni puedo renunciar a tu trabajo en tu nombre.

-No, lo sé.

Con su mano libre le alzó suavemente la barbilla y la besó con infinita ternura.

-¿Pero por qué quieres entrar en una iglesia? -le preguntó Katie cuando él dio la vuelta al coche y le abrió la puerta.

-Es en las iglesias, por lo general, donde se pueden admirar las obras más hermosas de los artesanos de una época. No importa en qué lugar del mundo se encuentren.

Katie no creyó del todo que ésa fuera la razón, y sus nervios, ya irritados y tensos, se alteraron del todo cuando subieron el tramo de escalones de piedra que conducían a la catedral. Ramón abrió una de las pesadas puertas de madera tallada y dio un paso al costado para que ella entrara primero en la enorme y fría nave. Katie se sintió invadida instantáneamente por el recuerdo de velas encendidas y altares llenos de flores.

Ramón la tomó por el codo, sin darle otra alternativa que caminar a su lado por la nave central. Katie mantuvo los ojos fijos en la fila interminable de bancos, contempló los altísimos techos abovedados con sus espectaculares mosaicos que resplandecían de oro, y evitó en todo momento mirar el altar de mármol. Compulsivamentc evitó mirar hacia el altar. En el primer banco se arrodilló junto a Ramón. Se sintió como una intrusa indeseable, un fraude. Elevó los ojos hacia el altar y enseguida los cerró, mareada por el vértigo que la acometió. Dios no la quería allí, no de esa manera, no con Ramón. Era demasiado emocionante estar allí con él. Y un error imperdonable. Lo único que ella quería era su cuerpo, no su vida.

Ramón estaba de rodillas junto a ella y Katie tubo la terrible sensación de que estaba rezando. Incluso se sintió casi segura de qué estaba pidiendo en sus oraciones. Como si pudiera invalidar con el suyo ese ruego íntimo, Katie empezó a rezar rápido y sin coherencia, ya totalmente presa del pánico. "Por favor, por favor no lo escuches. No permitas que esto suceda. No permitas que se ocupe tanto de mí. Yo no puedo hacer lo que él quiere que haga. Sé que no puedo. No quiero hacerlo. Oh, Dios -gritó en silencio-, ¿me escuchas? ¿Alguna vez me escuchas?"

Katie se puso de pie. Casi no veía por las lágrimas que habían empañado sus ojos, y chocó contra el cuerpo de Ramón.

-¿Katie?

Lo dijo en voz baja, preocupada, cerca de sus oídos, y la tomó suavemente del brazo.

-Déjame ir, Ramón. ¡Por favor! ¡Tengo que salir de aquí! -Una vez afuera, se disculpó secándose las lágrimas yo ... no sé qué me sucedió ahí dentro.

Estaban parados sobre los escalones de la iglesia, bajo la luz brillante del sol. Katie miraba el tránsito que corría por el bulevar Lindell, todavía demasiado angustiada y turbada como para mirar a Ramón a los ojos.

-No había estado en una iglesia desde que me casé, -explicó.

Empezó a bajar los escalones y se detuvo ante el sonido de la voz sorprendida de Ramón.

--¿Tú has estado... casada antes? Katie asintió sin darse vuelta.

-Sí, hace dos años... cuando tenía veintiuno... el mismo mes en que me gradué en la universidad. Y me divorcié un año después.

Todavía le dolía admitirlo ante los demás. Bajó aún otros dos escalones y entonces se dio cuenta de que Ramón no la seguía. Giró la cabeza y vio que él la miraba con ojos duros, entrecerrados.

-¿Te casaste en la iglesia católica?

La sorprendió la dureza del tono de su voz, como también la aparente poca importancia de la pregunta. ¿Por qué le preocupaba más si se había casado por la iglesia católica, que el hecho real de que había estado casada? La respuesta la golpeó como un balde de agua helada, vigorizante pero doloroso. Ramón debía de ser católico. Su religión no le permitiría casarse con Katie si ella antes se había casado por la iglesia católica y después divorciado.

Dios había escuchado sus plegarias, pensó Katie con una mezcla de gratitud y culpa por el dolor que estaba a punto de causarle a Ramón con una mentira. Sí, ella se había divorciado, pero a David lo habían asesinado seis meses después, de modo que no existía ningún obstáculo valedero para que Ramón se casara con ella. Pero él ignoraba eso y Katie no iba a decírselo.

-Sí, me casé en la iglesia católica -dijo calmada. Apenas si se dio cuenta de que estaban nuevamente en el auto e iban hacia la autopista. Su mente estaba atrapada por el doloroso pasado. David, el hermoso y temperamental David, que necesitaba un medio para acallar los rumores sobre sus relaciones con la esposa del socio principal del estudio de abogados y también con varias clientas del estudio. Y ese medio lo había encontrado comprometiéndose en matrimonio con Katherine Connelly, voluptuosamente bella y dueña de una inteligencia exquisita y una conveniente ingenuidad. Aquellos que habían dado crédito a los rumores comprendieron que habían estado equivocados cuando la vieron a ella. Después de todo, ¿qué hombre en su sano juicio se enredaría con todas esas otras mujeres, teniendo a su lado a una mujer como Katie?

David Caldwell lo haría. Era abogado y ex jugador de fútbol en la universidad. Un hombre refinado, poseedor de un gran carisma y un ego que saciaba en las mujeres. Cada mujer que conocía era un desafío para él. Cada conquista sexual le demostraba que era mejor que los otros hombres. Era tan encantador... a menos que estuviera encolerizado. Encolerizado, se transformaba en un macho violento y brutal de noventa kilos.

El día que cumplieron seis meses de casados, Katie se tomó la tarde libre en su trabajo. Pasó por el supermercado para comprar algunos alimentos especiales y se fue al departamento, llena de planes para sorprender a David con una celebración. Cuando llegó, descubrió que David ya estaba "celebrando" con la muy atractiva y madura esposa del socio principal del estudio de abogados. Jamás en la vida podría olvidar el momento en que, desde la puerta del dormitorio, los vio juntos en su cama. Aún hoy el recuerdo le provocaba un profundo dolor... y náuseas.

Pero aún más doloroso era el recuerdo de la pesadilla que siguió.

Las heridas físicas que David le produjo esa noche sanaron bastante rápido; pero las emocionales quedaron como dolorosas cicatrices. Habían sanado, pero todavía eran muy sensibles.

Katie aún recordaba las llamadas telefónicas de David, en medio de la noche, después de que lo dejó. Primero le repetía que la amaba y le prometía que cambiaría; después, ante su actitud inflexible, la insultaba y la amenazaba con represalias brutales si ella se atrevía a decirle a alguien lo que él había hecho. Katie alentaba al menos la esperanza de llevar adelante el divorcio con dignidad. Pero también eso le había sido negado. El trámite de divorcio en sí fue tranquilo, sobre la base de diferencias irreconciliables, pero David no se quedó tranquilo. Aterrorizado ante la idea de que Katie pudiera hablar sobre su secreto, se

dedicó a difamarla, a manchar su reputación y la de su familia, ante todos y cada uno de los que lo oyeran. Dijo cosas tan viles y despreciables que la mayoría de las personas que lo escucharon le dieron vuelta la espalda o empezaron a dudar de su cordura. Pero Katie se sentía demasiado humillada y destruida como para tomar en cuenta esas actitudes.

Y entonces, un día, cuatro meses después del divorcio, se levantó del pozo de horror y desesperación en que se había hundido, se miró al espejo y dijo: "Katherine Elizabeth Connelly, ¿vas a permitir que David Caldwell arruine el resto de tu vida? ¿Realmente quieres darle esa satisfacción?"

Con los restos que le quedaban de su antiguo espíritu y valentía, se dio a la tarea de volver a juntar los pedazos de su vida. Cambió de trabajo, se fue de la casa de sus padres y se mudó a su propio departamento. Primero volvió su sonrisa y después la risa. Empezó a disfrutar nuevamente de la vida que el destino le había regalado. Y la vivió con una actitud decididamente cautelosa. Excepto que en algunas ocasiones se le ocurría que era demasiado superficial. ¡Tan terriblemente sin sentido, tan vacía!

-¿Quién? -preguntó Ramón a boca de jarro. Katie apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos.

-David Caldwell, un abogado. Estuvimos casados seis meses y nos divorciamos seis meses después de la separación.

-Háblame de él -dijo él, áspero.

-Detesto hablar de él. A decir verdad, detesto pensar en él.

-Háblame de él -insistió, resuelto.

Atrapada ahora en el pantano de los horrendos recuerdos de su matrimonio con David, y aterrorizada por la implacable insistencia de Ramón en casarse con ella, Katie se aferró a la única salida que podía imaginar en ese momento. aun cuando sentía desprecio por su propia cobardía, optó por engañar a Ramón, haciéndole creer que David todavía estaba vivo para, de una vez por todas, poner fin a toda otra discusión sobre acompañarlo a Puerto Rico y convertirse en su esposa. Puso el mayor empeño en hablar de David como si todavía viviera.

-No hay mucho qué decir sobre él. Tiene treinta y dos años, es moreno, alto y muy apuesto. De hecho, me recuerda a ti.

-Yo quiero saber por qué te divorciaste de él.

-Me divorcié porque lo despreciaba y porque le tenía miedo.

-¿Te amenazaba? -No, no me amenazaba. -¿Te golpeaba?

Ramón se mostraba furioso y asqueado. Katie estaba decidida a parecer desenvuelta, informal. -David decía que era para enseñarme buenos modales.

-¡¿Y yo te recuerdo a él?!

Sonó como que estaba próximo a explotar, y Katie se apresuró a tranquilizarlo.

-Sólo un poco, por el aspecto físico. Los dos tienen piel aceitunada, cabellos oscuros, ojos oscuros. David jugó al fútbol en la universidad y tú...-Le echó una mirada rápida y retrocedió alarmada al ver su expresión inflamada de ira-...Y tú pareces un jugador de tenis -concluyó tímidamente.

Cuando estacionaban frente a la puerta de su departamento, Katie comprendió que ése sería, sin duda, el último día que habían estado juntos. Si Ramón era un católico tan ferviente como se suponía que debían ser los españoles, no podría siquiera pensar en casarse con ella.

La idea de no volver a verlo nunca más le resultaba sorprendentemente dolorosa y Katie se sintió de pronto desolada y desamparada. Quería prolongar las horas para poder pasar más tiempo con él. Pero no a solas... no donde él pudiera tomarla en sus brazos y en menos de cinco minutos tenerla inflamada de deseo y confesándole todo. Porque entonces se hallaría exacr tamente en la misma situación que una hora antes. Atrapada.

Ramón la acompañó hasta la puerta.

-¿Sabes qué me gustaría hacer esta noche? -preguntó Katie-. Es decir, si no tienes que trabajar... -No, ¿qué? -contestó él entre dientes.

-Me gustaría ir a algún lugar donde podamos escuchar música y bailar.

Esa sola manifestación hizo que el semblante de Ramón se ensombreciera de rabia. Tenía las mandíbulas apretadas y las mejillas le latían sin control. "Está furioso", pensó Katie con un estremecimiento de temor. Debía disculparse enseguida.

-Ramón, debí haberme dado cuenta de que eres católico y de que, al haberme casado antes por iglesia, sería imposible que tú pensaras en casarte conmigo. Lamento no haber pensado en decírtelo antes.

-Lo lamentas tanto que ahora quieres ir a bailar -dijo con ironía mordaz.

Katie notó que hizo él un esfuerzo por controlar su furia.

-¿A qué hora paso a buscarte? -preguntó serio. Katie miró al cielo, al sol de la tarde.

-En unas cuatro horas, a las ocho.

Katie escogió un solero de seda del mismo tono de azul de sus ojos, que contrastaba con los reflejos rojos de sus cabellos. Frente al espejo, contempló la suave hendedura entre los pechos, para asegurarse de que Ramón no pensara que cl vestido era demasiado revelador. Si iba a ser la última noche que pasaran juntos, no quería arruinarla con otra discusión sobre su ropa. Se puso unos aros de oro, un brazalete ancho también de oro, y se calzó unas delicadas sandalias del mismo azul del vestido. Cepilló enérgicamente los cabellos hacia atrás para que le cayeran sobre los hombros, y se fue al living esperar a Ramón.

La última noche juntos... El ánimo de Katie decayó de manera alarmante. Fue a la cocina y sirvió un poco de cogñac en una copa. A las ocho menos cuarto se sentó en el sofá de pana, sorbiendo lentamente la bebida y mirando el reloj de la pared opuesta. Cuando el timbre sonó a las ocho en punto, saltó como impulsada por un resorte. Nerviosa, dejó a un costado

la copa vacía y fue hacia la puerta.

En el corto tiempo que se conocían, nada, absolutamente nada había preparado a Katie para ese Ramón Galverra que estaba parado frente a la puerta.

Estaba irresistiblemente elegante con un traje y chaleco azul marino de confección impecable, que hacía un bello contraste con la camisa blanca y la corbata clásica rayada.

-Luces fantástico -dijo Katie con una radiante sonrisa de admiración-. Pareces el presidente de un banco.

Al decir esto, dio un paso atrás para admirar mejor la figura atlética. Ramón la miró con una expresión burlona.

-Sucede que no me gustan los banqueros. En su gran mayoría, son hombres poco o nada imaginativos, ávidos de sacar provecho de los riesgos ajenos, pero no dispuestos a correr ellos mismos ningún riesgo.

-¡Oh! -dijo Katie, en cierto modo confundida-. Bueno, sea como fuere, son muy atildados y siempre están muy elegantes.

-¿Cómo lo sabes? -replicó Ramón-. ¿Acaso olvidaste mencionar que también estuviste casada con un banquero?

Katie sintió que se le congelaba la mano en el momento que tomaba un chal de seda estampada que combinaba con su vestido.

-No, por supuesto que no.

Fueron a escuchar jazz clásico a una de las barcazas sobre el río, después volvieron a Lacledes Landing, donde se detuvieron en otros tres lugares a escuchar jazz y blues. A medida que pasaban las horas, Ramón se mostraba más frío e inaccesible. Y cuanto más ausente se mostraba él, tanto más bebía Katie, tratan'do de mostrarse divertida y despreocupada.

Para cuando fueron a una zona popular en las afueras, cerca del aeropuerto, Katie ya estaba algo achispada y muy nerviosa. En su fuero íntimo se sentía profundamente desdichada.

Para ser una noche de martes, el lugar que eligieron estaba sorprendentemente lleno, pero tuvieron suerte y encontraron una mesa libre junto a la pista de baile. Sin embargo, allí se terminó la suerte de Katie. Ramón se negó lisa y llanamente a bailar con ella. Katie no sabía cuánto más podría soportar la reserva glacial con que Ramón ocultaba, a duras penas, su

desprecio. Los ojos duros la examinaban con una frialdad y un cinismo tales, que Katie se sintió moralmente destrozada.

Ella miró en derredor, más para evitar los ojos fríos de Ramón que por estar interesada en lo que la rodeaba. Sus ojos se encontraron con los de un hombre apuesto que la miraba, y admiraba, desde la barra del bar. Katie leyó la pregunta en sus labios.

-¿Bailas?

En medio de su desazón, Katie aceptó el convite como una manera de escapar al clima tenso que se había instalado entre ella y Ramón.

El hombre se acercó a la mesa, miró con prudencia la figura robusta y ágil de Ramón e invitó amablemente a Katie a bailar.

-¿Te molesta? -preguntó Katie a Ramón, ansiosa por escaparse.

-En lo más mínimo -respondió con un gesto indiferente.

A Katie le gustaba bailar. Tenía una gracia natural y una manera muy cautivadora de moverse. Era evidente que a su compañero no sólo le gustaba bailar sino que era un exhibicionista nato. Las luces de colores relampagueaban sobre sus cabezas, la música vibraba y Katie acompañaba sin fallas el ritmo de su compañero.

-¡Eh, eres buena! -exclamó entusiasmado.

Con sus propios movimientos la obligó a entregarse a una danza más provocativa de lo que ella hubiera querido.

Cuando la música terminó, una gratificante salva de aplausos retumbó en el salón repleto. El hombre intentó retenerla para otra pieza, pero esta vez Katie se rehusó.

Se sentó a la mesa, en el lado opuesto a Ramón y bebió de su 'copa, cada vez más disgustada por la forma en que los dos se estaban comportando. Él no hizo ningún comentario sobre su manera de bailar, lo que la enojó aún más.

-¿Y bien? -le preguntó en tono provocativo.

-No está mal -respondió él, sarcástico, arqueando una ceja.

Katie sentía un deseo incontenible de pegarle.

Empezó a sonar otra canción, esta vez lenta y romántica. Ella miró en derredor y vio que otros dos posibles compañeros miraban hacia la mesa. Se puso tiesa.

Ramón le siguió la mirada, vio a los dos hombres y, de mala gana, se paró. Sin pronunciar una palabra, puso la mano bajo el codo de Katie y la condujo a la pista de baile.

La melodía romántica, combinada con la irresistible dulzura de estar nuevamente en brazos de Ramón, fue la perdición de Katie. Muy cerca de él, apoyó la mejilla sobre la tela azul de su saco. Deseó que la estrechara fuerte entre sus brazos, que la apretara contra él y que le rozara las sienes con sus labios, como lo había hecho la última vez que bailaron, allá afuera, en la piscina. Deseaba..: deseaba muchas cosas vagas, imposibles.

Todavía estaba llena de deseos cuando regresaron a su departamento. Él la acompañó hasta la puerta y Katie tuvo que rogarle que se quedara para beber una última copa. En cuanto terminó el cogñac, Ramón se puso de pie y sin decir una sola palabra se encaminó hacia la puerta.

-Ramón, por favor, no te vayas. No de esta manera -le rogó Katie.

Él se volvió y la miró sin ninguna expresión en el rostro.

Katie fue hacia él y se detuvo a unos pasos de distancia, temblando e invadida de tristeza y ansiedad.

-No quiero que te vayas -se oyó decir. Entonces le rodeó el cuello con los brazos, se apretó contra el cuerpo firme y empezó a besarlo con desesperación. Los labios de Ramón, fríos e indiferentes, no respondieron a su beso y tampoco los brazos, que mantuvo quietos a los costados del cuerpo, respondieron a su abrazo.

Katie retrocedió, humillada y herida, alzó los ojos y lo miró por entre las lágrimas que le nublaban la vista.

-¿Ni siquiera quieres darme un beso de despedida? -le preguntó, con voz quebrada.

Todo el cuerpo de Ramón pareció endurecerse en una actitud de rechazo. Pero entonces, abruptamente, la tomó en sus brazos.

-¡Maldita seas! -balbuceó furioso.

Buscó los labios de Katie y se adueñó de ellos con tan deliberada fiereza que ella se encontró respondiéndole apasionadamente con un deseo incontrolable. Las manos no cesaban de acariciarla, moldeando su cuerpo contra el de él. Y entonces, de golpe, se apartó de ella.

Temblorosa y sin aliento, Katie alzó los ojos y retrocedió alarmada por la furia brutal que se reflejaba en esos ojos oscuros.

-¿Eso es lo único que quieres de mí, Katie? - preguntó mordaz.

-¡No! -Katie se apresuró a negar-. Es decir... no quiero nada. Yo.:. yo simplemente supe que esta noche no lo pasaste muy bien conmigo y entonces.:.

-Y entonces... -la interrumpió, arrastrando las palabras de manera ofensiva-, ¿me trajiste aquí para que lo pasara mucho mejor?

-¡No! -protestó aturdida-. Yo...

Se le estranguló la voz al ver que la escudriñaba de la cabeza a los pies. Justo en el momento en que creyó que iba a girar e irse, él se fue en dirección contraria y en dos zancadas estuvo junto a la mesa de café. Tomó el lápiz y escribió algo en el pequeño bloc que ella siempre tenía junto al teléfono.

Con pasos largos regresó a la puerta y, ya con la mano en el picaporte, se volvió hacia ella.

-Anoté un número,de teléfono; allí podrás encontrarme hasta el jueves. Si tienes ganas de hablar, llámame.

La recorrió detenidamente con la mirada y se fue, cerrando la puerta de un golpe.

Katie se quedó parada en el mismo lugar en que él la había dejado, perpleja y desdichada, con el corazón hecho pedazos. Esa última mirada antes de irse... fue como si él tratara de memorizar su rostro. Él la odiaba, estaba furioso con ella... y sin embargo quería recordar su cara. Las lágrimas le quemaban los ojos y sentía un nudo doloroso en la garganta.

Se dio vuelta y caminó lentamente hasta el dormitorio. ¿Qué pasaba con ella? ¿Acaso no era así como había querido que sucedieran las cosas? Bueno... no exactamente. Ella deseaba a Ramón, estaba dispuesta a admitirlo, pero lo deseaba a su manera: allí en St. Louis, trabajando en un lugar decente.

A la mañana siguiente, Katie se presentó en su oficina con un aire falsamente jovial. Sin embargo, los efectos de la noche de insomnio resultaban evidentes en las profundas ojeras violáceas y en la rigidez de su sonrisa, por lo general tan espontánea.

-Hola, Katie-la saludó su secretaria-. ¿Disfrutaste los cuatro días de este fin de semana largo?

-Mucho. Gracias, Donna.

Tomó el puñado de mensajes que le entregó la secretaria.

-¿Quieres un café? -le ofreció Donna-. Luces como si no te hubieras acostado desde el viernes. o...

¿debería decir que te ves como si no hubieras dormido? -concluyó con una sonrisa pícara.

Katie respondió con una débil sonrisa al tono intencionado de Donna.

-Me vendría muy bien tomar un café -se limitó a contestar.

Echó una ojeada a los mensajes y entró en su pequeña oficina. Se sentó y miró en derredor. Tener una oficina privada, aunque fuera de tamaño reducido, era un importante símbolo de status en Technical Dynamics y Katie siempre se había sentido orgullosa de esa señal externa de éxito. Pero aquella mañana le parecía trivial y sin sentido.

¿Cómo era posible que hasta el viernes, al cerrar su escritorio, nunca hubiera oído hablar de Ramón, y ahora la sola idea de no verlo nunca más le carcomía el corazón? No, se corrigió, le carcomía el cuerpo, no el corazón. Miró a Donna, que en ese momento dejaba una taza de café humeante sobre el escritorio.

-La señorita Johnson quiere que vayas a verla a su oficina a las nueve y cuarto -le dijo Donna.

Virginia Johnson, superior inmediata de Katie, era una mujer de cuarenta años, brillante, capaz y atractiva, que nunca se había casado y que ocupaba el cargo de directora de personal. Katie admiraba a Virginia por sobre todas las demás mujeres profesionales que conocía. En contraste con la oficina pequeña y funcional de Katie, la de Virginia era espaciosa, con hermosos muebles de estilo provenzal francés y una pesada alfombra verde. Karie sabía que Virginia la estaba preparando para que tomara su lugar, que su intención era que ella fuera la próxima directora de personal, la próxima ocupante de esta oficina.

Katie entró en la oficina y se sentó frente a Virginia.

-¿Fueron lindos estos cuatro días de feriado? -

le preguntó en tono amable.

-Muy lindos -contestó Katie-, pero hoy no tengo un "buen" día; parece como que no puedo

entrar en ritmo.

-Entonces... tengo algunas novedades que pueden reavivar tu entusiasmo.

Virginia hizo una pausa intencionada y le extendió por sobre el escritorio un formulario que a Katie le resultaba familiar.

-Tu ascenso ha sido aprobado, Katie -le dijo serena.

-i Oh, qué bueno! Gracias, Virginia-respondió.

Miró apenas el formulario que le garantizaba un suculento dieciocho por ciento de aumento en su salario.

-¿Hay algún otro motivo por el que querías verme?

-¡Katie! -exclamó Virginia con una risa nerviosa-. ¡Tuve que luchar con dientes y uñas para conseguirte un aumento tan grande!

-Lo sé -dijo, esforzándose por mostrarse agradecida-. Siempre fuiste maravillosa conmigo y por supuesto me encanta la idea de ganar más dinero.

-Tienes derecho a ello. Y si fueras un hombre lo habrías ganado mucho antes, como le dije a nuestro muy estimado vicepresidente de operaciones.

Katic sc movió incómoda en su silla.

-¿Hay alguna otra cosa por la que querías verme? Tengo una entrevista agendada, el postulante me está esperando.

-No. Eso es todo.

Katie se levantó y se dirigió la puerta. Entonces se detuvo al oir la voz preocupada de Virginia. -¿Katie, qué sucede? ¿Es algo de lo que puedas hablar conmigo?

Katie titubeó. Necesitaba hablar con alguien y Virginia Johnson era una mujer sensible; de hecho, la mujer a la que más deseaba emular. Se acercó a las amplias ventanas y se quedó mirando desde los siete pisos de altura el fluir interminable del tránsito.

-Virginia... ¿alguna vez consideraste la posibilidad de renunciar a tu carrera para casarte?

Se dio vuelta bruscamente y vio que Virginia la observaba con la frente fruncida y profundo interés. -Katie, ¿podemos hablar con toda franqueza, como siempre? ¿Estás pensando en casarte con alguien en particular, o sólo estás presintiendo un oscuro futuro?

-Mi futuro será decididamente oscuro... con él. -Katie rio, pero se sentía tensa y deprimida.

Se pasó una mano nerviosa sobre el rodete perfecto del peinado.

-Conocí a este hombre... hace muy poco... - explicó- y quiere que me case con él y me vaya de

Missouri. El no es de aquí.

-¿Cuánto hace que lo conoces? -preguntó Virginia, intuitiva.

-Desde el viernes por la noche -respondió abochornada.

Virginia se echó a reír, con esa risa franca y ronca que contrastaba con su diminuta figura.

-Por algunos segundos me preocupaste, pero ahora creo que entiendo. Hace cuatro días conociste a un hombre espléndido, diferente de cualquier otro hombre que jamás hayas conocido. Y no puedes soportar la idea de perderlo. ¿Voy por buen camino? Es muy guapo, por supuesto. Y encantador. Y te trastorna como ningún otro lo ha hecho jamás. Es eso, ¿verdad?

-Poco más o menos -admitió Katie, mentalmente torturada.

-En ese caso, se me ocurre que tengo la cura perfecta: te aconsejo que no lo pierdas de vista a menos que te veas obligada a hacerlo. Come con ese hombre maravilloso, duerme con él, vive con él. Has todo con y junto a él.

¿Quieres decir... -preguntó Katie, asombrada- que tú piensas que las cosas pueden marchar bien? ¿Que debo casarme con él?

-¡Terminantemente no! ¡Te estoy sugiriendo una cura, no que te cases con la enfermedad! Lo que yo te estoy prescribiendo son grandes dosis de este hombre, tomadas cada tantas horas... igual que los antibióticos. La cura es muy efectiva y el único efecto colateral será un brote moderado de desilusión. Lo sé, créeme. Vive con él si lo deseas, pero renuncia a la idea de enamorarte en sólo cuatro días, casarte con él y vivir feliz por el resto de tus días. Y esto me lleva a preguntarme por qué "caemos" enamoradas. Uno se cae de un escalón, de las escaleras, dentro del río o se cae rodando de una montaña. Si el amor es tan maravilloso, ¿por qué no nos elevamos al amor, o no escalamos el amor, o...?Se interrumpió al oír la risa de Katie.- ¡Bien!, Me alegro de verte contenta otra vez.

Tomó un memorando interno de la pila de correspondencia que tenía sobre el escritorio, sonrió y le indicó la puerta a Katie.

-Ahora ve a entrevistar a ese postulante y gánate el aumento que recibiste.

CAPITULO OCHO

Katie pasó un mal día en el trabajo, sin poder concentrarse.

Luego fue a tomar unas copas con unas amigas, pero también allí se sintió mal.

Se fue a las nueve y media, apenas una hora después de haber llegado y regresó a su departamento. En el auto la perseguía el recuerdo de Ramón. Allí ella tenía una vida por vivir, y él no podía formar parte de eso. La vida de Ramón le era demasiado ajena, demasiado distante, como para considerar siquiera en compartirla.

Katie se acostó a las diez y media y recién después de varias horas cayó, exhausta, en un sueño profundo.

Durmió tan profundamente que no oyó la alarma del despertador. Cuando se despertó, tuvo que vestirse a toda prisa y aun así llegó a su oficina con quince minutos de atraso.

jueves, 3 de junio, le recordó el almanaque que tenía frente a sus ojos mientras abría el escritorio y aceptaba la taza de café que le ofrecía Donna. jueves.

El último día que aún sería posible encontrar a Ramón. ¿Hasta qué hora estaría en ese número telefónico? ¿Hasta que terminara de trabajar, a las cinco o seis de la tarde? ¿O esa noche trabajaría hasta más tarde? De todos modos, ¿qué podría cambiar si lo supiera? Si lo llamaba, tendría que estar dispuesta a dejar todo y casarse con él. Y eso era exactamente lo que no podía hacer.

Tres de junio.

Katie sonrió con tristeza mientras tomaba el café a pequeños sorbos. Por la velocidad espeluznante con, que Ramón la había encarado, probablemente sería una novia de junio. Otra vez.

Katie sacudió la cabeza con fuerza y echó mano de` ese talento especial que descubrió en ella durante la etapa del divorcio: en el mismo momento en que.un pensamiento

desagradable se posesionaba de sumente, lo desterraba obligándose a pensar en algo por entero diferente.

Durante todo el día se sumergió en un verdadero torbellino de actividad. No sólo atendió todas las entrevistas planeadas sino que también recibió a tres postulantes que llegaron sin tener cita previa.

Tomó personalmente casi todos los tests de escritura y, como si fuera el discurso más interesante que jamás hubiera pronunciado, repitió las instrucciones sobre cómo mecanografiar la hoja de prueba. Clavó la vista en el cronómetro para controlar la velocidad, como si estuviera fascinada ante una obra de arte de complicada tecnología.

Pasó por la oficina de Virginia, le agradeció sinceramente por el aumento de sueldo y el atinado consejo, cerró la puerta de su oficina y se fue a su casa de mala gana.

En la soledad de su departamento no era tan fácil poner en práctica esa técnica, en especial porque la radio no cesaba de informarle la hora: "Esta es Radio KMOX y son las seis y cuarenta", decía el locutor.

"Y Ramón no estará ahí por mucho tiempo... si es que todavía está", parecía advertirle la misma voz. Irritada, apagó la radio y encendió el televisor. Demasiado nerviosa para sentarse, dio vueltas por el departamento. Si llamaba a Ramón, no podría haber términos medios: tendría que decirle la verdad. Pero aun si lo hacía, era posible que él ya no quisiera casarse con ella. Sc había puesto furioso al saber que había estado casada antes. Acaso no fuera la iglesia el problema principal. Tal vez no quería "mercadería de segunda mano". Pero si en verdad deseaba terminar con ella... ¿por qué le había dejado ese número dónde podría encontrarlo?

La voz del locutor de televisión la arrancó de sus pensamientos: "A las seis y cuarenta y cinco, la temperatura en St. Louis es de veinticinco grados."

No tenía sentido que llamara a Ramón, a menos que estuviera dispuesta a renunciar al trabajo con sólo un día de aviso. No le quedaba otra cosa por hacer. Tendría que entrar en la oficina de Virginia y decirle a esa mujer que se había portado tan bien con ella: "Lamento dejarte plantada, pero así son las cosas".

Y ni siquiera se había puesto a pensar en el problema de sus padres. Se mostrarían enojados, alarmados y doloridos. La extrañarían muchísimo si se iba a Puerto Rico. Marcó el número de teléfono de sus padres y la mucama le informó que el señor y la señora Connelly habían ido a cenar al country club. ¡Maldición! ¿Por qué no estaban cuándo ella los necesitaba? Deberían estar en casa, extrañando a la pequeña Katie, a quien sólo veían cada dos o tres semanas. ¿La extrañarían lo mismo si sólo pudieran verla cada tres o cuatro meses?

Necesitaba hacer algo para distraerse... Se cambió de ropa y se puso... ¡el bikini amarillo! Sentada frente al espejo del espacioso dormitorio, se cepilló enérgicamente el cabello.

¿Cómo podía pensar en abandonar todo eso y cambiarlo por la clase de hogar y de vida que Ramón podía ofrecerle? ¡Debía de estar loca! Su nivel de vida era el sueño de toda mujer norteamericana moderna. Tenía una carrera espléndida, un departamento hermoso, vestidos caros y carecía de problemas económicos. Era joven, atractiva e independiente.

Lo tenía todo. Absolutamente todo.

Ante ese pensamiento interrumpió el cepillado del cabello y se miró seria al espejo. ¡Oh, Dios! ¿Eso era realmente todo para ella? La mirada se le ensombreció de tristeza al imaginar un futuro igual al presente. Debía de haber algo más que eso en la vida. Eso no era todo, no podía serlo todo.

Decidida a borrar de su mente esos pensamientos lúgubres, tomó una toalla del placard y bajó a la piscina. Habría allí unas treinta personas; nadando o descansando bajo las sombrillas. Don y Brad tornaban cerveza con otros hombres. Katie los saludó con la mano, pero negó con la cabeza cuando la llamaron para que se uniera a ellos. Dejó la toalla sobre la reposera más alejada que pudo encontrar y fue hasta la pileta. Nadó veinte largos, salió y se echó de espaldas sobre la reposera. Alguien tenía una radio portátil encendida, muy cerca.

"Son las siete y quince en St. Louis y la temperatura es de veinticinco grados", oyó y se estremeció.

Katie cerró los ojos en un intento por desconectarse. De pronto, casi pudo sentir los labios cálidos de Ramón buscando los suyos, primero acariciándolos, después besándolos con ardor hasta que ella se entregara gozosa a la avidez apasionada de su boca y de sus manos. La voz profunda le susurraba al oído: "Viviré para ti... te haré el amor hasta que grites basta... llenaré tu vida de alegría..."

Katie sintió como si se estuviera asfixiando. "Nos pertenecemos. Díme que lo sabes, dímelo", le había dicho Ramón con la voz henchida de deseo. Y ella lo había dicho. Y también lo sabía. Con la misma certeza con que sabía que no podrían estar juntos.

Él era tan apuesto, tan masculino, con sus cabellos negros y su subyugante sonrisa. Katie pensó en el hoyuelo de su mentón y en la manera en que sus ojos...

Un chorro de agua helada le corrió por la espalda. -¡Ay! -chilló, sentándose de un salto. -Despiértate, bella durmiente -dijo Don, sonriente, y se sentó a su lado, en el borde de la reposera. Katie se corrió para hacerle lugar y lo miró con desconfianza. Don tenía los ojos vidriosos y la cara enrojecida. Daba la impresión de haber estado bebiendo toda la tarde, y en ese momento clavaba los ojos en el escote profundo del bikini.

-Tú me gustas mucho, Katie... ¿Lo sabías? -No creo que sea muy difícil adivinarlo.

Katie esbozó una sonrisa forzada, al tiempo que le apartaba la mano cuando él empezó a seguir el rastro de las gotas de agua que le corrían por la espalda. -Sé buena conmigo, Katie -dijo riendo-. Yo puedo ser muy bueno contigo.

-¡Vete de aquí! ¡Eres repugnante y estás borracho!

-¡No estoy borracho! -protestó ofendido. -¡Entonces eres lisa y llanamente repugnante! ¡Ahora vete!

Él se puso de pie y se encogió de hombros. -¿Dime, cuál es el problema? De todos modos, ¿qué estás reservando? O, más importante, ¿para quién te estás reservando?

En ese instante, de repente, Katie lo supo. ¡Oh Dios, ella lo supo!

Casi se cayó sobre Don en el apuro por esquivarlo. -¿No será para ese maldito español? -gritó él a sus espaldas.

Pero Katie no se tomó la molestia de contestarle. Ya estaba corriendo. Corrió por la vereda, pasó veloz por la puerta de la empalizada y en su urgencia por abrirla se rompió una uña.

Sin aliento y temerosa de que fuera demasiado tarde, marcó el número que Ramón le había anotado en el bloc de junto al teléfono. Contaba los timbrazos e iba perdiendo las esperanzas a medida que no recibía respuesta. Después del décimo y cuando estaba a punto de colgar, le contestó una voz de mujer.

-Hola.

-Eh... quisiera hablar con Ramón Galverra. ¿Se encuentra allí?

Quedó tan sorprendida al oír que una voz femenina contestaba un teléfono obviamente particular, que casi olvidó dar la información que la mujer esperaba. -Mi nombre es Katherine Connelly.

-Lo lamento, señorita Connelly, el señor Galverra no está. Pero regresa pronto. ¿Le digo que la llame?

-Sí, por favor. ¿Sería tan amable de darle mi mensaje en cuanto llegue?

-Naturalmente. No bien vuelva recibirá su mensaje.

Katie colgó y se quedó mirando el teléfono. ¿Era cierto que no esta ha? ¿O él le había pedido a esa mujer que hablaba con tono tan cordial que negara su presencia? Se había puesto furioso cuando Katie le dijo que había estado casada... Quizás ahora que había tenido dos días para enfriar su pasión ya no tenía ningún interés en una esposa "usada". ¿Qué haría ella si él no la llamaba? ¿Debía suponer que Ramón no había recibido el mensaje y volver a llamarlo? ¿O debía darse por aludida y comprender que no quería hablar con ella?

Veinte minutos después sonó el teléfono. Casi arrancó el auricular.

-Hola -dijo sin aliento.

-¿Katie? -La voz de Ramón sonó más profunda que nunca.

Se aferró al auricular con tanta fuerza que le dolió la mano.

--Me dijiste que tc llamara si yo... si tenía ganas de hablar.

Hizo una pausa, con la esperanza de que él dijera algo para ayudarla. Pero Ramón permaneció en silencio.

-Me gustaría hablar contigo... -dijo, tomando aire profundamente-, pero preferiría no hacerlo por teléfono. ¿Ramón, podrías venir aquí?

-Sí -fue todo lo que respondió él, sin denunciar la menor emoción en la voz.

Pero era suficiente. Katie miró el bikini amarillo y corrió al dormitorio para cambiarse. Se preguntó qué podía ponerse, como si lo que escogiera pudiera establecer la diferencia entre éxito y fracaso. Por último eligió un conjunto color durazno de pantalón y blusa de cuello cerrado; se secó y cepilló los cabellos; usó un lápiz de labios en tono durazno, se dio un toque de rubor y se puso rimel. Al mirarse al espejo comprobó que le brillaban los ojos y que tenía las mejillas encendidas. Deséame suerte, le dijo a la imagen que le devolvía el espejo.

Fue al living, quiso sentarse, pero entonces chasqueó los dedos y dijo en voz alta: ¡whisky! A Ramón le gustaba el whisky y ella no tenía en casa. Dejó entreabierta la puerta de entrada, corrió hasta la puerta vecina y le pidió prestada una botella de Jb al hombre que vivía allí.

Tenía la esperanza de encontrar a Ramón al regresar al departamento, pero no fue así. Fue a la cocina y se dispuso a servir el whisky para Ramón en la forma en que él lo había pedido en los bares que visitaron: una medida y con hielo. Con ojo crítico, levantó la copa contra la luz y miró el contenido. ¿Pero cuánto era una medida? ¿Y por qué había hecho algo tan estúpido como prepararle el trago tan temprano? Para cuando él llegara el hielo ya estaría derretido. Decidió tomárselo ella. Arrugó la nariz por el sabor, fue al living con el vaso y se sentó a esperar.

A las nueve menos cuarto, el sonido estridente del timbre la hizo saltar del asiento.

En el último segundo frenó el impulso de abrir de par en par la puerta, trató de mostrar una sonrisa formal y abrió con aparente serenidad. La silueta de Ramón se recortaba contra el fondo suave de la luz de gas. Se veía muy alto y muy apuesto en un traje gris claro y una corbata marrón. La miraba directamente a los ojos con una expresión indescifrable, ni cálida ni fría.

-Gracias por venir -dijo Katie.

Dio un paso atrás para dejarlo entrar y cerró la puerta. Estaba tan nerviosa que no sabía por dónde empezar. Optó por hacer tiempo.

-Siéntate mientras te preparo una copa.

Ramón entró en el living y se quitó el saco. Lo colgó del respaldo de una silla, sin siquiera darse vuelta para mirarla.

Kane estaba muy confundida ante su actitud, pero el hecho de que se hubiera sacado el saco significaba, al menos, que pensaba quedarse un rato largo. Cuando volvió de la cocina con el vaso de whisky, él estaba parado de espaldas a ella, con las manos en los bolsillos y miraba hacia afuera por la ventana. Se dio vuelta al oír los pasos de Katie. Entonces ella notó las profundas huellas de tensión y fatiga alrededor de sus ojos y su boca. Observó inquieta su semblante. -Ramón, estás agotado.

Él se aflojó el nudo de la corbata y tomó el vaso que ella le ofrecía.

-Katie, no vine aquí para hablar sobre mi estado de salud - dijo con aspereza.

Lo sintió frío y distante. Y todavía muy enojado con ella.

-No, lo sé-dijo, y luego expresó sus temores en voz alta-. Tú no me vas a ayudar a encarar esto... ¿verdad?

Los ojos oscuros la miraron impasibles. -Depende de lo que tengas que decirme. Como te aclaré antes, es muy poco lo que puedo ofrecerte si te casas conmigo. Pero una de las cosas que te ofrecí fue la mayor honestidad entre nosotros. Siempre. Y espero lo mismo de ti.

Katie asintió y se alejó unos metros de él. Se tomó del respaldo de una silla en busca de apoyo físico, dado que era evidente que no recibiría ningún apoyo moral del hombre que estaba detrás de ella. Respiró hondo y cerró los ojos.

-Ramón, el martes en la iglesia yo... me di cuenta de que eres un católico muy... probablemente muy devoto. De ser así, pensé que entonces no podrías... ni querrías casarte conmigo al saber que me había casado por la iglesia católica y que después me había divorciado. Por eso te dije que era divorciada. No fue una mentira, yo era divorciada. Pero David ahora está muerto...

La voz sonó fría a sus espaldas. -Lo sé.

Katie se aferró con tal fuerza al respaldo de la silla que se le entumecieron los dedos.

-¿Lo sabes? ¿Cómo podrías saberlo?

-Una vez me dijiste que yo te recordaba a alguien ya muerto y que su muerte te había causado un gran alivio. Después, cuando me hablaste de tu ex esposo, nuevamente mencionaste que yo te recordaba a él. Entonces supuse que no era probable que te recordara a dos hombres diferentes. Además... tus mentiras son muy evidentes.

A Katie le desgarraba el corazón la absoluta indiferencia de él. Sentía que las lágrimas le apretaban la garganta.

-Ya veo... -dijo con voz quebrada.

Sin importar si era divorciada o viuda, Ramón no parecía estar dispuesto a tomar por esposa a la mujer de otro hombre. Como si necesitara castigarse aún más por haberlo forzado a decírselo con tantas y tan directas palabras, Katie murmuró:

-¿Me podrías explicar por qué sigues tan enojado conmigo, aun después de haberte dicho la verdad? Sé que estás enojado... sólo que no sé por qué y...

La tomó de los brazos con fuerza y la obligó a darse vuelta.

-¡Porque te amo! -exclamó con violencia- ¡Y porque durante dos días convertiste mi vida en un infierno! -La voz sonaba áspera, como si saliera de lo más profundo de una caverna.-Te amo... y esperé durante casi cuarenta y ocho horas tu llamado... y me sentí morir a cada hora que pasaba sin que lo hicieras.

Katie le sonrió por entre las lágrimas y le acarició la cara, tratando de suavizar la tensión con sus dedos. -Para mí también fueron unas horas terribles. La estrechó entre sus brazos con una fuerza inusitada y le tapó la boca con un beso que exigía ser correspondido con la misma pasión. Las manos inquietas buscaron su cuerpo, le acariciaron el cuello, la espalda, los pechos y la apretaron con fuerza contra él para que sintiera la virilidad latente. Ramón jadeó de deseo y buscó con avidez la boca ardiente que se le ofrecía.

Apartó los labios de los de ella y empezó a cubrirle de besos, la cara, los ojos, el cuello.

-Me vas a volver loco, ¿lo sabes? -murmuró con los dientes apretados.

Pero Katie no pudo contestarle porque de nuevo sus labios estaban sobre los suyos y la sumergían en un mar de placer en el que, sin la menor resistencia, se dejaba hundir por las olas de éxtasis que le provocaba cada contacto con esa boca ávida y esas manos ardientes.

Katie empezó a salir a la superficie cuando, de pronto, cesó la presión sobre sus labios. Se sintió excluida y desamparada. Apoyó la mejilla contra el pecho de él. El corazón le latía desenfrenado y en los oídos le retumbaban los latidos del corazón de Ramón.

La tomó de las mejillas con ambas manos y le hizo alzar los ojos. Se sintió conmovida ante la expresión de ternura, hasta entonces desconocida, que se reflejaba en su semblante.

-Katie, me habría casado contigo aun si te hubieras casado con ese hombre en todas las iglesias del mundo y divorciado ante todos los tribunales.

Katie apenas pudo reconocer el susurro jadeante de su propia voz.

-Pensé que estabas furioso porque yo había permitido que las cosas llegaran demasiado lejos entre nosotros, sin decirte que había estado casada.

Él sacudió la cabeza.

-Yo estaba furioso porque sabía que me mentías al decir que tu esposo vivía, e intuía que lo usarías como pretexto para no casarte conmigo. Furioso porque sabía que te aterrorizaba lo que sentías por mí. Y furioso porque yo no me podía quedar más tiempo

aquí para vencer tus temores.

Katie se paró en puntas de pie para besar una vez más esos labios cálidos, pero se apartó enseguida al sentir que él la estrechaba con más fuerza. Retrocedió para escapar a la tentación de su proximidad.

-Antes de que pierda totalmente el juicio y sea demasiado tarde, creo que es mejor que hable con mis padres. A partir de esta noche, sólo nos quedan tres días para tratar de conquistarlos antes de que nos vayamos.

Katie fue hasta la mesita, levantó el auricular y empezó a marcar el número de sus padres. Entonces miró a Ramón.

-Pensaba decirles que vamos para allá, pero creo que sería mejor que vengan ellos aquí- Le dedicó una sonrisa nerviosa y triste. -Ellos pueden echarte de su casa, pero de ninguna manera podrían echarte de la mía.

Mientras esperaba que contestaran el teléfono en casa de sus padres, se pasó las manos nerviósas por el pelo, tratando de pensar en cómo empezar. Cuando por fin oyó la voz de la madre, Katie tenía la mente totalmente en blanco.

-Hola, mami... soy yo...

-¿Katie, sucede algo? Son las nueve y media... -No, no sucede nada... -Hizo una breve pausa. -Estaba pensando... sino es demasiado tarde... si tú y papá quisieran venir a tomar unas copas...

-Supongo que podríamos -dijo la madre, riendo-. Acabamos de regresar de una cena en el club. En un rato estaremos allí.

Mientras pensaba de qué manera encararía el tema, buscaba alguna excusa para retener a su madre en el teléfono.

-De paso., es mejor que traigas lo que deseen tomar. Lo único que tengo es whisky.

-De acuerdo querida, lo haremos. ¿Quieres que llevemos alguna otra cosa?

-Tranquilizantes y sales aromáticas -dijo vagamente.

-¿Qué, querida? -preguntó su madre, desconcertada.

-Nada, mamá. Tengo algo que decirte, pero quiero hacerte una pregunta antes de hacerlo. ¿Recuerdas cuándo era una niña y me decías que tú y papá siempre me amarían, sin importar lo que yo hiciera? Decías que no importaría lo terrible que pudiera ser, que tú...

-Katie -la interrumpió cortante-, si tu intención es alarmarme, lo estás haciendo muy bien... -Ni la mitad de lo que estoy por hacerlo... - suspiró angustiada-. Mamá, Ramón está aquí. El domingo me iré con él y nos casaremos en Puerto Rico. Queremos hablar contigo y con papá esta misma noche.

Por un instante se hizo un pesado silencio en la línea. Entonces habló la madre.

-Y nosotros querremos hablar contigo, Katherine. Katie colgó el teléfono y miró a Ramón que, intrigado, arqueó las cejas.

-He vuelto a ser Katherine.

A pesar del intento por bromear, Katie se sentía tristemente consciente de lo implacables que se mostrarían sus padres frente a lo que ella iba a hacer. Sin importar lo que ellos dijeran, Katie se iba a mantener firme en su decisión de ir a Puerto Rico, pero los quería mucho y detestaba la desdicha que les causaría.

Esperó frente a la ventana, sintiendo los brazos bienhechores de Ramón alrededor de los hombros. Supo que sus padres habían llegado por la velocidad con que dos luces largas giraron en la entrada del estacionamiento.

Triste y muy recelosa, Katie se encaminó a la puerta. Pero Ramón la detuvo.

-Katie, si yo pudiera quitarte el peso que sientes en el corazón por lo que vas a hacer, lo haría de inmediato. Pero no puedo. En cambio, sí puedo prometerte que la infelicidad que soportes en los próximos tres días será la única que yo te cause intencionalmente.

-Gracias -susurró apesadumbrada.

Puso la mano sobre la palma extendida que le ofrecía Ramón y recobró fuerzas en la firmeza tranquilizadora de los dedos que estrechaban los suyos.

-¿Alguna vez te dije cuánto me gustan las cosas que me dices?

-No -dijo él con una débil sonrisa-, pero es una buena ocasión para empezar a hacerlo.

Katie no tuvo tiempo para meditar sobre el significado de esas palabras porque el timbre de la puerta ya sonaba con insistencia.

El padre de Katie, que era famoso por su simpatía y sus buenos modales, entró como una tromba en el departamento y estrechó al pasar la mano de Ramón.

-Me alegro de volver a verlo, Galverra. Fue un gusto tenerlo en mi casa el otro día. Tuvo mucho coraje al pedirle a Katie que se case con usted, ¡pero está completamente loco si piensa que vamos a permitirlo!

La madre de Katie, conocida por su capacidad de mantener la compostura aun en momentos de extrema tensión, tomó la posta en la mismísima última sílaba, mientras sostenía una botella de bebida en cada mano.

-¡No vamos a tolerar esto! -anunció y apuntó majestuosamente hacia la puerta con una botella-. Señor Galverra, tendremos que pedirle que se vaya. ¡Y tú, Katherine, has perdido el juicio! ¡Vé a tu cuarto! - le ordenó, apuntando al pasillo con la otra botella.

Katie miró la escena con una mezcla de perplejidad y horror. Por fin recuperó la compostura.

-Papá, siéntate. Y tú también, mamá.

Cuando se sentaron y Katie iba a abrir la boca para hablar, notó que la madre seguía sosteniendo las dos botellas sobre las rodillas y se las quitó de las manos. -Dámelas antes de que te lastimes.

Después de haberle quitado esas dos armas, Katie se enderezó, trató de pensar cómo empezar, frotó las manos contra las piernas del pantalón y miró suplicante a Ramón.

Ramón le pasó el brazo por la cintura, sin hacer caso del semblante ceñudo del padre ante ese gesto y habló con calma.

-Katie está de acuerdo en irse conmigo a Puerto Rico, donde nos casaremos. Me hago cargo de que les resulta muy difícil aceptarlo, pero para Katie significará mucho saber que cuenta con el apoyo de ustedes para lo que va a hacer.

-¡Y bien, puede estar segura de que no contará con nuestro apoyo!- exclamó el padre.

-En ese caso -dijo Ramón sin vueltas-, la obligarán a elegir entre ustedes y yo. Y todos saldremos perdiendo. De cualquier manera ella se irá conmigo, pero me odiará por causar esta división entre ustedes... y también los odiará a ustedes, por no comprender y desear su felicidad. Para mí es muy importante que Katie sea feliz.

-Sucede que también es muy importante para nosotros-dijo irritado el señor Connelly-. ¿Exactamente qué clase de vida puede ofrecerle en una miserable granja en Puerto Rico?

Katie vio que Ramón se ponia pálido. Podría haber estrangulado a su padre por pisotear de esa manera el orgullo de Ramón. Pero la voz de él sonó serena al contestar.

-Sólo tendrá una pequeña cabaña en dónde vivir, pero el techo no tiene goteras. Siempre tendrá alimen-, tos para comer y ropa para vestir. Y le daré hijos. Aparte de eso, no puedo prometerle nada más... salvo que cada día de su vida se despertará sabiendo que es amada.

Los ojos de la madre de Katie estaban llenos de lágrimas y la expresión hostil empezó a borrarse de su semblante.

-¡Dios mío...! -murmuró.

El padre, sin embargo, apenas si estaba entrando en calor para la batalla.

-Así que Katie se convertirá en una sudorosa campesina... ¿es así?

-No, ella será mi esposa.

-¡Y trabajará como la mujer de un campesino! - completó el padre con tono despectivo.

Ramón apretó las mandíbulas y se puso aún más pálido.

-Sí, algún trabajo tendrá que hacer.

-¿Usted sabe, señor Galverra, que Katie estuvo una sola vez en su vida en una granja? Recuerdo perfectamente la ocasión -Dirigió una mirada inflexible a su hija que, a su vez, lo miraba espantada.¿Quieres contárselo tú, Katherine, o debo hacerlo yo? -¡Papá, entonces tenía sólo doce años!

-Los mismos años que tenían tus tres amiguitos, Katherine. Pero ellos no gritaron cuando el granjero le retorció el cogote a un pollo. No lo llamaron asesino en su propia mesa ni se negaron a comer pollo durante dos años. ¡No consideraron apestosos a los caballos ni obsceno el ordeño de las vacas ni un lugar hediondo lleno de animales inmundos a un establecimiento de campo de muchos millones de dólares!

-Bueno -le retrucó Katie, rebelándose-, ¡ellos tampoco se cayeron sobre un montón de estiércol ni fueron picoteados por un ganso o pateados por un caballo encabritado!

Se volvió hacia Ramón para justificarse. Se asombró al ver que la miraba con una mueca burlona, evidentemente divertido.

-Ahora se ríe, Galverra-dijo el señor Connelly, enojado-, pero no se reirá más cuando se dé cuenta de que la idea que tiene Katie de vivir con un presupuesto restringido consiste en gastar todo lo que ella gana y cargar a mi cuenta todo lo demás. No sabe cocinar nada que no venga en bolsa, o en una lata; no sabe dónde está el ojo de una aguja; no sabe...

-iRyan, estás exagerando! -intervino inesperadamente la señora Connelly-. Katie ha vivido con sus propios recursos desde el día de su graduación en la universidad. Y sabe coser.

Ryan Connelly parecía estar a punto de explotar. -Sabe bordar petitpoint o alguna otra estupidez como ésa. ¡Y ni siquiera lo hace bien! Todavía no sé si esa cosa que hizo para nosotros es un pescado o una lechuza... ¡y tú tampoco lo sabes!

En un súbito ataque de hilaridad, Katie sacudió los hombros convulsivamente.

-Es un... un hongo-confesó divertida-. Lo hice cuando tenía catorce años.

Deshecha en carcajadas, se refugió en los brazos protectores de Ramón. Se secó las lágrimas de risa, se echó hacia atrás y miró a Ramón a los ojos.

-Sabes... Creí que ellos iban a pensar que tú no eras lo bastante bueno para mí.

-Lo que nosotros pensamos es... -empezó a decir Ryan Connelly.

La señora Connelly interrumpió el posible exabrupto de su marido.

-Es que Katie no está preparada para la clase de vida que tendría que llevar a su lado, señor Galverra. La experiencia "laboral" de Katie se reduce a la universidad y a su trabajo, la clase de trabajo que se realiza con la mente, no con las manos y la espalda. Se graduó con honores en la universidad y sé que trabaja mucho en su empleo. Pero Katie no tiene absolutamente ninguna experiencia en duros trabajos físicos.

-Tampoco la tendrá siendo mi esposa -respondió Ramón.

Fue evidente que Ryan Connelly ya había agotado todos sus esfuerzos por mostrarse razonable. Se levantó de un salto, dio dos pasos largos y enfrentó a Ramón. Una furia incontenible emanaba de todos sus poros.

-El otro día, en nuestra casa lo sobreestimé, Galverra. Pensé que tenía orgullo. Y honor. Pero me equivoqué.

Katie sintió que Ramón se ponía rígido a medida que su padre continuaba con su venenosa diatriba. -Bueno... yo sabía que usted era pobre... Usted lo dijo... Pero aun así le atribuí una cierta decencia. Pero aquí está, diciéndonos que nos va a quitar nuestra hija, aunque no puede ofrecerle nada. Que la va a alejar de todo lo que conoce, de su familia, de sus amigos... Yo le pregunto, ¿es ésta la actitud de un hombre decente y honorable? ¡Contésteme! Si se atreve...

Katie estuvo a punto de intervenir; pero vio la expresión amenazante de Ramón y retrocedió. -¡Alejaría a Katie de mi propio hermano! ¿Es suficiente esa respuesta para usted? -dijo en un tono bajo, terrible, arrastrando desafiante las palabras. -¡Sí, por Dios, es suficiente! Eso me dice qué clase de...

-¡Siéntate, Ryan! -le ordenó, tajante, la señora Connelly-. Katie, tú y Ramón vayan a la cocina y

preparen unas copas. Quiero hablar a solas con tu padre.

Mientras Ramón preparaba las bebidas, Katie se quedó parada en la puerta de la cocina para poder espiar a sus padres. Así vio cuando la madre se acercó a su padre y, poniéndole una mano sobre el brazo, le habló en tono contemporizador.

-Ryan, hemos perdido la batalla y estás provocando al vencedor. Ese hombre está haciendo el mayor esfuerzo por no pelear contigo, pero tú, adrede, lo estás acorralando. Hasta que no tendrá más alternativa que devolverte los golpes.

-¡Maldito sea! ¡Todavía no es el vencedor! No hasta tanto Katie no suba a ese avión con él. Hasta entonces es el enemigo, de ninguna manera un vencedor.

La señora Connelly esbozó una sonrisa apacible. -Él no es nuestro enemigo, Ryan. Al menos no mi enemigo. No lo es desde el momento en que, mirándote a los ojos, te dijo que Katie despertaría cada día de su vida sabiendo que es amada.

-¡Palabras! ¡Nada más que palabras!

-Nos las dijo a nosotros, Ryan. Se las dijo con absoluta sinceridad y sin falsos pudores a los padres de Katie, no a ella en un momento de pasión. No he conocido ni conozco a ningún hombre que le diga algo semejante a los padres de una chica. El nunca permitirá que la lastimen. No estará en condiciones de brindarle las cosas materiales, pero le brindará todo lo que realmente importa en la vida. Sé que lo hará. Y ahora ríndete con elegancia o la derrota será mucho mayor.

Cuando el marido apartó los ojos, lo tomó del mentón y lo obligó a mirarla. Los ojos azules de Ryan, tan parecidos a los de Katie, estaban sospechosamente húmedos.

-Ryan-dijo ella, suave-, no esa¡ hombre en sí lo que objetas, ¿verdad?

El suspiró. Fue un largo y profundo suspiro. -No -dijo con voz ronca-, en realidad no es a él a lo que me opongo. Es sólo que... no quiero que se lleve lejos a mi Katie. Ella siempre fue mi preferida. Tú lo sabes, Rosemary. De nuestros hijos, fue la única que siempre se preocupó por mí; la única que siempre me vio como algo más que una billetera llena de adinero; la única que siempre notó cuando estaba cansado o preocupado y trató de darme ánimo. -Tomó aliento, larga y profundamente.- Katie ha sido un rayo de sol en mi vida. Y si él me la quita, nunca más podré ver brillar a mi Katie.

Katie, sin darse cuenta de que Ramón estaba parado junto a ella, apoyó la cabeza contra el marco de la puerta, mientras las lágrimas le corrían sin freno por las mejillas.

La señora Connelly también lloraba. Ryan sacó un pañuelo del bolsillo, tomó a su esposa de la barbilla y le secó las lágrimas. Ella le respondió con una sonrisa cargada de ternura.

-Deberíamos haber esperado algo así... es exactamente la clase de cosas que haría Katie. Siempre estuvo llena de alegría y de amor, siempre dispuestá a dar. Siempre se hizo amiga de los niños con quienes . nadie quería jugar y jamás hubo un perro extraviado " del que no se enamorara. Hasta hoy pensé que David había destruido esa parte hermosa de ella. Y lo odié por eso... pero no lo logró. -Las lágrimas le corrían por las mejillas. -Ryan, ¿no te das cuenta de que Katie ha encontrado otro "extraviado" a quién a amar?

-El último la lastimó -comentó Ryan con tristeza.

-Éste no lo hará -afirmó la esposa-. Él la protegerá.

Ryan tomó en sus brazos a la esposa llorosa, alzó los ojos y vio que Katie también estaba llorando, abrazada a Ramón y enjugándose las lágrimas con un pañuelo. Entonces dedicó una sonrisa conciliadora a ese hombre alto que estrechaba a su hija en un abrazo protector.

-Ramón, ¿tienes un pañuelo de repuesto? Ramón aceptó el convite con una sonrisa. -- ¿Para las mujeres o para nosotros?

Cuando los padres se fueron, Ramón pidió usar cl teléfono y Katie se fue al patio para que pudiera hablar en privado. Deambuló por el patio, acarició las plantas que crecían lozanas en sus macetas, se sentó en una de las reposeras y miró las estrellas que brillaban como diamantes en el cielo.

Ramón se asomó a la puerta de vidrio y se detuvo, arrobado por la belleza del cuadro que le ofrecía Katie. Las luces del interior del departamento dibujaban su silueta contra el negro aterciopelado de la noche. Era una imagen provocativa y al mismo tiempo recatada, con los cabellos cayendo en una hermosa cascada sobre los hombros, la lozana madurez del perfil y el orgullo sereno de la barbilla.

Katie sintió su presencia y se volvió lentamente.

-¿Pasa algo malo? -preguntó, pensando en la llamada telefónica.

-Sí -dijo él con afectuosa seriedad-, tengo miedo, si me acerco más, de descubrir que eres sólo un sueño.

En los labios de Katie se dibujó una sonrisa dulce y sensual.

-Soy muy real -contestó.

-Los ángeles no son reales. Ningún hombre espera que con sólo extender los brazos podrá abrazar a un ángel.

Ella le sonrió complacida.

-Cuando tú me besas no hay nada angelical en mis pensamientos.

Ramón cruzó el patio y la miró profundamente a los ojos.

-¿Y cuáles son tus pensamientos cuando te sientas sola aquí afuera, mirando el cielo como una diosa que rinde culto a las estrellas?

El timbre de esa voz profunda bastaba para excitarla, pero ahora que se había comprometido con él se sintió poseída por una extraña timidez.

-Estaba pensando en lo increíble que es que, en apenas siete días, toda mi vida haya cambiado. No, no en siete días, en siete segundos. En el mismo momento en que me preguntaste por una dirección, mi vida entera tomó un rumbo diferente. Me sigo preguntando qué hubiera sucedido si yo salía cinco minutos más tarde a ese vestíbulo.

Ramón la tomó con suavidad de los brazos y la hizo levantar.

-¿No crees en el destino, Katie? -Sólo cuando las cosas salen mal. -¿Y cuando salen muy bien?

A Katie le brillaban los ojos.

-Entonces... es debido a la inteligencia de mis planes y mis esfuerzos.

-Gracias -dijo él con una sonrisa juvenil. -¿Gracias por qué?

-Por todas las veces que me has hecho sonreír en estos siete días.

Le cubrió los labios con un beso cálido y dulce. Katie comprendió que él no tenía la menor intención de hacerle el amor esa noche. Se sintió agradecida y conmovida por su autocontrol. Estaba emocionalmente agotada y físicamente exhausta.

-¿Qué planes tienes para mañana? -le preguntó unos minutos más tarde, cuando él se iba.

-Todo mi tiempo te pertenece -dijo Ramón-. Había pensado viajar mañana a Puerto Rico, pero

como no saldremos sino hasta el domingo, mi único compromiso es desayunar con tu padre por la mañana.

-¿Me llevarías a la oficina mañana a la mañana, antes de encontrarte con él? Así podríamos estar un rato juntos. Y después podrías pasar a buscarme.

-Sí -le susurró, mientras la estrechaba fuerte entre sus brazos.

CAPITULO NUEVE

Sentada frente el escritorio, con aire ausente, Katie hacía girar el bolígrafo entre los dedos. En esos. momentos, Virginia asistía a la reunión operativa de los viernes, lo que daba tiempo hasta las diez y media para poner en orden sus ideas. Una hora y media para decidir si

presentar la renuncia al trabajo o pedir dos semanas adicionales de vacaciones sin goce de sueldo.

Sabía qué quería, o mejor dicho qué esperaba Ramón que hiciera. El esperaba que renunciara a su trabajo para desatar y cortar todas las ataduras del pasado. Pero si en vez de renunciar se limitaba a pedir un mes de licencia, él sentiría que no se estaba comprometiendo con él de corazón y que estaba dejando una puerta abierta para el caso de que quisiera evadirse.

Recordó la manera en que Ramón la miró esa mañana cuando pasó a buscarla para llevarla a la oficina. Los ojos oscuros le examinaron la cara con penetrante intensidad.

-¿Has cambiado de idea? -le preguntó. Cuando Katie le contestó que no, la estrechó entre sus brazos y la besó con una mezcla de vehemente dulzura y profundo alivio.

A cada segundo que pasaba con Ramón, Katie se sentía emocionalmente más cerca de él. Por la razón que fuere, el corazón le decía que él era el hombre justo para ella y que estaba haciendo lo correcto. La mente, sin embargo, le enviaba fuertes señales de advertencia.

Le decía que todo estaba sucediendo demasiado rápido, demasiado pronto y, peor aún, le decía que Ramón no era lo que aparentaba ser y que le ocultaba algo.

Se le nublaron los ojos. Esa mañana, Ramón había llegado vestido con un hermoso pulóver amarillo de mangas anchas. En dos ncasiones anteriores se había puesto trajes de muy buena confección. Le parecía tan extraño que un agricultor tuviera esa ropa, en especial si se hallaba empobrecido, que Katie le preguntó abiertamente sobre ello.

Ramón le informó sonriente que los agricultores también tenían trajes y pulóveres, como cualquier otro hombre. Katie aceptó en principio esa respuesta, pero cuando trató de saber más sobre él, Ramón eludió las preguntas con diplomacia.

-Katie, te harás muchas preguntas sobre mí y sobre tu futuro. Pero todas las respuestas las encontrarás en Puerto Rico.

Se,echó hacia atrás en el sillón y miró melancólica la actividad bulliciosa pero controlada que se desplegaba en el área de recepción de personal, donde los postulantes llenaban formularios, hacían los tests y esperaban ser atendidos por Katic o alguna de las otras cinco colaboradoras que dependían de Ginny.

Quizás estaba equivocada en sus recelos sobre Ramón. Quizás no se comportaba de forma evasiva adrede. Tal vez ese temor crítico y persistente que la acometía era simplemente el resultado de su espantosa experiencia matrimonial con David Caldwell.

Pero tal vez no era por eso. Tendría que averiguarlo en Puerto Rico. Pero no podía arriesgarse a renunciar al trabajo hasta que todos sus temores se desvanecieran. Si renunciaba ese mismo día, sería sin aviso previo. Y si renunciaba sin aviso, no le permitirían volver a ingresar en Technical Dynamics ni darían buenas referencias de ella si más adelante trataba de encontrar empleo en otra empresa. Por otra parte, Virginia quedaría como una perfecta idiota cuando tuviera que explicarle al vicepresidente ejecutivo, el mismo que acababa de aprobar ese fenomenal aumento para ella, que Katie -la protegida de Virginiahabía renunciado sin previo aviso, como el más irresponsable de los empleados transitorios que hubieran pasado por allí.

Katie se puso de pie, se pasó la mano por el elegante rodete y salió al área de recepción. Pasó junto a Donna y a las otras dos secretarias que trabajaban en personal. Entró en uno de los cubículos donde se tomaban los exámenes de mecanografía, puso una hoja de papel en blanco en la máquina eléctrica y se quedó mirándola, indecisa, con las manos apoyadas sobre el teclado.

Ramón esperaba que renunciara. Le había dicho que la amaba. Con igual intensidad, Katie sintió instintivamente que él la necesitaba, la necesitaba mucho. Sería una deslealtad pedir un mes de licencia. Pensó en mentirle al respecto, pero la honestidad era muy importante para Ramón y también para ella. No quería mentirle. Por otra parte, ¿cómo podría explicarle las dudas y recelos de esa mañana, después de haber aceptado, apenas la anoche anterior, irse a Puerto Rico y casarse con él? Ni siquiera estaba segura de que fuese prudente

decirle cómo se sentía ahora. Le parecía mucho mejor ir a Puerto Rico y darse tiempo para conocer mejor a Ramón. Con tiempo suficiente, podría aclarar todas sus dudas o, en el peor de los casos, confirmar todas sus sospechas.

Suspiró, tratando de encontrar la mejor excusa para explicarle a Ramón que había decidido no renunciar. Se le presentó en un rapto de inspiración. Era la verdad. La liberó de todos sus sentimientos de deslealtad hacia Ramón, ya que era algo que ella no tendría problema en hacerle comprender. Era tan obvio, que Katie se asombró por haber considerado siquiera la posibilidad de renunciar sin aviso previo.

Rápida y eficiente, mecanografió un pedido formal, dirigido a Virginia, de dos semanas de vacaciones a partir del día siguiente, más dos semanas de licencia sin goce de sueldo. Esa noche le explicaría sencillamente a Ramón que de ninguna manera podía renunciar sin aviso previo para casarse. Los hombres no renunciaban a sus empleos para casarse. Y si Katie lo hacía, eso afectaría negativamente a todas las demás mujeres que luchaban con tanto denuedo por tener las mismas oportunidades de acceder a posiciones gerenciales. Uno de los argumentos más frecuentes para no contratar a una mujer para un puesto gerencial era que ellas renuncian para casarse, o para tener hijos, o para seguir a sus maridos cuando éstos son transferidos a otro lugar. El director ejecutivo era un perfecto machista. Si Katie renunciaba sin previo aviso para casarse, él nunca permitiría que la pobre Virginia lo olvidara y encontraría cualquier razón legalmente aceptable para descalificar a toda otra candidata que Virginia quisiera contratar para el puesto de Katie. Por otra parte, si Katie renunciaba durante sus vacaciones en Puerto Rico, las dos semanas de licencia serían consideradas como aviso previo. Es decir que ella tendría sólo dos semanas para disipar sus dudas y temores respecto de casarse con Ramón.

Se sintió muy aliviada. Ahora que había pensado racionalmente en todo ello, decidió que cuando re-, nunciara desde Puerto Rico, en caso de que lo hiciera, no diría que lo hacía para casarse. Diría lo que los hombres argumentan siempre: que renunciaba "para aceptar un empleo mejor".

Con esa decisión tomada, puso otra hoja de papel en la máquina, la fechó dos semanas más adelante y renunció formalmente para aceptar un empleo mejor.

Eran casi las once y media cuando Katie terminó de entrevistar a los postulantes de ese día. Tomó el pedido de vacaciones y la renuncia y se encaminó a la oficina de Virginia. Entonces titubeó.

Virginia estaba muy concentrada, anotando cifras en el libro mayor, con la cabeza, de cabellos oscuros y muy cortos, inclinada sobre la tarea. Como siempre, se la veía muy profesional y femenina.

Katie se alisó el blazer azul marino, acomodó los pliegues de la falda roja y azul y entró.

-Ginny, ¿tienes unos minutos? -dijo nerviosa.

Deliberadamente había usado el sobrenombre con que la llamaba sólo fuera de las horas de oficina.

-Si no es urgente, te pediría que me des media hora para terminar este informe-contestó Ginny sin levantar los ojos.

La tensión de Katie aumentaba a cada segundo. No creía poder aguantar otra media hora.

-Es... es bastante importante.

Ginny levantó la cabeza al percibir el temblor en la voz de Katie. Dejó el bolígrafo sobre el escritorio y la miró intrigada y algo alarmada.

Ahora que había llegado el momento, Katie no sabía cómo empezar. Le entregó a Virginia el pedido de vacaciones y de licencia.

Virginia lo examinó y la alarma incipiente desapareció de su frente.

-Es una notificación breve para pedir un mes de ausencia -dijo Ginny, dejando la hoja de papel a un lado-. Pero tienes derecho a vacaciones, de modo que lo aprobaré. ¿Por qué estás pidiendo también dos semanas de licencia?

Katie se sentó en la silla frente al escritorio de Virginia.

-Quiero ir a Puerto Rico con Ramón. Una vez allí, decidiré si me caso con él o no. En caso de decidirlo afirmativamente... aquí tienes mi renuncia. Las dos semanas de licencia servirán de preaviso. Es decir... si me permites hacerlo de esa manera.

Virginia se echó hacia atrás en su silla y miró atónita a Katie. -¿Quién? -preguntó. -El hombre de quien hablamos el miércoles. Virginia siguió mirándola perpleja.

-Ramón tiene una pequeña granja en Puerto Rico -explicó-. El quicrc quc nos casemos y vivamos allí. -¡Dios mío! -exclamó Virginia.

Katie, que nunca había visto a Virginia en ese estado, acudió en su ayuda. O así lo creyó.

-En realidad es español.

-¡Dios mío! -exclamó otra vez Virginia. -Ginny-rogó desesperadamente Katie-, sé que esto es muy repentino, pero no es tan increíble. Es... -¡Una locura! -concluyó Virginia sin rodeos, recuperando al fin la compostura. Sacudió la cabeza como para despejar sus ideas-. Katie, cuando lo mencionaste hace dos días, no lo imaginé simplemente como un hombre apuesto sino también como poseedor de un estilo y un refinamiento convenientes para ti. ¿Ahora me dices que es un granjero portorriqueño y que vas a ser su esposa?

Katie asintió.

-Creo que has perdido la razón, pero al menos tienes el juicio suficiente para no renunciar y cerrar todas las puertas detrás de ti. Dentro de cuatro semanas, o mucho antes, te arrepentirás de este insensato impulso romántico y totalmente absurdo. Tú sabes que tengo razón. O no estarías pidiendo licencia, simplemente renunciarías.

-No es insensato y no es un impulso -dijo Katie, implorando comprensión con los ojos-. Ramón es diferente.

-¡Apostaría a que lo es! -convino Ginny, despectiva-. Los hombres latinos son unos machistas insoportables.

Katie ignoró ese comentario porque sabía que Ramón era muy latino y muy machista. Pero se sentía incómoda por tratar de explicar con palabras cuáles eran sus sentimientos hacia él.

-Ramón es especial -dijo-. Y me hace sentir especial. No es superficial o egocéntrico como la mayoría de los hombres que he conocido.

Vio que Ginny no estaba muy convencida. -Ginny, él me ama -agregó-, puedo sentir que me ama. Y me necesita. Yo...

-¡Por supuesto que te necesita! -se mofó Ginny-. Es un granjero de poca monta que no tiene recursos para pagar una cocinera, un ama de llaves y una compañera para la cama. Por lo tanto necesita una esposa que cumpla las tres funciones al único precio de casa y comida. -De pronto levantó una mano en señal de disculpa.-Perdóname Katie, no debí haber dicho eso. No debexía imponerte mis propias opiniones sobre el matrimonio. Es sólo que, honestamente, siento que nunca podría satisfacerte esa clase de vida. No después de haber tenido ésta..

-Esta vida no es suficiente para mí, Ginny -dijo Katie con bastante convicción-. Ya lo sentía así mucho antes de conocer a Ramón. No me siento feliz al dedicarme enteramente a mí, a mi carrera, a mi próximo ascenso, a mi futuro. No es que sea una vida solitaria, porque no estoy sola. Pero es una vida vacía, la siento inútil y sin sentido.

-¿Tienes idea de cuántas mujeres anhelan tener todo lo que tú tienes? ¿Sabes cuántas mujeres desean poder pensar solamente en ellas?

Katie asintió, con la incómoda sensación de que, indirectamente, estaba repudiando el estilo de vida de Ginny y el suyo propio.

-Lo sé. Tal vez estará bien para ellas. Pero no para mí.

Ginny echó una mirada al reloj y se puso de pie, contrariada.

-Katie, lo siento, me gustaría disponer de más tiempo. Pero debo asistir a una reunión en el centro y no volveré hasta después que te hayas ido. No te preocupes por llamarme dentro de quince días. Tómate las cuatro semanas. Si decides renunciar, sencillamente agregaré esto a tu

legajo y diré que me lo entregaste por anticipado. Es una zancadilla a la política de la compañía, pero... ¿para qué están los amigos?

A las cinco y cinco, Katie salió como una tromba por las puertas giratorias de vidrio y cruzó la calle corriendo. Ramón la esperaba en el auto, estacionado en la esquina junto al cordón de la vereda. Subió al coche y enfrentó con valentía la mirada inquisitiva de Ramón.

-Pedí un mes de vacaciones en lugar de renunciar. El apretó las mandíbulas y Katie dio media vuelta en el asiento para mirarlo de frente.

-La razón por la que lo hice así...

-¡Ahora no! -la interrumpió tajante-. Lo discutiremos cuando lleguemos a tu departamento. Entraron juntos en el departamento, sin haber pronunciado una sola palabra durante los treinta y cinco minutos del trayecto. Los nervios de Katie habían alcanzado su máxima tensión cuando dejó la cartera sobre un sillón y se quitó el blazer. Consciente del enojo inflamado de Ramón, lo encaró cautelosa. -¿Por dónde quieres que empiece?

La aferró de los brazos y la sacudió.

-¡Empieza por el porqué! -le ordenó con aspereza- ¡Díme por qué!

Katie le sostuvo la mirada con ojos atemorizados. -Por favor, no me mires de esa manera. Sé que estás ofendido y enojado, pero no deberías estarlo.

En un intento por apaciguarlo y adularlo, deslizó las manos por debajo del suave material del pullover y empezó a acariciarle el pecho musculoso.

El gesto tuvo un efecto totalmente opuesto al deseado. Ramón la aferró de los puños con violencia. -¡No trates de distraerme con tus caricias! ¡No resultará! ¡Esto no es un juego!

-¡Yo no estoy jugando! -replicó Katie, encendida de cólera y liberándose del apretón de sus manos-. Si hubiera querido jugar contigo te habría mentido y te habría dicho que presenté la renuncia.

Se apartó de él y fue hasta el centro del cuarto. Allí se detuvo y giró rápido.

-Decidí pedir cuatro semanas de vacaciones para poder renunciar desde Puerto Rico... por varias razones muy importantes. En primer lugar, Virginia Johnson no es solamente mi jefa. Es alguien a quien quiero y respeto muchísimo. Si yo renuncio sin aviso previo, haré que Ginny quede como una perfecta idiota.

Con la barbilla en alto y gesto altivo, continuó su discurso inflamado y apasionado.

-Y en cuanto a los hombres, si yo renuncio sin preaviso, les doy la excusa perfecta para que se sientan reivindicados y superiores, porque los hombres no renuncian para casarse. ¡Me niego terminantemente a traicionar a mi propio sexo! Entonces... cuando renuncie desde Puerto Rico con aviso, diré que lo hago para "aceptar un empleo mejor". ¡Que eso creo que significa ser tu esposa! -concluyó desafiante.

-Gracias -dijo Ramón con humildad y se acercó. a ella, sonriente.

Katie, ahora en la cúspide de su temperamento, empezó a retroceder.

-¡Todavía no terminé! -exclamó con el rostro encendido y los ojos brillantes de indignación-. Tú

me dijiste que querías que siempre fuésemos sinceros. Y cuando soy sincera, me insultas y me intimidas. Se supone que debo decir toda la verdad. Necesito saber que no te vas a enojar conmigo por decírtela, independientemente de lo cruel que pueda ser la verdad. Hace unos minutos fuiste injusto e irrazonable... ¡y pienso que tienes un carácter insoportable!

-¿Ahora sí terminaste? -1e preguntó amable. -¡No, no he terminado! -exclamó, casi pateando el suelo-. Cuando te toqué, sólo traté de sentirme cerca de ti. ¡No estaba jugando y detesto la manera en que me trataste!

Habiendo agotado sus quejas, Katie lo miró por encima de los hombros, evitando cruzarse con su mirada.

La voz de Ramón se oyó apaciguadora y profunda. -¿Quieres tocarme ahora?

-¡Ni en lo más mínimo!

-¿Aun si te digo que lo lamento mucho y que quiero que me toques?

-No.

-¿Ya no quieres sentirte cerca de mí, Katie? -No, no quiero.

Ramón la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

-Mírame, Katie. Yo te ofendí y ahora tú me devolviste la ofensa. Y los dos estamos doloridos. Podemos seguir reprochándonos hasta que se nos pase el enojo, o podemos dar por terminado el asunto y tratar de enseñarnos el uno al otro cómo curar nuestras heridas. No sé qué alternativa prefieres.

Katie lo miró a los ojos y en su determinación comprendió que hablaba en serio. El quería que ella decidiera si debían convertir la batalla en una guerra que durase hasta que se les pasara el mal humor, o que ella le dijera qué dcbía hacer o decir para calmarla. Confundida y con una expresión vulnerable e insegura, lo miró con sus profundos ojos azules. Finalmente cedió y dijo con valentía:

-Yo... quiero que me ahraces.

Ramón la rodeó con sus brazos con conmovedora ternura.

-Y queme beses.

-¿Cómo? -preguntó suavemente.

-Con tus labios -contestó, desconcertada por la pregunta.

Los labios cálidos, pero cerrados, le rozaron la boca.

-Y con tu lengua -completó ella, sin aliento. -¿Tú me darás la tuya? -preguntó, y empezó a decirle cómo quería que le curara las heridas.

Katie asintió. Las bocas se abrieron ávidas y las lenguas se enredaron y acariciaron. Las manos de Ramón recorrían sin descanso los hombros y la espalda, y estrechaba las caderas contra las suyas. Le devoró la boca con sus besos, la atrajo con fuerza sobre el sofá y la hizo sentarse sobre sus rodillas, mientras manoteaba los pequeños botones de la blusa de seda. Nervioso por no poder abrirlos, volvió a acariciarle los pechos.

-Desabróchalos -dijo con voz baja y ansiosa. A Katie le llevó una eternidad desabrochar la blusa porque le temblaban los dedos y Ramón no dejaba de besarla. Cuando por fin desabrochó el último, Ramón apartó la boca de la de ella y murmuró inquieto: -Quiero que te la quites.

El corazón le palpitó con fuerza mientras sacaba los brazos de las mangas y la seda blanca se deslizaba por entre los dedos temblorosos. La mirada de Ramón se clavó en el corpiño de encaje.

-Eso también.

Ramón sintió que un fuego abrasador le corría por cada nervio de su cuerpo cuando Katie desabrochó el corpiño y se lo quitó. Los pechos marfilinos palpitaban orgullosos bajo su mirada posesiva y los pezones empezaban a endurecerse, como si sus dedos, más que sus ojos, los estuvieran acariciando. Ramón se quedó mirándolos, los ojos encendidos de pasión y la voz ronca.

-Quiero ver a mi hijo en tus pechos.

El pudor que Katie pudo haber sentido por la abierta respuesta de su cuerpo al de él, se vio eclipsado por el estremecimiento violento que la sacudió. Agitada, tomó aliento.

-En este momento preferiría verte a ti sobre ellos. -Dámelos, Katie.

Presa de una excitación incontrolable, lo tomó de la nuca, le hundió la cabeza en un pecho erguido y le ofreció el pezón. Poco faltó para que gritara de placer cuando él empezó a besarlo. Cuando él se apartó, el deseo le corría por las venas como acero fundido.

-Ofréceme el otro -le ordenó con un susurro. Temblorosa, tomó el otro pecho y lo alzó hasta su boca. Al sentir sus labios ardientes se sintió abrasada por las llamas.

-¡Basta, por favor! -suplicó-. Te necesito, ya no puedo aguantar más.

-¿No puedes? -suspiró él.

La empujó suavemente sobre el sofá y se tendió al lado de ella, mientras con la lengua seguía explorando lás orejas, la curva del cuello y las mejillas. Perdida en el frcncsí de un dcsco incontrolable, Katie sintió las manos que se deslizaban bajo su falda y bajaban la banda elástica de las medias hasta por debajo de los muslos.

Ramón gimió suavemente mientras le acariciaba las entrepiernas.

-Tú me deseas -corrigió-. Me deseas, pero todavía no me necesitas.

Siguió besándola con avidez. Katie casi sollozaba por el deseo de ser poseída, mientras sus manos afiebradas acariciaban los hombros y la espalda musculosa.

-Te necesito -murmuró vehemente, apretando los labios abiertos contra con los de él-. Por favor... Ramón alzó la cabeza y dijo, casi grosero:

-Tú no me necesitas a mí.

Le apartó una mano dé su cuello y la presionó con fuerza contra su miembro erecto.

-Necesitas esto, Katie.

Katie abrió los ojos inflamados de deseo y miró la cara tensa de Ramón.

-Tú me deseas cuanto te tomo en mis brazos, pero yo te necesito cada minuto de cada hora. Es un dolor que nunca me abandona y que está en pugna con mi ansiedad por hacerte mía. -Entonces, abruptamente, le,preguntó: -¿Sabes lo que es el miedo, Katie?

Desconcertada por el súbito cambio de tema, Katie estudió sus hermosos rasgos melancólicos. Pero no intentó siquiera contestar.

-Miedo es saber que no tengo ningún derecho a desearte y saber que no puedo refrenarme. Miedo es temer el momento en que veas la pequeña cabaña donde tendrás que vivir y que ello te lleve a decidir que no me deseas tanto como para vivir allí.

-No pienses de esa manera -le rogó Katie, acariciándole las patillas-. Por favor, no lo hagas. -Miedo es estar despierto por las noches, preguntándome si decidirás no casarte conmigo y preguntándome cómo haré para sobrellevar ese sufrimiento. Las lágrimas asomaron en los ángulos de los ojos de Katie. Ramón las enjugó con una caricia suave. -Yo tengo miedo de perderte, Katie, y si ese miedo me vuelve "irrazonable" y colérico... entonces te pido humildemente perdón. Es sólo porque tengo miedo. Consumida de ternura, Katie apoyó una mano en el mentón de Ramón y lo miró profundamente a los ojos.

-En toda mi vida -murmuró- no he conocido un hombre que tuviera la valentía de reconocer que tiene miedo.

-Katie...

El nombre se oyó como un gemido ronco que salía de lo más profundo de su pecho. Buscó ávido la boca de ella. Los labios y las manos la excitaban violentamente, se sentía en el borde mismo del punto máximo de deseo, al mismo punto al que ella misma quería llevar a Ramón. Y entonces sonó el timbre de entrada.

El se liberó inmediatamente de sus brazos y se incorporó.

-¡No contestes! -imploró Katie-. Se irán si no abrimos.

Con una sonrisa tranquilizadora, Ramón la miró y se pasó las manos por las sienes para ordenarse el pelo. -No, no se irán. En medio de... de la excitación... olvidé decirte que tus padres vendrían a ayudarnos a empacar y después se quedarán a cenar con nosotros. Katie se puso de pie de un salto, se pasó la mano por la falda y se precipitó al dormitorio.

Apúrate y déjalos entrar, o adivinarán qué estábamos haciendo.

Entonces vio que Ramón, sonriente y con las manos en jarras, se quedó parado junto al sofá. -Katie... -dijo con la boca torcida en una mueca burlona-, si los hago entrar tan rápido... ellos verán lo quc catábamos haciendo.

-¿Qué? -preguntó ella, parada en la puerta de su dormitorio.

Perpleja, buscó con la mirada alguna evidencia incriminatoria en el sofá, en el piso, en Ramón. -¡Oh! -exclamó, ruborizándose como una colegiala.

Recogió la ropa con apuro, diciéndose que su comportamiento era absurdo. Tenía veintitrés años, había estado casada antes y ahora iba a casarse con Ramón. No tenía dudas de que sus padres suponían que ya habían hecho el amor muchas veces. Después de todo, sus padres eran personas modernas y comprensivas. Muy modernas y comprensivas... salvo cuando estaba en juego la conducta de sus hijos.

Exactamente cuatro minutos después de sonar el timbre, Katie salió del dormitorio vistiendo un pantalón tostado y una remera clara con cuello tortuga y con los cabellos

Librodot

cayendo en cascada sobre los hombros. Consiguió mostrarse jovial ante su madre, pero todavía tenía la cara ligeramente arrebatada, los ojos sospechosamente lánguidos y en su interior sentía aún las palpitaciones del deseo.

Encontró a Ramón en la cocina, preparando bebidas para los cuatro y riendo con su padre. No había en él la menor huella de excitación.

-Yo llevo estas copas al living-dijo Ryan Connelly, tomando dos vasos.

Se dio vuelta y entonces vio a su hija que, como atontada, miraba a su novio.

-Te ves radiante, querida -dijo, besándola afectuosamente en la frente-. Ramón debe de ser bueno para ti.

Sintió que le subía el color en las mejillas y sonrió débilmente a su padre. Esperó hasta que desapareció de su vista y se volvió hacia Ramón, que estaba poniendo hielo en otros dos vasos.

-Te ruborizaste, querida -le dijo sin mirarla-. Y estás radiante.

-Gracias -dijo Katie exasperada-. ¡Yo luzco como si me hubieran violado y tú como si terminaras de leer el diario! ¿Cómo puedes estar tan sereno?

Quiso tomar el vaso que Ramón acababa de preparar para ella, pero él se lo quitó de las manos y lo dejó sobre la mesada. Se dio vuelta, la apretó fuerte entre los brazos y le cubrió la boca con un beso prolongado y ardiente.

-No estoy sereno, Katie -susurró con los labios apretados a los suyos-. Estoy sediento de ti. -¿Katie?

Al oir la voz de la madre que la llamaba desde el living, se separó de los brazos de Ramón como un niño pescado en falta.

-¿Van a venir aquí o los esperamos en el patio? Enseguida vamos -se apresuró a contestar y miró a Ramón con ojos pícaros-. Una vez leí una novela en la que cada vez que un hombre y una mujer iban a hacer el amor, sonaba el teléfono o alguien llamaba a la puerta o pasaba algo que se lo impedía. Ramón sonrió divertido.

-Eso no nos pasará a nosotros. Yo no lo permitiré.

CAPITULO DIEZ

Al girar al sudeste, a nueve mil metros de altura, el sol entró a raudales en el enorme jet.

Para que no le molestara a Katie, que dormía con la cabeza apoyada en su hombro, Ramón pasó un brazo por delante de ella y bajó la cortina de la ventanilla para proteger su hermoso rostro del resplandor del sol. El vuelo había sido muy turbulento y muchos pasajeros estaban visiblemente alarmados. Pero no Katie, pensó Ramón, mirando con ternura el semblante dormido. Empezaba a descubrir que, debajo de su apariencia exterior, encantadoramente frágil y femenina, se escondían una valentía, fuerza y determinación enormes.

Incluso ayer y hoy, cuando la tristeza inevitable de sus padres por la partida inminente le produjo un profundo sentimiento de culpa, había sobrellevado la infelicidad de ellos con serena comprensión y una sonrisa firme, a pesar de la tensión emocional que Ramón vio reflejada en su rostro.

El viernes por la noche, los padres de Katie ofrecieron ocuparse de subalquilar el departamento y de empacar el resto de sus pertenencias para ser despa

chados a Puerto Rico. Después insistieron en que pasaran el fin de semana en su hogar, en lugar de quedarse en el departamento. A pesar de que él también pasó allí el fin de semana, desde el viernes no había tenido la menor oportunidad ni excusa para estar un minuto a solas con ella.

El había visto cómo aumentaba la tensión de Katie a medida que pasaban las horas. El mismo trataba de darse fuerzas para el momento en que ella le dijera que había cambiado de

idea con respecto a seguirlo a Puerto Rico, después de sopesar el futuro incierto que tendría a su lado contra el amor y la seguridad que todavía le ofrecían sus padres y su trabajo. Con un sentimiento egoísta, había ansiado llevarla de regreso al departamento y tenerla en sus brazos donde, con tiempo y privacidad, sabía que la pasión superaría a todo otro razonamiento. Y sin embargo, aun sin el estímulo físico del deseo, Katie no había vacilado en su valiente determinación de partir con él.

Sintió placer al contemplar la serena belleza del perfil y la tenue sombra de las pestañas largas y espesas sobre las mejillas. Se alegraba de haber reservado asientos en primera clase porque eran más cómodos y espaciosos. Katie creyó erróneamente que la razón de que hubieran sido tan afortunados al volar en primera clase era de que, por haber sobrevendido las plazas en clase turista, la compañía les había ofrecido, espontáneamente y por el mismo precio, asientos en primera clase. Y Ramón la había dejado que lo creyera.

Se sintió embargado por un sentimiento de amargura, apretó las mandíbulas y giró la cabeza para mirar a través de la ventanilla que daba sobre el ala. Apenas unos pocos meses atrás, habría podido llevar a Katie a Puerto Rico en el avión privado, el Boeing 727 de Galverra Internatiunal, con sus espléndidos dormitorio, comedor y amplio living-room y sus magníficas antigüedades y alfombras blancas. Pensó que Katie habría disfrutado mucho de todo eso, pero que seguramente le habría gustado mucho más el elegante Lear jet con el que había volado a St. Louis y que ahora estaba en un hangar del aeropuerto de esa ciudad.

El Lear era su avión privado, no era propiedad de la corporación. Pero como todos los otros bienes que poseía, incluyendo las casas, la isla y el yate, lo había dado en prenda por los préstamos que la compañía necesitaba y que ahora no podría pagar. ¿Qué sentido hubiera tenido volar hoy a Puerto Rico con el Lear y hacerle saborear a Katie la vida lujosa que podría haberle ofrecido, si al hacerlo, y por comparación, habría hecho parecer más triste y miserable la vida que ahora podía ofrecerle?

Fastidiado, se reclinó en el asiento y cerró los ojos. No tenía ningún derecho a pedirle a Katie que compartiera su exilio, a sacarla de su elegante departamento y a hacerla renunciar a su carrera para que viviera en una cabaña renovada en el campo. Era muy egoísta e incorrecto de su parte, pero no podía pensar en la vida sin ella. Antes podía brindarle todo, ahora no tenía nada para brindarle... ni siquiera sinceridad. Al menos no todavía.

Tenía varias reuniones programadas para mañana, una de ellas con su contador y se aferraba a la remota esperanza de que sus finanzas no fueran tan calamitosas como parecían serlo. Después de esa reunión sabría exactamente en dónde estaba parado. Entonces tendría que encontrar alguna manera de explicarle a Katie quién era y qué había sido. Había insistido en que debían ser sinceros el uno con el otro y aunque en realidad no le había mentido, sí le había ocultado muchas cosas. Ahora le debía la verdad, toda la verdad. La idea de decirle a Katie que era un fracasado le retorcía las entrañas. No le importaba si todo el mundo pensaba eso de él, pero la idea de ser un fracasado a los ojos de Katie le producía un dolor insoportable.

Ya había sido suficientemente penoso explicarle la situación al padre de Katie durante el desayuno del viernes por la mañana. El afecto que sentía por su futuro suegro suavizó la expresión tensa de Ramón al recordar el comienzo inesperadamente hostil de ese desayuno.

Cuando entró en el distinguido club privado en el que habían acordado encontrarse, Ryan Connelly lo esperaba con una furia contenida que emanaba de todos sus poros.

-¿A qué diablos está jugando, Galverra? -le preguntó el anciano en voz baja e irritada en cuanto Ramón se sentó-. Usted es tan pequeño agricultor como yo. Me volví loco pensando porqué me resultaba tan familiar. No era sólo su nombre, era su cara la que me resultaba familiar. Anoche recordé el artículo que leí sobre usted en cl Time y...

Cuando Ramón le explicó al padre de Katie el inminente derrumbe de Galverra International, la furia inicial de Ryan Connelly dio paso primero a un gran asombro y después a una conmovedora comprensión. Ramón se esforzó por no sonreír cuando el padre de Katie le ofreció ayuda financiera. Ryan Connelly era un hombre rico, pero como Ramón le explicó,

Librodot

serían necesarios cien inversores como Ryan para apuntalar a Galverra International. De otra manera, se derrumbaría por su propio peso y en la caída arrastraría consigo a todos los que hubieran invertido en la sociedad.

El enorme jet entró de pronto en una zona turbulenta, perdió altura abruptamente y enseguida volvió a elevarse con movimientos bruscos.

-¿Estamos aterrizando? -murmuró Katie. -No -dijo Ramón y le rozó los cabellos con sus labios-. Sigue durmiendo. Te despertaré cuando nos aproximemos a Miami.

Obediente, Katie cerró los ojos y se arrimó más a él.

Se abrió la puerta de la cabina y el piloto se dirigió al salón de descanso. El pasajero sentado delante de Ramón lo detuvo para hacerle unas preguntas y mientras el piloto se inclinaba para contestarle, Ramón notó que sus ojos vagaban con admiración por el rostro de Katie y se quedaban fijos en él mientras contestaba. Ramón sintió un repentino fastidio que reconoció inmediatamente: estaba celoso.

Celos... otra nueva emoción con la que tendría que lidiar por causa de Katie. Después de dirigirle una mirada glacial al desdichado piloto, tomó la mano de Katie y enlazó sus dedos con los de ella. Suspiró. A este paso, pensó, los celos serían una constante compañía.

Ya al caminar con ella por las salas del aeropuerto le había molestado ver cómo se daban vuelta y la miraban los hombres. Parecía una modelo con sus tacos altos y ese vestido turquesa de seda adherido a. las piernas largas y bien torneadas. Pero no. Las modelos que él conocía no tenían las curvas exuberantes ni la distinción de los rasgos perfectos de Katie. Las modelos poseían encanto. Katie tenía belleza.

Katie dobló los dedos y Ramón se dio cuenta de que le estaba apretando muy fuerte la mano. Con suavidad y ternura le acarició la palma. Aun en sueños, Katie respondió a sus caricias y se acercó más a él. ¡Dios, cómo la deseaba! Sólo el tenerla refugiada en sus hombros lo hacía palpitar de deseo y conmoverse de ternura.

Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos, suspirando con profundo placer. ¡Lo había conseguido! ¡Katie estaba con él en este avión! Ella iba a Puerto Rico, iba a ser suya. La admiraba por su independencia e inteligencia y adoraba su vulnerabilidad y dulzura interior. Ella era la personificación de todo lo que le gustaba en las mujeres: femenina sin ser insulsa o indefensa; orgullosa sin ser altanera; positiva sin ser agresiva. Sexualmente liberada por su manera de pensar pero no por sus actitudes. Eso le causaba un inmenso placer, porque sabía que le habría consternado saber que ella hubiera entregado su hermoso cuerpo a otros hombres. Era infinitamente más especial, más preciada para él, porque no se había entregado a aventuras sexuales ocasionales. Lo que, pensó, lo hacía sentir culpable por aplicar una pauta moral diferente a los hombres y a las mujeres, teniendo en cuenta la cantidad de mujeres que había tenido en los últimos. diez años, desde St. Moritz a St. Croix.

Ramón sonrió para sus adentros al pensar en cómo se enfurecería Katie si supiera que pensaba de esa manera sobre su honradez. Lo acusaría de ser desde un tremendo anticuado a un incorregible latino, lo que no dejaba de ser bastante cómico, porque sospechaba que la razón por la que Katie se sentía atraída hacia él era precisamente...

El placer que le producía esa idea fue muy fugaz. Rápidamente lo desplazaron las mismas dudas que lo habían atormentado en los últimos días. No sabía por qué Katie se sentía atraída por él. No sabía por qué pensó que debía casarse con él. No tenía la menor idea sobre qué razones se había dado a sí misma para hacerlo. Ramón se dijo que la única razón valedera sería que lo amaba.

Pero ella no lo amaba.

Mentalmente rechazaba esa verdad y sin embargo sabía que debía enfrentarla y aceptarla. Ni una sola vez Katie había pronunciado la palabra amor. Tres noches atrás, las palabras habían brotado de su corazón cuando le dijo que la amaba. Sin embargo, Katie había actuado como si no las hubiera escuchado. ¡Qué ironía! Por primera vez en su vida le había dicho a una mujer que la amaba y Katie no había sido capaz de decirle que ella también lo amaba.

Se preguntó si ésta no sería la manera en que el destino le hacía pagar por todas las veces en que tantas mujeres le habían dicho que lo amaban y él había respondido con el silencio o con una sonrisa evasiva, porque se negaba a mostrar una emoción que no sentía.

Si Katie no creía amarlo, ¿por qué estaba con él en este avión? Ramón conocía la respuesta: ella lo deseaba sexualmente. El había sido implacable desde el primer momento en que la había tomado en sus brazos, incitándola a que lo deseara, avivando permanentemente el fuego de su deseo. Evidentemente, ella sólo sentía pasión por él y el deseo era la única tazón por la que estaba en este avión.

¡No, maldito sea! ¡No podía ser verdad! Katie era demasiado inteligente como para casarse con él sólo para obtener una satisfacción sexual. Debía sentir algo más por él. Después de todo, siempre había habido entre ellos una tremenda atracción magnética, tanto sentimental como física. Si ella no lo amaba, ¿podría ligarla a él sólo con su cuerpo? Y aun si pudiera lograrlo, ¿podría soportar la vida al lado de ella, sabiendo que sus sentimientos eran mucho más profundos que los de ella hacia él?

CAPITULO ONCE

Katie salió del baño de damas del aeropuerto de San Juan y se dirigió a la sala de equipaje para retirar las maletas que habían llegado en el vuelo desde Miami. Se sentía recorrida por un estremecimiento de expectativa al oír el torrente de palabras incomprensibles en español, entremezcladas con inglés, que se pronunciaban alrededor de ella. A la izquierda, un grupo de hombres distinguidos y atildados hablaba en sueco; detrás de ella, un gran contingente de turistas conversaba en fluido francés. Se sintió gratamente sorprendida al comprobar que Puerto Rico no era un lugar de vacaciones sólo para norteamericanos.

Buscó entre el gentío y vio a Ramón que le hacía señas a un maletero. Éste cambió inmediatamente de dirección, hizo rodar el carro hasta donde se hallaba Ramón y empezó a cargar las seis maletas Cucci de Katie. Sonrió complacida porque todos los demás pasajeros se esforzaban por llamar la atención de los atareados maleteros con señas frenéticas y llamados a gritos, y a Ramón le había bastado con una simple inclinación de cabeza. No era de extrañarse, pensó con orgullo. Vestido con un impecable traje oscuro y una corbata clásica, Ramón era el hombre de aspecto más imponente que ella jamás había visto. En él había tal aura de autoridad y serena determinación, que ni siquiera un maletero podía dejar de advertirlo. Mirándolo, Katie pensó que parecía un próspero ejecutivo de negocios y no un esforzado agricultor del lugar. Supuso que el maletero debía de estar pensando lo mismo y que probablemente esperara una suculenta propina por sus servicios. Se preguntó, no sin cierta incomodidad, si Ramón tendría conciencia de ello.

¿Por qué no se le había ocurrido sugerirle que llevaran ellos mismos las maletas? Entre los dos podrían haberlo hecho, quizás en dos o. tres viajes, ya que Ramón sólo tenía una maleta grande y una más chica. Ella tendría que aprender a ser ahorrativa, recordar que Ramón tenía muy poco dinero, que incluso manejaba un camión para ganar algo extra.

-¿Lista? -le preguntó Ramón.

La tomó del brazo y la guió por el aeropuerto atestado de gente.

Afuera, una larga fila de taxis esperaba a los pasajeros. El maletero, seguido por Katie y Ramón, se dirigió a la cabecera de la fila. Ella alzó los ojos hacia el cielo profundamente azul, matizado con mullidas nubes blancas.

-¿Siempre hay tan buen tiempo aquí? -preguntó.

La sonrisa placentera de Ramón le dijo cuánto deseaba que a ella le gustara su futuro hogar. -Normalmente lo es. La temperatura se mantiene por lo general por encima de los veinte grados y los vientos del este traen una brisa que...

Ramón miró al frente para ver cuanto se había adelantado el maletero y dejó sin terminar lo que estaba diciendo.

Katie siguió su mirada contrariada y se sobresaltó al ver que el maletero estaba cargando las maletas en un reluciente Rolls-Royce marrón que esperaba a la vuelta de la cabecera de la fila de taxis. Un chófer vestido con un impecable uniforme negro y gorra con visera esperaba atento junto al Rolls. Cuando se aproximaron al auto, abrió la puerta trasera y con un gesto ceremonioso dio un paso al costado para que subieran.

Katie se quedó inmóvil por un instante y miró intrigada a Ramón, que le hablaba en español al chófer. Sea lo que fuere que el hombre le contestaba, Ramón estaba furioso. Sin pronunciar una palabra, le puso una mano en la espalda y la hizo subir y acomodarse en el lujoso interior del Rolls, tapizado en suave cuero blanco.

-¿Qué está pasando? -preguntó Katie en cuanto Ramón se sentó a su lado-. ¿De quién es este coche? Ramón esperó a que el chófer cerrara la puerta de los pasajeros antes de contestar. La voz sonó tensa por el esfuerzo que hacía por controlar su inexplicable enojo.

-Este auto es de un hombre que tiene una quinta en la isla y que muy raramente está aquí. García, el chófer, es... es un viejo amigo de mi familia. Cuando se enteró de que llegábamos hoy, decidió vcnir a buscarnos.

-¡Qué considerado fue al hacer una cosa semejante! -exclamó Katie, radiante.

-Dije expresamente que no quería que lo hiciera. -¡Oh! -balbuceó Katie-. Bueno, estoy segura de que su intención fue buena.

Ramón volvió su atención al chófer, que, sentado frente al volante, lo miraba expectante por el espejo retrovisor. Entonces presionó el botón que abría el tabique de vidrio que separaba al chófer de los pasajeros. Dio algunas instrucciones en un español cerrado. El panel divisorio volvió a cerrarse y el Rolls se deslizó suavemente hacia afuera del aeropuerto.

Katie nunca había estado dentro de un RollsRoyce y se hallaba fascinada con el auto. Pasó las puntas de los dedos sobre el asiento, regodeándose con la sensación de increíble suavidad y flexibilidad del cuero blanco.

-¿Qué es esto? -preguntó, al tiempo que se inclinaba hacia adelante y presionaba un botón en la parte trasera del asiento del chófer.

Se echó a reír cuando un pequeño atril-escritorio de palo de rosa se elevó electrónicamente del asiento, dio un giro y descendió suavemente sobre su regazo. Levantó la tapa y vio que contenía unas cuantas hojas de papel pergamino para escribir, estilográficas de oro y hasta una abrochadora de oro.

-¿Cómo hago para volverlo a su lugar? -preguntó, después de tratar infructuosamente de hacerlo. -Presiona otra vez el mismo botón.

Así lo hizo. Con un débil zumbido, el atril de palo de rosa se elevó, dio un giro en el aire y retrocedió a su lugar, mientras el panel de cuero blanco se deslizaba hacia abajo para cubrirlo.

-¿Y ése qué hace? -preguntó sonriente, apuntando al botón que estaba frente a Ramón, justo por encima de sus rodillas.

Ramón la observaba con una cara completamente inexpresiva.

-Abre un pequeño bar que está oculto en el asiento frente a mí.

-¿Y dónde está el televisor y el estéreo? -bromeó Katie.

-Entre el escritorio y el gabinete de bebidas - contestó Ramón para su sorpresa.

La sonrisa gozosa se desvaneció de los labios de Katie. Se dio cuenta de que Ramón no compartía su entusiasmo por el extraordinario equipamiento de ese auto lujoso.

-Quienquiera que sea el propietario de este auto, debe de ser un hombre inmensamente rico --balbuceó, después de una pausa de incertidumbre.

-Lo fue.

-¿Fue? -repitió ella-. ¿Está muerto? -Financieramente sí, está muerto.

Con esa respuesta seca e inescrutable, Ramón dio vuelta la cabeza y se quedó mirando por la ventanilla. Desconcertada y herida por su frialdad, también Katie se quedó mirando por

la ventanilla. De pronto, la mano cálida de Ramón la arrancó de sus tristes pensamientos al oprimir la suya, que tenía apoyada entre los dos, sobre el asiento.

-Me gustaría poder darte una docena de autos como éste-dijo áspero, siempre mirando hacia afuera.

Empezó a comprender, pero todavía estaba demasiado asombrada como para hablar. Duró apenas un instante. De pronto sintió una gran calma y decidió seguir la broma.

-Me gustaría que pudieras darme siquiera uno como éste. Después de todo, ¿un auto caro no es una garantía de felicidad?

La mirada aguda de Ramón giró hacia ella y Katie abrió los ojos azules con exagerada inocencia. -David me dio un Porsche como regalo de bodas... ¡y mira qué feliz ha sido mi vida con él!

La línea dura de la boca de Ramón se transformó cn una débil sonrisa.

-Ahora -continuó Katie-, si David me hubiera dado un Rolls-Royce, me habría sentido plenamente satisfecha con nuestro matrimonio. Aunque... -continuó, mientras Ramón le pasaba el brazo por los hombros acercándola a él- lo único que podría haber convertido mi vida en un éxtasis permanente es...

Los labios de Ramón interrumpieron la frase, cubriendo los suyos con sus besos. La besaba profunda, ardientemente... pero Katie comprendió que en sus besos también había agradecimiento.

Cuando Ramón alzó por fin la cabeza, Katie sintió la calidez de su sonrisa.

-¿Y qué es lo que hubiera convertido tu vida en un éxtasis permanente? -preguntó él en tono burlón.

Los ojos de Katie brillaron traviesos mientras se acurrucaba en sus brazos.

-¡Una Ferrari!

Ramón soltó una carcajada y Katie sintió que se había aflojado la tensión en su cuerpo poderoso. Ahora las cosas estaban en su justa perspectiva, en el lugar preciso en que se podían reír de ellas, que era exactamente lo que ella se había propuesto.

Puerto Rico la tomó completamente por sorpresa. No esperaba encontrar un paraíso tropical montañoso con espléndidos valles verdes y apacibles lagos azules brillando bajo la luz del sol. El Rolls ascendió . por caminos suaves y sinuosos bordeados por espéctaculares árboles floridos, con las ramas totalmente cubiertas por capullos rosados y amarillos.

Pasaron por pueblitos pintorescos encajonados entre las montañas, cada uno de ellos con su plaza principal dominada por la iglesia con la aguja del campanario apuntando al cielo. Katie miraba embelesada a un lado y al otro, los ojos llenos de gozo por los colores intensos que la naturaleza había derramado sobre colinas y praderas. Todo lo que veía, desde los helechos hasta las granjas,le provocaba exclamaciones de admiración. A lo largo de todo el trayecto pudo sentir los ojos de Ramón fijos en ella, observando cada una de sus reacciones. En dos ocasiones lo miró de frente para hacer algún comentario entusiasta y de un vistazo notó la ansiedad que se reflejaba en su expresión antes de que pudiera cubrirla con una de sus suaves sonrisas. Ramón deseaba con desesperación que a ella le gustara su país y por alguna razón parecía no poder creer que realmente le gustaba.

Casi una hora después de haber salido del aeropuerto, el Rolls pasó por otro pueblo pequeño y se apartó de la ruta pavimentada para tomar un camino de tierra y seguir ascendiendo. Katie se quedó boquiabierta. Era como si estuvieran atravesando un túnel de seda roja, iluminado por sutiles rayos de sol. A los costados desfilaban árboles florecidos, con sus ramas cargadas de flores que se unían en lo alto formando una bóveda. El coche se deslizaba literalmente sobre una alfombra escarlata tendida por los pétalos caídos.

-¡Es absolutamente increíble! -exclamó Katie, mirando a Ramón-. ¿Estamos cerca de tu casa? -Está a unos dos kilómetros y medio por este mismo camino.

La tensión volvió a reflejarse en su semblante y su sonrisa era apenas una línea tenue dibujada en los labios apretados. Mantenía la vista fija al frente, como si estuviera tan ansioso como ella por descubrir qué había al final del camino.

Katie estaba por preguntarle cómo se llamaban esas hermosas flores de cáliz escarlata, cuando el Rolls salió de entre los árboles florecidos y entró en un terreno feo, con el pasto muy crecido, que rodeaba a una ruinosa cabaña de ladrillos blancos. Katie trató de ocultar la terrible desilusión que sintió y miró a Ramón. Al ver con qué expresión furiosa miraba él hacia la casa, instintivamente se hundió en el tapizado de su asiento.

Sin esperar a que el coche se detuviera, Ramón abrió la puerta de su lado, saltó fuera del vehículo, cerró la puerta de un golpe y atravesó cl miserable terreno con pasos violentos.

El chófer ayudó a Katie a bajar del auto. Los dos se dieron vuelta, justo en el momento en que Ramón forcejeaba con la puerta de la cabaña y enseguida la empujaba con el hombro, con tal fuerza que la hizo saltar de las bisagras y estrellarse contra el piso.

Katie se quedó petrificada en el lugar, mirando el agujero negro donde un minuto antes había estado la puerta. Después miró las persianas que colgaban destartaladas sobre las ventanas y la pintura descascarada de las molduras de madera.

Todo su optimismo y su valor la abandonaron con la rapidez de un rayo. Pensó con nostalgia en su hermoso departamento con luces de gas y el patio cerrado. Nunca podría vivir en un lugar como ése. Había sido una tonta al renegar de su amor por el lujo y por la educación que había recibido.

La brisa arrancó algunos mechones sedosos de su elegante rodete. Katie los apartó de sus ojos con un movimiento rápido de la mano, como si con ese gesto también pudiera borrar de la mente su propia imagen, parada en medio de esos pastos altos y luciendo tan andrajosa y desgreñada como esa horrible choza. En uno o dos años luciría tan descuidada como todo lo que la rodeaba, porque una vida semejante carcomería su orgullo personal hasta tal punto que ya nada le importaría.

De mala gana empezó a abrirse camino entre lo que quedaba de un sendero de piedra que conducía a la puerta de la cabaña y sobre el que yacían, destrozadas, las tejas rojas que habían caído del techo. Con mucho cuidado, evitó pisarlas con las suelas delgadas de sus costosas sandalias italianas.

Pasó titubeante por la entrada y parpadeó para acostumbrarse a la penumbra. El interior vacío de la cabaña estaba cubierto por capas de polvo, suciedad y telarañas. Ahí donde el sol se filtraba a través de las tablillas rotas de las persianas, el polvo flotaba en el aire. ¿Cómo podía Ramón vivir de esta manera?, se` preguntó horrorizada. Siempre estaba tan impecablemente vestido... Katie no conseguía imaginarse que él pudiera vivir en esa... esa inmundicia.

Hizo un esfuerzo supremo por controlar sus emociones y razonar con lógica. En primer lugar, era evidente que nadie había vivido allí... la suciedad llevaba años sin que nadie la perturbara... ni tampoco a los ratones, pensó con un estremecimiento al oír los rasguidos que brotaban de las paredes.

Ramón estaba parado de espaldas a ella en el centro de la habitación.

-¿Ramón? -Su voz fue apenas un murmullo temeroso.

-Sal de aquí -gruñó con una voz vibrante de furia-. Aunque no toques nada, las telarañas se adherirán a tu cuerpo.

No había nada que Katie deseara más que abandonar ese lugar... nada, como no fuera salir para el aeropuerto, volar a casa y llegar a su hermoso departamento. Empezó a retirarse, se dio cuenta de que Ramón no la seguía y se detuvo, volviéndose nuevamente hacia él. Seguía parado de espaldas a ella, quizás porque no quería, o no podía, mirarla a la cara.

Sintió una punzada de compasión al darse cuenta de que Ramón debía de haber sentido un temor enorme por el momento en que ella viera el lugar. No era de extrañarse que se hubiera mostrado tan tenso durante el trayecto en auto. Ahora estaba enojado, preocupado y avergonzado porque esa cabaña ruinosa era lo mejor que podía ofrecerle. Katie intentó romper el penoso silencio.

-Tú dijiste que... que naciste aquí.

Ramón se dio vuelta lentamente y le clavó los ojos como si en realidad no la viera. Katie enfrentó su mal talante.

-Creí que habías dicho que viviste aquí desde siempre... pero nadie ha vivido aquí en muchos años... -No -contestó él, tajante.

Katie se estremeció ante el tono de su voz. -¿Hace mucho que estuviste aquí por última vez?

-Sí.

Katie trataba desesperadamente de consolarlo, aun cuando sabía que, en realidad, él debería consolarla a ella.

-Los lugares... las casas que no han sido habitadas durante mucho tiempo... siempre se ven lúgubres y feas aunque sean hermosas...

-¡Está exactamente igual a como la recuerdo! El sarcasmo mordaz de sus palabras entró cortante como una navaja en el ánimo sensibilizado de Katie. Pero siguió intentando.

-Si... si está exactamente igual a como la recuerdas... ¿por qué estás tan furio... tan afligido? -se corrigió rápidamente.

-Porque -dijo con una voz terrible- hace cuatro días envié un telegrama pidiendo que mandaran tantos hombres como fueran necesarios para limpiar y reparar este lugar.

-¡Ah! -se sorprendió Kane con alivio.

Su notorio alivio hizo que Ramón se pusiera rígido. Los ojos negros se convirtieron en dos puñales que la perforaron de lado a lado.

-¿Tienes tan mala opinión de mí, que piensas que te traería a vivir en esta... esta choza inmunda? Ahora que la viste en este estado, no permitiré que vivas aquí. Nunca podrías olvidar en qué estado la conociste.

Katie le dirigió una mirada cargada de ira y desconcierto. Hasta apenas unos minutos antes, ella se había sentido segura de su futuro y de que era deseada, protegida y amada. Ahora no estaba segura de nada y se sentía furiosa con Ramón por descargar en ella,, injustamente, sus propias frustraciones.

Una docena de réplicas indignadas se presentaron de golpe en su mente. Pero se le anudaron en la garganta, detrás de un manto de ternura compasiva que crecía incontrolable cuando lo miraba. Se le retorcía el corazón al verlo parado allí, parado en el centro de esa miserable casa vacía en la que había nacido, totalmente derrotado pero orgullosamente determinado a no demostrarlo.

-Si crees eso, eres tú quien tiene una mala opinión de mí -dijo ella en medio del pesado silencio.

Se apartó de la mirada inquisitiva de Ramón y caminó hacia los dos dinteles en arco que había en el costado derecho de la sala. Pasó por ellos y espió adentro: dos dormitorios, uno grande al frente de la casa y otro más pequeño en la parte posterior.

-Hay una vista hermosa desde las ventanas de los dos dormitorios -comentó.

Ninguna tiene vidrios -contestó Ramón, seco. Katie ignoró el comentario y pasó por otra puerta. Un baño, dedujo con una mueca mental de disgusto ante el lavabo y la bañera oxidados. Le cruzó por la mente la imagen, inoportuna en ese momento, del baño de mármol de sus padres y de su propio baño en el departamento. Desafiante, se propuso borrar esas imágenes de su mente y presionó un interruptor de luz. -¡Hay electricidad en la casa! -dijo entusiasta. -Que no está conectada -dijo bruscamente Ramón.

Katie sabía que estaba actuando como una empleada de una inmobiliaria que trataba de hacer una venta, pero no podía remediarlo.

-Y ésta debe de ser la cocina -dijo, dirigiéndose a un fregadero anticuado de porcelana sostenido por patas de acero-, y tiene agua corriente fría y caliente.

Hizo girar las canillas para demostrarlo. Ramón la observaba desde la puerta.

-No te preocupes -dijo en tono duro-, no funcionan.

Katie levantó el mentón en un esfuerzo por reunir coraje para darse vuelta y mirarlo a la cara. Entonces se encontró mirando una mugrienta ventana ancha, justo sobre el fregadero.

-Ramón, quienquiera que haya construido esta casa, debe de haber amado el paisaje tanto como yo. -dijo, suspirando profundamente.

Las praderas verdes de las colinas se extendían frente a ella en una vista panorámica, con las laderas totalmente alfombradas con flores amarillas y rosadas.

Se apartó del fregadero con una expresión de genuino placer.

-¡Es hermoso, absolutamente maravilloso! ¡Lavaría platos toda mi vida si puedo contemplar este paisaje mientras lo hago!

Paseó la mirada curiosa por la enorme cocina rectangular. En el lado opuesto, una pared entera de ventanas se unía en la esquina con otra extensión de ventanas. Frente a ellas habían ubicado una mesa y algunas sillas de madera rústica.

-Sería como comer en una terraza... se puede ver a varios kilómetros de distancia y en ambas direcciones -comentó, y como notó un dejo de incredulidad en el semblante de Ramón, agregó:- ¡Claro que es posible hacer de esta cocina un lugar alegre y espacioso!

Finalmente se dio vuelta y regresó al living, evitando mirar, con toda premeditación, el linóleo descascarado del piso irregular. Caminó hacia las enormes hojas de vidrio que se extendían sobre dos paredes y quitó, frotando, un poco de la mugre. Espió a través del pedazo que había despejado y miró hacia afuera.

-¡Puedo ver el pueblo! -exclamó asombrada--: ¡Y también la torre de la iglesia! Desde aquí arriba se ve como un pueblito de juguete con colinas verdes en todos los alrededores. Ramón, es como mirar... ¡una postal! Estas ventanas deben de haber sido ubicadas como para que siempre haya algo hermoso que contemplar hacia cualquier dirección que se mire. ¿Sabes qué...?

Sin darse cuenta de que Ramón estaba parado detrás de ella, se dio vuelta y chocó contra su cuerpo alto y robusto. Con una amplia sonrisa hizo frente a la expresión burlona de él.

-¡Esta casa tiene muchas posibilidades! Todo lo que necesita es una capa de pintura fresca y algunas cortinas nuevas -se atrevió a decir.

-Y un exterminador y un ejército de carpinteros --contestó, ácido, Ramón-. O mejor aún, un incendiario competente.

-De acuerdo. Pintura fresca, cortinas nuevas, un exterminador y tú con clavos y un martillo. -De pronto se le atravesó una duda.-Porque tú sabes algo de carpintería, ¿verdad, Ramón?

Por primera vez desde que llegaron a la casa, Katie vio un rayo de humor en el bello rostro de Ramón. -Me imagino que yo sé tanto de carpintería como tú de hacer cortinas.

-¡Fantástico! -fanfarroneó Katie, que no tenía ni la más remota idea de cómo hacer una cortina-. Entonces no tendrás ningún problema en arreglar todo esto. ¿No es así?

Ramón pareció titubear. Después recorrió la miserable habitación con una mirada despectiva. Sus rasgos duros parecían tallados en piedra. Katie comprendió que estaba a punto de rechazar su proposición y le puso una mano sobre el brazo.

-Esta casa podría convertirse en un hogar confortable y alegre. Sé que te sientes incómodo porque la vi en este estado, pero eso hará que sea más gratificante y emocionante cuando por fin luzca como debe ser. Me gustará mucho ayudarte a restaurarla... en serio, me gustará mucho, Ramón-susurró suplicante al ver la mirada perdida de él-. Por favor, por favor, no te deprimas tanto por mí.

-¿Deprimirme por ti? -explotó-. ¿Deprimirme por ti?

Se pasó una mano nerviosa por el pelo. De pronto la tomó en sus brazos y la apretó fuerte contra sí. -Yo sabía que no debía traerte a Puerto Rico, Katie -dijo con un hilo de voz-. Sabía que era muy egoísta de mi parte, pero de todas maneras lo hice. Ahora que está hecho... -Tomó aliento, angustiado-. Sé que debería enviarte de regreso adonde perteneces. Pero... ¡que Dios me perdone! ¡No puedo soportar la idea!

Katie le pasó los brazos por la cintura y se apretó contra su pecho.

-No quiero volver a casa, Ramón. Quiero quedarme aquí, contigo.

Estaba convencida de que realmente queríaquedarse... al menos en ese momento. Sentía la respiración agitada de Ramón y la terísión de todo su cuerpo.

-¿Por qué? -preguntó él en un susurro, los profundos ojos negros cargados de intención-. ¿Por qué quieres quedarte conmigo, Katie?

En el rostro de Katie se dibujó una sonrisa jovial. -¡Así puedo probarte que esta casa se puede transformar en el hogar de tus sueños!

Esa respuesta hizo que a Ramón se le nublaran los ojos con una tristeza inexplicable. Inclinó la cabeza. para mirarla directamente a los ojos.

-Ésa es la razón por la que quieres quedarte conmigo -dijo, acercando su boca a la de ella. Fogoso y provocativo, le rozó los labios con los suyos, mientras sus manos ansiosas le recorrían los hombros y la espalda en una caricia seductora e interminable.

Katie empezó a temblar con todo el cuerpo. Parecía que hacía semanas, no unos pocos días, desde la última vez que Ramón la había besado y acariciado apasionadamente. Ahora, con toda intención, él se demoraba, la hacía esperar y la provocaba. Katie no quería que la atormentara. Le pasó los brazos por el cuello y se apretó contra el cuerpo musculoso. Lo besó con pasión, tratando de quebrar su férrea resistencia. Sentía contra su cuerpo la latente virilidad de Ramón. Como si quisiera vengarse por haberlo excitado,él empezó a besarla en la comisura de los labios, en las mejillas, a lo largo del cuello, después en las orejas, explorando con la lengua cada curva, cada hendedura.

-¡No lo hagas! -suplicó Katie con una palpitación dolorosa en la voz-. ¡No me excites! Ahora no, por favor...

Casi deseaba que la dejara... Pero él siguió buscando su boca con vehemencia y desesperación, superando su propia excitación. Le acarició el cuello, la nuca, los hombros, le apretó los pechos hasta producirle dolor y después bajó las manos, le aferró las caderas y la estrechó con fuerza sobre su cuerpo.

Estremecida de placer, Katie hundió los dedos en los músculos de los hombros y la espalda, respondió gozosa al apetito insaciable de esa boca ardiente y se apretó contra los frenéticos movimientos rítmicos de su virilidad alerta.

Después de una eternidad, los labios se separaron y todo terminó cuando Ramón alzó lentamente la cabeza. Aun en medio de su agitación, Katie reconoció la pasión que despedían los ojos de Ramón y supo que él veía lo mismo en los suyos. Todavía temblando con rápidas y punzantes palpitaciones de deseo, vio cómo clavaba la mirada codiciosa en sus labios entreabiertos. Los brazos de Ramón la estrecharon con más fuerza mientras se inclinaba hacia ella... Y entonces titubeó, tratando de luchar contra la tentación.

-¡Dios mío! -gimió Ramón y volvió a besarla con pasión.

Una y otra vez intentaba apartarse de ella, pero de inmediato cambiaba de idea y volvía a cubrirle la boca con otra serie de besos prolongados y apasionados.

Cuando sus labios por fin se separaron, Katie estaba totalmente transformada. Indefensa, con la mente en blanco, gozosamente trastornada por la fuerza de la pasión y el placer que compartían. El hundió la cara en sus cabellos rubios y le acarició con suavidad la espalda mientras la estrechaba contra su corazón palpitante. Katie, apoyada en su pecho, aún le rodeaba el cuello con los brazos.

Habían pasado algunos minutos cuando Katie creyó oír que Ramón murmuraba algo. Alzó la cabeza, abrió los lánguidos ojos azules y lo miró. Perdida en la euforia de su ensueño, admiró ese rostro masculino que la observaba. Es un hombre increíblemente hermoso, pensó, la imagen perfecta de la masculinidad con sus rasgos firmes y esculpidos. Amaba el contorno firme de su mandíbula, el simpático hoyuelo del mentón, la sensualidad de la línea de los labios. Y tenía los ojos más dominadores y absorbentes... unos ojos que podían derretirla o congelarla. Y los cabellos, tan negros y abundantes, bien peinados y ordenados. a los costados, de un largo apenas suficiente para que ella pudiera hundir los dedos en la nuca.

Katie alzó las manos, las pasó suavemente por el pelo de las sienes y le acarició las mejillas y el hoyuelo del mentón.

Ramón, entretanto, no había dejado de observarla. Sus ojos negros se encontraron con los de ella, le tomó las manos y las besó con ternura. Comenzó a hablar y su voz se oyó ronca, profunda, con una emoción intensa que no era pasión.

-Tú me haces muy feliz, Katie.

Ella quiso sonreír, pero el matiz atormentado que reconoció en la voz de Ramón hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas. Después de tres días de agitación emocional y de la conmoción de la última hora, se sentía demasiado débil para contenerlas.

-Tú también me haces feliz... -susurró, mientras dos lágrimas le temblaban sobre las pestañas

-Sí -dijo Ramón, solemnemente burlón mientras miraba las lágrimas trémulas-, veo que eres feliz. Katie lo miró asombrada. Sentía como que estaba haciendo equilibrio en el borde mismo de la locura. Podía jurar que sólo diez segundos antes había lágrimas en la voz de Ramón, pero ahora él sonreía y ella estaba llorando. Salvo que en realidad no estaba llorando, sino que empezaba a reírse.

-Yo—siempre lloro cuando soy feliz -explicó, enjugando las dos lágrimas traviesas.

-¡Imposible! -exclamó con fingido horror-. ¿Entonces te ríes cuando estás triste?

-Es probable que lo haga -admitió con una amplia sonrisa-. He estado totalmente confundida desde que te conocí.

Impulsivamente se puso en puntas de pie, depositó un beso en sus labios ardientes y se echó hacia atrás. -García debe de estar preguntándose qué hacemos. Creo que es mejor que salgamos.

Lo dijo con tanta contrariedad que Ramón no pudo menos que sonreír.

-García es un hombre de una gran dignidad. Nunca se rebajaría a especular sobre nuestras actividades.

No obstante, la liberó complaciente de su abrazo. Le rodeó la cintura con un brazo y salieron juntos a la luz del día.

Katie estaba por preguntarle cuándo podrían empezar a trabajar en la casa, pero Ramón miraba atento a un hombre de unos sesenta años que iba entrando en el terreno.

Cuando el hombre vio a Ramón, una débil sonrisa se dibujó en el rostro bronceado y curtido.

-Tu telegrama llegó hace apenas una hora... sólo unos minutos antes de ver pasar el Rolls por el pueblo. ¿Mis ojos viejos me están engañando o eres realmente tú, Ramón, el que está parado frente a mí?

Ramón le extendió la mano, sonriente.

-Tus ojos, Rafael, son tan agudos como la noche en que viste que salía humo por una ventana y me pescaste en el granero con un paquete de cigarrillos. -Eran mis cigarrillos -le recordó el hombre, estrechando la mano de Ramón y palmeándole la espalda.

Ramón le hizo un guiño a Katie. -Lamentablemente no tenía de los míos. -Porque sólo tenías nueve años y eras demasiado chico para comprarlos -explicó Rafael, mirando a Katie con una sonrisa cómplice-. Debería haberlo visto, señorita. Tendido sobre un fardo de heno, con las manos bajo la cabeza, parecía un hombre muy importante que estaba disfrutando sus horas de ocio. Le hice comer tres de esos cigarrillos.

-¿Eso te curó? -preguntó Katie, riendo.

-Me curó de los cigarrillos -admitió Ramón-. Desde entonces me dediqué solamente a los cigarros. -Y después a las chicas -dijo Rafael con fingida severidad y mirando a Katie-. Cuando el padre Gregorio leyó tus amonestaciones en la misa de esta mañana, todas las señoritas lloraron desilusionadas y el padre Gregorio suspiró con alivio. Rogar por el alma inmortal de Ramón ha sido una de las tareas más difíciles y absorbentes del padre.

Hizo una pausa en su bien intencionado monólogo para disfrutar de la incomodidad visible en el semblante de Ramón.

-Pero no tiene de qué preocuparse, señorita - agregó-. Ahora que está comprometido con usted, no tengo dudas de que Ramón enmendará sus malos pasos e ignorará a esas mujeres livianas que le han estado a la caza durante todos estos años.

Ramón dirigió una mirada afectuosa al anciano. -Rafael, si ya terminaste de desnudar mi personalidad, te presentaré a mi novia... suponiendo que Katie todavía quiera casarse conmigo después de haberte escuchado.

Katie estaba asombrada de que las amonestaciones -la proclamación formal de una intención de matrimonio- ya se estuvieran leyendo en la iglesia local. ¿Cómo había hecho Ramón para cumplir con esa formalidad desde St. Louis? Katie ensayó una débil sonrisa cuando Ramón le presentó a Rafael Villegas como el hombre que había sido "un segundo padre" para él. Pero pasaron algunos minutos antes de que pudiera poner en orden sus ideas y prestar atención a la conversación.

-Cuando vi que el auto venía en esta dirección - estaba diciendo Rafael-, me puse contento de que no te avergonzara traer a tu novia aquí y le mostraras dónde están tus raíces, aunque ahora tú...

-Katie -lo interrumpió bruscamente Ramón-, todavía no estás acostumbrada a este sol tan fuerte. Quizás sería mejor que esperes en el auto. Allí está más fresco.

Sorprendida por esa diplomática pero firme invitación a que los dejara solos, Katie saludó a Rafael y, obediente, volvió a refugiarse en el aire acondicionado del Rolls. No podía oír lo que Ramón le decía al señor Villegas, pero sí vio la expresión primero confundida, casi cómica, después asombrada y finalmente torva en el rostro del hombre. Se sintió mejor cuando vio que los dos se despidieron sonrientes con un apretón de manos.

-Perdóname por pedirte que volvieras al auto de esa manera -dijo Ramón al subir al coche-, pero, entre otras cosas, necesitaba discutir con Rafael sobre algunos trabajos que necesito que se hagan en la casa y sé que él se hubiera sentido incómodo si estabas presente cuando habláramos de dinero.

Ramón presionó el botón que abría el vidrio que los separaba del chófer y le dio algunas instrucciones en español. Después se quitó el saco y la corbata,se desabrochó los botones superiores de la camisa crema y estiró las piernas. Katie pensó que parecía un hombre que acababa de pasar por una experiencia penosa y que estaba relativamente satisfecho con el desenlace. Las preguntas se le atropellaban en la mente y empezó por la menos importante.

-¿Adónde vamos ahora?

Ramón le pasó el brazo por los hombros y empezó a jugar con el pequeño aro de turquesas.

-Vamos al pueblo a disfrutar de una cena tranquila. La hija casada de Rafael tiene un dormitorio extra. Mientras nosotros comemos, él irá a pedirle que lo prepare para ti. Yo había pensado que te quedaras en la casa, pero no está habitable. Además, no se me había ocurrido, hasta que Rafael me lo hizo notar, que necesitarías, una dama de compañía.

-¡Una dama de compañía! ¡No puedes estar hablando en serio! Es... es...

-Necesario -completó Ramón.

-Estaba por decir que es victoriano, arcaico y estúpido.

-Es verdad. Pero en nuestro caso sigue siendo necesario.

Katie arqueó las cejas. -¿En nuestro caso?

-Katie, este pueblo es como una pequeña ciudad en la que pasan muy pocas cosas. Entonces todo el mundo se entera de lo que hacen los demás y murmuran sobre ello. Soy soltero y por lo tanto un objeto de interés para ellos.

-Entonces deduzco... de lo que dijo el señor Villegas... -dijo Katie con afectación.

Ramón retorció los labios pero no hizo ningún comentario.

-Al ser mi novia, tú también eres un objeto de interés. Y lo que es más importante, eres norteamericana, lo que te convierte en blanco de críticas. Aquí son muchos los que piensan que las mujeres norteamericanas carecen de moral.

En el hermoso rostro de Katie se dibujó una incontenible rebelión. Tenía los pómulos enrojecidos y los ojos azules despedían rayos de furia. Ramón, al interpretar correctamente esas señales peligrosas, la atrajo hacia sí y le besó las sienes.

-Al decir "danta de compañia" no estaba pensando en alguien que te siga por todas partes, Katie. Solamente quise decir que aquí no puedes vivir sola. Si lo hicieras, en el mismo momento que yo ponga un pie en el umbral de tu puerta, los chismosos dirán que me dejas compartir tu cama. Y todo el mundo lo creerá, por el solo hecho de ser norteamericana. Tal vez pienses que eso no te importa, pero éste va a ser nuestro hogar, Katie. Estoy convencido de que no te gustará, aun muchos años después, no poder caminar por el pueblo sin que la gente murmure a tu paso.

-Todavía me opongo a la idea, por una simple cuestión de principios -dijo Katie, aunque sin mucha convicción, porque Ramón le estaba besando la oreja. La risa ahogada de Ramón la hizo estremecer.

-Yo creí que te oponías a la idea porque pensabas que una dama de compañia haría más difícil que pudiéramos... estar juntos y a solas.

-Por eso también-admitió con candorosa sinceridad.

Ramón sonrió satisfecho.

-Yo pararé en la casa de Rafael y su familia. La casa de Gabriela, donde pararás tu, está a sólo un kilómetro y medio de distancia -Le acarició suavemente una mejilla y después los cabellos sedosos. -Ya encontraremos el momento y el lugar para disfrutar el uno del otro.

Katie pensó que era una manera elegante de expresar "hacer el amor": dos personas que compartían sus cuerpos, de modo que cada uno obtuviera placer del otro. Sonrió, preguntándose si alguna vez llegaría a comprenderlo totalmente. Él era una combinación

singular de dulzura y fuerza, de una virilidad ruda, potente, recubierta de una delicada experiencia sexual y un tierno recato. No era de extrañarse que se hubiera sentido confundida desde el mismo momento en que lo había conocido. ¡En toda su vida no había conocido a ningún hombre que fuera ni remotamente parecido a él!

García se detuvo en la esquina de la plaza del pueblo. Ramón la ayudó a bajar.

-Pensé que preferirías caminar -le explicó-. García llevará tus cosas a la casa de Gabriela y después regresará a Mayagüez, donde vive.

El sol empezaba a ponerse y una llamarada rosa y dorada se extendía sobre el cielo azul. Cruzaron la plaza en cuyo centro se levantaba una antigua e imponente iglesia colonial española.

-Aquí nos casaremos -le dijo Ramón.

Katie paseó la mirada por la iglesia y por los pequeños edificios que la rodeaban por los cuatro costados, dando forma a la plaza del pueblo. Por todas partes se notaba la influencia española. En los arcos de portales y ventanas, en los letreros de hierro forjado de los negocios que vendían de todo, desde productos frescos de pastelería hasta figuras religiosas con tallados complicados. Estaba lleno de flores por todas partes. Colgaban de balcones y ventanas o florecían en enormes macetas frente a los negocios, engalanando con un colorido vibrante a la pequeña plaza, ya de por sí tan pintoresca. Por ella deambulaban los turistas con sus cámaras, se paraban frente a las vidrieras de los negocios o se sentaban a las mesas de la vereda de los pequeños cafés, observando a los pueblerinos mientras saboreaban alguna bebida fría con ron.

Katie miró a Ramón, que caminaba a su lado con el saco sobre los hombros. A pesar de que aparentaba estar despreocupado, Katie percibía que estaba ansioso por conocer cuál era su primera impresión del pueblo.

-Es hermoso -dijo ella sinceramente-, muy pintoresco y encantador.

Lleno de incertidumbre, la miró de soslayo. -¿Pero muy pequeño y no lo que esperabas? -Más lindo y mejor de lo que esperaba -replicó

obstinada-. Si hasta tiene una gran tienda y... - agregó con una mirada pícara- ¡dos hoteles! Estoy muy impresionada.

La broma tuvo más éxito que los cumplidos sinceros. Sonriente, Ramón le pasó un brazo por la cintura y la atrajo hacia él en un breve y fuerte abrazo. Le señaló un fantástico hotel de tres pisos con balcones de hierro forjado.

-La Casa Grande se jacta de tener diez cuartos para huéspedes. El otro tiene solamente siete, pero cuenta con un pequeño comedor y la comida suele ser muy buena. Allí cenaremos esta noche.

El restaurante tenía cinco mesas, cuatro de las cuales estaban ocupadas por turistas que reían y charlaban. Les dieron la mesa restante. El mozo encendió la vela dispuesta en el centro del mantel a cuadros rojos y blancos y les tomó el pedido. Ramón se arrellanó en su silla y le sonrió a Katie, que lo mirada con ojos interrogantes.

-¿En qué piensas? -le preguntó.

-Me estaba preguntando dónde viviste hasta ahora y qué hacías. No puedes haber estado trabajando en tu granja, o no necesitarías alojarte ahora en la casa de Rafael.

Ramón contestó en tono pausado y cauteloso. -En el pasado viví cerca de Mayagüez y hasta ahora trabajé para una empresa que está por cerrar. -¿Esa empresa es del ramo de la agricultura? - preguntó Katie.

Ramón titubeó y después asintió.

-Entre otras cosas. Envasa los productos. En lugar de trabajar para otra empresa, cuando te conocí ya había decidido que prefería trabajar en mi propia granja antes que pagar a un tercero para que hiciera el trabajo que puedo hacer por mi cuenta. En las próximas dos semanas todavía le dedicaré algunas horas a la empresa. El resto del tiempo trabajaré con los hombres que repararán nuestra casa.

Nuestra casa. Esas dos palabras le anudaron el estómago a Katie. Se oyó tan extraño. Tan definitivo. Desvió la mirada y se puso a jugar con su copa, haciéndola girar lentamente entre los dedos.

-¿A qué le temes, Katie? -le preguntó después de una pausa.

-A nada. Sólo... sólo me preguntaba qué haré mientras estés ausente.

-Mientras yo esté trabajando puedes dedicarte a comprar las cosas que necesitaremos para nuestra casa. Hay muchas cosas que podrás adquirir en el pueblo. Los muebles tendremos que comprarlos en San Juan. Gabriela te acompañará a los negocios y será tu traductora cuando lo necesites.

Katie lo miró sorprendida.

-¿Muebles? ¿No tienes muebles en Mayagüez? -Voy a venderlos. De todos modos, no serían apropiados para la cabaña.

Al ver sus labios apretados, Katie supuso que esos muebles lo avergonzaban tanto como la cabaña y que por eso pensaba que no eran buenos para ella. Sabía perfectamente que Ramón la hacía quedarse en casa de Gabriela porque no tenía dinero para alojarla en un hotel durante tres semanas; ni en lo más mínimo había conseguido engañarla con la explicación sobre su deseo de evitar los chismes. No tenía medios para pagar un hotel y .seguramente tampoco tenía medios para amueblar una casa completa. Y sin embargo iba a comprarlos para ella... para complacerla. Esa certeza la hizo sentir incómoda.

¿Y si, después de todo, sucedía algo que la convenciera de que no debía casarse con él? ¿Cómo podría hacerle frente con un anuncio semejante, después de haberle permitido gastar tanto dinero para darle lo que él creía que ella deseaba tener? Sintió como si hubiera caído en una trampa, como si hubiera entrado voluntariamente en una jaula, pero ahora que empezaban a cerrarse las puertas se sentía dominada por el pánico. De pronto, el matrimonio con todo su temible significado se le presentó frente a los ojos. Supo que, de alguna manera, necesitaba sentir que era libre de irse si en las tres semanas siguientes cambiaba de idea.

-Quiero pagar una parte de los muebles-dijo de pronto.

Ramón esperó que el camarero terminara de servirles la comida para contestarle.

-No -dijo terminante. -Pero...

Jamás habría sugerido comprar muebles si no tuviera el dinero para afrontar ese gasto -dijo. Ramón quería dar por terminada de una vez por todas la discusión, pero Katie estaba demasiado ofuscada para aceptarlo.

-¡No se trata de eso!

-¿No? ¿Entonces, exactamente de qué se trata? -Que ya estás gastando mucho dinero para renovar la cabaña y los muebles son muy caros. -Mañana te daré tres mil dólares para que compres cosas para la casa...

-¿Tres mil dólares? -lo interrumpió Katie, perpleja-.¿Cómo puedes permitirte gastar tanto? ¿Dónde conseguirás tanto dinero?

Hubo: una vacilación imperceptible en la voz de Ramón.

-La empresa que está por cerrar todavía me debe algunos meses de sueldo atrasados. Allí conseguiré el dinero.

-Pero... -empezó a argumentar Katie.

No la dejó terminar. Con las mandíbulas apretadas, se mostró intransigente y resuelto.

-Como hombre -dijo con frialdad-, es de mi exclusiva responsabilidad darte una casa y todo el mobiliario para ella. Tú no pagarás absolutamente nada.

Katie bajó los párpados para ocultar la rebeldía de sus ojos azules a la mirada penetrante de Ramón. Pensó que él estaba por descubrir sus intenciones. Los muebles le costarían exactamente la mitad de lo que valían... ¡porque ella iba a pagar la otra mitad! -Hablo en serio, Katie.

El tono autoritario le paralizó la mano en el momento que estaba por cortar la carne.

-Te prohíbo utilizar tu dinero, ya sea ahora -o después de que nos casemos. Lo dejarás intacto en tu banco de St. Louis.

Estaba tan decidida a hacer valer sus argumentos, que se olvidó de enojarse por el uso de la palabra "prohíbo".

-Tú no entiendes... Ni siquiera me quedaré sin dinero. Aparte de lo que pude ahorrar de mis ingresos, tengo un fondo fiduciario que mi padre estableció para mí hace unos años y una cuenta de participación de ganancias de sus negocios. No tendría necesidad de tocar el capital. Con sólo retirar parte de los intereses y...

-No -dijo Ramón, implacable-. No soy un indigente. Y aun si lo fuera, jamás aceptaría tu dinero. Conoces mi opinión al respecto desde el principio, ¿no es así?

-Sí -susurró Katie.

Ramón resopló con un sonido tan cargado de enojo que Katie sintió que estaba dirigido más a sí mismo que a ella.

-Katie, nunca intenté vivir solamente de los ingresos de la granja. Todavía no sé cuánto dinero se requerirá para hacer las necesarias mejoras a la tierra para que vuelva a ser productiva. Una vez que opere plenamente, nos permitirá gozar de un aceptable bienestar. Pero hasta que eso ocurra, cada centavo que yo pueda ahorrar será destinado a la tierra. Esa granja es el único patrimonio que puedo ofrecerte; por lo tanto, sus necesidades tienen prioridad sobre los lujos. Me siento humillado por explicarte esto ahora, después de haberte traído aquí. Creí que antes de venir habías comprendido qué clase de vida podía ofrecerte. -Lo hice y no me preocupa vivir sin lujos. -¿Entonces qué es lo que te preocupa? -Nada -mintió Katie.

Estaba más decidida que nunca a usar su dinero para ayudarlo a pagar los muebles.

¡Ramón llevaba su orgullo demasiado lejos! Su actitud era irracional, irrealista y decididamente anticuada... en especial si iban a casarse. Pero como él le daba tanta importancia a la cuestión del dinero, ella se limitaría a no decirle nunca lo que había hecho.

-Si quieres -dijo Ramón con una expresión más serena-, podrías poner tu dinero en un fideicomiso para nuestros hijos. Tengo entendido que gozarías de ventajas impositivas al hacerlo.

¿Hijos? Katie sintió que el corazón le latía con más fuerza, mitad por placer, mitad por pánico. Por la, manera en que Ramón la apresuraba, no tenía dudas' de que nacería un hijo

antes de cumplir un año de casados. ¿Por qué tenía que suceder todo tan rápido? Sintió más pánico aún al recordar el comentario de Rafael acerca de que había oído esa misma mañana la lectura de las amonestaciones en la iglesia. Al haber coordinado para que empezaran a leerlas ese día, subrepticiamente Ramón había eliminado una semana del valioso tiempo con que pensaba contar Katie antes de tomar una decisión definitiva. Trató de concentrarse en la comida, pero apenas podía tragar.

-Ramón, ¿cómo te las arreglaste para que leyeran las amonestaciones esta mañana, si nosotros recién llegamos a la tarde?

Hubo algo en la voz de Katie que pareció alertarlo sobre su estado de agitación interior. Ramón hizo a un lado su plato, ya sin preocuparse por simular que comía. La observó con una mirada intencionada y especulativa.

-El viernes, mientras estabas en tu oficina, llamé al padre Gregorio y le dije que queríamos casarnos aquí lo más pronto posible. El me conoce desde que nací y sabe que no hay ningún impedimento para que me case por iglesia. Le aseguré que tampoco hay impedimento alguno para ti. Cuando esa mañana desayuné con tu padre, él me dio el nombre de su sacerdote, que también te conoce a ti. Le di esa información al padre Gregorio para que, si así lo deseaba, se asegurara por su cuenta de lo que yo le había dicho. Eso fue todo.

Katie desvió rápidamente la mirada de sus ojos penetrantes, pero no lo hizo a tiempo.

-Hay algo que te molesta en todo esto -dedujo Ramón, sereno-. ¿Qué es?

Después de un tenso silencio,, Katie sacudió la cabeza.

-Nada, realmente nada. Sólo estoy algo sorprendida de que todo haya sido manejado sin que yo tuviera el menor conocimiento.

-No fue manejado de esa manera adrede. Yo supuse que tu padre te lo había mencionado y, evidentemente, tu padre supuso que tú lo sabías.

Las manos de Katie temblaban cuando ella también hizo a un lado su plato.

-¿El padre Gregorio no necesita encontrarse conmigo... quiero decir, con nosotros, antes de aceptar casarnos?

-Sí.

Ramón encendió un cigarro y después se reclinó en su asiento, observándola con atcnción.Katie se pasó una mano nerviosa sobre los cabellos, como queriendo poner en su lugar unos mechones rebeldes que no existían.

-Por favor, ya deja de mirarme de esa manera - murmuró implorante.

Ramón desvió la mirada y le hizo una breve seña al camarero para que le llevara la cuenta.

-Es muy difícil dejar de mirarte, Katie. Eres muy hermosa. Y estás muy asustada.

Lo dijo con tanta frialdad, tan carente de toda emoción, que Katie necesitó un buen rato para asegurarse de que había oído bien. Pero entonces ya era demasiado tarde para reaccionar. Ramón ya estaba dejando el dinero sobre la mesa, se paraba y daba la vuelta a la mesa la ayudaba a levantarse.

Salieron en silencio a una noche oscura cuajada de estrellas y cruzaron la plaza desierta. Después del calor del sol vespertino, Katie sintió que la brisa nocturna que agitaba los pliegues de su vestido turquesa era bastante fría. Se estremeció, pero más por una sensación de descuilcierto que por cl frío. Ramón se quitó el saco que llevaba sobre los hombros y la cubrió.

Cuando pasaron frente a la antigua iglesia española, retumbaron en sus oídos las palabras que Ramón había pronunciado unas horas antes: "Aquí nos casaremos".

Era posible que dentro de catorce días saliera de esa iglesia como una novia.

Tomaron un sendero angosto de tierra y alzó los ojos hacia Ramón. A la distancia, directamente frente a ellos, vio unas luces en la ladera de la colina. La casa de Gabriela, supuso. Miró las colinas circundantes salpicadas de luces titilantes de las otras casas, algunas más arriba, otras más abajo, algunas mucho más lejos

que las demás. Las colinas le parecían acogedoras, como un puerto seguro en la noche oscura. Trató de disfrutar de la vista, de concentrarse en el presente y en el futuro, pero el pasado se negaba a apartarse de su memoria. La tenía prisionera, le advertía...

Estaba a punto de casarse con Ramón y no podía desembarazarse de la terrible sospecha de que él no era el hombre que quería hacerle creer que era. Ramón era como un rompecabezas cuyas piezas no encajaban unas con otras. Y se mostraba tan vacilante, tan poco comunicativo cuando ella le hacía preguntas sobre él y sobre su pasado. Si no tenía nada que ocultar, ¿por qué se mostraba tan esquivo para hablar de sí mismo?

Del corazón de Katie brotó un torrente de argumentos. El solo hecho de que a Ramón no le gustara hablar sobre él, no significaba que le estuviera ocultando algún rasgo siniestro de su personalidad.

Katie llegó a la conclusión de que necesitaba tiempo para hacerse a la idea de volver a casarse. Todo había sucedido tan rápido que ahora estaba aterrorizada. En las próximas dos semanas desaparecerían todos sus temores. Eso esperaba.

La casa de Gabriela estaba ya a la vista cuando Ramón se detuvo de repente y se paró frente a ella. -Y bien -dijo con un tono brusco y contrariado-, ¿por qué estás tan asustada?

-No, no lo estoy -negó Katie, sorprendida. -Sí, lo estás -insistió él, terminante.

Katie miró su cara iluminada por la luna. A pesar del tono severo de la voz, había dulzura en sus ojos y su semblante irradiaba una serena fortaleza.

-Creo que es porque todo está pasando demasiado rápido -dijo, con parcial sinceridad.

Ramón frunció el entrecejo.

-¿Es sólo la precipitación de los hechos lo que te preocupa?

Katie titubeó. Ella no podía explicarle el origen de sus temores. Ni ella misma lo comprendía completamente. Al menos no por el momento.

-Es que hay tanto por hacer y nos queda tan poco tiempo... -argumentó.

Ramón suspiró aliviado y la estrechó fuerte contra su pecho.

-Katie, siempre tuve la intención de que nos casáramos dentro de dos semanas. Tus padres estarán aquí para asistir a la ceremonia y yo haré todos los arreglos necesarios. Lo único que tú tienes que hacer, entre este momento y entonces, es ver al padre Gregorio.

La voz aterciopelada, la fragancia varonil de su cuerpo, todo operaba mágicamente sobre Katie. -Ver al padre Gregorio... -Alzó los ojos para mirarlo a la cara-. ¿Quieres decir... para discutir con él los detalles de la ceremonia?

-No, para convencerlo de que eres digna de convertirte en mi esposa -la corrigió Ramón. -¿Hablas en serio? -preguntó, absorta por esos labios sensuales que se acercaban más y más a los suyos.

El deseo que empezó a correr por las venas de Katie barrió sus dudas y sus temores.

-¿Si hablo en serio sobre ti? Tú sabes que sí - susurró.

Sus bocas estaban ahora tan cerca que sus alientos se confundieron en uno.

-Si hablas en serio en cuanto a convencer al padre Gregorio de que puedo ser una buena esposa para tidijo ella.

-Sí. Y ahora convénceme a mí.

En los labios de Katie se dibujó una sonrisa enigmática cuando lo tomó de la nuca y acercó la boca a la de él.

-¿Va a ser muy difícil convencerte? -preguntó. -Haré todo lo posible para que lo logres -contestó con su voz ronca llena de pasión.

Katie deslizó con suavidad la otra mano por su pecho, en una caricia deliberadamente voluptuosa que le hizo tensar los músculos y contener el aliento.

-¿Cuánto tiempo piensas que necesitaré para convencerte? -preguntó con su voz más seductora. -Unos tres segundos -murmuró fogoso.

CAPITULO DOCE

Katie se dio vuelta, se tendió de espaldas y abrió los ojos. Había dormido profundamente y se sentía embargada por una extraña sensación de irrealidad. Se encontraba en una habitación muy luminosa, amueblada con austeridad e inmaculadamente limpia. Los únicos muebles, un aparador antiguo de madera de arce y una mesa de noche, brillaban como un espejo. -Buenos días.

Desde la puerta, la voz dulce de Gabriela la volvió a la realidad. La joven entró en la habitación y dejó una taza de café humeante sobre la mesa de noche junto a la cama.

A los veinticuatro años, Gabriela llamaba la atención por su hermosura. Los pómulos altos y los brillantes ojos castaños eran el sueño de todo fotógrafo de modas. La noche anterior , Gabriela le confió a Katie que un famoso fotógrafo, después de verla un día en el pueblo, le había pedido que posara para él, pero Eduardo, su marido, no se lo había permitido. Disgustada, Katie pensó que eso era exactamente lo que podía esperarse de ese hombre taciturno y apuesto que ella conoció el día anterior.

Katie le agradeció el café y Gabriela la miró sonriente.

-Esta mañana Ramón vino a verte antes de irse, pero cuando se enteró de que dormías pidió que no te molestáramos. Dijo que te verá esta noche, cuando regrese...

-De Mayagüez -completó Katie para continuar la conversación.

-No, de San Juan-corrigió, pero enseguida hizo una mueca casi cómica de espanto-, o tal vez dijo Mayagüez... lo siento, no me acuerdo.

-No tiene importancia -la tranquilizó Katie, desconcertada por su evidente aflicción.

Gabriela suspiró aliviada.

-Ramón te dejó una buena suma de dinero. Dijo que hoy deberíamos empezar con las compras, siempre que tengas ganas de hacerlo.

Katie asintió y miró el despertador de plástico junto a su cama. Se sorprendió al comprobar que eran las diez de la mañana. Se hizo la promesa de que al día siguiente estaría levantada cuando Ramón pasara a verla, antes de irse a trabajar a la hacienda decadente de Mayagüez.

El silencio caía como un paño mortuorio sobre los siete hombres que estaban sentados a la mesa de conferencias en la sala de directores de la casa matriz de Galverra International en San Juan. Un silencio que se vio quebrado por las campanadas del imponente reloj barroco de péndulo que marcaban las diez... y las últimas y angustiadas boqueadas de una agonizante corporación que alguna vez había sido una floreciente organización mundial.

Desde su lugar en la cabecera de la larga mesa, Ramón paseó la mirada por los cinco hombres sentados a su izquierda, los cinco miembros del directorio de Galverra International. Cada uno de esos hombres había sido elegido cuidadosamente por su padre y todos poseían las tres cualidades que Simón Galverra exigía a sus directores: inteligencia, codicia y sumisión. Durante veinte años, Simón se había nutrido con su inteligencia, explotado su codicia y se había aprovechado sin piedad de la incapacidad de esos hombres para contradecir sus opiniones u oponerse a sus decisiones.

Ramón les hablaba con voz fría y tajante. -Pregunté si alguno de ustedes puede sugerir una alternativa viable a la presentación de la quiebra de la empresa.

Dos de los directores carraspearon nerviosos la garganta y un tercero extendió la mano para servirse agua helada de una jarra que estaba en el centro de la mesa.

Las miradas huidizas y el persistente y ominoso silencio inflamaron aún más la ira que Ramón trataba de controlar con mucho esfuerzo.

-¿Ninguna sugerencia? -preguntó en tono de velada amenaza-. Entonces, tal vez alguno de ustedes pueda explicarme por qué razón nadie me informó sobre las decisiones desastrosas de mi padre o sobre su conducta errática durante los últimos diez meses de su vida.

Uno de los hombres se pasó un dedo nervioso por el cuello de la camisa.

-Tu padre nos dijo que no debíamos molestarte con los asuntos locales. ¿No es verdad, Charles, que nos dijo específicamente eso? -preguntó, pidiendo una señal de asentimiento del francés que estaba sentado junto a él-. Nos dijo, a todos nosotros, que "en los próximos seis meses Ramón va a supervisar las operaciones en Francia y en Bélgica, después va a presidir la Conferencia Mundial de Comercio en Suiza y a su término va a entrar en negociaciones con la gente de El Cairo. No debe ser molestado con las decisiones sin importancia que tomemos aquí". Eso es exactamente lo que nos dijo.

Cinco cabezas asintieron al unísono.

Ramón los miró, mientras jugaba con un bolígrafo entre los dedos.

-Entonces -dijo con una voz peligrosamente suave-, ninguno de ustedes me "molestó". Ni siquiera cuando vendió una flota de petroleros o una línea aérea por la mitad de su valor... ni tampoco cuando decidió ceder nuestros intereses mineros en América del Sur, como regalo al gobierno local.

-Era... era tu dinero, Ramón, y el dinero de tu padre -dijo, con un ademán de impotencia, el hombre que ocupaba el otro extremo de la mesa-. Entre todos nosotros apenas poseemos un pequeño porcentaje de las acciones de la sociedad. El restante capital accionario pertenece a tu familia. Nosotros sabíamos que lo que estaba haciendo iba en contra de los intereses de la compañía, pero es de propiedad de tu familia. Y tu padre dijo que quería que la sociedad tuviera alguna eliminación de impuestos.

Ramón sentía que un torrente hirviente de furia le corría por las venas. A tal extremo que partió en dos el bolígrafo que tenía entre los dedos.

-¿Eliminación de impuestos? -rugió como una bestia herida.

-Sí... sí... -dijo otro de los hombres-. Ya sabes... deducción de impuestos.

Ramón se puso de pie y estrelló el puño sobre la mesa con la violencia de una explosión.

-¿Están tratando de decirme que les pareció racional que se desprendiera de los activos de la compañía para no tener que pagar impuestos sobre ellos?

Las venas del cuello parecían a punto de estallarle cuando les dirigió una última mirada sanguinaria. -Estoy seguro de que entenderán que la compañía no podrá reembolsarles los gastos de viaje que tuvieron para asistir a esta reunión. -Hizo una pausa, disfrutando perversamente con sus miradas atónitas.- Tampoco aprobaré el pago de los honorarios anuales por sus servicios como "directores" durante el año pasado. ¡Se levanta la sesión!

Con imprudencia, uno de los hombres eligió ese momento para afirmar:

-Ramón... los estatutos de la sociedad dicen que a los directores se les debe pagar una suma anual de... -¡Demándame ante la justicia! -lo desafió. Giró sobre sus talones y con paso majestuoso traspuso la puerta que comunicaba con su oficina, contigua a la sala de reuniones, seguido por el hombre que había estado sentado a su derecha y que lo

observaba en silencio.

-Sírvete una copa, Miguel -lo animó.

Se quitó el saco, se aflojó la corbata y caminó hasta las ventanas.

Miguel Villegas se sirvió una copa del bar empotrado en la pared y se sentó en uno de los cuatro sillones de terciopelo dorado, frente al majestuoso escritorio.

Sus ojos oscuros miraban apenados a Ramón, que, de espaldas a él, se hallaba de pie frente a la ventana con un brazo en alto y el puño crispado contra el marco.

Después de varios minutos de tensión, Ramón bajó el brazo y con un ademán de cansancio y resignación se encogió de hombros y se masajeó los músculos de la nuca con las dos manos.

-Unas semanas atrás pensé que había aceptado la derrota -dijo con un suspiro amargo y se dio vuelta-, pero evidentemente no es así.

Caminó hacia el escritorio, se sentó en el sillón macizo de respaldo alto y miró al hijo mayor de Rafael Villegas.

-¿Debo entender que tu investigación no arrojó ningún resultado alentador? -le preguntó inexpresivo.

-Ramón -Miguel casi suplicaba-, yo soy sólo un contador con una oficina local. Este era un trabajo para los auditores de la compañía. No puedes basarte en mis hallazgos.

A Ramón no le asombraba la ambigüedad de Miguel.

-Mis auditores vienen en avión esta misma mañana desde Nueva York. Pero yo no les daré acceso a los archivos personales de mi padre que sí te entregué a ti. Díme qué encontraste.

-Exactamente los que tú temías -contestó Miguel-. Tu padre vendió todo lo que le daba ganancias a la sociedad y se quedó sólo con las empresas que actualmente están trabajando a pérdida. Cuando no supo qué más podía hacer con el producto de las ventas, donó millones a todas las obras de caridad imaginables.

Sacó algunas hojas de contabilidad de su maletín y se las alcanzó de mala gana a Ramón.

-Lo que más me perturba es lo de las torres de oficinas que estabas construyendo en Chicago y en St. Louis. Si los bancos te prestaran el dinero que te falta para terminarlas, después podrías venderlas, recuperar la inversión y obtener una ganancia considerable.

-Los bancos no cooperarán -dijo Ramón, conciso-. Ya tuve una entrevista con ellos, tanto en Chicago como en St. Louis.

-¿Pero por qué? ¡Maldito sea! -exclamó Miguel, ofuscado.

Dejó a un lado toda intención de mostrarse como un profesional neutral y miró con angustia el semblante impasible del hombre al que quería como a un hermano.

-Hasta ahora te prestaron el dinero para construir esos edificios. ¿Por qué no te prestan lo que falta para terminarlos?

-Porque ya no confían en mi buen juicio y en mi capacidad -dijo Ramón, mirando las cifras de las hojas contables-. Ellos no creen poder confiar en que yo me ocupe de que se terminen esos edificios y de que ellos recuperen su dinero. Desde su punto de vista, mientras mi padre vivió, siempre recibieron los pagos mensuales de un millón de dólares por intereses. El murió, yo tomé el control de la corporación y, de repente, estamos casi cuatro meses atrasados con nuestros pagos.

-¡Pero es culpa de tu padre que la sociedad no disponga de ingresos para hacer esos pagos! -gruñó entre dientes Miguel.

-Si les explicas eso a los bancos, ellos invertirán la opinión original y señalarán que mientras él era el director general yo seguía siendo el presidente y debería haber tomado medidas para impedir que cometiera esos errores.

-¡Errores! -explotó Miguel-. ¡Esos no fueron errores! El lo planeó de esa manera para que no te quedara nada. Quiso que todo el mundo pensara que la corporación se vendría abajo al morir él.

La mirada de Ramón se tornó fría y dura. -Tenía un tumor cerebral. No era responsable de sus actos.

Miguel Villegas se puso rígido. El recio semblante español estaba encendido de cólera.

-¡Era un miserable, un despreciable déspota egoísta! ¡Y tú lo sabes! Todo el mundo lo sabía. Le molestaba tu éxito y te odiaba por el renombre que alcanzaste. Lo único que hizo ese tumor fue hacerle perder el control sobre sus celos. -Miguel suavizó la voz al ver el disgusto creciente en la cara de Ramón. -Sé que no quieres oír hablar sobre eso, pero es la verdad, Ramón. Tú ingresaste en la corporación y en pocos años creaste un imperio financiero de nivel internacional, trescientas veces más grande del que había creado tu padre. Lo hiciste, tú no él. Sobre ti escribían los diarios y las revistas; a ti es a quien llamaron el empresario más dinámico del mundo; a ti te eligieron para presidir la . Conferencia Mundial de Comercio en Ginebra. Recuerdo que cuando se enteró, yo estaba almorzando en un hotel, en una mesa cercana a la suya. ¡No se sintió orgulloso, estaba furioso! Trató de convencer a los hombres que lo acompañaban de que te habían anotado como alternativa, porque él no tenía tiempo

para ir a Suiza.

-¡Basta! -ordenó tajante Ramón, con una palidez mortal-. Era mi padre y ahora está muerto.

Había poco cariño entre nosotros, es cierto. Pero no destruyas lo poco que todavía siento por él.

Ramón se concentró en silencio en las hojas contables que Miguel le había entregado. Cuando terminó de leerlas, alzó la mirada.

-¿Qué es este millón de dólares en mi haber que anotaste al final?

-En realidad no es un haber -dijo Miguel con displicencia-. Encontré el archivo entre los papeles

privados de tu padre en la casa de Mayagüez. Por lo que sé, es un préstamo que le hiciste hace nueve años a un tal Sidney Green en St. Louis, Missouri. Todavía te debe el dinero, pero no lo puedes demandar ni emprender ninguna acción legal contra él para recuperarlo. De acuerdo con la ley, sólo tienes siete años para entablarle un juicio... y ese plazo ya pasó.

-El préstamo fue pagado -dijo Ramón, encogiéndose de hombros.

-No según los archivos que encontré.

-Si revisas más a fondo, verás que fue pagado.

Pero no pierdas más tiempo con estos archivos. Ya tienes bastante qué hacer.

Se oyó un golpe suave en la puerta, seguido por la aparición de la elegante secretaria de Simón Galverra.

-Están aquí los auditores de Nueva York. También hay dos periodistas de diarios locales que piden que les conceda una entrevista. Y hay un llamado urgente de Zurich.

-Haga pasar a los auditores a la sala de reunión y dígales a los periodistas que el mes próximo les concederé una entrevista. Eso los mantendrá alejados por un tiempo. Llamaré a Zurich más tarde.

La secretaria asintió y se retiró de la oficina. Tenía un andar sensual que hacía ondear los pliegues de la falda sobre las piernas bien torneadas.

Miguel miró a Elise con admiración.

-Tu padre al menos tenía buen gusto para elegir las secretarias. Elise es hermosa- comentó en un tono impersonal de evaluación estética.

Ramón no contestó. Abrió el cajón del escritorio y sacó tres abultadas carpetas que tenían una etiqueta que decía "Confidencial".

-Hablando de mujeres bellas -continuó Miguel con estudiada displicencia, mientras ordenaba sus papeles para irse-. ¿Cuándo podré conocer a la hija del almacenero?

Ramón presionó la tecla del intercomunicador y dio instrucciones a Elise.

-Dígales a Davidson y a Ramirez que suban. Cuando lleguen, envíelos a la sala de reunión para que hablen con los auditores... ¿Qué hija de almacenero? -preguntó entonces, sin dejar de mirar las carpetas que tenía frente a él.

Divertido, Miguel puso los ojos en blanco.

-La que trajiste de los Estados Unidos. Eduardo dice que es razonablemente atractiva. Sabiendo la antipatía que siente hacia las norteamericanas, deduzco que debe de ser extraordinariamente hermosa. Él me dijo que es hija de un almacenero.

-¿Un almacenero...?

Por un instante pareció irritado y confuso, pero enseguida se suavizaron los rasgos tensos de su semblante. Los ojos, hasta ese momento fríos y duros, se iluminaron de ternura y en sus labios se dibujó una enigmática sonrisa.

-Katie -dijo en voz alta-. Se refiere a Katie... -Se echó hacia atrás en el sillón y cerró los ojos. -¿Cómo pude olvidar que tengo a Katie aquí? Katie es la hija de un americano acaudalado que posee una gran cadena de supermercados. La traje ayer desde los Estados Unidos. Se aloja en casa de Gabriela y Eduardo... sólo por dos semanas... hasta que nos casemos.

Mientras Ramón le explicaba que estaba equivocado con respecto de Katie, Miguel se volvió a hundir en la silla de la que acababa de incorporarse. Incómodo, meneó la cabeza.

-¡Dios mío! Yo pensé que era tu amante... -Eduardo sabe que no lo es. Lo que pasa es que él desconfía de todas las norteamericanas y prefiere pensar que cambiaré de idea en cuanto a casarme con ella. Cuando aprenda a conocerla, estoy seguro de que le gustará. Mientras tanto y por respeto hacia mí, la tratará como un huésped de su casa y no hablará con ella sobre mi pasado.

-Pero no hay dudas de que tu regreso es la comidilla del pueblo. Será inevitable que algunos de los chismes lleguen a oídos de tu Katie.

-Estoy seguro de ello, pero no entenderá una palabra. Katie no habla español.

Miguel lo miró preocupado.

-¿Y qué pasa con el resto de mi familia? Todos hablan inglés y los más jóvenes pueden, sin darse cuenta, hablar de más.

-Sólo tus padres y Gabriela y su esposo recuerdan . bien su inglés -dijo, seco, Ramón-. Al menos hasta . ayer, tus hermanos y hermanas sólo sabían español.

-Ramón, después de esto, nada de lo que hagas o digas me sorprenderá.

-Quiero que seas mi testigo. Miguel sonrió melancólico.

-Eso no me sorprende. Siempre esperé ser tu testigo, así como tú volaste desde Atenas para ser el mío -extendió la mano por encima del escritorio-. ¡Felicitaciones, amigo mío! Y ahora volveré a trabajar con los archivos de tu padre.

Con el apretón de manos quiso transmitirle no sólo su complacencia sino también la pesadumbre que le causaba la tambaleante situación financiera de su amigo.

Ramón lo observó mientras cruzaba la superficie cubierta por una gruesa alfombra dorada. Cuando la puerta se cerró, recorrió la oficina con los ojos como si la estuviera viendo por última vez y tratara de guardarla en la memoria con todo su esplendor.

El paisaje de Renoir, que había comprado a un coleccionista privado por una suma exorbitante, colgaba debajo de una lámpara directa, y sus colores contrastaban con las paredes recubiertas de madera de nogal. Antes de conocer en toda su extensión los desastres que había hecho su padre, había dado todas sus posesiones en garantía prendaria para obtener créditos. Muy pronto, el Renoir sería rematado al mejor postor junto con todos sus otros bienes. Confiaba en que, quienquiera fuese el comprador, lo amara tanto como él.

Se reclinó en el respaldo del sillón y cerró los ojos. En un minuto entraría en la sala de conferencias, entregaría los archivos confidenciales a los auditores y daría instrucciones a los abogados de la corporación para que prepararan los documentos legales que anunciarían a los tribunales y al mundo de los negocios que Galverra International estaba arruinada. Quebrada.

Durante cuatro meses había luchado por salvarla... tratando de inyectarle su propio dinero... haciendo todo lo posible por mantenerla viva. Había`fracasado. Ahora, lo único que podía hacer era asegurarse de que muriera suave y dignamente.

Noche tras noche había permanecido despierto, temiendo este momento. Sin embargo, ahora que había llegado lo enfrentaba sin la desgarradora agonía que habría sentido dos semanas atrás.

Porque ahora la tenía a Katie.

El le había dado la vida a la corporación. Ahora le daría a Katie lo que quedaba de ella. Solamente a Katie.

Por primera vez en muchos años, Ramón se sintió profundamente religioso. Era como si Dios hubiera decidido quitarle su familia, sus bienes, su status y entonces, al darse cuenta de que ya no tenía absolutamente nada, El se había apiadado de su infortunio y le había dado a Katie a cambio. Y Katie lo recompensaba por todo lo demás.

Katie se pintó los labios con un lápiz tostado que combinaba con el esmalte de sus uñas. Echó una última mirada al maquillaje, se alisó el peinado con las manos para devolverle el estilo natural. Satisfecha, se apartó del espejo y miró el reloj. Todavía era de día a las cinco y

media y Ramón le había dicho a Gabriela que pasaría a buscarla entre las cinco y media y las seis para llevarla a cenar a casa de Rafael.

En un impulso, decidió ir a su encuentro. Se puso unos pantalones blancos y una blusa de seda azul marino con ribetes blancos y salió a la calle, contenta de poder escapar a la presencia opresiva y a las miradas descalificadoras de Eduardo, el esposo de Gabriela.

Verdaderos colchones de nubes blancas surcaban el cielo azul profundo. La alfombra verde esmeralda de las colinas estaba salpicada de flores rosadas y rojas. Katie se dejó acariciar por la brisa balsámica del atardecer y cruzó el patio en dirección al sendero ele tierra bordeado de árboles que conducía al camino principal.

Se había sentido un poco perdida al estar todo el día rodeada de extraños y había echado de menos la presencia tranquilizadora de Ramón. No lo veía desde la noche anterior, cuando le presentó a Gabriela y a su esposo. Se había quedado una hora con ellos y después se había ido a la casa de Rafael.

-¡Katie! -la voz tan familiar y querida hizo que se detuviera.

Se dio vuelta y vio a Ramón a unos cincuenta metros a su izquierda. Venía cortando camino por la ladera de la colina desde la casa de Rafael. Se quedó parado, esperando que Katie fuera hacia él. Lo saludó alegremente con la mano y empezó a subir la colina.

Ramón se quedó donde estaba. Quería disfrutar al máximo el enorme placer que le causaba que ella hubiera salido a su encuentro. Paseaba su mirada por la mata brillante de cabellos rojos que le caían sobre los hombros, por los risueños ojos azules que lo miraban y por la sonrisa acogedora que se dibujaba en la plenitud de sus labios seductores. Katie se movía con una gracia natural, sin afectación, contoneando las caderas con un movimiento exquisitamente provocativo.

El corazón le latió con fuerza por el deseo ardiente de tomarla en sus brazos y estrecharla contra su cuerpo. Quería cubrirle la boca con sus besos y susurrarle, una y otra vez, te amo, te amo. Ansiaba decírselo... pero no quería correr el riesgo de que la respuesta -o la falta de ella- le dijera que Katie no lo amaba. No podría soportarlo.

Katie se detuvo a unos metros de él, paralizada por una extraña combinación de felicidad y timidez. La cainisa azul marino de Ramón, abierta casi hasta la cintura, descubría el pecho bronceado cubierto de vello negro; los pantalones oscuros se ajustaban a las caderas angostas y a cada línea de las largas piernas. La cruda y potente sensualidad que emanaba de todo su cuerpo hizo que Katie se sintiera frágil y vulnerable. Respiró hondo y trató de encontrar una palabra. -Hola... -dijo por fin, vacilante.

-Hola, mi amor -le respondió él con los brazos abiertos.

Katie titubeó y entonces se arrojó en sus brazos acogedores. Ramón la estrechó fuertemente contra sí, como si nunca fuera a soltarla.

-¿Me extrañaste? -le preguntó en un susurro, cuando por fin dejó de besarla.

Katie, con la boca presionada contra la garganta de Ramón, se sentía embriagada por el aroma cálido y varonil de la loción de hierbas con que había masajeado su piel después de afeitarse.

-Sí, te extrañé. ¿Y tú a mí? -No.

Katie se echó hacia atrás y lo miró con una sonrisa burlona.

-¿No? -le preguntó.

-No -dijo serio-, porque desde las diez de esta mañana estuviste permanentemente conmigo. No permití que te fueras de mi lado.

-¿Desde las diez de la mañana...? -empezó a preguntar Katie.

Algo en la voz de Ramón hizo que lo mirara más de cerca. Su instinto le dijo que en la profundidad de esos ojos negros se escondía una gran desolación. Lo tomó del mentón y lo obligó a girar la cara, primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha.

-¿Cómo eran los otros hombres? -le preguntó intrigada, sin abandonar su expresión radiante. -¿Qué otros hombres?

-Los que trataron de golpearte.

-¿Quieres decir que luzco como si me hubiera peleado?

Katie asintió con una amplia sonrisa.

-Con por lo menos diez hombres armados y un tractor enloquecido.

-¿Tan mal? -preguntó con una mueca irónica.

Katie volvió a asentir y después suspiró.

-Debe de ser muy difícil, muy deprimente, trabajar para una empresa que sabes que se derrumba.

La mirada atónita de Ramón le dijo que su conclusión era correcta.

-Sabes... -dijo meneando la cabeza, evidentemente turbado- Muchos hombres de muchos países me han dicho que, cuando me lo propongo, tengo una cara absolutamente impenetrable.

-¿Y tú querías que esta noche fuera impenetrable para mí? ¿No querías que yo viera que estás cansado y deprimido?

-Así es.

-¿Tenías dinero invertido en esa compañía? -Virtualmente todo mi dinero y toda mi vida - admitió Ramón, sonriéndole pasmado-. Eres muy perceptiva, Katie. Pero no es necesario que te preocupes. A partir de hoy todo será mucho más fácil y ya no tendré que pasar allí tantas horas del día. Mañana a la tarde puedo empezar a ayudar a los hombres que están trabajando en nuestra casa.

La cena en la casa de Rafael fue un encuentro apacible, con muchas bromas y risas alrededor de la mesa. La señora Villegas, la esposa de Rafael, era una mujer robusta y vivaz que trataba a Ramón con la misma solicitud que dedicaba a su esposo y a sus hijos, dos varones de poco más de veinte años y una mujer de unos catorce años. Por suerte para Katie, la mayor parte de la conversación se desarrolló en inglés, que los más jóvenes no hablaban pero que parecían entender, porque varias veces sonrieron ante algunos dichos de Rafael o de Ramón.

Después de la cena, los hombres pasaron a la sala contigua mientras las mujeres levantaban la mesa y lavaban los platos. Cuando terminaron se unieron a los hombres para tomar el café. Como si la hubiera estado vigilando, Ramón alzó rápidamente los ojos y le ofreció su mano. Con los dedos entrelazados, ella se sentó a su lado. Katie prestó atención a lo que Rafael Villegas le decía a Ramón, a las sugerencias que le hacía con respecto de la granja, pero en todo momento sentía la presión fuerte de su cuerpo contra el de ella. El tenía un brazo apoyado en el respaldo del sofá. De manera casi imperceptible le acariciaba la espalda y le pasaba los dedos juguetones por la nuca, por debajo de la abundante cabellera. Aparte de eso, no había nada de juguetón en lo que hacía. Era una actitud deliberada para que ella tuviera plena conciencia de su proximidad. ¿O era él quién necesitaba saberla cerca?, se preguntó Katie. Pensó en lo que le había dicho horas antes en cuanto a tenerla cerca, dando a entender que la había necesitado para terminar ese día. ¿Ahora la necesitaba también para terminar la noche y por eso la retenía físicamente cerca y la acariciaba de esa manera?

Katie dirigió una mirada furtiva al contorno cincelado de su perfil y, con una punzada de angustia, reconoció la preocupación que se reflejaba en su semblante.

Katie alzó la mano libre y se la puso sobre la boca, fingiendo un suave bostezo. Instantáneamente, Ramón la miró.

-¿Estás cansada? -le preguntó. -Un poco -mintió Katie.

Ramón se aferró a ese comentario y en menos de tres minutos se excusó ante los Villegas y Katie se despidió de ellos.

-¿Te sientes bien como para caminar o prefieres que te lleve en el auto?

-Me siento bien para cualquier cosa -dijo Katie con una sonrisa pícara-, pero parecías tan cansado y distraído, que usé ese método para que tuvieras una excusa para salir de allí.

Ramón no desmintió sus palabras. -Gracias -respondió con ternura.

Gabriela y su esposo ya estaban acostados, pero no habían echado llave a la puerta de entrada. Katie encendió una lámpara y Ramón se sentó en el sofá. Él le extendió los brazos y

la atrajo hacia sí para sentarla sobre sus rodillas. Con un movimiento firme, Katie se liberó de, su abrazo, dio la vuelta al sofá, y se paró detrás de él.

Empezó a masajearle los hombros y sintió la tensión de los músculos debajo de sus manos. Era una sensación extraña tenerlo de esa manera, como si entre ellos se hubiera establecido una reposada intimidad que antes no existia. Ramón siempre había parecido poseer una potencia sexual quc hacía que todos sus sentidos temblaran de expectativa. Aquella noche, esa potencia era un sereno magnetismo.

-¿Cómo te sientes? -preguntó, masajeando los tendones de la base del cuello.

-Mejor de lo que te imaginas -respondió.

Se inclinó hacia adelante para que ella pudiera trabajar mejor sobre su cuello. Minutos después, Katie empezó a golpearle rápidamente los hombros y la espalda con el canto de las manos.

-¿Dónde aprendiste esto? -preguntó Ramón. Las manos de Katie se quedaron quietas. -No recuerdo -mintió.

Algo en su voz hizo que Ramón se diera vuelta con brusquedad. Vio la expresión torturada de sus ojos, la tomó de un brazo y la hizo volver frente a él para sentarla sobre sus rodillas.

-Ahora me toca a mí hacerte sentir mejor.

Le desabrochó la blusa, metió las manos debajo del encaje del corpiño y le liberó los pechos.

Antes de que Katie pudiera recuperar el aliento, la boca de Ramón estaba sobre sus pechos, anulando todos sus pensamientos y llevándola a un estado de ardiente necesidad. Con un brazo alrededor de los hombros y el otro rodeándole la cintura, la acostó sobre el sofá y la cubrió con su cuerpo.

-Él está muerto -le recordó apasionado-. No quiero que su fantasma esté entre nosotros.

A pesar de la dureza del tono de su voz, sus besos estaban llenos de dulzura.

-Entiérralo de una vez -le imploró con un susurro-. Por favor.

Katie le pasó los brazos por el cuello y arqueó el cuerpo para refugiarse en la protección del suyo. De inmediato se olvidó del resto del mundo.

CAPITULO TRECE

Al día siguiente, Miguel pasó apresurado frente a la secretaria que lo miraba sorprendida, abrió la puerta de la oficina de Ramón y la cerró con violencia detrás de sí.

-Háblame sobre tu buen amigo Sidney Green de St. Louis -dijo Miguel, enfatizando con sarcasmo la palabra amigo.

Ramón, que estaba enfrascado en la lectura de unos documentos legales, lo miró distraído.

-No es mi amigo. Es sólo un hombre que conocía a un amigo mío -dijo, volviendo a mirar los documentos-. Se me acercó hace nueve años durante un cóctel en la casa de ese amigo y me habló sobre una nueva fórmula de pintura que acababa de desarrollar. Dijo que con esa fórmula podía producir una pintura que duraría más y mejor que cualquier otra del mercado. Al día siguiente me trajo un análisis de su pintura, hecho por un laboratorio independiente de ensayos, y me demostró que su afirmación era cierta. Necesitaba tres millones para empezar a fabricarla y comercializarla. Entonces hice los arreglos para que Galverra International le prestara esa suma. También lo puse en contacto con varios amigos míos, dueños de empresas que compraban pintura para usarla en los productos que ellos fabricaban. Toda esa información la puedes encontrar en alguno de los archiveros. Fue así de sencillo.

-Parte de la información estaba en el archivo, el resto lo obtuve esta mañana del tesorero de la corporación. No fue tan sencillo como tú crees. Tu padre hizo investigar a Green, descubrió que era un químico de poca monta y juzgó que, como tal, nunca tendría la agudeza comercial para poner su producto en el mercado y que, por lo tanto, se perderían los tres millones. Como era un "padre dulce y amoroso", decidió darte una lección. Dio instrucciones al tesorero para que se acreditaran tres millones de dólares en tu cuenta personal y que fueras tú, personalmente, quien otorgara el préstamo a Green. Un año más tarde, cuando debía pagar el crédito, Green envió una carta diciendo que necesitaba una prórroga. Según el tesorero, le llevó la carta a tu padre porque tú estabas en Japón en ese momento. Entonces tu padre dio

instrucciones de ignorar esa carta y no hacer nada por cobrar el préstamo ya que era un problema tuyo.

Ramón suspiró irritado.

-Sin embargo, el préstamo fue pagado. Recuerdo que mi padre me lo dijo.

-¡Me importa un bledo lo que te haya dicho ese malvado! No fue pagado. El mismo Sidney Green me lo dijo.

Ramón apretó las mandíbulas, profundamente encolerizado.

-¡¿Tú lo llamaste?!

-Bueno... sí... Tú me dijiste que no perdiera más tiempo con los archivos... -le recordó, titubeando ante la mirada furiosa de Ramón.

-¡Maldito seas! ¡Yo no te autoricé a hacer eso! -explotó Ramón.

Se echó atrás en la silla y cerró los ojos. Resultaba evidente que estaba luchando con su temperamento explosivo. Cuando por fin habló, su voz sonó controlada otra vez.

-Yo no lo llamé ni siquiera cuando estuve en St.

Louis. El sabía que yo me encontraba en problemas. Si hubiera querido ayudarme se habría puesto en contacto conmigo. Ahora va a interpretar tu llamado, haciendo referencia a un antiguo préstamo, como que quiero despertar su compasión para sacarle dinero. Ya era un hijo de perra arrogante hace nueve años, cuando no tenía ni una camisa para ponerse. Me imagino lo que será ahora que es un empresario exitoso.

-Sigue siendo un hijo de perra arrogante -dijo Miguel-. Y nunca pagó un centavo del préstamo. Cuando le expliqué que yo estaba tratando de localizar los documentos de pago del dinero que le prestaste, se limitó a contestarme que ya era tarde para que le entablaras un juicio.

Ramón lo escuchó con una sonrisa cínica.

-Y tiene razón, por supuesto. Era mi responsabilidad vigilar si se había pagado ese dinero y si no lo había sido, iniciar las acciones judiciales dentro de los términos legales.

-¡Por el amor de Dios! ¡Le diste tres millones de dólares a ese hombre y ahora se niega a pagarte, después de que lo hiciste rico! ¿Cómo puedes quedarte tan tranquilo?

Ramón se encogió de hombros con una mueca irónica.

-Yo no le di ese dinero, se lo presté. No lo hice como un acto de bondad o de beneficencia. Lo hice porque sentí que era necesario para que él pudiera fabricar ese producto excelente... y porque yo mismo esperaba obtener ganancias. Fue una inversión comercial y es responsabilidad del inversor cuidar su dinero. Desgraciadamente, no supe que yo era el inversor y supuse que los auditores de la corporación se ocuparían de ello. Desde el punto de vista de Green, su rechazo a pagar ese dinero ahora, cuando no está obligado a hacerlo, no es nada personal. Él sólo está cuidando sus propios intereses. Así son los negocios. -¡Es un robo! -exclamó Miguel con amargura. -No. Es sólo un buen negocio -dijo Ramón, sarcástico-. Supongo que después de decirte que no reembolsaría ese dinero, me envió sus saludos y su "profundo pesar" por mi lamentable situación.

-¡Maldito sea, fue exactamente lo que dijo! Y me pidió que te dijera que, si hubieras tenido la mitad de la inteligencia que la gente siempre te atribuyó, hubieras reclamado el dinero años atrás. También me dijo que si tú o cualquier otro que te represente volvía a

ponerse en contacto con él para tratar de cobrarlo, daría instrucciones a sus abogados para que presenten una demanda en tu contra por hostigamiento.

Del semblante de Ramón desapareció todo rasgo de ironía.

-¿Dijo... qué? -preguntó con voz pastosa. -Él... dijo eso y me cortó.

-Eso fue un muy mal negocio-dijo Ramón en un tono suave y enigmático.

Se quedó pensando en silencio, con la boca ladeada en una sonrisa débil e irónica. De pronto se inclinó hacia adelante y presionó el botón del intercomunicador. Cuando Elise respondió a su llamado, le dio siete nombres y siete números telefónicos de siete diferentes ciudades de todo el mundo.

-Si recuerdo bien los términos del préstamo - dijo-, le presté tres millones de dólares a la tasa de interés que estuviera vigente al día de la cancelación.

-Correcto -dijo Miguel-. Si él hubiera pagado al año, la tasa de interés era entonces del ocho por ciento y su deuda habría ascendido a unos tres millones doscientos cuarenta mil.

-Hoy la tasa es del diecisiete por ciento y los ha adeudado durante nueve años.

-Técnicamente te debe más de veinte millones de dólares -dijo Miguel-. Pero no tienes la menor posibilidad de cobrarlos.

-Ni siquiera pienso intentarlo -dijo Ramón en tono afable.

Se quedó mirando el teléfono, a la espera de la primera de las llamadas internacionales que había pedido.

-¿Entonces qué es lo que vas a hacer? Ramón arqueó una ceja, con aire malicioso. -Le voy a enseñar a nuestro amigo Green una lección que debió haber aprendido hace mucho tiempo. Es una variante de un viejo refrán.

-¿Qué viejo refrán?

-El que dice que cuando estás subiendo la escalera del éxito, nunca debes pisarle deliberadamente las manos a nadie, porque tal vez necesites que te ayude cuando vas bajando.

Los ojos de Miguel empezaron a brillar de gozo. -¿Qué variante vas a enseñarle? -preguntó. -Que nunca se gane enemigos innecesarios - contestó Ramón-. Y la lección le va a costar doce millones de dólares.

Cuando llegaron las llamadas, Ramón pulsó un botón del teléfono para activar el parlante que permitía que la conversación entre las dos partes fuera perfectamente audible para Miguel. Varias de las conversaciones se hicieron en francés y Miguel se esforzó por seguirlos, entrampado por sus conocimientos rudimentarios de un idioma que Ramón dominaba a la perfección. Sin embargo, después de las primeras cuatro llamadas, Miguel había deducido suficiente de lo que estaba sucediendo, como para sentirse totalmente desconcertado.

Cada uno de los hombres con quiénes habló Ramón eran grandes industriales cuyas empresas usaban o habían usado la pintura fabricada por la compañía de Green. Todos trataron a Ramón con mucha cordialidad y lo escucharon divertidos cuando él les explicó sucintamente lo que pensaba hacer. Miguel se sorprendió un poco al oir que cada uno de ellos preguntó si había algo que pudieran hacer para ayudar a Ramón en esas "difíciles circunstancias". Ramón declinó con amabilidad en todos los casos.

-¡Ramón! -exclamó Miguel cuando a las cuatro y media terminó la cuarta llamada-. Cualquiera de estos hombres podría salvarte del desastre financiero en que te encuentras. Y todos te ofrecieron su ayuda. Ramón meneó la cabeza.

-No es otra cosa que una amable formalidad. Ellos ofrecen su ayuda y se sobreentiende que yo debo rechazarla. Eso es ser buen comerciante. Ya ves --dijo con una sonrisa sombría-, nosotros también hemos aprendido la lección que recibirá el señor Green. Miguel no pudo evitar una risita ahogada.

-Si entendí bien, mañana la prensa de París va a informar que los principales fabricantes de automóviles tuvieron problemas con las pinturas de Green porque pierden el color en los coches de prueba y que por eso decidieron usar otra.

Ramón fue hasta el bar empotrado en la pared y sirvió una copa para él y para Miguel.

-No es tan letal para Green como te parece. Mi amigo de París me dijo que ya había decidido cambiar la pintura de Green porque es demasiado cara. Es el mismo con quien puse en contacto a Green hace nueve años. El problema con la pintura descolorida se debió a que fue aplicada incorrectamente por el personal de su fábrica pero, por supuesto, él no tiene intención de mencionarle eso a la prensa.

Volvió a su escritorio y le alcanzó la copa a Miguel. -El fabricante alemán de maquinaria agrícola va a esperar hasta el día siguiente de la publicación de la novedad en París y entonces llamará a Green y lo amenazará con cancelar el pedido a causa de lo que leyó en la prensa parisina. -Se puso las manos en los bolsillos y, con un cigarro entre los dientes, le sonrió a !Miguel. -Para desgracia de Green, su pintura ya no es superior a las otras. Desde que él empezó a producirla, otros industriales estadounidenses han fabricado productos de igual calidad. Mi amigo de Tokio responderá al anuncio de la prensa de París, manifestando a la prensa japonesa que ellos nunca usaron la pintura de Green, así que no tendrán ningún problema con la terminación de sus automóviles. El jueves, Demetrios Vasiladis llamará desde Atenas y cancelará todos los pedidos de pintura marina de Green para todos sus astilleros.

Ramón bebió un trago de whisky, se sentó frente al escritorio y empezó a guardar en el maletín unos papeles que revisaría a la noche después de dejar a Katie.

Intrigado, Miguel se inclinó hacia adelante. -¿Y después qué?

Ramón lo miró como si el asunto ya no le interesara.

-Eso queda librado a cada uno. Yo espero que los otros fabricantes estadounidenses de pintura recojan el guante y hagan todo lo posible por destruir a Green en la prensa norteamericana. Según lo efectivas que sean sus denuncias, es probable que la publicidad adversa haga caer las acciones de Green en la bolsa de valores.

CAPITULO CATORCE

A primera hora de la mañana del jueves, Miguel estaba revisando junto con Ramón el estado financiero que había preparado, cuando Elise entró en la oficina sin llamar a la puerta, como era su costumbre.

-Discúlpeme, señor -dijo con el semblante pálido y demudado-, hay un hombre... un hombre muy grosero... en el teléfono. Ya le dije dos veces que no podía interrumpirlo, pero en cuanto cuelgo el teléfono vuelve a llamar y empieza otra vez a gritarme.

-¿Y qué es lo que quiere ese hombre? -preguntó Ramón, impaciente.

-Él quiere... -balbuceó con mucha aprensión-, quiere hablar con el sucio bastardo que está tratando de arruinarlo... ¿Se refiere a... usted?

Ramón crispó los labios. -Creo que sí. Comuníquelo.

Ansioso, Miguel se reclinó en su asiento. Ramón conectó el parlante externo del teléfono, se echó hacia atrás, tomó los estados financieros que había estado leyendo y siguió estudiándolos con la mayor calma.

La voz de Sidney Green estalló en la habitación. -¡Galverra, hijo de perra! ¡Estás perdiendo el tiempo! ¿Me oyes? ¡No importa lo que hagas, no voy a pagarte un centavo de esos tres millones! ¿Entendiste? ¡No importa lo que hagas! -hizo un pausa pero, como no recibió ninguna respuesta, gritó: -¡Di algo, maldito seas!

-Admiro tu valentía -dijo Ramón, arrastrando las sílabas.

-¿Esa es tu manera de decirme que planeas más tácticas guerrilleras? ¿Es eso? ¿Me estás amenazando, Galverra?

-Estoy seguro de que nunca podría ser tan grosero como para amenazarte, Sid -respondió Ramón con voz suave pero firme.

-¡Maldito seas, me estás amenazando! ¿Quién diablos crees que eres?

-Creo que soy ese hijo de perra que te va a costar doce millones de dólares -dijo Ramón y con eso dio por terminada la conversación y desconectó el aparato.

Katie firmó rápidamente el talón de débito por la mitad del costo de los muebles que acababa de comprar y después pagó en efectivo la otra mitad, con parte del dinero que Ramón le había dejado. El vendedor la miró intrigado cuando le pidió dos recibos, cada uno de ellos por la mitad del monto real de la compra. Katie no hizo caso de esa mirada, pero Gabriela se puso colorada y miró para otro lado.

Afuera, la temperatura era deliciosamente templada y los turistas paseaban por las calles soleadas de la ciudad vieja de San Juan. El coche estaba estacionado junto a la vereda: un automóvil viejo, bastante golpeado pero confiable, que pertenecía al marido de Gabriela y que él les permitía usar en sus salidas de compras.

-Lo estamos haciendo de maravillas -comentó Katie, satisfecha.

Bajó la ventanilla de su lado para que entrara aire puro en el mal ventilado vehículo. Jueves, ya llevaban cuatro días de frenética y muy exitosa carrera de compras y Katie se sentía exhausta pero feliz.

-No obstante, quisiera poder vencer esta sensación de que me estoy olvidando de algo- pensó en voz alta.

Se dio vuelta y miró por sobre los hombros las dos lámparas y una mesita baja que habían acomodado en el asiento trasero.

-Están allí -Gabriela le dedicó una sonrisa tranquilizadora, pero tenía una expresión preocupada cuando puso la llave en el encendido-. Estás olvidando decirle la verdad a Ramón sobre cuánto cuesta todo esto -dijo, metiéndose en el tránsito del centro de San Juan-. Katie, cuando él descubra lo que has hecho se va a enojar mucho contigo.

-No lo va a descubrir -dijo Katie-. Yo no se lo voy a decir y tú me prometiste que tampoco lo harías. -¡Por supuesto que no lo haré! -dijo Gabriela con una expresión grave-. Pero el padre Gregorio. habló muchas veces en la misa de los domingos sobre la necesidad de decir la verdad... entre marido y...

-¡Oh, no! -Katie se lamentó en voz alta-. ¡Eso es lo que olvidé! -Se echó hacia atrás en el asiento y cerró los ojos. -Hoy es jueves y esta tarde, a las dos, tenía que ver al padre Gregorio. Ramón concertó la cita el martes.y me lo recordó esta mañana. Pero lo olvidé por completo.

Una hora más tarde entraron en el pueblo. -¿Quieres ir ahora a ver al padre Gregorio? Son apenas las cuatro, todavía no es la hora de su merienda.

Katie negó con la cabeza. Todo el día había estado pensando en el picnic que ella y Ramón_ iban a hacer esa noche en la cabaña, donde él estaba trabajando con los otros hombres. Ella llevaría la comida. Cuando los hombres se retiraran, Katie y Ramón iban a disfrutar algunas horas a solas... las primeras desde su llegada a la isla cuatro días atrás.

Cuando llegaron a la casa de Gabriela, Katie la saludó con la mano, se sentó al volante y condujo el viejo automóvil hacia el pueblo, más precisamente hacia el almacén de ramos generales donde podría comprar la comida y una botella de vino para el picnic. Esos cuatro días tuvieron un significado extraño e irreal para Katie. Por las mañanas, Ramón trabajaba en la hacienda de Mayagüez y por las tardes, hasta el anochecer, en la cabaña, de modo que Katie sólo lo veía por las noches. Ella pasaba el día haciendo compras y planeando y eligiendo colores para la casa de Ramón, guiándose solamente por la idea que ella tenía de los gustos de él. Se sentía como si estuviera de vacaciones, ganándose la estadía con la redecoración de la casa de él... y no en la planificación de su propio hogar. Tal vez era porque él se hallaba tan ocupado y lo veía tan poco. Y cuando estaban juntos, siempre había otras personas cerca.

Rafael y sus hijos también trabajaban con Ramón en la cabaña y los cuatro se mostraban animados durante la cena, pero era evidente que estaban agotados. Aunque Ramón se prodigaba en atenciones con ella y la retenía bien cerca de él cuando se sentaban con el resto de la familia en medio de la atmósfera acogedora del living, el "momento y lugar para disfrutar el uno del otro" no se había presentado todavía.

Cada una de esas noches, Ramón la había acompañado hasta la casa de Gabriela y se había tendido al lado de ella en el sofá.

A Katie ya se le hacía difícil pasar sin ruborizarse junto a ese sofá a la luz del día. Durante tres noches seguidas, Ramón, con infinita ternura, le había quitado casi toda la ropa y la había llevado a un punto de excitación tal que ya no podía soportar. Entonces, con gran dulzura, la volvía a vestir, la acompañaba hasta el dormitorio y, en silencio, le deseaba buenas noches con un último y apasionado beso. Y cada una de esas noches, Katie había dado vueltas y más vueltas bajo las sábanas frías,.presa de un deseo doloroso e insatisfecho que, estaba empezando a creer, era precisamente lo que Ramón quería que sintiera. Sin embargo, no tenía ninguna duda de que él siempre estaba mucho más excitado que ella. Así que esa tortura no tenía ningún sentido.

La noche anterior, en medio de la excitación y el deseo, Katie decidió tomar la iniciativa y propuso sacar la manta de su cama y llevarla afuera, donde podrían estar a solas y sin temor a ser interrumpidos.

Ramón había alzado la cabeza para mirarla con sus ojos negros brillantes como carbones encendidos y el semblante tenso y arrebatado por la pasión. Pero se había negado.

-Nos interrumpirá la lluvia, Katie. Está amenazando desde hace una hora.

En el mismo momento en que él hablaba, un relámpago de luz candente arrojó un resplandor espectral en la habitación. Pero no llovió.

Katie pensó que esa noche, sin duda, sería el "momento y lugar". Llena de expectativas, detuvo el auto frente al almacén de ramos generales y bajó. Empujó la pesada puerta de entrada, entró en el viejo local lleno de gente y parpadeó para adaptar sus ojos a la luz.

Además de doblar en tamaño a la oficina de correos del pueblo, el almacén tenía de todo: desde harina y productos envasados hasta trajes de baño y muebles baratos. Los pisos de madera estaban cubiertos de mercadería, y había sólo un pasillo angosto en el medio para permitir el paso de los clientes. Los mostradores estaban atestados de productos de toda clase y también los anaqueles que cubrían las paredes hasta el techo. Gabriela y Katie habrían necesitado semanas para abrirse paso entre todo eso sin la asistencia de alguien que trabajara allí.

La muchacha española, a quien Gabriela la había presentado como la novia de Ramón, vio a Katie. Se acercó a ella con una amplia sonrisa. Con su ayuda, Katie encontró el lunes, debajo de una pila de pantaIones de trabajo para hombres, seis toallas gruesas y esponjosas en colores firmes, rojos, blancos y negros. Las compró todas y encargó una docena más en diferentes tamaños. Evidentemente, la chica pensó que Katie venía a ver si todavía había más toallas, porque tomó una y la mantuvo en alto, mientras se encogía de hombros y hacía una mueca de resignación porque no sabía inglés.

Katie le sonrió, señaló los estantes de comestibles entremezclados con palas y rastrillos y fue hacia ellos. Con la canastilla cargada de fruta fresca y carne envasada se dirigió al mostrador y sacó dinero de la cartera. Cuando alzó los ojos, la muchacha española, sonriente, le mostraba dos facturas, cada una de ellas por la mitad del importe total de la compra. La chica se veía tan orgullosa por haber recordado que siempre pedía las facturas de esa forma, que Katie no se preocupó por explicarle que en ese caso no era necesario.

La escena que se le presentó cuando el auto terminó de pasar bajo la bóveda de árboles de flores escarlata la tomó completamente de sorpresa. El terreno estaba lleno de viejos y desvencijados camiones, dos caballos y otro camión cargado con escombros que, evidentemente, habían sido sacados de la casa y eran transportados a otra parte. Dos hombres reemplazaban tejas en el techo y otros dos quitaban toda la pintura descascarada de las guarniciones de madera. Los postigos habían sido reparados y estaban abiertos hacia los costados de las ventanas, que ahora tenían paneles de vidrio cristalino. Era la primera vez que Katie volvía a allí desde el domingo anterior, y se sentía ansiosa por ver los progresos que se habían hecho en el interior de la cabaña. Se miró rápidamente en el espejo retrovisor, se humedeció los labios y se echó los cabellos hacia atrás.

Bajó del auto, quitó unas pelusas de su vaquero de marca y anudó la camisa a cuadros alrededor de la cintura. De repente cesó el martilleo constante que le llegaba desde el interior. Vio que los hombres que trabajaban en el techo bajaban de prisa, mientras ella caminaba por la vereda de ladrillos, que ya no tenía huecos ni estaba sembrada de tejas rotas. Miró su reloj: eran exactamente las seis. El trabajo había terminado por ese día.

La puerta de entrada, la misma que Ramón había roto el domingo, se hallaba nuevamente en su lugar y la madera lucía suave y natural, ya sin la pintura descascarada. Katie se hizo a un costado para dejar pasar a ocho hombres que salían con sus cajas de madera llenas de herramientas. Detrás de ellos salían Rafael y sus dos hijos. Asombrada, Katie pensó que todo un ejército estaba trabajando allí dentro.

-Ramón está en la cocina con el plomero-le dijo Rafael con una de sus encantadoras y paternales sonrisas.

Los dos hijos la saludaron sonrientes.

Ya habían sido lijados los tablones de los pisos y las tablas acanaladas de las paredes del living. Katie necesitó unos minutos para comprender por qué la casa parecía tan alegre y luminosa. Entonces se dio cuenta de que todas las ventanas brillaban de limpieza y algunas de ellas, abiertas, dejaban entrar una brisa suave mezclada con el olor picante del aserrín fresco: Un hombre mayor salió de la cocina con una gran llave inglesa en cada mano, saludó respetuosamente a Katie tocándose el borde de su gorra, atravesó el living y salió. El plomero, pensó Katie.

Con una última mirada apreciativa a su alrededor, Katie entró en la cocina. Los armarios, cómo todas las demás superficies de madera, lucían pulidos, y había desaparecido el horrible linóleum descascarado. Desde el fregadero le llegó el sonido agudo del choque de metal contra metal. Un par de piernas largas estaban estiradas sobre el piso y el torso correspondiente se hallaba escondido debajo del fregadero. Aunque no podía ver la cabeza y los hombros que estaban ocultos entre la maraña de caños enroscados, Katie sonrió al reconocer esas piernas y esas caderas.

Era evidente que Ramón no había notado que el plomero se había ido, porque dio una orden en español en un tono bastante autoritario. Katie titubeó insegura. Entonces, sintiéndose como un niño que le hace una travesura a un adulto, tomó una pinza que estaba sobre la mesada y se la alcanzó a Ramón por debajo del recién instalado fregadero de acero inoxidable. Estuvo a punto de estallar en carcajadas cuando, sin asomarse, Ramón le devolvió la pinza y repitió irritado la misma orden incomprensible, acompañada ahora por un golpe impaciente contra el fondo de la pileta.

Trató de adivinar qué quería. Entonces se inclinó hacia adelante y abrió las dos canillas. El agua brotó a raudales junto con un torrente de maldiciones que salió desde abajo del fregadero al mismo tiempo que Ramón, con el agua chorreándole por la cara, el pelo y el pecho desnudo. Levantó una toalla del piso, se puso de pie con un movimiento ágil y furioso y se secó la cabeza y la cara. Katie, entretanto, se lanzó frenéticamente sobre las canillas y las cerró. Paralizada de espanto y aunque no las comprendía, se quedó escuchando las enfurecidas palabras en español que le llegaban desde detrás de la toalla. Entonces dio un salto hacia atrás cuando él arrojó la toalla a un costado y la miró.

La expresión de Ramón se transformó en asombro. -Yo... quise darte una sorpresa -explicó Katie, mordiéndose el labio para no echarse a reír.

El agua le goteaba de los cabellos, de las cejas y de las pestañas y las gotas brillaban sobre el vello rizado del pecho. Los hombros de Katie empezaron a sacudirse. Los ojos de Ramón relampaguearon.

-Creo que una sorpresa bien merece otra. Rápidamente abrió la canilla del agua fría. Antes de que Katie pudiera hacer algo más que emitir un chillido de protesta, él le empujó la cabeza dentro de la pileta, a apenas un par de centímetros del torrente de agua.

-¡No te atrevas! -chilló ella, riendo. .

Ramón abrió más la canilla y le puso la cabeza aún más cerca del chorro. La risa de Katie resonaba en la pileta de acero.

-¡Basta! -aulló-. ¡Está corriendo agua por todo el piso!

Ramón la soltó y cerró la canilla.

-Hay un caño que pierde -comentó despreocupado, arqueó una ceja y la miró con lujuria-. Tendré que pensar en alguna manera mejor de "sorprenderte"Katie rio e ignoró la amenaza implícita.

-Creí que habías dicho que sabías algo de carpintería -bromeó.

-Yo dije que sabía tanto de carpintería como tú de hacer cortinas -la corrigió mordaz.

Katie sofocó la risa y ensayó un gesto cómico de indignación.

-Mis cortinas están progresando mucho más y mejor que tu plomería. -"Porque Gabriela y la señoraVillegas las están cosiendo", agregó para sus adentros.

-¡Oh! ¿Es cierto? -se mofó Ramón-. Ahora ve al baño.

Katie se sorprendió de que no la siguiera y de que, en cambio, tomara la toalla y la camisa limpia que colgaban de un clavo. Se detuvo frente a la puerta del baño. Quería darse ánimos antes de volver a enfrentar la cantidad de insectos que el domingo poblaban la bañera. Cuando abrió la puerta, vacilante, no podía creer lo que veían sus ojos.

Todas los sanitarios viejos habían desaparecido. En su lugar había un vanitory moderno con su lavabo y un gran cubículo para ducha de loza vidriada con puertas de vidrio corredizas. Para probar, corrió una de las puertas y comprobó que se deslizaba suavemente por el riel. Pero el duchador goteaba. Katie meneó la cabeza, divertida por lo poco que se preocupaba Ramón por las pérdidas de agua. Entró en el cubículo con mucho cuidado para no resbalar en el charco que se había formado sobre el piso de loza y extendió la mano para cerrar la canilla. Abrió la boca en un grito ahogado cuando una catarata dé agua helada le golpeó la cara. A ciegas, se dio vuelta para salir de la ducha; resbaló con sus suelas de cuero, y cayó en cuatro patas debajo del chaparrón helado.

Se arrastró, apoyándose en manos y rodillas, y salió con las ropas empapadas y pegadas a la piel. El .agua le chorreaba de los cabellos y de la cara. Se puso torpemente de pie y apartó los mechones mojados que le caían sobre los ojos. Ramón estaba parado en la puerta, esforzándose por mantenerse serio.

-¡No te atrevas a reírte! -le advirtió Katie, sombría.

-¿Necesitas jabón?-le ofreció solícito-.¿O quizás una toalla?

Inmutable, le alcanzó la toalla que sostenía en las manos. Empezó a desabrochar la camisa limpia que acababa de ponerse y siguió hablando.

-¿No? ¿Entonces me permites que te ofrezca la camisa?

Katie, ella misma a punto de echarse a reír, replicó con agudeza:

-¿No es extraña la manera en que una "sorpresa" puede llevarnos a otra?

Se sintió invadida por una furia incontrolable al comprender que él lo había hecho a propósito. Temblando, le arrancó la camisa de entre las manos y le cerró la puerta en la cara. Mientras se sacaba el pantalón mojado, pensó que él debia de haberla visto cuando entró en la el cubículo de la ducha y entonces abrió la válvula principal. ¡Así que ésa era la forma en que un macho latino se vengaba por haber sido mojado sin querer! ¡Esa era la clase de recompensa que exigía su monstruoso ego machistal Cubierta solamente por la ropa interior mojada y la camisa blanca de Ramón, abrió de un golpe la puerta del baño y salió de la casa vacía.

Ramón estaba en el patio del frente, extendiendo debajo de un árbol la manta que ella había llevado en el baúl del coche. ¡Con toda su monumental arrogancia! ¿En verdad creía que ella toleraría mansamente esa clase de trato? ¿De veras esperaba que ella se quedase aquí para compartir un agradable picnic con él?

Sin cambiar de posición, Ramón alzó los ojos y la miró impasible.

-Nunca más me cierres la puerta en la cara-dijo sereno.

Y entonces, como si con eso diera por concluido todo el episodio, su expresión se torno más cálida. Hirviendo por dentro, Katie cruzó los brazos sobre el pecho, se apoyó contra el marco de la puerta y cruzó un tobillo sobre el otro para que él la mirara hasta el hartazgo. Porque eso era todo lo que le permitiría hacer: mirarla. ¡En unos pocos segundos más, ella iba a levantar la manta, la doblaría y regresaría a la casa de Gabriela!

Ramón recorrió con una mirada codiciosa la cascada de cabellos rojizos que le caía en ondas sobre los hombros, los pechos turgentes más visibles por la tela delgada que se adhería a ellos, los muslos que asomaban del borde de la camisa y las piernas largas y bien torneadas .

-¿Ya viste suficiente? -dijo ella, sin preocuparse por ocultar su hostilidad-.¿Estás satisfecho? Ramón alzó rápidamente los ojos hasta su rostro, tratando de adivinar en su semblante el motivo del evidente malhumor.

-¿Es "satisfactorio" para mí lo que tú estás pensando, Katie?

Decidió ignorar lo que entendió era una directa insinuación sexual, se enderezó, caminó unos pasos y se detuvo al borde de la manta. Ramón estaba en cuclillas sobre ella y Katie lo miró desde arriba con altivez.

-Me voy -dijo cortante.

-No es necesario que vayas a buscar otra ropa, la tuya se secará pronto y mientras tanto... ya habré tenido el placer de verte con mucha menos...

-No voy a buscar más ropa. No tengo ninguna intención de quedarme aquí a compartir un picnic contigo, después de que me empapaste a propósito para quedar a mano.

Ramón se puso de pie lentamente y se irguió frente a ella. Enojada, Katie clavó los ojos en el pecho desnudo y bronceado.

-Necesito la manta para cubrirme, así puedo volver a la casa de Gabriela. Y tú estás parado sobre ella.

-Está bien -respondió con voz suave y dio un paso atrás.

Katie levantó la manta, la envolvió alrededor de su cuerpo como una toga y se dirigió al auto, consciente de que Ramón, apoyado contra un árbol, observaba cada uno de sus pasos. Se sentó al volante y buscó las llaves que creía haber dejado puestas. No estaban. No necesitaba buscar sobre el asiento, sabía perfectamente dónde habían quedado.

A través de la ventanilla abierta miró a Ramón con la frente fruncida. Él metió una mano en el bolsillo, sacó las llaves y se las mostró.

-Necesitarás esto -le dijo con la palma extendida.

Katie bajó del auto y caminó hacia él con tanta dignidad como le permitía la manta que arrastraba por el suelo. Cuando estuvo a un metro de distancia, lo miró a la cara con desconfianza.

-Dámelas -dijo, extendiendo la mano. -Tómalas -le contestó indiferente. -¿Me juras que no me tocarás?

-No se me ocurriría hacerlo -dijo él con una calma irritante-, pero no veo ninguna razón para que no me toques tú.

Estupefacta, Katie vio cómo guardaba las llaves en el bolsillo profundo del vaquero y cruzaba los brazos sobre el pecho.

-¡Adelante, tómalas! -¿Estás disfrutando de esto? -Lo estoy pensando.

Ahora estaba tan enojada que hubiera querido golpearlo y luchar con él por las malditas llaves. Avanzó hacia él, metió la mano en el bolsillo lateral sin hacer caso de la cercanía de su "intimidad" y sacó las llaves.

-Gracias -dijo con tono despectivo. -Gracias a ti -contestó él sugestivamente.

Giró rápidamente y dio un paso hacia adelante.

Entonces la manta se soltó y cayó al suelo... con la ayuda de la bota de Ramón, que estaba firmemente plantada sobre el borde de la manta. Con los puños cerrados por la impotencia, Katie volvió a girar.

-¿Cómo pudiste pensar que yo te haría algo así a propósito? -preguntó Ramón con calma.

Katie estudió el semblante noble y apacible y sintió que aflojaba la tensión de sus nervios y todo su enojo se esfumaba.

-¿No lo hiciste a propósito?

-¿Tú qué piensas?

Katie se mordió los labios. Se sentía tonta y detestable.

-Yo... no creo que lo hayas hecho adrede - admitió.

Bajó los ojos y se quedó mirando sus pies desnudos, embargada por la vergüenza. La voz despreocupada la sacó de su ensimismamiento.

-¿Y qué vas a hacer ahora?

Cuando levantó los ojos azules hacia él, se reflejaba en ellos una intensa calidez y un ruego de perdón. -¡Voy a demostrarte cuánto lo siento, atendiéndote a cuerpo de rey por el resto de la noche!

-Ya veo-dijo él con una sonrisa-. En ese caso, ¿qué debo hacer ahora?

-Sólo quédate ahí mientras extiendo la manta. Después te serviré vino y te prepararé un sandwich. Con indisimulable satisfacción, Ramón dejó que le preparara tres sandwiches de carne fría, que le llenara la copa de vino y que le alcanzara unas tajadas de queso cada vez que él se lo pedía.

-Un hombre puede llegar a acostumbrarse a esto comentó, cuando Katie insistió no sólo en pelar una manzana, sino también en cortarla en trozos y dársela en la boca.

Katie lo miró en medio de la luz crepuscular, con todos los sentidos despiertos ante la proximidad de su cuerpo. El estaba tendido de espaldas, con las manos apoyadas debajo de la cabeza. Parecía un gato montés, fuerte y ágil, que sabe que su presa está al alcance de la mano y no va a poder escapar.

-Katie -susurró con voz sensual-, ¿sabes qué quiero ahora?

Katie estaba por llevarse la copa de vino a los labios. La mano se quedó a mitad de camino y el pulso se le aceleró.

-¿Qué? -preguntó suavemente.

-Que me masajees la espalda -dijo.

Sin esperar respuesta, giró en redondo y se tendió sobre el abdomen, esperando ser atendido.

Katie dejó la copa en el suelo y se arrodilló sobre él. Los hombros anchos y musculosos y la espalda bien formada se sentían como suave y cálido satín bajo los dedos. Siguió sobando y frotando hasta que se le cansaron las manos. Entonces se echó hacia atrás, se sentó y levantó la copa de vino.

-¿Katie? -dijo entonces Ramón, volviendo la cabeza hacia ella.

-¿Sí?

-Lo hice a propósito.

Con un movimiento rápido, Katie derramó el vino sobre la espalda desnuda, se puso de pie de un salto y corrió hacia la casa. Ramón la alcanzó y desde atrás la atrapó de la cintura, justo cuando estaba cruzando el living a oscuras. Todo su cuerpo temblaba de risa mientras ella tiraba puñetazos al aire.

-¡Bestia! -jadeó, presa de una combinación de hilaridad y hostilidad-. ¡Eres la más traicionera, arrogante...!

-...persona que conoces -completó Ramón-. Te doy mi palabra.

-¡Podría matarte! -rió ella, agitándose y retorciéndose dentro de la prisión inquebrantable de sus brazos.

Detrás de ella, la voz profunda se hizo ronca de pronto.

-Si sigues haciendo eso... yo voy a necesitar una ducha fría.

Katie se quedó quieta, consciente de la incitante presión que sentía sobre los muslos y del deseo ardiente que le empezaba a fluir por las venas. El le pasó los labios por las orejas, después bajó sensualmente por la curva de la nuca, saboreando y explorando cada milímetro

de la piel desnuda y le acarició los pechos con la maestría posesiva que siempre la hacía estremecer.

-Llenas mis manos con tus pechos -dijo con voz baja y palpitante, mientras acariciaba con los pulgares los sensibilizados pezones-. Date vuelta, querida. Quiero sentirlos contra mi pecho.

Temblando de ansiedad, se dio vuelta sin soltarse de sus brazos. Él miró arrobado la hendedura entre los pechos y después alzó los ojos ardientes hasta encontrarse con los suyos. Como hipnotizada, vio que su boca descendía con lentitud, mientras las manos le acariciaban la nuca y los dedos se hundían en la mata abundante de cabellos.

El beso se hizo descontrolado y salvaje en el momento en que los labios entreabiertos cubrieron los suyos. La lengua le invadió la boca con un apetito tan violento y voluptuoso que hizo que se sintiera abrasada por el fuego de sus brazos. La mano libre bajó por la columna, estrechándole el cuerpo palpitante contra sus caderas y reteniéndola con fuerza mientras la seguía besando hasta la locura. De pronto se apartó de sus labios.

-Ven, salgamos de aquí -le ordenó con voz ronca.

En cuanto ella susurró su asentimiento, hundió la boca en la suavidad de sus labios húmedos y le dio un beso aún más apasionado e interminable.

En el mismo momento en que una voz desconocida habló detrás de ellos, una luz enceguecedora golpeó contra los párpados cerrados de Katie.

-¿Ramón, puedo preguntar quién celebró el matrimonio que aceleró esta luna de miel?

Katie abrió los ojos. Miró asombrada al hombre vestido de manera tan extraña que estaba parado en medio del living, ahora iluminado, y después a Ramón, que, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, mostraba una expresión incrédula, irritada y divertida al mismo tiempo. -Padre Gregorio, yo...

A Katie se le doblaron las rodillas. Los brazos de Ramón se estrecharon para sostenerla, mientras sus ojos grandes y afligidos iban del sacerdote al rostro pálido de Katie.

-¿Katie, te sientes bien? -preguntó ansioso. -Estoy seguro de que la señorita Connelly no se siente bien --dijo el viejo cura-. No tengo dudas de que querrá vestirse.

La desconcertante crítica de esas palabras hizo que las mejillas pálidas de Katie se inflamaran de ira. -Mi ropa está empapada -dijo. Desgraciadamente, en ese mismo momento se dio cuenta de que, al abrazarla, Ramón había levantado la camisa por encima del elástico de las piernas de la ropa interior. Con timidez, estiró la camisa hacia abajo y se desprendió de los brazos de Ramón.

-Entonces, tal vez quiera dar otro uso del que había pensado a esa manta que vi allí afuera y ahora quiera cubrirse con ella.

Ramón le dijo algo al sacerdote en un español que sonó incisivo, extendió el brazo para tomar a Katie, pero ella se apartó a un costado y salió de la casa. Estaba humillada, asustada y furiosa consigo misma por sentirse como una quinceañera malcriada. En su interior sintió una furia incontrolable al comprender que debía ganarse la aprobación de ese viejo sacerdote odioso e insolente antes de que se aviniera a celebrar el matrimonio. ¡Nunca, nunca en su vida había detestado tanto a una persona! ¡En sólo diez segundos, él la había hecho sentir sucia y ordinaria! ¡Justamente a ella, que para las costumbres actuales era prácticamente virgen!

Cuando Katie entró en la cabaña envuelta en la manta, Ramón le hablaba al cura con voz pausada. Extendió un brazo, la atrajo hacia él y le brindó el refugio cálido de su pecho, pero sus primeras palabras encerraban un velado reproche.

-¿Katie, por qué no acudiste a la cita con el padre Gregorio?

Ella levantó la barbilla con un gesto defensivo y miró al cura. Una franja de cabellos blancos le rodeaba la coronilla calva. Las cejas espesas y blancas, levantadas en los extremos, le daban un aire satánico que Katie juzgó muy apropiado para un viejo demonio. A pesar del valor que trató de infundirse, titubeó al encontrarse con su mirada azul y fría.

-Me olvidé -dijo tímidamente.

Katie sintió sobre su cabeza la mirada inquisitiva de Ramón.

-En ese caso-dijo el padre Gregorio con una voz fría e impersonal-, tal vez quiera concertar otra cita... digamos para mañana a la tarde, a las cuatro.

Era una orden, más que una sugerencia, y Katie accedió de mala gana a cumplirla.

-Muy bien -se limitó a contestar.

-Lo llevo hasta el pueblo, padre -dijo Ramón. Katie casi se cae al piso cuando, después de aceptar el ofrecimiento, el cura la miró de una manera inequívoca por encima de sus anteojos.

-Estoy seguro de que la señorita Connelly también quiere regresar ahora mismo a la casa de Gabriela. Se está haciendo tarde.

Sin esperar la respuesta de Ramón, Katie les dio la espalda, fue hasta el baño y cerró la puerta de un golpe. Presa de una insoportable humillación, se puso con esfuerzo las ropas mojadas y se alisó el pelo con los dedos.

Abrió la puerta y fue directamente hacia Ramón, que la esperaba en la puerta de entrada con los brazos extendidos y las manos apoyadas en ambos marcos, cortándole el camino. La expresión divertida de su rostro irritaba aún más sus sentimientos heridos.

-Katie, él piensa que está protegiendo tu virtud de mis lujuriosas intenciones.

Katie, que de pronto se hallaba peligrosamente cerca de romper en llanto, se quedó mirando la hendedura del mentón de Ramón.

-¡El no cree ni por asomo que yo posea alguna virtud! Y ahora, por favor, salgamos de aquí. Yo... estoy cansada.

El padre Gregorio esperaba parado junto al auto. Cuando Katie se acercó, oyó el chapoteo de sus zapatillas mojadas y vio que el vaquero mojado se le adhería a las piernas. Esta prueba irrefutable de que sus ropas estaban muy mojadas hizo que en los labios del sacerdote revoloteara una sonrisa de aprobación, pero Katie apenas le dedicó una mirada fría y se metió en el auto. El anciano hizo dos intentos por conversar con ella en el trayecto hasta el pueblo, pero Katie lo desalentó, contestándole con monosílabos.

Después de dejar al sacerdote en el pueblo, se dirigieron a la casa de Gabriela. Quince minutos después, cuando Katie salió del dormitorio con ropas secas, Ramón estaba en el living, hablando con Eduardo, el esposo de Gabriela. En el momento que la vio, Ramón se disculpó con Eduardo e invitó a Katie a sálir al patio. Ya se habían disipado casi todos los efectos negativos de su encuentro con el padre Gregorio, pero Katie se sentía algo inquieta por el talante de Ramón.

Atravesaron el patio trasero en medio de un silencio ominoso. Cuando llegaron al fin del sendero, Katie se detuvo y se apoyó contra el tronco de un árbol. Ramón puso una mano a cada lado de ella, como para que no pudiera escapar. Katie vio la firmeza de su mentón y la intención especulativa de su mirada.

-¿Por qué no fuiste esta tarde a ver al padre Gregorio, Katie?

La pregunta la tomó por sorpresa. -Te lo dije -tartamudeó-, lo olvidé.

-Te lo recordé cuando pasé a verte esta mañana, antes de irme a trabajar. ¿Cómo pudiste olvidarlo unas pocas horas después?

-Lo olvidé porque estuve ocupada -se defendió-, haciendo lo que hice en estos últimos cuatro días: tratando de comprar todo lo que necesitas para tu casa.

-¿Por qué siempre te refieres a mi casa, en lugar de hablar de nuestra casa? -preguntó sin darle tregua.

-¿Por qué, de pronto, me haces todas estas preguntas?

-Porque cuando me las hago a mí mismo, no me gustan las respuestas que me vienen a la mente. Retrocedió un paso y sacó del bolsillo un cigarro delgado y un encendedor. Haciendo pantalla con las manos sobre la llama, a través del humo observó la expresión intranquila del rostro de Katie.

-¿El padre Gregorio es el único obstáculo posible para que nos casemos dentro de diez días?

Katie sintió como si la acechara verbalmente y la estuviera acorralando.

-Supongo que sí.

-Díme algo -preguntó él como por casualidad-, ¿piensas cumplir con la cita de mañana?

Con un gesto inquieto, Katie se quitó el pelo que le caía sobre la frente.

-Sí, voy a cumplir con esa cita. Pero debes saber ya mismo que ese hombre no me gusta y que creo que no es más que un entremetido despótico.

Ramón rechazó el argumento con un encogimiento de hombros.

-Yo creo que es costumbre, incluso en los Estados Unidos, que un sacerdote se asegure, hasta donde sea posible, de que los novios son el uno para el otro y de que tienen buenas posibilidades de formar un matrimonio feliz. Eso es todo lo que el padre Gregorio quiere saber.

-¡Él no va a creer eso de nosotros! ¡Él ya decidió lo contrario!

-No, no es así -afirmó Ramón, implacable.

Se acercó más a ella y Katie, en forma instintiva, se apoyó con más fuerza contra la corteza áspera del árbol. Ramón la miró a los ojos, tratando de adivinar en ellos la respuesta que daría a su siguiente pregunta.

-¿Tú quieres que él decida que no somos el uno para el otro?

-¡No! -se apresuró a contestar.

-Cuéntame sobre tu primer matrimonio -le ordenó de pronto.

-¡No lo haré! -replicó Katie, con todo el cuerpo rígido de cólera- ¡Nunca me pidas eso, porque no lo haré! ¡Trato de no pensar nunca en ello!

-Si en verdad no te quedan cicatrices -continuó Ramón-, deberías ser capaz de hablar de eso sin sufrimiento.

-¿Hablar de eso? -explotó con furia- ¿Hablar de eso?

Se sorprendió ante su propia violencia y guardó silencio por un instante. Aspiró hondo para controlar sus emociones convulsionadas. Le sonrió débilmente a Ramón, que no dejaba de estudiarla como a un espécimen bajo el microscopio.

-Es sólo que no quiero que la perversidad del pasado arruine el presente. Y lo haría. ¿Puedes entenderlo, Ramón?

La sombra de una sonrisa forzada cruzó por la cara de Ramón cuando miró la suave perfección de sus rasgos hermosos. Extendió los brazos para estrecharla contra su corazón.

-Puedo entenderlo-dijo con suavidad-. Puedo entender que tienes una sonrisa hermosa y que estás cansada.

Katie le rodeó el cuello con sus brazos. Sabía que él no se sentía satisfecho con la explicación, y se sintió agradecida de que, más allá de las palabras, él no siguiera insistiendo.

-Sí, estoy algo cansada. Creo que iré a acostarme. -Y cuando estás acostada, ¿en qué piensas? - preguntó él con voz ronca y burlona.

Los ojos de Katie brillaron traviesos.

-En el color con que pintaremos la cocina - mintió.

-¡Oh! ¿Es cierto eso? -suspiró tranquilo. Katie asintió con una sonrisa en los labios. -¿Y tú en qué piensas?

-En el precio mayorista del ananá.

-Mentiroso -susurró ella, con los ojos fijos en la boca sensual que se acercaba a ella.

-Amarillo -murmuró él casi sobre los labios de ella.

-¿Te refieres al ananá? -preguntó distraída. -Me refiero a la cocina.

-Yo pensé en verde -dijo ella, con el corazón palpitante.

Ramón se apartó bruscamente, con una expresión amable y pcnsativa.

-Quizá tengas razón. El verde es un color muy vivo y es muy raro que uno se canse de él. Piensa en ello esta noche, en la cama.

La tomó de un brazo y con una afectuosa palmada en el trasero, la hizo avanzar hacia la casa. Sorprendida, Katie dio unos pocos pasos, pero entonces se volvió hacia Ramón, confundida y algo decepcionada.

Los dientes blancos brillaron con una sonrisa maliciosa mientras arqueaba una ceja y la miraba. -¿Querías algo más? ¿Quizás algo mejor para pensar en la, cama?

Katie sintió el magnetismo sensual que emanaba de él, como si fuera una fuerza primitiva contra la que no podía resistirse.

Hasta su voz aterciopelada parecía alcanzarla y tocarla.

-Ven aquí, Katie, yo te daré ese algo más.

Katie sintió que todo su cuerpo se inflamaba de pasión al refugiarse en su abrazo. La agitación de la última hora, las violentas fluctuaciones de su estado de ánimo, que iba del deseo a la humillación, de ésta al enojo y ahora a las bromas, la habían precipitado a un torbellino de emociones dolorosas que explotaron en el mismo instante en que los brazos de Ramón la estrecharon con fuerza contra su cuerpo.

Impulsada por una necesidad imperiosa de asegurarle a Ramón -y asegurarse a sí misma- de que todo iba a resultar bien, lo besó con pasión desenfrenada, una profunda pasión que hizo vibrar el cuerpo poderoso de Ramón.

Él la estrechó convulsivamente entre sus brazos, la besó en la cara, en la frente, los ojos, el cuello.

Y justo en el momento en que la boca le buscaba los labios para un último y apasionado beso, ella creyó oír que él murmuraba: -Katie, te amo.

CAPITULO QUINCE

Katie y Gabriela pasaron la mañana y buena parte de la tarde recorriendo los negocios de dos pueblos vecinos. Gabriela le gustaba mucho a Katie. Además de ser una magnífica compañera, era una incansable compinche para hacer compras. Por momentos se mostraba más entusiasmada que la misma Katie con lo que estaban haciendo. Porque esas salidas interminables, con cientos de cosas por comprar y sin tiempo para hacer todo, no encajaban con la idea que Katie tenía del placer.

Katie pagó las sábanas y las colchas que acababa de comprar, mientras Gabriela se retiraba discretamente de la escena para no participar del momento en que Katie pedía dos facturas, cada una por la mitad del valor de la compra, y después pagaba por partes iguales con el dinero de Ramón y el suyo propio.

-Creo que a Ramón le gustarán los colores que elegí para el dormitorio, ¿no te parece? -preguntó alegremente Katie cuando subió al auto.

Gabriela la miró sonriente. Se la veía hermosa con sus abundantes cabellos negros despeinados por el viento y sus ojos brillantes.

-Deberían gustarle -contestó-. Todo lo que compras es para complacerlo a él y no a ti misma. Yo hubiera comprado las colchas con volados.

Katie estaba sentada al volante. Miró por el espejo retrovisor antes de entrar en el tránsito. Después miró de soslayo a Gabriela.

-Por alguna razón no puedo imaginarme a Ramón rodeado de volados frívolos con flores en tonos pastel.

-Eduardo es tan varonil como Ramón, y él no objetaría que yo le dé un toque femenino a nuestro dormitorio.

Para sus adentros, Katie tuvo que admitir que lo que decía Gabriela era cierto. Era probable que Eduardo se sometiera a los deseos de Gabriela con una de esas tímidas y complacientes sonrisas que le dedicaba con frecuencia. En los dos últimos días Katie había reconsiderado su opinión sobre Eduardo. Él no miraba a todo el mundo con ojos duros y críticos... solamente a ella la miraba de esa manera. Siempre le mostraba una cortesía irreprochable, pero en el mismo momento en que ella entraba en la habitación, la expresión de calidez desaparecía de su semblante.

Si hubiera sido un hombre de baja estatura y ordinario o alto y torpe, su presencia no la habría hecho sentir tan incómoda, pero lo cierto era que Eduardo era un hombre impresionante, que de inmediato le había hecho sentir que, de algún modo, a ella le faltaba algo. A los treinta y cinco años, era sumamente apuesto con su estampa morena típicamente española. Medía unos ocho centímetros menos que Ramón, poseía una figura imponente y una actitud de indiscutible superioridad masculina, que incomodaba y al mismo tiempo intrigaba a Katie. No era un igual de Ramón ni en su aspecto ni en su educación, pero cuando los dos hombres se hallaban juntos, había entre ellos una espontánea camaradería que a Katie le hacía sentir que ella, y sólo ella, no respondía a algún modelo preconcebido de Eduardo. Trataba a su esposa con afectuosa ternura; a Ramón, con una mezcla de amistad y admiración... y a Katie, simplemente con cortesía.

-¿Hice algo que ofendiera a Eduardo? -se oyó preguntar en voz alta.

Alimentaba una cierta esperanza de que Gabriela negara haber advertido algo desacostumbrado en la actitud de su marido.

-No debes hacerle caso -dijo Gabriela con una sinceridad asombrosa-. Eduardo desconfía de todas las chicas norteamericanas, en especial si son ricas, como tú. Entre otras cosas, piensa que son malcriadas e irresponsables.

Katie pensó que esas "otras cosas" tal vez incluyeran la promiscuidad.

-¿Qué le hace pensar que soy rica? -preguntó cautelosa.

Gabriela trató de justificarlo con una sonrisa. -Tus maletas. Cuando iba a la escuela, Eduardo trabajó en la recepción de un hotel elegante de San Juan. Y dice que tus maletas cuestan más que todos los muebles de nuestro living.

Gabriela se puso seria antes de que Katie pudiera recuperarse de la sorpresa que le produjeron sus palabras.

-Eduardo quiere mucho a Ramón, Katie, y por muchas razones. Y tiene miedo de que tú no te adaptes a ser la esposa de un agricultor español. Cree que, por ser una norteamericana rica, te falta coraje y te vayas en cuanto descubras que la vida aquí puede ser niuy dura. Y que cuando la cosecha sea pobre o los precios sean muy bajos, harás alarde de tu dinero frente a Ramón.

Katie se sonrojó, incómoda, y Gabriela asintió, sagaz.

-Por eso es que Eduardo nunca debe enterarse de que estás pagando parte del mobiliario. Él te reprobaría por desobedecer a Ramón y pensaría que lo haces porque lo que Ramón puede comprarte no es lo bastante bueno para ti. Yo no sé por qué estás pagando esas cosas, Katie, pero no creo que lo hagas por eso. Algún día, si lo deseas, podrás decirme por qué lo haces, pero mientras tanto, Eduardo no debe enterarse de ello. El se lo diría a Ramón de inmediato.

-Ninguno de ellos se enterará si tú no lo dices la tranquilizó Katie con una sonrisa.

-Sabes bien que no lo haré -Gabriela alzó los ojos hacia el sol. -¿Quieres ir al remate en esa casa, de Mayagüez? Estamos muy cerca.

Katie se apresuró a aceptar. Tres horas más tarde, era la dueña orgullosa de un juego de mesa para la cocina, un sofá y dos sillas. La casa había sido propiedad de un solterón rico que, sin dudas, en vida había desarrollado un muy buen gusto por las maderas finas, la excelencia de las artesanías y la solidez del confort. Las sillas tenían respaldos altos y un tapizado de tela crema con hilos color ocre. Había dos otomanas haciendo juego. El sofá era de color ocre con anchos brazos cilíndricos y cojines mullidos.

-A Ramón le encantarán-dijo Katie mientras le pagaba al rematador y ordenaba que enviaran los muebles a la cabaña.

-Katie, ¿y a ti te encantarán? -le preguntó Gabriela, impaciente-. Tú también vas a vivir allí. Sin embargo, hasta ahora no has comprado una sola cosa que tú desees.

-Por supuesto que lo hice -contestó.

Faltaban diez minutos para las cuatro cuando Gabriela detuvo el coche frente a la casita del padre Gregorio. Estaba en el costado este de la plaza del pueblo, directamente frente a la

iglesia, y era fácilmente identificable por la pintura blanca de las paredes y el verde oscuro de las persianas. Katie tomó su bolsa de mano, dedicó a Gabriela una sonrisa nerviosa y bajó del auto.

-¿Estás segura de que no quieres que te espere? - preguntó Gabriela.

-Segura -dijo-. Tu casa no está lejos. Puedo caminar hasta allí y después tendré bastante tiempo para cambiarme de ropa e ir a ver a Ramón a la cabaña.

De muy mala gana, Katie avanzó hasta la puerta de entrada. Se detuvo para alisar la falda de su vestido camisero de algodón verde pastel y se pasó una mano nerviosa por sus brillantes cabellos rojizos, que había recogido en un rodete flojo. Se había puesto unos aros sencillos. Se la veía, eso esperaba, muy decorosa y serena. Se sentía como un náufrago a la deriva.

Un ama de llaves anciana le abrió la puerta y la hizo pasar. Katie la siguió por el corredor oscuro. Se sentía como un condenado a muerte que da los últimos pasos que lo separan del verdugo... aunque no entendía bien por qué se sentía tan perturbada.

El padre Gregorio se puso de pie al verla entrar en su estudio. Era más delgado y más bajo de lo que ella había calculado la noche anterior, y eso, teniendo en cuenta que no se iban a trabar en una lucha física, le resultaba absurdamente tranquilizador. Se sentó frente al escritorio, en la silla que él le indicó.

Por unos segundos se miraron uno al otro con amable cautela.

-¿Puedo ofrecerle un café? -dijo él.

-No, gracias -contestó Katie con una sonrisa cortés-. No dispongo de mucho tiempo.

Había sido muy inoportuno decir eso. Katie lo comprendió al ver que las tupidas cejas blancas se juntaban sobre el tabique de la nariz.

--No dudo de que tenga cosas mucho más importantes que hacer -dijo cortante.

-No para mí sino para Ramón -se apresuró a explicar a modo de tregua pacificadora.

Para su inmenso consuelo, el padre Gregorio aceptó la tregua ofrecida. En los labios severos se dibujó algo parecido a una sonrisa, mientras asentía con un ligero movimiento de su cabeza canosa.

-Ramón tiene mucha urgencia por terminar todo, y eso seguramente la mantiene siempre muy ocupada -dijo.

Sacó algunos formularios del cajón del escritorio y tomó un bolígrafo.

-Empecemos por llenar estos formularios. ¿Nombre completo y edad?

Katie le dio la información.

-¿Estado civil? -Antes de que Katie pudiera contestar, la miró y dijo apenado: -Ramón mencionó que su primer esposo murió. Debe haber sido una tragedia para usted, enviudar en la primera floración de su matrimonio.

La hipocresía nunca había sido uno de los defectos de Katie. Por eso respondió afable pero con firmeza. -Yo "enviudé" en la primera floración de nuestro divorcio. Y si hubo una tragedia, ella se debió ante todo a haber estado casados.

Los ojos azules del sacerdote se entrecerraron detrás de los anteojos.

-¿Perdón?

-Me divorcié de él antes de su muerte. -¿Por qué motivo?

-Diferencias irreconciliables.

-No le pregunté los argumentos legales, le pregunté los motivos.

Su curiosidad encendió chispas de rebeldía en el pecho de Katie, que tomó aliento lenta y profundamente para calmarse.

-Me divorcié de él porque lo aborrecía. -¿Por qué?

-Preferiría no hablar de eso.

-Entiendo -dijo lacónico el padre Gregorio. Dejó los papeles a un lado y el bolígrafo sobre el escritorio y Katie sintió que la frágil tregua estaba a punto de quebrarse.

-En ese caso -continuó el anciano-, tal vez no tenga ningún inconveniente en hablar sobre Ramón y usted. ¿Cuánto hace que se conocen?

-Sólo dos semanas.

-¡Qué respuesta curiosa! -comentó-. ¿Y dónde se conocieron?

-En los Estados Unidos.

-Señorita Connelly -dijo con un tono frío-, ¿consideraría que estoy invadiendo su vida privada si le pido que sea un poco más específica?

Los ojos de Katie brillaron desafiantes.

-De ninguna manera, padre. Conocí a Ramón en un bar... en una cantina, creo que así la llaman aquí. Él la miró atónito.

-¿Dice que Ramón la conoció en una cantina? -Bueno, en realidad fue afuera.

-¿Perdón?

-Que fue afuera, en el estacionamiento. Yo tenía un problema y Ramón me ayudó.

El padre Gregorio se reclinó en la silla, más tranquilo y asintió satisfecho.

-Claro, ahora entiendo. Usted tenía algún problema con el auto y Ramón la ayudó.

Como si hubiera prestado juramento de decir la verdad y nada más que la verdad, Katie lo corrigió. -En realidad, tenía un problema con un hombre que... me estaba besando en el estacionamiento. Y Ramón lo golpeó. Creo que estaba borracho.

Los ojos del sacerdote se convirtieron en dos bolas de hielo detrás de la muestra dorada de los anteojos. -Señorita -dijo con desdén-, ¿está tratando de decirme que Ramón Galverra se involucró en una riña de borrachos en el estacionamiento público de una cantina, por una mujer a la que ni siquiera conocía... es decir, por usted?

-¡Por supuesto que no! Ramón no había estado bebiendo y yo no lo llamaría exactamente una riña...

Ramón le pegó una sola trompada a Rob... lo dejó inconsciente.

-¿Y entonces? -preguntó el cura, con impaciencia.

Desafortunadamente, el travieso sentido del humor de Katie eligió justo ese momento para exteriorizarse.

-Y entonces empaquetamos a Rob en su auto y Ramón y yo nos escapamos en el mío. -Fascinante... -susurró entre dientes el padre Gregorio.

Una sonrisa sincera iluminó el semblante de Katie. -En realidad, no fue tan terrible como parece. -Me resulta difícil creerlo.

La sonrisa desapareció del rostro de Katie. El azul de sus ojos se hizo más intenso y desafiante. -Usted puede creer lo que quiera, Padre.

-Es lo que usted quiere hacerme creer lo que me aterra, señorita -le disparó y se puso de pie.

Katie también se levantó. Se sentía tan confundida por ese final abrupto e inesperado de la entrevista, que no supo si debía sentirse aliviada o preocupada.

-¿Qué quiere decir con eso? -preguntó desconcertada.

-Usted reflexione sobre ello. Nos volveremos a encontrar el domingo a las nueve.

Una hora más tarde, Katie se había cambiado de ropa y puesto pantalones y una camisa blanca de punto. Cuando empezó a subir la larga ladera de la colina que llevaba desde la casa de Gabriela hasta la cabaña donde Ramón se hallaba trabajando, se sentía enojada, aturdida y culpable.

En la primera meseta se detuvo para mirar las colinas tapizadas de flores silvestres. Todavía podía ver el techo de la casa de Gabriela -y de Rafael, por supuesto-, y el pueblo mismo. La cabaña de Ramón estaba mucho más arriba de las casas circundantes.

Exactamente dos mesetas más arriba, por lo que decidió sentarse y descansar. Recogió las piernas, se las rodeó con los brazos y apoyó el mentón sobre las rodillas.

"Es lo que usted quiere hacerme creer lo que me aterra, señorita", había dicho el viejo sacerdote. Disgustada, pensó que él lo hacía parecer como que ella estaba tratando deliberadamente de causarle una mala impresión. ¡Cuando lo cierto era que había andado todo el día con ese incómodo vestido camisero y con zapatos de taco, para presentarse a la cita vestida de manera apropiada y respetable!

Se había limitado a decirle la verdad sobre cómo ella y Ramón se habían conocido. No era culpa de ella si eso había ofendido tanto su moralidad pasada de moda. Furiosa, pensó que él no debería haberle hecho tantas preguntas indiscretas si no quería que ella las contestara.

Cuanto más pensaba en ello, menos culpable se sentía por el tono beligerante de su primera reunión con el padre Gregorio. En verdad, casi estaba justificando su propia indignación por lo sucedido, cuando las palabras de Ramón le volvieron a la mente: "¿Cómo pudiste olvidar la cita con el padre Gregorio apenas unas pocas después de que yo te lo recordara?... ¿El padre Gregorio es el único obstáculo posible para que nos casemos dentro de diez días?... ¿Tú quieres que él juzgue que no somos el uno para el otro?"

La incertidumbre enfrió rápidamente la ira de Katie. ¿Cómo pudo haber olvidado aquella cita? Su primer casamiento había requerido meses de preparación e innumerables citas con modistos, floristas, proveedores de banquetes, fotógrafos, impresores y muchas otras personas. Ni una sola vez había olvidado una cita con ninguno de ellos.

Se preguntó con un cierto remordimiento si el día anterior no había deseado subconscientemente olvidar la cita con el padre Gregorio. Y hoy, ¿había tratado a propósito de darle una mala impresión? Esta pregunta le retorció las entrañas. No, ella no había tratado de impresionarlo de ninguna manera. Ni bien ni mal, trató de convencerse. Pero ella había permitido que él se formara una imagen distorsionada y nada halagüeña de su encuentro con Ramón en el Canyon Inn y no había hecho el menor intento por enmendarla.

Cuando él quiso indagar sobre el divorcio, prácticamente le había dicho que no era asunto de su incumbencia. Con genuina honestidad, ahora concedía que sí era un asunto de su incumbencia. Por otra parte, sentía que tenía derecho a sentirse agraviada por cualquiera -absolutamente cualquiera- que tratara de obligarla a hablar sobre David... y, sin embargo, podría haberle dicho sencillamente al padre Gregorio que la causa de su divorcio de David había sido adulterio y brutalidad física. Después, si él trataba de ahondar más en el tema, podría haberle explicado que le resultaba muy penoso hablar sobre los detalles y que prefería olvidarlos.

Eso es lo que debería haber hecho. ¿Cuál había sido su conducta en cambio? Poco cooperativa, impertinente y provocadora. De hecho, no podía recordar haber sido jamás en su vida tan descarada y abiertamente grosera con alguien. ¿Y cuál había sido el resultado? Había hostilizado al único hombre que podía interponerse en el camino de su matrimonio con Ramón dentro de diez días. i Qué cosa tonta e irracional había hecho!

Levantó un tulipán africano que cayó cerca de ella y empezó a despojarlo de sus pétalos escarlatas. De pronto le vinieron a la mente las palabras de Gabriela. "No has comprado una sola cosa que tú desearas". En aquel momento, Katie las había desestimado por falsas. Pero ahora que lo pensaba en serio, comprendió que inconscientemente había evitado elegir un solo objeto que pusiera el sello de su femineidad o de su personalidad en la casa de Ramón. Porque ello la obligaría a casarse con él y vivir en esa casa.

Cuanto más se acercaba el día de la boda, tanto más asustada e insegura se sentía. No tenía ningún sentido negarlo, pero tampoco ayudaba el admitirlo.

Cuando salió de St. Louis con Ramón, estaba convencida de que hacía lo correcto. Ahora no estaba segura de nada. No podía entender ni sus temores ni su inseguridad. ¡Ni siquiera podía entender algunas de las cosas que hacía! Para alguien que se jactaba de ser tan lógica, tan equilibrada, ¡de repente se estaba comportando como una perfecta neurótica! Enfurecida, pensó que no existía nada que justificara su comportamiento actual.

O quizá sí. La última vez que se había comprometido en matrimonio con un hombre, el mundo se le había caído en pedazos. Muy pocas personas sabían mejor que ella qué dolorosa y humillante podía ser la experiencia de un mal matrimonio. Tal vez el matrimonio no merecía que corriera ese riesgo. Tal vez nunca debió haber pensado en volver a casarse... ¡No!

¡Absolutamente no!

Librodot

Ella no permitiría que las cicatrices sentimentales que le había dejado ,David destrozaran su vida y arruinaran su oportunidad de hacer un buen y feliz matrimonio. ¡Muerto o vivo... no le daría esa satisfacción a David Caldwell!

Se puso de pie de un salto y se alisó el pantalón. En la segunda meseta se dio vuelta una vez más y miró el pueblo allá abajo. Sonrió complacida, pensando que parecía la página de un folleto turístico: minúsculas construcciones de juguete apretadas entre verdes colinas y una iglesia en el centro. La iglesia en la que se casaría dentro de diez días.

Se le hizo un nudo en el estómago ante ese pensamiento. Podría haber llorado de desesperación. Sentía como si se estuviera rompiendo en mil pedazos. El cerebro la tiraba de un lado, el corazón del otro. El miedo se le anidaba en el pecho, el deseo le palpitaba en las venas y en el centro de todo eso le quemaba el fuego devastador y persistente de su amor por Ramón.

Porque ella lo amaba. Lo amaba por sobre todas las cosas.

Todo su cuerpo se estremeció en una singular combinación de placer y de pánico ante esa verdad que hasta ahora no había querido admitir íntimamente.

Ahora que reconocía sus sentimientos, ¿por qué no podía aceptar con naturalidad su amor por ese hombre hermoso, tierno y apasionado y seguirlo adondequiera que ese amor la guiara?

Seguirlo adonde el amor la guiara, pensó con amargura. Ya lo había hecho antes y la había conducido a una pesadilla... Se mordió los labios, se dio vuelta y siguió subiendo la colina.

¿Por qué se le presentaba de pronto y en todo momento el recuerdo de David y de su primer matrimonio?, se preguntó angustiada. La única semejanza entre David y Ramón, aparte de la altura y el color del pelo, era que los dos eran inteligentes. David había sido un abogado ambicioso y de mucho talento, un refinado hombre de mundo. Mientras que Ramón...

Mientras que Ramón era un enigma, un rompecabezas: un hombre inteligente, bien hablado, muy instruido, con un profundo interés y un asombroso conocimiento sobre las cuestiones internacionales. Un hombre que podía mezclarse con natural desenvoltura entre los amigos refinados- de sus padres... un hombre que había elegido, sin embargo, ser agricultor, pero un

agricultor que no demostraba ningún sentimiento.

profundo ni orgullo por su tierra. Nunca la había invitado a visitar sus tierras, a pesar de que ella se lo había pedido. Y cuando discutía con Rafael sobre las mejoras que podían realizarse en el campo, lo hacía siempre con absoluta determinación... pero nunca con auténtico entusiasmo.

A Katie le había sorprendido tanto esa actitud, que a comienzos de esa semana le preguntó si nunca había deseado hacer otra cosa, aparte de trabajar en el campo.

-Sí -contestó lacónico.

-¿Entonces por qué haces esto? -insistió Katie. -Porque la granja está aquí -La respuesta era irrefutable-. Porque es nuestra. Porque he encontrado más paz y alegría al estar aquí contigo de la que jamás he conocido.

¿Paz de qué?, se preguntó angustiada. Y si era realmente feliz, la verdad era que no parecía serlo. De hecho, muchas veces durante la última semana Katie había descubierto una profunda tensión en su rostro y una dureza implacable en sus ojos. En el mismo momento en que se daba cuenta de que ella lo estaba observando, la expresión severa se suavizaba. Entonces le sonreía... con una de sus cálidas e íntimas sonrisas.

¿Qué Ie cstaba ocultando? ¿Alguna melancolía profunda? ¿O algo mucho peor? ¿Una vena de depravación como David o...?

Katie sacudió la cabeza rechazando la idea. Ramón no tenía nada en común con David. Nada. Se detuvo un instante junto a un arbusto florido, cortó una rama cargada de flores

amarillas y se la llevó a la nariz, tratando de espantar con su aroma las dudas torturantes que la perseguían por todas partes.

Cuando llegó a la cima de la colina, oyó el ruido de los martillos y las sierras que le llegaba desde la cabaña. Cuatro pintores daban una capa de pintura blanca a los ladrillos y a los marcos de madera; un quinto pintaba de negro las persianas.

Se sintió reanimada al ver el aspecto actual de la cabaña, especialmente si la comparaba con la choza ruinosa que había visto el domingo pasado. En sólo cinco días y con la ayuda de un ejército de carpinteros, Ramón la estaba transformando en la casita pintoresca que él recordaba haber visitado cuando su abuelo vivía aquí.

-Macetas con flores -dijo Katie en voz alta. Se dio un golpecito en la frente, tratando de visualizar: macetas llenas de flores debajo de las ventanas a cada lado de la puerta de entrada. Eso era lo que necesitaba la cabaña, pensó. Flores que la convertirían en una cabaña de un libro de cuentos, emplazada en un paisaje idílico de una isla idílica. ¿Pero sería idílica su vida en ese lugar?

Encontró a Ramón en el otro extremo de la casa, donde él mismo estaba pintando. En ese momento bajaba de la escalera y se dio vuelta sorprendido al escuchar la voz dulce de Katie que lo saludaba. Una sonrisa suave, devastadora, se dibujó en el rostro bronceado. El placer que sentía al verla era tan obvio, que Katie también se sintió repentina y profundamente feliz.

-Te traje un regalo -bromeó.

Le mostró la rama llena de flores que escondía detrás de la espalda y se la ofreció como si fuera un ramo.

-¿Flores? -Ramón aceptó la rama con solemne formalidad-. ¿Para mí?

Aunque el tono era frívolo, Katie captó el fulgor ardiente de su mirada. Asintió y le dedicó una sonrisa provocativa.

-Mañana te traeré dulces. -¿Y pasado mañana?

-Joyas, es lo acostumbrado. Algo de buen gusto, caro, pero pequeño... nada ostentoso que pueda alertarte sobre mis verdaderas intenciones.

Ramón sonrió maliciosamente.

-¿Y al otro día? -preguntó.

-Cierra bien las puertas y protege tu castidad, porque es el día de cobro-contestó ella, soltando una carcajada.

Con su poderoso pecho desnudo, brillante como bronce pulido, Ramón olía a jabón y a sudor al mismo tiempo. Una combinación que Katie encontró extrañamente estimulante cuando le rodeó el cuello con sus brazos.

-Voy a resultar una conquista muy fácil para ti... -empezó a decir él mientras le acariciaba la espalda y acercaba los labios a la boca insinuante de Katie-. No necesitarás más que las flores para terminar con mi castidad.

-¡Sinvergüenza! -bromeó Katie, ya casi sin aliento. El la miró a los ojos.

-Bésame, Katie.

CAPITULO DIECISEIS

Katie levantó la cabeza cuando el padre Gregorio, desde el altar, pronunció su nombre seguido por el de Ramón. Comprendió que estaba leyendo las amonestaciones. Como respondiendo a una señal, todas las cabezas de la gente que estaba en la iglesia se dieron vuelta para mirar hacia la última fila de bancos, donde Ramón y Katie se hallaban sentados entre Gabriela, su esposó y la familia de Rafael.

Katie pensó que seguramente todos los lugareños sabían quién era Ramón Galverra Vicente. No le sorprendía, dado que él había nacido allí. Pero lo que sí le sorprendió fue la

extraña actitud que adoptaban frente a él. Desde el mismo momento en que entró en la iglesia al lado de ella, lo habían observado con abierta curiosidad. Algunos lugareños lo habían saludado con una inclinación de cabeza o con una sonrisa, pero también había una expresión de curiosidad en sus rostros, mezclada con una cierta inhibición e incluso temor.

Claro que la actitud de Ramón antes de que comenzara la misa había desalentado a todo aquel que hubiera deseado acercarse a él en forma amigable. Con una sonrisa distante, fríamente cordial, había echado una mirada a los curiosos ocupantes de la iglesia, se había sentado junto a Katie y a partir de allí los había ignorado por completo.

Katie se movió incómoda en el duro banco de madera y escuchó con mucha atención el sermón del padre Gregorio, del que por otra parte no entendía une sótá palabra. Empezaba a preguntarse si todos los hados juntos no estaban conspirando para evitar que Ramón y ella pudieran estar a solas aunque sólo fuera por un rato. En los últimos siete días no habían tenido ninguna ocasión de "disfrutar el uno del otro", como había pronosticado Ramón.

El viernes, mientras todavía estaba envuelta en los brazos de Ramón, recibiendo sus besos de agradecimiento por el ramo de flores, un manto de nubes negras se extendió sobre el cielo y ocultó el sol. Y lo que empezó siendo una tenue llovizna, terminó en un verdadero diluvio. Pasaron una velada agradable, pero muy poco satisfactoria, jugando a las cartas con Gabriela y su esposo.

El sábado aclaró y los hombres trabajaron durante todo el día en la cabaña. Ahora que habían conectado la electricidad, Ramón los hacía trabajar adentro cuando oscurecía, lo cual eliminaba a la cabaña como posible lugar de citas nocturnas. El sábado a la noche, Eduardo le sugirió a Ramón que a Katie podría gustarle dar un paseo hasta la Bahía Fosforescente.

A Katie le sorprendió que justamente Eduardo sugiriera una salida romántica para ellos y que incluso ofreciera su auto para el paseo a la costa sudoeste de la isla. No podía imaginarse a Eduardo en el papel de Cupido, en especial sabiendo que él la desaprobaba con toda su alma. El misterio quedó resuelto en el momento en que Ramón la consultó y ella aceptó con entusiasmo.

-Entonces está arreglado -dijo Eduardo-. A Gabriela y a mí nos encantará que nos acompañen. Esa era una manera efectiva de evitar que Ramón y Katie se quedaran a solas en la casa, mientras Eduardo llevaba a Gabriela a la bahía. Katie podía asegurar que, bajo la expresión de ligera sorpresa, Ramón estaba muy enojado con su amigo.

A pesar de ello, la noche fue un acierto inesperado.

Al comienzo de los ochenta kilómetros de trayecto por caminos en muy buen estado, Ramón, sentado en el asiento trasero junto a Katie, se mantuvo silencioso y pensativo. Katie comprendió que Eduardo era la causa de esa actitud y entonces se puso su mejor sonrisa

y muy pronto consiguió que Ramón le correspondiera, mientras trataba de contestar las innumerables preguntas que ella le hacía sobre el paisaje.

La Bahía Fosforescente fue una experiencia mágica para Katie. Las mismas nubes pesadas que habían traído la lluvia y alejado de la bahía a casi todos los turistas, también habían tapado a la luna. Gabriela y Eduardo iban sentados en la proa de la lancha a motor que habían alquilado; Ramón y Katie, en la popa. Katie giraba alternativamente hacia Ramón para robarle, un beso furtivo y hacia la borda para mirar las titilantes luces verdes que subían y bajaban sobre la estela que la lancha formaba en el agua. Ramón le sugirió que se inclinara sobre la borda y sumergiera un brazo en el agua. Cuando lo sacó, un velo de esas mismas luces verdes titilantes se había adherido a su brazo. Hasta los peces que saltaban del agua dejaban una cascada de luz detrás de ellos.

Ramón, displicentemente relajado en su rincón, parecía un nativo complaciente que entretenía a tres turistas. Si había algo que le satisficiera más que ver cómo Katie gozaba del paseo, eso era el haber frustrado el deseo de Eduardo de disfrutar de unos momentos de romántica intimidad con su esposa en la popa de la lancha. Cada vez que Eduardo les sugería que se pasaran al asiento de proa, Ramón le contestaba con su mejor sonrisa y mucha afabilidad.

-Gracias, Eduardo, estamos muy cómodos aquí atrás.

Al final de la noche, le tocó a Eduardo mirar enojado a Ramón, que sonreía satisfecho.

Un trueno resonó en la penumbra de la iglesia, al mismo tiempo que un triple relampagueo iluminó los magníficos vitrales de colores de las ventanas. Katie esbozó una sonrisa irónica, aceptando que éste iba a ser otro día que los obligaría a quedarse adentro, otro día y otra noche en que Ramón y ella no tendrían oportunidad de hablar a solas.

A las ocho y media de la mañana siguiente, Gabriela entró en el dormitorio de Katie con una taza de café en sus manos.

-Es un día perfecto para salir de compras. Salió el sol -dijo alegremente y se sentó en el borde de la cama.

Bebió su café, mientras miraba a Katie que se estaba vistiendo para acudir a la cita con el padre Gregorio.

Katie se ajustó la cadena dorada del cinturón de su vestido blanco de cuello cerrado.

-¿Crees que luzco aceptablemente decorosa? - preguntó.

-Estás perfecta -sonrió Gabriela-. Como siempre... ¡hermosa!

Aceptó el cumplido con una sonrisa y le prometió a Gabriela que volvería a buscarla en cuanto terminara la entrevista con el padre Gregorio.

Quince minutos después, Katie ya no sonreía. Estaba como clavada a la silla, roja de furor ante la mirada escrutadora del padre Gregorio.

-Le pregunté -repitió él en tono amenazadorsi Ramón sabe que está usando su propio dinero, sus tarjetas de crédito, para pagar los muebles para esa casa.

-No -contestó atemorizada-. ¿Y usted cómo lo supo?

-Ya hablaremos de ello -dijo en tono bajo irritado-. Primero quiero saber si es consciente de que Ramón vuelve a este pueblo después de muchos años. Si sabe que se fue de aquí hace mucho, en busca de algo mejor.

-Sí... para trabajar en un negocio que fracasó... Esa aceptación hizo que el Padre Gregorio se mostrara aún más enojado.

¿Entonces sabía que Ramón volvió aquí para empezar de nuevo, con nada?

Katie asintió con la incómoda sensación de que estaba a punto de caer una guillotina, aunque no sabía en qué dirección.

-¿Tiene usted una idea, señorita, de cuánta fuerza de voluntad y cuánto coraje necesita un hombre para volver a su lugar natal, no como un triunfador sino como un fracasado? ¿Se da cuenta de lo que sufre su orgullo cuando debe mirar a la cara a todas esas personas que creyeron que las había dejado para alcanzar el éxito... y que ahora lo ven volver derrotado?

-No creo que Ramón se sienta ni derrotado ni deshonrado -protestó Katie.

El Padre Gregorio dio un puñetazo sobre el escritorio.

-¡No, él no está deshonrado... pero lo estará, gracias a usted! ¡Gracias a usted, todos en este pueblo van a decir que la novia rica de los Estados Unidos tuvo que pagar las toallas para que él pueda secarse las manos!

-¡Nadie sabe que he estado pagando la mitad de todo lo que compré! -explotó Katie-. Excepto usted y... nadie más -se corrigió rápidamente para proteger a Gabriela.

-Nadie más... excepto usted y yo -se mofó cáustico-. Y Gabriela Alvarez, por supuesto. ¡Y la mitad del pueblo, que en este mismo momento se lo está contando a la otra mitad! ¿Me he explicado bien? Katie asintió angustiada.

-Es obvio que Gabriela se lo ha ocultado a Eduardo, porque de lo contrario él se lo habría contado a Ramón. ¡Usted la obligó a engañar á su esposo por usted¡

Con bastante aprensión, vio que el hombre se esforzaba por controlarse.

-Señorita Connelly, ¿existe la más remota, la más mínima posibilidad de que usted haya pensado que Ramón no se opondría a lo que está haciendo?

Más que a ninguna otra cosa, Katie deseaba vehementemente aferrarse a esa posible excusa, pero su orgullo le impidió acobardarse.

-No, le mencioné a Ramón que quería participar en el costo de las cosas y él... bueno, a él no le gustó la idea... -Sintió la mirada fría e inquisitiva del cura y admitió: -Está bien, él se opuso terminantemente a ello.

-¡Aja! -dijo con una voz terrible-. Ramón le dijo que no lo hiciera, pero de todas maneras lo hizo, sólo que a hurtadillas. ¿No es así? ¡Usted le desobedeció!

El temperamento de Katie explotó.

-No use conmigo la palabra desobedecer, Padre. Primero, porque yo no soy un perro amaestrado. Y en segundo lugar, quiero recordarle que he estado gastando, a hurtadillas, mucho dinero mío para Ramón, lo que creo que podría calificarse como un acto de caridad, ¡pero nunca de un delito!

-¡Caridad! -explotó furibundo-. ¿Eso es lo que Ramón significa para usted? ¿Un acto de caridad, un objeto de compasión?

-¡No! ¡Por supuesto que no!

Los ojos de Katie lo miraban horrorizados.

-Si está pagando la mitad de todo lo que compra, quiere decir que está gastando el doble de lo que él puede gastar. ¿Es tan caprichosa, tan malcriada, que debe conseguir inmediatamente todo lo que quiere, a cualquier precio y en este mismo minuto?

Katie pensó que, comparado con eso, la Inquisición, española debía de haber sido una brisa acariciante. No podía dejar sin respuesta esa pregunta, pero tampoco podía decirle que había pagado la mitad de todo para no sentirse obligada a casarse con Ramón.

-Estoy esperando una respuesta.

-Y me gustaría poder contestarle. Sólo que no puedo. No lo hice por ninguna de las razones que usted piensa. Me es muy difícil explicarlo.

-Será difícil de explicar, pero es mucho más difícil de entender. De hecho, señorita, yo no la entiendo a usted. Gabriela es su amiga y sin embargo no vaciló en involucrarla en su perfidia. Usted está viviendo bajo el techo de Eduardo, y sin embargo no muestra el menor remordimiento al pagar su hospitalidad obligando a su esposa a engañarlo. Usted quiere casarse con Ramón, pero le desobedece, lo engaña y lo deshonra. ¿Cómo puede hacerle eso a alguien a quien dice amar?

Todo rastro de color desapareció del rostro de Katie. El padre Gregorio, al notar su expresión afligida, agitó la cabeza, contrariado. Cuando volvió a hablar, el tono de su voz seguía siendo severo pero algo más amable.

-Señorita, a pesar de todo, no puedo creer que sea ni egoísta ni cruel. Debe de haber tenido una buena razón para hacer lo que ha hecho. Por favor dígamela para que pueda entenderla.

Muda de angustia, Katie no podía hacer otra cosa que mirarlo.

-¡Dígamelo! -ordenó otra vez el cura enojado y desconcertado-. Dígame que quiere a Ramón y que no se imaginó que iba a dar lugar a los chismes del pueblo. Estoy dispuesto a creerle e incluso la ayudaría a explicárselo a Ramón. Dígame simplemente eso y yo mismo nos dedicamos a ultimar los detalles para su casamiento.

Katie sentía que el estómago se le retorcía de dolor, pero su semblante había recobrado la compostura. -Yo no le debo ninguna explicación, padre. Y tampoco discutiré con usted mis sentimientos hacia Ramón.

Las tupidas cejas blancas se juntaron en el centro en un gesto amenazante. Se echó atrás en su silla y sometió a Katie a una mirada larga y penetrante.

-Usted no quiere hablar de sus sentimientos hacia Ramón... porque no siente nada por él... ¿Es eso, verdad?

-¡Yo no dije eso! -negó Katie, enfadada.

Quiso mostrarse segura, pero la forma en que se apretaba las manos sobre el regazo delataba su convulsión interior.

-¿Puede decir que lo ama?

Katie se sintió despedazada por emociones violentas que no podía ni comprender ni controlar. Trató de pronunciar las palabras que él esperaba escuchar, trató de infundirle confianza, pero no pudo. No pudo hacer otra cosa más que mirarlo en silencio.

El padre Gregorio dejó caer los hombros. Cuando volvió a hablar, la terrible desazón en el tono de su voz hizo que Katie estuviera a punto de largarse a llorar.

-Entiendo -dijo con voz pausada-. Con esos sentimientos... ¿qué clase de esposa espera ser para Ramón?

-¡Muy buena! -contestó con vehemencia. Pareció sorprendido ante esa reacción emocional tan intensa. Una vez más la miró con detenimiento, como haciendo un esfuerzo supremo por comprenderla. Katie estaba mortalmente pálida y del fondo de sus ojos azules emanaban una angustia y un tormento tan profundos, que el sacerdote le habló de pronto con una amabilidad inesperada.

-Muy bien -dijo con suavidad-, lo acepto. Esa sorpresiva manifestación causó en Katie un efecto igualmente sorprendente. Aliviada y sobresaltada al mismo tiempo, de pronto empezó a temblar de la cabeza a los pies.

-Estoy dispuesto a creerle si me dice que está preparada para cumplir sus deberes como esposa de Ramón. ¿Está dispuesta a anteponer los deseos de Ramón a los suyos, a honrarlo, a respetar su...?

Katie lo interrumpió.

-¿Autoridad? Y no olvide "obedecer" -agregó con rebeldía y se puso de pie-. ¿Es eso lo que iba a pedirme?

El padre Gregorio también se puso de pie. -Supongamos que lo hubiera hecho -dijo en un tono frío-. ¿Qué habría respondido? -¡Exactamente lo que cualquier otra mujer con un cerebro pensante, una boca y una personalidad . definida respondería a una exigencia tan ultrajante y ofensiva! ¡No prometeré obediencia a ningún hombre! ¡No lo haré! ¡Los animales y los niños obedecen, no las mujeres!

-¿Ya terminó, señorita?

Katie tragó saliva y asintió, inflexible. -Entonces permítame decirle que yo no iba a pronunciar la palabra "obedecer". Iba a preguntarle si estaba dispuesta a respetar los deseos de Ramón, no su autoridad. Y para su información, también a Ramón le pediría que me haga exactamente las mismas promesas que le estoy pidiendo a usted.

Katie bajó lo ojos para que el anciano no viera que se sentía avergonzada.

-Lo siento... -dijo en voz baja-. Yo pensé... -No es necesario que se disculpe -dijo, con evidente cansancio.

Se dio vuelta y fue hasta la ventana que daba a la plaza y a la iglesia.

-Y ya no es necesario que venga aquí otra vez - agregó sin mirarla-. Le haré saber mi decisión a Ramón.

-¿Que es...?

El anciano sacudió la cabeza con las mandíbulas apretadas.

-Antes de tomar una decisión quiero reflexionar con tranquilidad sobre todo esto.

Katie se pasó una mano nerviosa por el pelo. -Padre Gregorio, usted no puede impedir que nos casemos. Si usted no nos casa, lo hará algún otro sacerdote.

Con los hombros erguidos, se dio vuelta lentamente y la miró con una mezcla de enfado e ironía. -Gracias por recordarme mis limitaciones, senorita. La verdad es que usted me habría decepcionado mucho si antes de irse no hubiera buscado una nueva forma de hostilizarme, para que yo me formara la peor opinión posible sobre usted.

Katie lo miró con furia.

-¡Usted es el más altanero, el más engreído...! - Tomó aliento con el propósito de tranquilizarse. - ¡La verdad es que su opinión no me importa!

El padre Gregorio inclinó la cabeza con una reverencia exagerada.

-Una vez más, gracias.

Katie arrancó un puñado de pasto y lo arrojó lejos. Estaba sentada sobre una gran roca plana, con la espalda apoyada en un árbol y miraba las suaves

colinas y los valles a lo lejos. El sol se estaba ocultando en medio de franjas rojas y doradas. Pero nada servía para calmar la ira incontenible que le había provocado la entrevista de la mañana con el padre Gregorio. Tampoco lo habían logrado las seis horas que había pasado haciendo compras con Gabriela. A unos noventa metros a su derecha, los hombres que trabajaban en la cabaña dejaban sus herramientas y se iban a cenar a sus casas, para volver después a terminar las demás tareas en el interior.

Se preguntó dónde habría estado Ramón durante todo el^día, pero se sentía tan frustrada y enojada consigo misma y con ese cura entremetido, que no se preocupó demasiado por averiguarlo. ¡Cómo se atrevía ese hombre a cuestionar sus intenciones y sus sentimientos!, pensó, mirando furibunda el maravilloso paisaje.

-Espero -dijo una voz profunda y amable a sus espaldas- que no estés pensando en mí con esa terrible expresión en tu cara.

Sobresaltada, volvió la cabeza y los brillantes cabellos rojizos le cayeron sobre el hombro derecho. Ramón estaba parado a menos de un metro de ella, tapando con la altura .y la amplitud de su cuerpo el crepúsculo dorado. Se lo veía como si hubiera pasado todo el día en la oficina de la fábrica de conservas y que sólo se había quitado el saco, desabotonado el cuello de la camisa blanca y arremangado los puños hasta el codo. Tenía las cejas levemente arqueadas, como interrogantes, y la mirada fija en el rostro de Katie. Katie le dedicó una sonrisa de compromiso.

-En realidad estaba...

-¿Tramando un asesinato? -insinuó Ramón, seco.

-Algo así -balbuceó Katie.

-¿La supuesta víctima es alguien que conozco? -El padre Gregorio -confesó, mientras se ponía de pie.

Ramón la miró desde su altura imponente y metió las manos en los bolsillos. El gesto hizo que la camisa se le ajustara sobre los hombros y el pecho musculoso y Katie sintió que se le aceleraba el pulso en respuesta a la irresistible y potente masculinidad que emanaba de él. Pero las siguientes palabras de Ramón la arrancaron de sus pensamientos y la volvieron a la realidad. -Hace algunos minutos lo vi en el pueblo, Katie. El no quiere celebrar nuestro matrimonio.

Katie se sintió despedazada al comprender que el desprecio del padre Gregorio hacia ella era tan profundo. Su hermoso rostro estaba inflamado de indignación.

-¿Te dijo por qué?

Inesperadamente, Ramón esbozó una sonrisa. Una de esas repentinas, devastadoras sonrisas que la dejaban sin aliento.

-El padre Gregorio piensa que careces de alguno de esos atributos que él cree necesarios para hacer de ti una buena esposa.

-¿Por ejemplo? -preguntó airada. -Humildad, docilidad y respeto por la autoridad. Kane se sintió atenazada por un sentimiento de hostilidad y de culpa.

-¿Y tú qué dijiste?

-Le dije que quiero una esposa, no un cocker spaniel.

-¿Y?

Los ojos negros de Ramón se iluminaron con una sonrisa juguetona.

-El padre Gregorio cree que me iría mejor con un cocker spaniel.

-¡Correcto! --replicó Katie, fogosa-. ¡Bueno! ¡Si me preguntas a mí, te diré que ese tirano entremetido muestra una preocupación antinatural por tu bienestar!

-En realidad, él está preocupado por tu bienestar -dijo Ramón, irónico-. Tiene mucho miedo de que al poco tiempo de casados me sienta tentado de matarte.

Katie le dio la espalda para ocultar su confusión y su pena.

-¿Es muy importante para ti lo que él piensa?

Ramón le puso las manos sobre los hombros y, suave pero firmemente, la atrajo contra su pecho. -Tú sabes que no. Pero sí es importante para mí que nuestro casamiento no sufra ninguna demora. Si el padre Gregorio no cambia de idea, tendré que encontrar un sacerdote en San Juan para que nos case y probablemente deban ser leídas otra vez las amonestaciones. Quiero casarme contigo el domingo, Katie, y el padre Gregorio es el único que puede hacerlo posible.

Los trabajos en la cabaña estarán terminados esta noche, tus padres tienen reservas para volar el sábado y yo ya les reservé una suite en el Caribe Hilton. Katie vibraba internamente ante la cercanía del aliento cálido en sus cabellos y la presión del cuerpo fuerte y musculoso contra su espalda.

-El padre Gregorio acaba de salir para las islas Vieques. Cuando regrese, el jueves, quiero que vayas a hablar con él y le des todas las seguridades que necesita.

La resistencia de Katie empezó a derrumbarse cuando él la tomó en sus brazos y le cubrió la boca con sus besos.

-¿Harás eso por mí? -murmuró con voz ronca.

Katie miró la boca fuerte y sensual. Alzó los ojos y miró en lo profundo de esos ojos negros y anhelantes. Él la deseaba con ardor y se apretaba contra ella. Y ella también lo deseaba, con igual o quizá mayor pasión que él.

-Sí -susurró entonces.

Los brazos de Ramón la estrecharon con fuerza, mientras los labios le buscaban la boca con avidez.

Cuando ella separó los labios para dar entrada a su lengua, él gimió de placer y despertó en ella un instinto primitivo. Ya sin la menor reserva, respondió a su pasión con la misma intensidad que él le brindaba. Lo besó con la misma sensualidad con que él la besaba y le acarició los hombros y la espalda y arqueó el cuerpo tembloroso para amoldarlo al suyo.

Suspiró decepcionada cuando él dejó de besarla y levantó la cabeza. Todavía temblando de deseo, Katie abrió los ojos nublados por la emoción. Él le sostuvo la mirada en medio de la oscuridad del crepúsculo. -Te amo, Katie.

Katie abrió la boca, pero no pudo decir nada. Sintió que el estómago se le retorcía en un nudo doloroso. Trató de decir "te amo", pero las palabras se le ahogaron en la boca. Con un gemido suave y angustioso, le envolvió el cuello con los brazos y empezó a besarlo con frenética desesperación, mientras sentía que los músculos tensos del cuerpo de él la rechazaban.

Ramón sintió que un dolor agudo lo atravesaba como un cuchillo filoso. Ella no lo amaba. ¡Maldita sea! Ella no lo amaba.

-No puedo... no puedo decirlo -gimió Katie, rompiendo en sollozos y apretando su cuerpo contra el de él-. ¡No puedo decir las palabras que quieres escuchar! ¡Simplemente no puedo!

Ramón la miró, odiándose y odiándola por no quererlo. Se enderezó y trató de apartar los brazos de alrededor de su cuello, pero Katie agitó la cabeza y se apretó con más fuerza contra él. Las lágrimas le fluían de los hermosos ojos azules, temblaban sobre las largas pestañas y rodaban por las mejillas suaves.

-No dejes de amarme -suplicó-, sólo porque yo no pueda pronunciar esas palabras. Todavía no. ¡Por favor, no dejes de amarme!

-¡Katie! -le susurró al oído con voz ronca. Sintió que los labios de Katie temblaban ante el frío rechazo de su voz y la tomó de los hombros. Quería liberarse de ella, apartarla de su lado.

Katie lo intuyó.

-Por favor, no lo hagas -susurró y su voz se quebró.

También se quebró la resistencia de Ramón. Con un gemido, la estrechó en su abrazo apasionado y la besó. El cuerpo de ella parecía fundido con el suyo y el fuego de su respuesta

avivaba las llamas en su interior. Ella lo besaba con un ardor que nunca le había mostrado hasta entonces.

-Katie... Katie... -murmuró, casi sollozando.

¡Ella lo amaba! ¡Lo sabía, lo sentía! Podía no ser capaz de pronunciar las palabras, pero su cuerpo le estaba diciendo a gritos que lo amaba. Ninguna mujer podía entregar su cuerpo de la manera en que ella lo hacía, a menos que ya hubiera entregado su corazón.

Sin soltarla, la hizo acostar sobre el césped, mientras Katie seguía besándolo y acariciándolo con sus manos febriles. Se desabrochó y quitó la camisa, la arrojó al suelo. Ella lo enloquecía y él estaba dispuesto a dejarse enloquecer, en tanto ella enloqueciera con él.

Con manos nerviosas le quitó la blusa y el corpiño y llenó lujuriosamente sus manos con los pechos henchidos y palpitantes. Echado sobre ella, se apoderó de su boca, diciéndole con el movimiento rítmico de la lengua qué deseaba de ella. Katie respondió frenética a la posesiva invasión.

Sintió que el cuerpo se le transformaba en una caldera cuando ella giró y se tendió sobre él. Devoró con los ojos esos pechos blancos que chocaban contra el vello oscuro de su cuerpo.

-Me muero por ti, Katie -murmuró casi sin aliento-. Mi deseo de ti es tan grande que me produce dolor.

La aferró besarla.

-Prodúceme más dolor, Katie -suplicó.

Ella obedeció. Lo besó con toda su alma y también con todo su cuerpo, arrancándole un sordo y salvaje, gemido de placer con los movimientos voluptuosos de su cuerpo. Ramón la apretó con fuerza contra él; de la nuca y le bajó la cabeza para quería que los cuerpos se fundieran en uno y dejó que lo condujera a un estado agónico de deseo. Entonces de repente, giró sobre sí mismo y la retuvo entre sus brazos.

Katie abrió los ojos. Ramón respiraba agitado y tenía la cara encendida y desencajada de pasión. Ella se le acercó para besarlo, pero entonces él se controló.

-Me vas a hacer perder completamente la razón antes de que esto termine -suspiró con voz ronca. Katie esperaba que él terminara lo que había empezado. Pero Ramón se tendió de espaldas al lado de ella, apoyó la cabeza en la curva de los brazos que seguían abrazándola y se quedó mirando el cielo nocturno. Katie se sintió aturdida, confundida. No podía entender por qué, de pronto, Rainón se refrenaba. A menos que él pensara que eso era lo que ella quería. ¡Pero eso no era lo que ella quería! ¿Cómo podía pensar semejante cosa, si todo su cuerpo clamaba por cl suyo, si no había nada que ella deseara más que causarle placer? Giró sobre un costado, decidida a tomar el asunto en sus manos.

-Si te hago perder la razón será por tu propia culpa -dijo.

Y sin darle tregua ni tiempo para contestar, empezó, lujuriosa y seductora, a seguirle el contorno de la oreja con la lengua.

Él la tomó de la cintura con su mano libre y la acarició. La apretó con más fuerza y se estremeció de placer cuando la lengua exploró sensualmente la cavidad de la oreja.

-Katie, no sigas... -le advirtió con un ronquido- o yo te haré lo mismo.

Impávida, continuó con la exploración.

-Ya lo hiciste -le susurró al oído- y me gustó y me gusta.

-A mí también me gusta. Por eso te pido que no sigas.

Katie se armó de todo el coraje que pudo y se apoyó en un codo. Por un instante se quedó mirando, pensativa, la cadena de plata y la medalla que reposaban sobre la mata oscura del vello del pecho y después lo miró a los ojos, intrigada, mientras rozaba la cadena con los dedos, sin reparar en el efecto que eso causaba en Ramón.

-Ramón -dijo-, ¿se te ha ocurrido pensar que no tenemos por qué detenernos?

Él le aferró la mano y la retuvo con fuerza, para evitar que siguiera atormentándolo con sus caricias. -Se me ha ocurrido... unas trescientas veces en los últimos diez minutos -dijo tajante.

-¿Entonces por qué...? Digo, ¿por qué detenernos?

Ramón giró la cabeza y miró las estrellas lejanas que titilaban en el cielo azul profundo.

-Porque los hombres regresarán pronto de su cena.

Era la verdad, por supuesto. Pero no era ésa la razón de su retraimiento. Si pudiera estar completamente seguro de que Katie lo amaba, la llevaría en ese mismo instante a cualquier otro lugar donde pudieran estar a solas. Si hubiera tenido la seguridad de que ella lo amaba, le habría hecho el amor cada uno de los días desde que llegaron a Puerto Rico. Si Katie lo amaba, la unión de sus cuerpos fortalecería y profundizaría aún más ese amor.

Pero si lo único que ella sentía por él era un intenso deseo físico, si ésa era la única razón por la que quería casarse con él, el satisfacer ese deseo antes de que estuvieran casados, aflojaría la presión que la guiaba al altar. Y él no estaba dispuesto a correr ese riesgo. Sobre todo -se reprochó con amargura- cuando durante nueve días la había excitado adrede hasta límites insoportables y la había dejado en ese estado, sin la menor intención de satisfacer su deseo. Había estimulado su apetito sexual sin pensar en mitigar el hambre. Para eso, primero tendría que casarse con él. Desde el mismo momento en que la había tomado en sus brazos en St. Louis, se había establecido una tremenda química entre ellos. Lo había reconocido entonces y desde entonces lo había explotado. Se sentía avergonzado por lo que le estaba haciendo. Katie confiaba en él y él estaba usando su deseo como un arma para obligarla a casarse con él. Pero era un arma de doble filo, porque él tampoco podía escapar a la tortura física que le producía apartarse de ella después de besarla y acariciarla hasta que los dos enloquecían. Era un insoportable tormento tenerla en sus brazos y sentir su dulzura, su calidez, su deseo ardiente de ser poseída... y no poseerla.

¿Qué clase de hombre era que se rebajaba a ejercer ese chantaje tan vil?, se preguntó con profundo desprecio. La respuesta fue tan humillante como la pregunta: era la clase de hombre que amaba con locura a una mujer que evidentemente no lo amaba. Su mente rechazó con indignación ese pensamiento. ¡Katie lo amaba! Podía sentirlo en sus labios. "¡Juro que lo admitirá antes de que nos casemos!", se prometió. El haría que le dijera que lo amaba.

¿Y si no?

Ramón cerró los ojos y respiró hondo y largo. Y si no, tendría que dejarla ir. Su orgullo y su dignidad jamás le permitirían vivir con ella, amarla de esa manera, si sabía que no lo amaba. El no podría soportar ni la vergüenza ni el dolor de un amor no correspondido.

A su lado, Katie se le acercó más, arrancándolo de sus pensamientos.

-Es hora de irnos -dijo Ramón y se incorporó de mala gana-. Gabriela y Eduardo nos esperan a cenar. Deben de estar preguntándose dónde nos hallamos. Katie esbozó una sonrisa maliciosa mientras se ponía la blusa y ordenaba con los dedos sus cabellos alborotados.

-Gabriela sabe dónde estamos -dijo-. Y Eduardo pensará automáticamente que te arrastré a algún lugar para seducirte. En todo lo relacionado conmigo, Eduardo siempre sospecha lo peor.

Los ojos de Ramón la miraron con picardía.

-A Eduardo no le preocupa que tú puedas hacerme perder la virginidad, Katie. La perdí hace mucho tiempo... Si recuerdo bien, la misma noche que él.

Katie alzó la graciosa barbilla con una actitud de genuina indiferencia, pero su voz estaba cargada de celos, lo que regocijó a Ramón porque era justamente la reacción que había esperado.

-¿Qué edad tenías entonces?

-No es asunto tuyo -contestó riendo.

CAPITULO DIECISIETE

-¡Gracias otra vez!

Dos días después, Katie despidió alegremente a Rafael, a su esposa y a sus hijos, que la habían ayudado a limpiar la cabaña, a acomodar los muebles y a colgar las cortinas, durante todos los últimos dos días. Se quitó un tizne de la mejilla y se quedó mirando cómo brincaba el viejo camión de Rafael al bajar por el camino de tierra. Después se volvió a mirar a Gabriela, que, extenuada, se levantaba de una silla.

Habían trabajado desde el alba y ya la tarde llegaba a su fin.

-¿Crees que Ramón se sorprenderá? -preguntó Katie.

Tenía la misma expresión de feliz cansancio que vio en el semblante de Gabriela.

-¿Si se sorprenderá? -repitió Gabriela, con los ojos oscuros brillando de júbilo-. Hace dos días había hombres trabajando aquí y el lugar estaba vacío. Esta noche, cuando él lo vea, cada pieza estará en su lugar, la cama estará tendida y hasta hay velas y manteles de lino sobre la mesa de la cocina. ¡Ramón no podrá dar crédito a lo que verán sus ojos! - predijo.

-Espero que tengas razón -dijo Katie, sin poder ocultar que se sentía orgullosa-. Yo le dije que esta casa podía ser bonita, pero él no me creía.

Gabriela tomó su cartera y se dirigió hacia la puerta.

-¿Nada más que bonita? -preguntó sonriente-¡Quedó hermosa! Tienes un gran talento para la decoración, Katie.

Katie la miró y no pudo menos que recordar los muchos kilómetros que habían recorrido juntas, las alocadas excursiones de compras y las horas extenuantes que habían pasado buscando en decenas de negocios. Durante todo ese tiempo, Gabriela se había mostrado jovial y cooperativa. Katie se sintió invadida por un profundo sentimiento de afecto y gratitud hacia ella.

-Gaby -dijo en tono suave-, tú tienes un gran talento para la amistad.

En el semblante de Gabriela se dibujó una sonrisa. -Es extraño, ¿no?, que se haya creado esta especie de parentesco entre nosotras. Hace apenas once días que nos conocemos y sin embargo te siento casi como una hermana.

Las dos mujeres tenían las mejillas encendidas por la botella de vino que habían compartido mientras trabajaban, y también por la satisfacción ante la tarea cumplida. Intercambiaron una sonrisa y Gabriela se despidió y se fue.

Katie retiró la copa de Gabriela, tomó las últimas gotas que quedaban en la suya y miró su reloj pulsera. Eran exactamente las cinco de la tarde. La noche anterior le había hecho prometer a Ramón que iría a la cabaña directamente desde el trabajo, lo que significaba que llegaría en cualquier momento en los treinta minutos siguientes. Fue a la cocina, lavó las dos copas y las dejó sobre la flamante mesada de fórmica blanca, para tenerlas a la mano cuando llegara Ramón.

Abrió una alacena y sacó otra botella de vino tinto y el sacacorchos. En realidad ya había tomado suficiente. "Un poco más que suficiente", pensó con una sonrisa irónica. Se estaba sintiendo bastante acalorada y achispada. Pero se dijo con alegría que la terminación de la casa era una muy buena razón para celebrar.

Echó una mirada a la cocina. Pensó con orgullo que era tan alegre y acogedora como le había prometido a Ramón. Por encima del revestimiento de madera, había hecho empapelar las paredes en verde brillante y blanco. Contra una pared había desplegado toda una colección de cestas y canastas de mimbre de toda forma y tamaño, producto de la artesanía local, que había comprado por una pequeña fracción del precio que hubiera tenido que pagar en los Estados Unidos. Todas las alacenas habían sido lijadas a nuevo y pintadas de blanco, con franjas intercaladas de papel para hacer juego con el verde y el blanco de las paredes.

Salió de la cocina y recorrió todas las habitaciones. Hizo una pausa en el dormitorio para alisar la superficie de la colcha hecha a mano. Estaba formada por cuadros grandes, cada uno de ellos con un dibujo diferente pero todos combinando los colores básicos: dorado, blanco y marrón. De los ventanales colgaban cortinas amarillo oro,que armonizaban con el color oscuro del roble de la cómoda y la cabecera de la cama. Una gruesa alfombra amarilla cubría parcialmente el brillante piso de roble. Estiró los pliegues de las cortinas para que

cayeran con elegancia a cada lado de las ventanas. El cuarto era perfecto, pensó con satisfacción.

Y varonil.

Desechó ese pensamiento indeseable y se dirigió al living. Había gastado unos tres mil dólares de su bolsillo, pero se dijo con orgullo que había valido la pena. El sofá color ocre con los apoyabrazos cilíndricos y el respaldo alto estaba ubicado frente a dos sillas con tapizado color crema y ribetes ocre. Entre ellos, y cubriendo el piso encerado, se extendía una gran alfombra color crema. La gran mesita baja con sus incrustaciones de madera tallada y bordes angostos de bronce había sido su mayor extravagancia, pero cuando la vio no pudo resistir la tentación de comprarla junto con una mesa haciendo juego, que ahora estaba en medio de las dos sillas, con una lámpara encima. ¿O su mayor extravagancia había sido la lámpara antigua de bronce repujada a martillo? Ya no lo sabía a ciencia cierta, pero de todos modos no le importaba. La habitación, con sus cortinas de tela rústica color crema y sus grandes ventanas, era suntuosa y acogedora.

Y varonil, se dijo en voz baja.

Una vez más dejó de lado ese pensamiento y entró en el baño para lavarse la cara y peinarse. Cuando se miró en el espejo que había colocado arriba del vanitory nuevo, vio que sus ojos brillaban expectantes. ¿O estaban vidriosos por el vino? Se encogió de hombros y miró en derredor. Se preguntó con aprensión si no era demasiado ultramoderno. Como las instalaciones del baño eran blancas, ella había trasladado el color al empapelado, blanco brillante con audaces réimpresiones de periódicos pintadas sobre él. Si Ramón se cansaba de las toallas negras y rojas, podría reemplazar el rojo por otro color y el baño parecería entonces otro completamente nuevo. Se secó las manos en una toalla roja, la dobló y la dejó encima de una negra. Ya debían de haber llegado las demás toallas que había encargado en el pueblo.

Mañana pasaría a buscarlas después de ver al padre Gregorio.

Echó una última mirada al conjunto y pensó que tal vez era demasiado modernista en comparación con el resto de la casa. Pero era vivaz, no tenía dudas. Y varonil.

Por fin lo admitió, pero si eso era cierto, estaba convencida de que a Ramón le gustaría. Después de todo, él era muy varonil. Volvió al living y se puso a arreglar las flores amarillas, y anaranjadas que había puesto sobre la mesita baja.

El Rolls-Royce marrón se detuvo con un ronroneo sobre una tomada del camino, apenas unos metros más abajo del sendero de tierra que conducía a la cabaña. Ramón miró impaciente las copas rojas de los árboles florecidos, preguntándose si debía dejar que García lo llevara hasta la puerta de la cabaña. Estaba ansioso por ver a Katie y no tenía ganas de subir los tres kilómetros que faltaban por el sendero de tierra. Pero, por otra parte, si Katie se daba cuenta de que el chófer lo llevaba y lo traía todos los días, iba a empezar a hacer preguntas. Preguntas que él tendría que negarse a contestar o contestarle con mentiras. Se había visto obligado a ocultarle algunas cosas, pero no estaba dispuesto a mentirle.

-Espéreme en el lugar habitual mañana por la mañana -le ordenó a García.

Abrió la puerta del coche y bajó, sin esperar la respuesta del chófer. Sabía que al día siguiente por la mañana García estacionaría el auto a un costado del camino y esperaría en una curva, a un kilómetro de la plaza del pueblo. Sin hacer preguntas ni esperar explicaciones. Aunque hacía bastante tiempo que no recibía pago alguno por sus servicios, el anciano insistía en seguir llevando a Ramón.

En el aeropuerto, el día que llegó a Puerto Rico con Katie, García lo había mirado con ojos tristes y le había dicho con una gran dignidad:

-Usted y yo hemos estado mucho tiempo juntos. Hasta que venda el auto, seguiré haciendo por usted lo que hice siempre.

Mientras ascendía por el sendero, Ramón pensó en García con afecto y pena. Si Ramón le pedía que se detuviera con el motor encendido frente a un banco, mientras él entraba para robarlo, García lo haría sin vacilar. Y la recompensa que recibiría después de, veinte años de

servicio fiel, iba a ser el desempleo... y una carta de recomendación. Ramón deseaba poder darle mucho más. García se lo merecía.

Se quedó parado un instante en la puerta de entrada de la cabaña. Afuera habían quedado todas las preocupaciones y todos los problemas del día. Olvidados. Allí estaba Katie, en su casa, esperándolo. Los rayos del sol entraban a raudales por las ventanas y bañaban con un halo dorado la cabeza de Katie, que se inclinaba sobre algo en el living, arreglando ramas de flores silvestres en un jarrón de cerámica.

Se sintió invadido por una sensación de profunda satisfacción, que propagó su calor por todas sus venas. ¡Qué extraño que él, que había sido considerado uno de los hombres más ricos del mundo, nunca antes hubiera llegado a su hogar y experimentado esa sensación! Él había llegado a la casa con amantes y sirvientes, en mansiones, pisos en penthouse y villas a la orilla del mar. Pero nunca había encontrado esa exquisita sensación de paz esperando por él... porque en realidad, él nunca había llegado al hogar. Katie era sinónimo de hogar.

Antes, la gente lo había envidiado. Ahora lo compadecerían por haber perdido su fortuna. ¡Qué estupidez increíble! Ahora tenía a Katie y ella lo hacía inmensamente rico. Esa hermosa criatura angelical de cabellos rojizos y joviales ojos azules iba a engendrar sus hijos y compartir con él los días y las noches. Ella era todo lo que siempre había echado de menos en su vida. Ella era la alegría de vivir.

-Te amo, Katie -dijo en voz muy baja.

Ella se dio vuelta y una sonrisa le iluminó el rostro. -¿Y bien? ¿Qué piensas? -le preguntó.

Dio un giro con los brazos extendidos, mirándolo expectante por sobre los hombros.

Ramón sabía que ella lo había oído y el corazón le dio un vuelco ante la falta de respuesta. Pero lo dejó pasar.

-Pienso que eres hermosa -dijo, con la mirada clavada en el top verde brillante que le dejaba el vientre al descubierto y en los shorts que revelaban las piernas largas y bien torneadas.

Katie miró al techo, sonriente.

-¡No te pregunto qué piensas sobre mí! ¿Qué piensas de la casa, de los muebles, de todo esto...? Por primera vez, Ramón miró otras cosas aparte de Katie. Lo que vio lo dejó sin habla.

-¿Cómo te las arreglaste para comprar todo esto con el dinero que te di? Nunca creí que pudieras estirarlo tanto. Pensaba darte más cuando me dijeras que estabas lista para buscar muebles...

Katie se puso pálida. -¿No te gusta?

-¿Gustarme? Ni siquiera los miré todavía. ¿Pero cómo... ?

-Ya deja de pensar en el dinero. Lo que pasa es que tengo una capacidad increíble para regatear. La reacción de Ramón la confundió. Podía asegurar que a él le gustaba lo que había comprado y que estaba contento. Se prodigó en elogios que Katie sintió sinceros, aunque no se le escapó que algo le molestaba. No tuvo que esperar mucho para descubrir de qué se trataba. La cocina fue el último punto del recorrido. Cuando Ramón terminó de inspeccionarla, se dirigió a la mesada y tomó la botella de vino que Katie había dejado sobre ella. Katie se quedó mirándolo, admirada por la habilidad con que sus dedos largos manejaron el sacacorchos.

-¿Y bien? -preguntó ella, expectante-. Ahora que viste toda la casa... ¿qué opinas?

Ramón sirvió dos copas de vino y le alcanzó una a Katie.

-Pienso que es muy agradable -dijo-. ¿Tienes pensado vivir aquí?

La sorprendente pregunta la dejó sin habla por unos segundos.

-Sí -contestó entonces.

-¿Cuánto tiempo? -preguntó él, desapasionado. Se sentía algo mareada por el vino que había tomado antes.

-¿Por qué me haces esas preguntas?

-Porque hay dos dormitorios en la casa -dijo Ramón, mirándola intencionalmente-. El segundo,

como seguramente sabes, debería ser destinado a los niños. Sin embargo,' te has tomado mucho trabajo para amueblarlo con un hermoso escritorio para mí, estantes para libros y un sillón imponente. No con dos sillas. Tú destinaste ese cuarto para mi uso exclusivo, no para nosotros dos ni tampoco para nuestros hijos.

Tu departamento estaba lleno de plantas y en esta casa no veo una sola. Tu dormitorio era muy femenino, sin embargo...

-¿Plantas? -Katie le hizo un guiño, con una mezcla de alarma y jovialidad-. ¡Ni siquiera pensé en plantas! ¡Te daré plantas como regalo de boda! --se apresuró a decir.

-¿Y me darás hijos? -preguntó impasible.

-No como regalo de boda-bromeó ella-. ¡Piensa en los chismes!

La mirada de Ramón se apartó de las mejillas encendidas de Katie para posarse en la botella vacía que estaba junto a la que él acababa de abrir.

-¿Cuánto tomaste de esa botella?

-Algo más de la mitad -confesó casi con orgullo-. Gabriela dio cuenta del resto.

Ramón tuvo ganas de sacudirla, pero en lugar de ello fue hasta la gran ventana del rincón de la cocina.

Bebió un trago grande de vino y se quedó mirando el panorama que se extendía frente a sus ojos.

-¿Por qué quieres casarte conmigo, Katie?

Katie percibió la tensión de sus hombros y la rigidez de su semblante. Trató desesperadamente de conservar el tono frívolo.

-¡Porque eres alto, moreno y apuesto! -bromeó. La rápida sonrisa de costado que le dirigió Ramón no tenía ni una pizca de humor.

-¿Y por qué más quieres casarte conmigo? -Por las razones usuales por las que la gente se casa hoy en día... nos gustan las mismas películas, nos...

-¡Deja ya de jugar conmigo! ¡Te pregunté por qué quieres casarte conmigo!

Katie se sintió invadida de pánico y el corazón empezó a palpitarle con violencia.

-Yo...

Trató de decir algo, pero no pudo. Sabía que Ramón esperaba que le dijera que lo amaba y quería escuchar de ella el compromiso final e irrevocable de que se casaría con él. Katie no podía hacer ninguna de las dos cosas. Atemorizada por no hablar, pero incapaz de decir algo que lo satisficiera, sólo pudo mirarlo paralizada por la angustia.

En medio del ominoso silencio que se tendió sobre ellos, Katie sintió que Ramón se apartaba mentalmente de ella. Cuando por fin habló, había en sus palabras una determinación tan amarga que la sobresaltó.

-No volveremos a hablar de eso -dijo Ramón. Caminaron hasta la casa de Gabriela en profundo silencio. Katie trató de refugiarse en la sensación reconfortante que le había dejado el vino, pero a cada paso que daban se sentía más y más aprensiva. Cuando llegaron a la casa de Gabriela, en lugar de entrara cenar, Ramón se detuvo frente a la puerta de entrada, le dio un beso en la frente y se despidió.

-Buenas noches -dijo secamente.

Era una ominosa llamada de atención, pensó Katie. Sonó más a "adiós" que a buenas noches.

-¿Tú... pasarás a verme antes de ir al trabajo, mañana por la mañana?

Él la miró con una expresión inescrutable. -Mañana no iré a trabajar.

-¿Entonces te veo después de mi encuentro con el padre Gregorio? Pensé en ir a su casa como primera cosa en la mañana. Después pensaba ir a la cabaña para ocuparme de algunas cosas que es necesario hacer.

-Yo te encontraré -dijo cortante.

Katie tenía miedo de dejarlo ir de esa manera.

-Ramón... no te veo muy entusiasta con respecto a... la cabaña. ¿No te gusta?

-Pido disculpas -dijo él cortésmente-. Hiciste un trabajo excelente. Es perfectamente adecuada para mí.

Aunque no puso ningún énfasis en la palabra mí, Katie notó que evitó usar el término nosotros. No supo qué contestar a ese tono distante y frío.

-Bueno, buenas noches -dijo simplemente y abrió la puerta para entrar.

Ramón se quedó mirando la puerta apenas se cerró, mientras sentía la garganta estrangulada por la amargura y el dolor. Caminó sin rumbo durante horas, pensando en los dos últimos días. Durante dos días había esperado que ella le dijera que lo amaba.

Había bromeado y reído con ella y la había hecho gemir de pasión cuando la tenía entre sus brazos, pero ni siquiera en los momentos más apasionados había respondido a su declaración de amor. Ella lo había besado o le había sonreído, lo había apaciguado como a un muchacho embobado. Pero no respondía a su reclamo de amor.

La luna estaba alta en el cielo cuando por fin volvió a su residencia provisoria en casa de Rafael. Se estiró en la cama y se quedó mirando el techo. Él le había pedido sinceridad y ella estaba siendo sincera. Se negaba a manifestar un sentimiento que no sentía. Era tan simple como eso.

¡oh, Dios! ¡Cómo era posible que no lo amara, si él la amaba con locura!

Ante sus ojos se le presentó la imagen de Katie.

Katie subiendo por la colina, yendo a su encuentro con ese andar tan gracioso y sus cabellos rojizos agitados por el viento. Katie mirándolo con sus ojos azules brillantes de alegría o enturbiados de preocupación al verlo cansado.

Ramón cerró los ojos en un intento por postergar el momento en que tuviera que tomar una decisión.

Tendría que mandarla de vuelta a su casa. Lo haría mañana... No, no mañana... pasado mañana. Necesitaba tenerla a su lado un día más... y una noche más. Sólo uno más. Un día más para mirarla, para contemplarla caminar por la cabaña, para retener en la memoria su imagen en cada habitación de la casa...

para poder recordarla cuando se hubiera ido. Una noche más, para hacerle el amor en el dormitorio que había decorado para él, para unir su cuerpo hambriento al de ella, para perderse en su interior. Despertaría cada uno de sus sentidos con todos los exquisitos placeres que un hombre podía brindar a una mujer, la haría gemir de placer y gritar de gozo y la llevaría una y otra vez a un éxtasis estremecedor.

Un día y una noche para atesorar recuerdos. Recuerdos que le ocasionarían más angustia que placer. Pero eso no importaba. Tenía que atesorar esos recuerdos.

Y después la enviaría a casa. Ahora sabía que ella se sentiría aliviada. En realidad, siempre lo había sabido. Cualquiera fuese la razón que la había impulsado a aceptar casarse con él, lo cierto es que nunca se había comprometido personalmente con la idea. De lo contrario, no habría decorado su futuro hogar comoun elegante refugio de un soltero, sin el menor rastro de su propia personalidad.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El padre Gregorio saludó a Katie con amable reserva, cuando el ama de llaves la introdujo en la oficina ala mañana siguiente. Esperó a que ella se sentara y después él mismo tomó asiento frente al escritorio.

Katie trató de adoptar la misma expresión serena del sacerdote.

- Ramón me dijo que usted opina que carezco de humildad, docilidad y respeto por la autoridad.
- Efectivamente, eso dije- se reclinó en su silla-. ¿ Está en desacuerdo?

Con una sonrisa forzada en los labios, Katie meneó la cabeza lentamente.

- No del todo. En realidad, yo lo tomé como un cumplido.

Como la expresión del cura se mantuvo inalterable, titubeó un instante antes de continuar.

- Pero es evidente que usted no lo ve de esa manera. Le dijo a Ramón que esa es la razón por la que no quiere casarnos.
- ¿ Usted hubiera preferido que le diga la verdadera razón? ¿ Que la mujer a la que él ama no lo quiere?

Katie clavo las uñas en las palmas de sus manos.

- Yo no dije...
- ¡ Señorita Connelly! – la interrumpió con una voz ronca y controlada -. No vamos a seguir perdiendo el tiempo dando vueltas en circulo. Eso no nos conduce a nada. Usted está buscando una manera de evitar este matrimonio y yo le propuse una.

Katie se sintió herida.

-¿Cómo puede decir una cosa semejante? -Porque es la verdad. Lo sentí ya en nuestro primer encuentro. Cuando le pregunté cuánto hacía que conocía a Ramón, me contestó que sólo desde hacía dos semanas. Deliberadamente me hizo creer que es esa clase de mujeres que frecuentan cantinas con la esperanza de conocer hombres, hombres a quienes permite acariciarla en un estacionamiento. Usted no es esa clase de mujeres, señorita. Los dos sabemos que no es así.

Alzó una mano dominante para silenciar la réplica de Katie.

-Ahora es tarde para eso. Hay otras razones que afirman mi decisión: yo le dije que si usted me decía que amaba a Ramón, seguiríamos con los arreglos para el matrimonio. Si realmente quisiera casarse con Ramón, usted me lo habría dicho, fuera o no verdad. Y yo habría accedido a celebrar la ceremonia. Cuando le dije que aceptaría su palabra de que pensaba ser una buena esposa para Ramón, se puso blanca como un papel y diez segundos después saltó y me acusó de obligarla a prometer respetar su autoridad y obedecerlo.

Katie bajó los ojos y se frotó las rodillas con las manos.

-No hay nada que yo pueda decir para demostrarle que está equivocado, ¿verdad?

-Usted no quiere demostrar que estoy equivocado, señorita. En el fondo de su corazón, usted quiere evitar este matrimonio.

El anciano se quitó los anteojos y se frotó el puente de la nariz.

-Tal vez tiene miedo de comprometerse, de brindar su amor. No lo sé. Pero sí sé esto: cuando Ramón se dé cuenta de que usted puede entregarle su cuerpo, pero no su corazón, no se sentirá satisfecho. Ningún hombre con un mínimo de orgullo se permitiría amar profundamente a alguien que no lo ame. El amor que Ramón siente por usted se marchitará y morirá. El mismo lo matará. Y cuando eso suceda, él debe estar libre para encontrar otra mujer y casarse con ella, si así lo desea. Sabiendo todo eso, yo no puedo ligarlo a usted por el resto de su vida con el lazo indisoluble del Sagrado Matrimonio. Y no lo haré.

A Katie le quemaban los ojos por las lágrimas que se resistía a derramar.

-Lo mejor para los dos es que usted regrese de inmediato a los Estados Unidos. Si le falta coraje y decencia para hacerlo, entonces viva con él en pecado o cásese en una ceremonia civil. Yo no puedo prohibírselo. Le estoy brindando una salida; espero que usted también le brinde una salida a él. No lo ate a usted para siempre ante la iglesia.

Katie se puso de pie, rígida. -¿Esa es su decisión final?

Pareció sacarlo completa y definitivamente de quicio.

-Si cree que debe expresarlo de esa manera... sí, es mi decisión final. Le cedo el privilegio de decírselo a Ramón -de pronto, sus ojos azules se volvieron casi compasivos. -No se sienta culpable por no poder amarlo, señorita. Ramón es de la clase de hombres que' son muy atractivos para las mujeres. Muchas lo han amado en el pasado y habrá muchas que lo amen en el futuro y que estarán ansiosas por convertirse en su esposa.

Katie irguió orgullosa la cabeza, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas.

-No me siento culpable... ¡me siento furiosa! Giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta. La voz del padre Gregorio sonó increíblemente triste.

-Señorita...

Katie no se dio vuelta para mirarlo. No quería que la viera llorar.

-¿Sí?

-Que Dios la bendiga.

Las lágrimas que le anudaban la garganta le impidieron contestar. Abrió la puerta y salió.

Manejó hasta la cabaña con la vista nublada por las lágrimas de indignación y temor. El padre Gregorio tenía razón. Ella había estado buscando una salida... no, no una salida, sino una manera de ganar tiempo.

"¡Maldito seas, David!", se dijo entre sollozos. Él era el culpable de todo ese daño terrible que ella misma le estaba haciendo a su vida. Aun muerto la perseguía, literalmente la perseguía. Era por su culpa que no podía sobreponerse al pánico que le producía pensar que pudiera cometer dos veces el mismo error.

Ya una vez antes se había casado con un hombre que su propio instinto le había advertido que no era lo que aparentaba ser. Ahora quería casarse con otro hombre y sentía de la misma manera. No podía desterrar esa sensación.

Estacionó frente a la pequeña cabaña de libro de cuentos y entró en ella. Sintió un gran alivio al comprobar que Ramón no estaba allí. No tenía ganas de explicarle el motivo de su expresión desencajada.

¿Cómo lo haría? ¿Cómo podría decirle: "Ramón, hay algo en ti que me asusta"?

Entró en la cocina y echó mecánicamente unas cucharaditas de café en la cafetera eléctrica que había comprado. Cuando estuvo listo, se sirvió un jarro y lo llevó hasta la mesa. Con las manos enlazadas en el jarro caliente, miró hacia afuera, hacia la meseta de colinas que se extendían en dos direcciones, dejando que la magnífica vista aquietara sus emociones.

Volvió a pensar en sus sentimientos hacia David antes del casamiento. Algo en su intuición, en sus instintos, le había advertido que David Caldwell no era el hombre que él quería hacerle creer. Ella debió haber escuchado su propia voz interior.

Y ahora quería casarse con Ramón... y cada uno de sus instintos le decía que tampoco él era el hombre que le quería hacer creer que era.

Se frotó las sienes con los dedos. Nunca se había sentido tan asustada y confundida. Ya no había tiempo para dudas. O ignoraba sus temores instintivos y se casaba con Ramón, o regresaba de inmediato a los Estados Unidos.

La idea de dejarlo la hizo sentir físicamente enferma. ¡Ella lo adoraba!

Amaba sus ojos oscuros y su sonrisa seductora, amaba la fuerza tranquilizadora de sus rasgos esculpidos y la autoridad serena de su mentón. Era un metro noventa de músculos tensos y poderosos y sin embargo era suave y gentil con ella. Con su escaso metro sesenta se sentía pequeña y sin embargo protegida y cuidada entre sus brazos, no atemorizada ni insignificante.

Él era por naturaleza un macho dominante, viril y seguro de sí. Y ella era obstinada e independiente. Debía sentirse ofendida porque él quisiera confinarla al papel de esposa y madre. Pero no lo estaba. La idea de ser su esposa la llenaba de júbilo y la perspectiva de tener sus hijos la excitaba. Ella se sentiría muy contenta de limpiar su casa y preparar sus comidas a cambio de poder refugiarse por las noches en sus brazos fuertes.

Él quería que ella aceptara una cierta forma de cautiverio sexual, que dejara el cuerpo y la vida bajo su custodia. En recompensa, él sería su amante, su sostén económico y el padre de sus hijos. Katie admitió avergonzada que eso era también lo que ella quería. Podía ser muy anti-norteamericano y muy contrario a un espíritu emancipado... ¡pero parecía tan justo y tan gratificante! Al menos para ella. Katie se miró las manos que descansaban sobre su regazo. Ramón era todo lo que siempre había deseado: un hombre inteligente, sensible y sensual que la amaba.

Salvo que no era real.

No era lo que él quería hacerle creer que era. Katie no sabía por qué sentía de esa manera, pero ese pensamiento no la abandonaba.

Ramón detuvo el auto de Rafael frente al almacén de ramos generales y bajó. Eduardo abrió la puerta del acompañante.

-Entraré contigo. Gabriela me pidió que compre leche.

-¿Qué? -preguntó Ramón con aire ausente. -Dije que... -Eduardo sacudió la cabeza con fastidio. -Olvídalo. Esta mañana no has escuchado una sola palabra de las que te dije. El casamiento te está afectando el oído, amigo mío.

-No voy a casarme -dijo ceñudo y entró en la tienda, dejando a Eduardo boquiabierto.

En contraste con el calor de afuera, el pequeño local estaba fresco. Ignoró la mirada atónita de Eduardo, como también a los diez clientes que lo observaban con curiosidad, se puso a elegir algunos cigarros selectos y después se dirigió al mostrador donde dos vendedores esperaban a los clientes. Eduardo puso el envase de leche junto a los cigarros de Ramón.

-¿Estás bromeando? -le preguntó entonces en voz baja.

Una bonita muchacha portorriqueña, que atendía a una mujer gordísima que quería cambiar un delantal, vio a Ramón y su rostro se iluminó. Pidió al otro empleado, un hombre maduro, que se encargara del cambio del delantal y se adelantó hacia la fila que se había formado detrás de Ramón y de Eduardo.

-Señor Galverra -dijo en español-, ¿se acuerda de mí? Soy María Ramirez. Yo usaba trenzas cuando era chica y usted solía tirar de ellas y me decía que iba a ser bonita cuando fuera grande.

-Y tenía razón -dijo Ramón, esforzándose por sonreír.

-Ahora estoy comprometida en matrimonio con Juan Vega -anunció.

Todavía sonriendo, sacó de debajo del mostrador un paquete grande envuelto en papel blanco y atado con hilo.

-Éstas son las toallas que encargó para usted la señorita Connelly. ¿Quiere llevárselas ahora? -Está bien -dijo con un leve movimiento de cabeza.

Metió la mano en el bolsillo para sacar la billetera y miró la boleta de compra.

-Aquí figuran solamente los cigarros, María. ¿Cuánto cuestan las toallas?

-La señorita Connelly ya las pagó con su tarjeta de crédito -dijo ella.

Ramón se esforzó por no delatar la inquietud que sentía.

-Debe de haber algún error -dijo.

-¿Error? -repitió María-. No lo creo, pero me fijaré.

Cortó el hilo y abrió la envoltura de papel. Sobre el mostrador se desparramó una pila de toallas gruesas y esponjosas, rojas y negras. Detrás y junto a él, Ramón sintió que dos clientes empujaban para acercarse más a él y poder tener una mejor visión. del contenido del paquete. María sacó unos papeles de entre dos toallas.

-Aquí está todo, el talón de la tarjeta de crédito y los tickets de venta. La señorita Connelly pagó estas toallas con su tarjeta de crédito, junto con todo lo que compró la semana pasada. Mire, está todo incluido en el total por quinientos dólares de los tickets de venta: un tostador, una cafetera eléctrica, platos, ollas y cacerolas, copas- en diferentes tamaños, una mezcladora, una licuadora, utensilios de cocina y todos estos otros artículos.

El anciano que estaba al lado de Ramón lc dijo con segunda intención:

-Eres un hombre de suerte, Ramón. Tu novia quiere lo mejor para ti. No sólo es hermosa... también es muy generosa, ¿eh?

-¡Envuelva las toallas! -le ordenó a María en voz baja y amenazante.

María se puso pálida al ver la expresión de su rostro y con dedos torpes y apurados empezó a cerrar nuevamente el paquete. Le alcanzó las boletas a Ramón mientras retrocedía ante su mirada furibunda.

-Aquí... aquí están las facturas duplicadas de la señorita Connelly, cada una de ellas por la mitad del importe total de la compra. La señora Alvarez... - Hizo una pausa, turbada por la mirada iracunda que le dirigió Eduardo al oír el nombre de su mujer. -La señora Alverez me explicó que no era necesario que hiciera dos facturas si la señorita Connelly pagaba en efectivo, pero... yo lo hice igual.

Le entregó el paquete a Ramón como si fuera una brasa candente y su voz se transformó en un susurro aterrorizado.

-De esa forma nunca podría olvidarme... La voz de Ramón se tornó glacial.

--Estoy seguro de que la señorita Connelly estará agradecida por su cooperación, María.

Todos los presentes se apartaron de su camino cuando Ramón salió del negocio a grandes zancadas, con una furia incontenible en cada uno de sus pasos.

Once lugareños presenciaron la escena y vieron y oyeron el golpe de la puerta que se cerró detrás de Ramón y después de Eduardo. Se miraron unos a otros, reflejando en sus rostros una diversidad de reacciones que iban de la sorpresa a la satisfacción. Sólo uno de los clientes de la tienda quedó fuera de la experiencia: un inglés que no entendía una palabra de español. Se aclaró la garganta y tomó sus paquetes, pero nadie se dio cuenta de su presencia.

María fue la primera en hablar. Miró a los demás, con los ojos inmensamente abiertos y sorprendidos. -¿Qué es lo que hice mal? -preguntó en un susurro.

El hombre maduro, el otro vendedor, la miró severo.

-María, creo que acabas de brindar a la señorita Connelly más ayuda de la que ella esperaba.

El anciano que había ironizado sobre la generosidad de la novia de Ramón, se dio una palmada en las caderas y exclamó gozoso:

-¡Yo les dije que Galverra no sabía lo que estaba haciendo la chica! ¡Se los dije! -1a piel curtida se arrugó en una mueca de satisfacción al mirar a sus vecinos-. Les dije que él nunca viviría de una mujer, aun si se muriera de hambre. ¡Debe darle una buena paliza! -concluyó.

-Volveré en otro momento a cambiar el delantal -dijo la mujer gorda, dirigiéndose a la salida. -¿Adónde vas, Rosa? -1e preguntó la amiga que caminaba detrás de ella.

-A la iglesia, a ofrecer una plegaria.

-¿Por la chica norteamericana? -preguntó riendo otra de las mujeres.

-No. Por Gabriela Alvarez.

-Ella también se merece una paliza-dijo el viejo.

Cuando oyó los pasos de Ramón, Katie se puso de pie y simuló arreglar los individuales de esterilla sobre la mesa. El corazón le palpitaba ante el simple sonido de la voz que la llamaba.

-Aquí está el resto de las toallas que encargastedijo Ramón, arrojando el paquete sobre la mesa-. La chica de la tienda dijo que ya fueron pagadas. ¿Todavía hay café?

Sin esperar respuesta, fue hasta la mesada y se sirvió una taza.

Katie le sonrió, sacó del paquete el atado de toallas y empezó a doblarlas.

-Todavía no puedo entender cómo te las arreglaste para comprar todo esto con el dinero que te di - comentó Ramón.

-Te lo dije, soy una regateadora fantástica. -Y también eres una mentirosa.

Katie se dio vuelta, tocada por un ligero temor que se transformó en pánico cuando lo miró a los ojos. En contraste con la insoportable serenidad del tono de su voz, el semblante de Ramón era una máscara de furia salvaje.

-¿Cuánto dinero tuyo gastaste en todo esto? -Muy poco. Unos... cien dólares -dijo con la

boca seca.

Los ojos de Ramón se clavaron en ella como navajas filosas.

-¡Pregunté cuánto gastaste! -repitió con una voz terrible.

-Dos... doscientos dólares.

-Miénteme una sola vez más -le advirtió con espantosa serenidad- y haré que tu primer marido te parezca un santo.

La amenaza implícita en el tono de su voz la hizo sentir enferma de miedo.

-Unos tres mil dólares...

La siguiente pregunta la golpeó como un latigazo.

-¿Por qué?

-Porque... no quise sentirme obligada a casarme contigo.

Un dolor intenso se reflejó en el rostro de Ramón y todo su cuerpo se puso rígido.

-García te llevará al aeropuerto mañana a las dos de la tarde. Te entregará un cheque por la suma que gastaste. No es necesario que les expliques nada a Gabriela y a Eduardo. Ellos ya saben que te vas.

Katie respiraba con mucha dificultad, agitada y temblorosa.

-¿Me estás mandando de vuelta a casa sólo porqué compré algunas cosas para la casa?

-Porque te dije que no lo hicieras -respondió

cáustico.

-¿Y sólo... sólo por eso? ¿Por... por haberte desobedecido?

Katie se sentía como si la hubieran golpeado físicamente. Su mente no parecía poder absorber el shock. El debía de estar loco. Jamás, jamás hubiera pensado que ese hombre al que creía conocer tanto pudiera hacer eso. No por semejante pequeñez.

Caminó lentamente hasta la puerta. Las piernas le pesaban como madera. Cuando pasó junto a Ramón, lo miró con profunda tristeza y desilusión.

-¡Sólo por eso! -murmuró, sacudiendo la cabeza.

El la aferró de un brazo y la obligó a darse vuelta.

-¡No, no lo hagas! -gritó entonces.

Los ojos desorbitados de Ramón la miraban desde el rostro pálido de furia.

-¡No eres más que un cuerpo ansioso con un corazón vacío! -le espetó con deliberada maldad

- ¿Pensaste que estaba tan desesperado por tu cuerpo que lo iba a aceptar como préstamo provisorio y llamar a eso un matrimonio?

La apartó bruscamente de su lado como si no pudiera soportar el mínimo contacto y se dirigió a la puerta. Allí se dio vuelta y dijo con una voz terrible:

-Si dentro de los próximos catorce días no has cobrado el cheque que te entregue García, haré llevar afuera todo el contenido de esta casa y le prenderé fuego.

Katie echó llave a la última maleta de su equipaje y la llevó hasta la puerta del dormitorio, donde la dejó junto a las otras cinco. Ya no le quedaba nada por hacer, salvo dormir.

Se sentó en el borde la cama y miró apática a su alrededor. Había deseado tener más tiempo... Ahora lo tenía. Tenía toda la vida por delante para preguntarse si había desperdiciado su oportunidad de ser inmensamente feliz, o si había escapado a una nueva pesadilla matrimonial. Se miró al espejo y la imagen que le devolvió fue la de un rostro agobiado por la pesadumbre, fiel reflejo de sus más íntimos sentimientos.

Gabriela estaba durmiendo y Eduardo había salido inmediatamente después de la cena. Katie se estremeció ante el solo recuerdo de esa velada abominable. Ninguno de ellos había pronunciado una sola palabra. Eduardo comió en irritante silencio y Gabriela, con una palidez cadavérica, se había limitado a dedicarle penosas y furtivas sonrisas de couiuiseracióu en medio de su respiración espasmódica. En cuanto terminaron de cenar, Eduardo empujó la silla hacia atrás, se levantó y miró furioso a Kátie.

-La felicito -dijo con los dientes apretados-. Ha conseguido destruir a un gran hombre. Ni siquiera su propio padre lo logró cuando lo intentó. Pero usted sí.

Giró sobre sus talones y se fue.

Un par de horas más tarde, miró automáticamente el reloj de junto a la cama cuando oyó que se abría y cerraba la puerta de entrada. Las pisadas fuertes de Eduardo venían hacia su dormitorio. Se tomó la cara con las manos cuando lo vio aparecer en la puerta y acercarse a la cama en la que estaba sentada. Alzó la barbilla en un gesto débilmente desafiante.

Eduardo le alcanzó un álbum de fotos con tapas de cuero.

-Éste es el hombre a quien usted ha rebajado al nivel de un mendigo a los ojos de todo el pueblo-dijo con frialdad.

Aturdida, Katie tomó el álbum.

-Abralo -le ordenó-, pertenece a Rafael y a su esposa. Ellos quieren que usted lo vea antes de irse. -¿Ramón está allí, con ellos? -preguntó Katie. -No -contestó con brusquedad y se fue.

Katie abrió el álbum. No tenía fotografías, como ella había supuesto. Estaba lleno de decenas y decenas de recortes de diarios y revistas. Clavó los ojos en el primero y la mano empezó a temblarle con violencia cuando levantó la página cubierta con un plástico. Era la fotografía que un diario había publicado de Ramón, parado frente a una docena de micrófonos, presidiendo la Conferencia Mundial de Comercio en Ginebra, Suiza.

-¡Oh Dios!, ¡Dios mío! -apenas pudo susurrar. No podía reprimir las exclamaciones de sorpresa: scntía el despertar estremecido de todos sus sentidos ante las fotografías de Ramón en cien diferentes poses y circunstancias. El hermoso rostro de Ramón, muy circunspecto, hablándole a un grupo de jeques árabes; Ramón, reclinado en su silla frente a una mesa de conferencia rodeada de líderes financieros mundiales; Ramón, con un portafolios en la mano, abordando un jet con el nombre "Galverra International" pintado en un costado.

Katie intentó leer los artículos, pero su mente aturdida sólo podía captar algunas frases: Conocido por su talento de negociador, Galverra es el responsable de las adquisiciones que elevaron a Galverra International al nivel de un imperio financiero... Dominio fluido de español, francés, italiano, inglés y alemán... Graduado en la Universidad de Harvard... Licenciado en administración de empresas... Su inteligencia superior es reconocida en todo el mundo... Un hombre naturalmente reservado que no acepta la intromisión de la prensa en su vida privada...

Había fotos de Ramón de impecable esmoquin, jugando en el Casino de Montecarlo mientras una rubia deslumbrante lo miraba con adoración; Ramón, despeinado por el viento, apoyado en la baranda de su enorme yate oceánico.

Muchas de las fotografías ratificaban su rechazo a aceptar la intromisión de la prensa en su vida privada, porque eran borrosas y evidentemente habían sido tomadas desde lejos con algún teleobjetivo.

Todo estaba allí, incluyendo el principio del fin.

Había fotos de rascacielos a medio terminar en Chicago y en St. Louis, junto con artículos sobre las pérdidas financieras en Irán que estaban haciendo tambalear a la corporación.

Katie cerró el álbum y lo retuvo abrazado contra su corazón. Apoyó la mejilla contra las tapas de cuero, mientras su cuerpo empezó a sacudirse entre incontenibles sollozos espasmódicos.

-¡Oh, mi amor! ¿Por qué no me lo dijiste? -gimió con la voz estrangulada.

CAPITULO DIECINUEVE

García llevó las dos últimas valijas al Rolls Royce. Katie se volvió a mirar a Gabriela que, desalentada, daba vueltas por el living.

-Lo siento... -murmuró cuando Katie la abrazó para despedirse- Lo siento tanto...

Eduardo se adelantó un paso y le tendió la mano con frialdad.

-Buen viaje -se limitó a decir, con una actitud más fría y agresiva que nunca.

García abrió la puerta del Rolls y Katie subió. Miró.

el suntuoso interior tapizado en cuero blanco con bordes y manijas dorados que tanto la habían fascinado aquella primera vez que ahora le parecía tan lejana.

Por supuesto, ése era el auto de Ramón, ahora lo comprendió con una punzada de dolor. No era de extrañarse que se hubiera puesto tan pálido cuando ella demostró su admiración... estaba a punto de perder el auto. Lo estaba perdiendo todo... incluso a ella.

Se dio cuenta de que García no había cerrado la puerta y lo miró. Vio que metía la mano en el bolsillo de su uniforme negro y sacaba un cheque. Katie lo miró desolada. Era por tres mil quinientos dólares...

quinientos dólares más de los que ella había gastado.

Evidentemente Ramón no le había creído, aunque en esa oportunidad le había dicho la verdad.

Se sintió mal, física y moralmente enferma. ¡Ella no era la única culpable de todo lo que había sucedido! Si Ramón no hubiera intentado pasar ante sus ojos como un vulgar campesino, ella no se habría mostrado tan desconfiada y temerosa de casarse con él. No habría ni siquiera pensado en pagar la mitad de todo. Nada de todo eso habría sucedido jamás. Pero había sucedido. Y el resultado era que lo había avergonzado y humillado y ahora él la echaba de su lado.

La echaba de su lado... pensó, mientras el auto descendía por el camino de la casa de Gabriela. ¿Qué pasaba con ella, que le permitía echarla de esa manera? Este no era el momento para empezar a mostrarse obediente. Tampoco lo era para estar asustada o intimidada. Pero lo estaba. Con un estremecimiento de terror, Katie recordó la cólera violenta que se reflejó el día anterior en el semblante de Ramón y la amenaza siniestra que resonó en cada una de las palabras que le dijo. Pero más que ninguna otra cosa, lo que más recordaba era su amenaza: "Miénteme una sola vez más y haré que tu primer marido te parezca un santo". En ese momento, ella no tuvo dudas de que estaba lo bastante encolerizado como para cumplir la amenaza.

Katie se mordió los labios, tratando de infundirse coraje y pedirle a García que la llevara adonde estaba Ramón para poder explicarle. Tenía que ir a él.

Exaltada, se dijo una y otra vez que Ramón no le haría las mismas cosas que le había hecho David. Ramón no sabía con qué la estaba amenazando cuando le dijo eso. De todos modos, ella no iba a mentirle, así que no tendría razón para...

Era inútil, comprendió. Quería ir a su encuentro, quería explicarle, pero no se sentía capaz de enfrentar ella sola su furia. Fuera o no irracional, pero sentía terror a la violencia física.

Necesitaba que alguien la acompañara a hacerle frente. Las manos le empezaron a temblar con una mezcla de pánico y determinación. Allí no había nadie que pudiera ayudarla, y ya era demasiado tarde.

Ramón la odiaba por lo que había hecho. ¡No, él la amaba! Y si la amaba, no era posible que dejara de amarla con tanta facilidad.

Tenía que escucharla, se repitió ardientemente mientras el Rolls marrón cruzaba el pueblo y se detenía para permitir que un grupo de turistas cruzara la calle. ¡Oh Dios, alguien debía obligarlo a escucharla! justo en ese momento, vio al padre Gregorio que cruzaba la plaza en dirección a la iglesia, con su sotana negra agitándose por la brisa fresca de la tarde. El miró dentro del auto, descubrió su rostro a través de los vidrios de la ventanilla y dio vuelta la cara lentamente. El padre Gregorio nunca la ayudaría... ¿o quizás sí?

El Rolls reinició la marcha. Katie no podía encontrar el botón para abrir el panel de vidrio que la

separaba del chofer. Lo golpeó con la mano.

-¡Pare... párese! -ordenó.

Sólo el ligero parpadeo de los ojos de García en el espejo retrovisor le dijo que la había oído, pero él no hizo ningún movimiento. Evidentemente, Ramón le había dado instrucciones de ponerla en el avión y él estaba decidido a cumplir únicamente esa orden.

Katie intentó abrir la puerta, pero estaba trabada desde el comando electrónico del chofer.

Tuvo una inspiración desesperada. Se cubrió la boca con la mano y gritó:

-¡Por favor, párese! Tengo ganas de vomitar...

¡Funcionó! García se bajó del auto como una exhalación, le abrió la puerta y la ayudó a bajar.

Katie se soltó del brazo del pobre viejo que pensaba que la estaba ayudando.

-Ya me siento bien -dijo y echó a correr por la plaza en dirección a la iglesia.

Corría en busca del hombre que una vez se había ofrecido a ayudarla para explicarle a Ramón. Echó una mirada por sobre los hombros, temerosa de que García la siguiera. Pero el hombre se quedó esperando junto al coche, seguramente con la impresión de que ella era presa de un rapto de fervor religioso.

Se detuvo vacilante al final de los escalones de piedra. Se sentía atenazada de angustia. El padre Gregorio sólo sentía desprecio por ella, nunca la ayudaría. El le había dicho lisa y llanamente que regresara a los Estados Unidos. De todos modos, empujó la pesada puerta de roble y entró en la nave fría, apenas iluminada por la luz de las velas.

Miró hacia el altar y los nichos decorativos donde las velas titilaban en pequeños vasos de vidrio colorado. Pero el sacerdote no estaba allí. Entonces lo vio. No cumplía ninguna función sacerdotal, como ella esperaba. Estaba sentado, completamente solo, en la segunda fila de bancos cercana al altar. Tenía inclinada la cabeza blanca y también los hombros. Katie no sabía de si era una actitud de abatimiento o de piadosa plegaria.

Sus pasos se tornaron vacilantes y su magra reserva de coraje se desvaneció. El nunca la ayudaría. A su manera, el padre Gregorio la aborrecía tanto como Eduardo y por más y mejores razones. Se dio vuelta y empezó a caminar hacia la salida.

-¡Señorita!

La voz dura e imperativa del padre Gregorio resonó como un látigo que la paralizó.

Lenta, trabajosamente, Katie se volvió y lo miró a la cara. Ahora estaba parado en el centro de la nave, con la mirada más torva que nunca.

Katie sentía un dolor agudo en la garganta y trató de tomar aliento entre el nudo que le apretaba el pecho.

-Padre Gregorio -dijo con voz quebrada y suplicante-, sé lo que debe estar pensando de mí y no lo culpo. Pero nunca pude entender, hasta anoche, por' qué sería tan humillante para Ramón aceptar que yo pagara las cosas para la casa, especialmente en el pueblo. Ayer Ramón descubrió lo que yo había estado haciendo y se puso furioso. Nunca... nunca vi a alguien tan furioso en toda mi vida -Su voz se convirtió en un murmullo ahogado. -Ahora... ahora él me manda de regreso a casa.

Katie escudriñó el rostro severo con la esperanza de descubrir alguna señal de comprensión o compasión, pero él la miraba con sus penetrantes ojos azules entrecerrados.

-Yo... no quiero irme-dijo con voz entrecortada. Alzó una mano en un gesto desesperado, implorante, y para su propio horror, las lágrimas le inundaron los ojos y empezaron a rodarle por las mejillas. Demasiado humillada como para mirarlo a los ojos, trató infructuosamente de contener el torrente de lágrimas que le corría por la cara.

-Quiero quedarme aquí... con él -agregó impetuosa.

La voz del sacerdote era ahora un murmullo suave. -¿Por qué... Katherine?

Estupefacta, Katie alzó la cabeza. Él nunca la había llamado "Katherine" y eso le sorprendió casi tanto como la increíble ternura de su voz. Lo miró por entre las lágrimas que le nublaban los ojos. Él se le acercaba con una sonrisa que asomaba lentamente en sus labios y le iluminaba el semblante.

Se paró frente a ella e insistió con amabilidad. -Díme por qué, Katherine.

La calidez y la aprobación de su sonrisa empezaron a diluir la angustia mortal del corazón de Katie. -Quiero quedarme porque quiero casarme con Ramón... ya no quiero huir del matrimonio-admitió con candor casi infantil, pero su voz ganó en seguridad cuando continuó-. Yo le prometí a usted que lo haría feliz. Sé que puedo hacerlo. Y él... él me hace muyfeliz. La sonrisa del padre Gregorio se hizo decididamente más abierta y para profundo regocijo y alivio de Katie, empezó a hacerle las mismas preguntas que había intentado hacerle el lunes.

-¿Antepondrás las necesidades de Ramón a las tuyas?

-Sí -susurró Katie.

-¿Te entregarás en cuerpo y alma a este matrimonio, anteponiendo su éxito a cualquier otra prioridad de tu vida?

Katie asintió enérgica.

-¿Honrarás a Ramón y respetarás sus deseos? -Sí, y seré la esposa más perfecta que jamás haya conocido.

El padre Gregorio frunció los labios. -¿Le obedecerás, Katherine?

Katie lo miró con reprobación.

-Usted dijo que no me pediría que le hiciera esa promesa.

-¿Y si te lo pidiera?

Katie puso en la balanza las convicciones pasadas contra todo su futuro. Miró al padre Gregorio directamente a lo ojos.

-Se lo prometería -dijo.

Los ojos del sacerdote brillaron con picardía. -En realidad, sólo estaba preguntando... en condicional.

Katie suspiró aliviada.

-Bueno, me alegro. Porque nunca hubiera cumplido esa promesa -Con tono suplicante, agregó: - Padre... ¿nos casará ahora?

-No.

Fue un "no" tan amable, que por un instante Katie pensó que había entendido mal.

-¿No? -repitió- ¿Por... por qué?

-Porque todavía no me dijiste la única cosa que necesito oír de tus labios.

Sintió que el corazón se le apretaba dolorosamente contra las costillas y que el color desaparecía de su rostro. Cerró los ojos, tratando de borrar de la memoria su propia imagen obligada a gritar esas palabras. Ahora las quería gritar sin que nadie la obligara... pero se le estranguló la voz.

-Yo... no puedo... no puedo decirlo. Quiero hacerlo... pero yo...

El padre Gregorio se alarmó, confundido. -¡Katherine! Ven aquí, siéntate -dijo.

La tomó afectuosamente de un brazo, la llevó hasta el banco más cercano y se sentó junto a ella. Su cara bondadosa era una mezcla de ansiedad y preocupación.

-No necesitas decirme que lo amas, Katherinela tranquilizó rápidamente-. Puedo ver claramente que lo amas. Pero, ¿puedes decirme al menos por qué te resulta tan penoso admitirlo y tan imposible decirlo?

Mortalmente pálida, Katie dio vuelta la cabeza y lo miró consternada y temblorosa. Su voz era apenas un ronco susurro.

-Siempre recuerdo la última vez que lo dije...

-Criatura... cualquiera sea la cosa que te ha sucedido... no puedes cargarla en tu alma toda la vida.

¿Nunca has hablado con nadie sobre ello?

-No -contestó con voz ronca-, con nadie. Mi padre habría intentado matar a David... mi esposo.

Mis padres estaban en Europa y cuando volvieron las magulladuras ya habían desaparecido y Anne, la mucama, me prometió que nunca les diría cómo me vio la noche que volví a casa de mis padres.

-¿Al menos puedes tratar de decirme qué pasó? -preguntó el padre Gregorio con voz dulce.

Katie se miró las manos que descansaban sobre su regazo. Si hablar sobre ello servía para exorcizar definitivamente a David de su espíritu, estaba dispuesta a intentarlo. Al principio habló con voz vacilante, pero después todo el horror vivido fluyó en un torrente de palabras atropelladas y atormentadas.

Cuando terminó, se reclinó contra el respaldo del banco, emocionalmente exhausta y liberada de todo... incluso, se dio cuenta con un estremecimiento de sorpresa, del dolor. El escucharse a sí misma hablar en voz alta sobre David, la hizo comprender que no había ninguna semejanza entre Ramón y David, absolutamente ninguna. David había sido un monstruo sádico, egoísta, ególatra, mientras que Ramón sólo quería amarla, protegerla y cuidar de ella. Y aun cuando ella lo había desafiado, humillado y enfurecido, Ramón no la había maltratado físicamente. Lo que le había sucedido en el pasado debía quedar allí para siempre.

Katie miró al padre Gregorio, que parecía haber cargado sobre sus espaldas todas sus penas. Se lo veía totalmente abatido.

-Me siento mucho mejor -le dijo suavemente Katie, con la esperanza de infundirle ánimo.

El padre Gregorio habló por primera vez desde que ella había empezado su relato.

-¿Sabe Ramón lo que te sucedió aquella noche? -No. Yo no podía hablar sobre ello. De todos modos, en realidad no creí que me siguiera atormentando. Ya casi no pienso en David.

-Pero te atormentaba -la contradijo el padre Gregorio-. Y, te dieras cuenta o no, has estado pensando en él. De lo contrario, habrías confrontado a Ramón con tus sospechas de que él no era lo que decía ser. No le hiciste frente porque, en el fondo de tu corazón, tuviste miedo de lo que pudieras enterarte. Porque, a raíz de tu terrible experiencia, automáticamente supusiste que cualquiera fuera el secreto que escondía Ramón, sería tan espantoso como los secretos que descubriste en ese otro hombre.

Durante algunos minutos se quedó en silencio, pensativo. Después pareció despertar de repente de un sueño triste.

-Creo que lo mejor sería que te confíes a Ramón antes de la noche de bodas. Siempre existe la posibilidad de que, a causa de tus recuerdos, experimentes un rechazo... -comprensible, por otra parte...- al estar nuevamente en ese contacto íntimo normal entre marido y mujer. Ramón debería estar preparado para eso. Katie sonrió y meneó la cabeza, confiada.

-No sentiré ningún rechazo por Ramón. No hay de qué preocuparse.

-Tal vez tengas razón.

Repentina e inesperadamente, el semblante del padre Gregorio adquirió una expresión irritada y cautelosa.

-Aun en el caso de que reacciones con miedo ante la intimidad conyugal, estoy seguro de que Ramón tiene suficiente experiencia con las mujeres como para manejar cualquier problema de esa clase.

-Estoy segura de que puede hacerlo -afirmó Katie,'riendo ante la expresión adusta y reprobatoria del padre Gregorio.

La mirada escrutadora del viejo sacerdote se clavó en el rostro sonriente de Katie.

-No tan segura -se apresuró a corregirla. -Es bueno que usted lo haya hecho esperar... reconoció con una inclinación de cabeza.

Pero para mayor mortificación, sintió que se sonrojaba. El padre Gregorio también lo notó. Arqueó las cejas y la miró por encima del armazón dorado de sus anteojos.

-O que Ramón te haya hecho esperar a ti... ---la corrigió con astucia.

Los dos se dieron vuelta para mirar a un grupo de turistas que entraba en la iglesia.

-Ven, mejor terminemos nuestra conversación afuera -propuso el cura.

Bajaron la escalinata de la iglesia y se quedaron en la plaza que la rodeaba.

-¿Qué piensas hacer ahora?

Katie se mordió los labios y miró hacia el almacén de ramos generales.

--Supongo... -digo con evidente renuencia-, que puedo ir allí y devolver todas las cosas que compré y decir delante de todos que Ramón no... no... - titubeó antes de pronunciar la palabra-no me permite conservarlas.

El padre Gregorio echó la cabeza hacia atrás y toda la plaza resonó con su risa. Al otro lado de la calle, varios lugareños que salían con paquetes de los negocios, se dieron vuelta asombrados.

-Permitir y obedecer... eso es muy alentador - dijo en medio de una sonrisa de satisfacción. Después descartó la sugerencia con un movimiento rápido de cabeza.

-No creo que Ramón quiera que hagas eso. Él no querrá recuperar su orgullo a costa del tuyo. Puedes proponérselo, sin embargo. Eso acaso lo ayude a convencerse de que estás sinceramente arrepentida.

Katie le dirigió urca mirada airada y pícara al mismo tiempo.

-¿Todavía piensa que me falta humildad, docilidad y respeto por la autoridad?

-Espero sinceramente que sí -le dijo con una sonrisa cálida-. Como Ramón me informó con bastante crudeza, no tiene el menor deseo de casarse con un cocker spaniel.

La sonrisa se borró del rostro de Katie.

-Ahora tampoco tiene el menor deseo de casarse conmigo.

-¿Quieres que te acompañe a hablar con él? Después de pensarlo un instante, Katie negó con la cabeza.

-Eso es exactamente lo que iba a pedirle cuando entré en la iglesia. Estaba aterrorizada por su cólera de ayer y él me amenazó con hacer parecer un santo a David.

-¿Ramón te levantó la mano? -No.

El padre Gregorio contrajo los labios.

-Si no te pegó ante la provocación de ayer, estoy seguro de que no lo hará nunca.

-Supongo que siempre lo supe -admitió Katie—. Pensar en David fue, probablemente, lo que me hizo sentir miedo de Ramón, ayer y hoy.

Con las manos enlazadas en la espalda, el padre Gregorio parecía proclamar su satisfacción a las mon=tañas, al cielo, al pueblo y a sus habitantes. -La vida puede ser muy buena, si tú la dejas, Katherine. Pero debes negociar con la vida. Das algo y recibes algo, después vuelves a dar algo y vuelves a recibir algo. Todo va mal en la vida cuando la gente trata siempre de recibir sin dar nada a cambio. Entonces se van con las manos vacías y se apropian de lo que les ofrecen con más fuerza y con mayor frecuencia y cada vez salen más frustrados y desilusionados -La miró con una sonrisa cálida-. Como no temes que Ramón te agreda físicamente, ¿debo suponer que no necesitas que te acompañe?

-En realidad sí -contestó Katie, dirigiendo una mirada de soslayo a García, que, parado junto al Rolls como un centinela y con los brazos cruzados sobre el pecho, seguía con los ojos cada uno de sus movimientos-. Creo que Ramón le dio instrucciones precisas a García de sacarme de la isla y si pierdo el avión, ese hombre me va a poner en un bote, en una caja o en una botella, pero cumplirá al pie de la letra las órdenes de Ramón. ¿Cree que usted podría convencerlo de que me lleve de regreso a casa de Gabriela y decirle, también, que quiero darle una sorpresa a Ramón, para que no le diga que no me fui?

-Creo que puedo manejar eso -dijo el cura, tomándola del brazo y empezando a caminar hacia el auto-. Un hombre tan "engreído y altanero" como yo debería ser capaz de intimidar a un chofer.

-¡Lamento tanto las cosas que dije! -se disculpó Katie, contrita.

Los ojos azules del padre Gregorio la miraron sonrientes.

-No te preocupes, uno tiene tendencia a adquirir esas características tan poco atractivas después de cuarenta años de vestir estos hábitos. Debo confesar que, desde que me dijiste eso, me hice algunos exámenes de conciencia, tratando de descubrir si tenías razón.

-¿Es eso lo que estaba haciendo cuando hace un rato lo interrumpí en la iglesia?

El semblante del padre Gregorio se ensombreció. --Era un momento de gran pesadumbre, Katherine. Te vi pasar en el auto de Ramón y supe que te estabas yendo. Yo había esperado y rogado para que, antes de que llegara ese momento, tú comprendieras qué había en tu corazón. A pesar de todo lo que dijiste e hiciste, yo sentí, y supe, que lo amabas. ¡Y ahora, vamos a ver si puedo convencer al leal García que es de gran importancia para la felicidad de Ramón que desobedezca sus instrucciones!

Cuando el Rolls entró en el patio de la casa de Gabriela, Katie se preguntó si no sería mejor que García la llevara hasta la cabaña. El problema era que Ramón podía no regresar a la cabaña en varios días y ella no tenía la menor idea de dónde podría encontrarlo. Gabriela la ayudaría, siempre que pudieran evitar que Eduardo se enterara.

Levantó la mano para golpear a la puerta, pero ésta se abrió dé repente. En lugar de Gabriela, allí estaba Eduardo mirándola inflexible y adusto. -¿No se va? -preguntó, seco. -No... yo... -empezó implorante.

Pero Eduardo interrumpió sus palabras con un fuerte abrazo.

-Gabriela me dijo que yo estaba equivocado con respecto a ti, Katie -le susurró, arisco.

Rodeándole los hombros con un brazo, la condujo al living para enfrentar el semblante radiante de Gabriela.

-Ella me dijo que tienes coraje -confesó de pronto-. Vas a necesitar mucho para hacerle frente a Ramón... Ahora estará doblemente enojado por haber sido desafiado dos veces.

-¿Adónde crees que irá esta noche? -preguntó Katie, animada.

Ramón estaba sentado de costado sobre el escritorio, dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre la otra pierna. Su semblante no delataba ninguna emoción al escuchar a Miguel y a los cuatro auditores que, sentados en el sofá lujosamente tapizado en el otro extremo de la oficina, discutían sobre los documentos que estaban preparando para presentar la quiebra.

Ramón miraba a través de las ventanas de su oficina de un piso alto en San Juan, cuando vio un jet que cruzaba el cielo de la tarde con una amplia curva ascendente. Por la hora, supo que era el avión de Katie. Lo siguió con los ojos hasta que se convirtió en un punto plateado en el horizonte.

-Por lo que te concierne a ti personalmente, Ramón -le anunció Miguel en voz alta-, no es necesario presentar la quiebra. Tienes fondos suficientes para cubrir las deudas pendientes. Los bancos que te prestaron el dinero que tú, a tu vez, prestaste a la corporación, ejecutarán las hipotecas sobre la isla, las casas, el avión, el yate y la colección de pinturas, y recuperarán su dinero vendiéndolas a terceros. Las únicas otras deudas personales que tienes son por los dos edificios de oficinas que estabas construyendo en Chicago y en St. Louis.

Miguel se estiró por encima de la larga mesa y tomó una hoja de papel de una de las tantas pilas que allí había.

-Los bancos que te prestaron parte del dinero para la construcción están dispuestos a vender los edificios a otros inversores. Por supuesto, esos inversores obtendrán ganancias cuando terminen los edificios y los vendan. Lamentablemente, también se quedarán con una gran parte de los veinte millones de tu propio dinero que pusiste en cada edificio... -Miró apesadumbrado a Ramón. Creo que eso ya lo sabías, ¿verdad?

Ramón asintió impasible.

A sus espaldas sonó la chicharra de su escritorio y la voz agitada de Elise salió del intercomunicador. -El señor Sidney Green llama otra vez desde St. Louis. Insiste en hablar con usted, señor Galverra. Me está insultando-agregó ofuscada- y me está gritando.

-Dígale de mi parte que vuelva a llamarme cuando se sienta más sereno y después corte la comunicación -respondió, tajante, Ramón.

Miguel sonrió.

-No hay duda de que está conmocionado por los rumores que está difundiendo la competencia sobre la mala calidad de sus pinturas. El Wall Street Journal informa ampliamente sobre ello, como también la sección económica de todos los diarios estadounidenses.

Uno de los auditores miró a Miguel con cierta expresión burlona por su ingenuidad.

-Me imagino que está muchísimo más preocupado por sus acciones. Hace dos semanas, las acciones de Green Paint and Chemical se vendieron a veinticinco dólares la unidad. Esta mañana cayeron a trece dólares. Parece que se ha desatado el pánico.

Miguel se reclinó en el sofá y cruzó los brazos, con evidente satisfacción en el rostro.

-Me pregunto qué hay de malo en ello...

Sin embargo, se incorporó enseguida ante la mirada severa de Ramón.

El auditor flaco, de anteojos, que estaba sentado en el extremo derecho del sofá, levantó los ojos de las planillas por primera vez:

-¿Están hablando de Sidney Green, el de St. Louis? Ese hombre encabeza el grupo que planea apoderarse del edificio de oficinas que estabas construyendo en St. Louis, Ramón. Ya le hicieron una oferta al banco para comprarlo y terminarlo.

-¡Ave de rapiña! -rugió Miguel, a lo que agregó toda una retahila de insultos irreproducibles.

Ramón no le prestó atención. Todo el dolor desgarrador y la furia que sentía por haber perdido a Katie, explotaba ahora en su interior en una irrefrenable sed de venganza que ahora tenía un blanco preciso al que podía apuntar y acertar: Sidney Green.

-El también forma parte del directorio del mismo banco que se negó a otorgarme una ampliación del crédito de construcción para que yo pudiera terminar el edificio -dijo en una voz baja y cargada de resentimiento.

Detrás de él volvió a sonar la chicharra. Ramón contestó enseguida y los auditores empezaron a recoger sus papeles, preparándose para retirarse.

-Señor Galverra -dijo Elise-, el señor Green está en la línea. Dice que ahora está más sereno. Comuníquelo -respondió Ramón.

La voz de Green sonó como un estampido en el parlante.

-¡Hijo de perra! -gritó.

Ramón despidió a los auditores con una ligera inclinación de cabeza y le hizo un guiño a Miguel, invitándolo a quedarse.

-¡Asqueroso hijo de perra! ¿Estás ahí? -volvió a gritar Green.

El tono de voz de Ramón era sereno, controlado y muy peligroso.

-Ahora que has agotado el tema de mi legitimidad, ¿podemos hablar de negocios?

-¡No tengo ningún negocio contigo! ¡Tú...! -Sid -lo interrumpió Ramón con voz dulce-, me estás haciendo enojar y yo me pongo muy irrazonable cuando estoy disgustado. Tú me debes doce millones de dólares.

-Te debo tres millones -tronó Green.

-Con los intereses son ahora más de doce millones. Durante nueve años has estado ganando intereses sobre mi dinero. Ahora quiero que me lo devuelvas. -¡Vete al infierno!

-Estoy en el infierno -le contestó Ramón sin ninguna emoción en la voz-. Y te quiero allí conmigo. A partir de hoy, te costará un millón de dólares por cada día que la deuda siga impaga.

-¡Tú no puedes hacer eso! ¡No tienes tanta influencia, arrogante hijo de...!

-Espera y verás... -dijo con tono tajante y cortó la comunicación.

Miguel lo miró intrigado. -¿Ramón, tienes tanta influencia? -No.

-Pero si él cree que la tienes...

-Si lo cree es un estúpido. Y si es un estúpido, no querrá arriesgarse a perder hoy otro millón y dentro de tres horas volverá a llamar para poder depositar el

dinero en Sr. Louis antes de que el banco cierre esta noche.

Tres horas y quince minutos después, Miguel estaba hundido en su silla, aburrido, con la corbata floja y el saco abierto. Ramón alzó los ojos de los papeles que había firmado.

-Sé que ni siquiera saliste a almorzar, Miguel. Ahora ya es hora de cenar. Llama abajo y pide que del restaurante te manden algo para comer. Si vamos a trabajar hasta tarde, deberías comer algo.

Con la mano ya sobre el teléfono, Miguel hizo una pausa.

-¿Tú no quieres nada, Ramón?

La pregunta le trajo a la mente la imagen de Katie. Cerró los ojos para borrar ese pensamiento doloroso. -No.

Miguel llamó al restaurante y pidió unos sandwiches. El teléfono volvió a sonar en cuanto colgó. -Elise ya se retiró -dijo Ramón y contestó él mismo.

Por un instante se quedó escuchando en silencio. Entonces presionó el botón del parlante.

La voz estrangulada de Sidney Green invadió la elegante oficina.

-...necesito saber en qué banco.

-Ningún banco-dijo Ramón, cortante-. Entrégaselo a mis abogados en St. Louis -Le dio nombre y dirección del estudio y agregó: -Díles que me llamen a este número en cuanto tengan el cheque en sus manos.

Treinta minutos después llamó el abogado de Ramón. Cuando colgó el auricular, Miguel lo miraba con ojos febriles por la excitación.

-¿Cómo puedes estar sentado allí, tan tranquilo, Ramón? ¡Acabas de hacerte de doce millones de dólares!

La sonrisa de Ramón estaba cargada de ironía. . -En realidad acabo de hacerme de cuarenta millones. Los doce millones los usaré para comprar acciones de Green Paint and Chemical. Dentro de dos semanas podré venderlas por veinte millones. Esos veinte millones los usaré para terminar el edificio de St. Louis. Y cuando dentro de seis meses venda el edificio, recuperaré los veinte millones que invertí originalmente más estos otros veinte millones.

-Más cualquier otro beneficio que obtengas del edificio.

-Más eso -dijo escuetamente Ramón.

Miguel se levantó, se ajustó la corhita y se puso el saco, apresurado.

-Vamos a alguna parte a celebrar -propuso-. Será una buena combinación de despedida de soltero y festejo por el éxito en los negocios.

Los ojos de Ramón se volvieron enigmáticos. -No es necesaria ninguna "despedida de soltero". Olvidé mencionarte que no me casaré el sábado. Katie... cambió de idea.

Ramón abrió el cajón del enorme archivero que tenía a su derecha, eludiendo adrede la mirada atónita y compungida que sabía que vería en la cara de su amigo.

-Ve tú y festeja mi "éxito" por los dos. Todavía quiero revisar el archivo de ese edificio.

Unos pocos minutos después, Ramón levantó la mirada y vio a un muchacho parado frente a su escritorio, con dos bolsas de papcl blanco.

-Alguien llamó abajo y pidió unos sandwiches, señor-dijo, amedrentado por la magnificencia de esa oficina.

-Déjalos allí.

Ramón le señaló la mesa situada junto a los sillones, en el otro extremo de la oficina. Sacó la billetera del bolsillo interior del saco y escarbó en ella buscando un billete de un dólar para darle de propina al muchacho.

El más chico que tenía era un billete de cinco dólares... los cinco dólares que le había dado Katie. Nunca había tenido la menor intención de usarlo ylo había doblado por la mitad,

después en otra mitad, para diferenciarlo del resto del dinero que llevara. Un recuerdo que había atesorado de un ángel pelirrojo de traviesos ojos azules.

Sintió como si estuviera rompiéndose en mil pedazos cuando sacó lentamente el billete de Katie. Lo apretó con fuerza entre los dedos antes de resignarse a dejarlo ir. Igual que como se había resignado a dejar ir a Katie. Abrió la mano y entregó el billete arrugado al asombrado muchacho.

Cuando el muchacho se fue, miró la billetera. El dinero de Katie se había ido. Katie se había ido. Otra vez era un hombre inmensamente rico. Se sintió invadido por una amarga frustración y cerró el puño con un deseo salvaje de estrellarlo contra algo.

CAPITULO VEINTE

Eduardo se pasó la mano nerviosa por los cabellos negros revueltos y miró a Katie, en cuyo rostro se reflejaba la tremenda tensión que la invadía.

-El guardia de seguridad dijo que salió del edificio hace tres horas, exactamente a las nueve, y que García pasó a buscarlo con el Rolls. Pero ni García ni Ramón volvieron a la villa de Mayagüez y Ramón tampoco está en la casa de la Ciudad Vieja de San Juan.

Katie se mordió los labios, atormentada por una duda terrible.

-¿Crees que García pudo haberle dicho que no me fui, y ahora Ramón se niega a contestar el teléfono? Eduardo la miró con cierto desdén.

--¡Por Dios! Si Ramón supiera que todavía estás aquí, lo último que haría sería ocultarse de ti. Ya habría caído sobre esta casa con toda su furia. ¡Créeme ¡

-¡Eduardo! -intervino Gabriela con un suspiro exasperado-. ¡La estás amedrentando! Ya está bastante nerviosa sin tu "ayuda".

Eduardo se puso las manos en los bolsillos traseros del pantalón, dejó de pasearse de un lado a otro y se paró frente a Katie.

-Katie-dijo, ya más calmo-, no sé dónde puede estar. No está en ninguna de sus casas ni tampoco en casa de la familia de Rafael. La verdad es que no me imagino a qué otro lugar pueda haber ido a pasar la noche.

Katie intentó ignorar el dolor punzante de los celos que sintió ante la posibilidad de que Ramón pudiera haber decidido pasar la noche en los brazos de esa mujer hermosa que vio varias veces fotografiada a su lado en los recortes de las revistas locales.

-Yo hubiera jurado que iría a la cabaña... - dijo- ¿Estás seguro de que no se hallaba allí? -Te lo dije, yo fui allá -contestó categórico-.

Eran recién las diez y media, demasiado temprano para que Ramón estuviera durmiendo, y sin embargo no había ninguna luz en el interior.

Katie inclinó la cabeza, abatida, retorciendo los dedos sobre su regazo.

-Si las cosas hubieran sido al revés, yo habría ido allí... donde me hubiera sentido más cerca de él. Gabriela la miró con gran comprensión.

-Katie, yo sé lo que estás pensando sobre dónale pueda estar. Pero te equivocas. El no iría al encuentro de ninguna otra mujer esta noche -le dijo para tranquilizarla.

Katie estaba demasiado preocupada como para notar la mirada dudosa que Eduardo dedicó a su mujer.

-¿Llamaste a la puerta cuando fuiste a la cabaña? -preguntó Katie.

Eduardo se volvió hacia ella.

-¿Por qué debería llamar a la puerta de una casa oscura y vacía? Además, Ramón habría visto las luces del auto cuando ascendía por el camino y habría salido para ver quién estaba allí.

Katie frunció el entrecejo.

-Sigo pensando que deberías haber llamado a la puerta.

Se puso de pie, más por la inquietud que la dominaba que por cualquier otro motivo.

-Creo que iré yo misma a la cabaña -dijo de pronto.

-Katie, no está allí. Pero si insistes, yo te acompaño -se ofreció Eduardo.

-Puedo ir sola, estaré bien -lo tranquilizó. -No quiero que te enfrentes sola a Ramón -insistió Eduardo-. Yo vi lo furioso que estaba ayer, y...

-Yo también lo vi -le recordó Katie con suavidad-: Estoy segura de que no me pasará nada. No puede estar más encolerizado de lo que estaba ayer.

Eduardo sacó del bolsillo las llaves del auto y se las alcanzó.

-Si yo creyera, aunque sea por un instante, que ahora está allí, iría contigo. Pero no está, Katie. Tendrás que esperar hasta mañana para hablar con él.

-Mañana llegan mis padres -dijo desesperada y miró el reloj de pared que, implacable, seguía marcando las horas-. Son más de las doce... técnicamente ya es la madrugada del sábado y me caso el domingo... es decir, mañana.

Como recordó lo que había dicho Eduardo en cuanto a que Ramón debería haber visto las luces del auto en el camino, manejó sin luces los últimos doscientos metros hasta la cabaña. Si Ramón estaba allí, pensó que sería mejor tener de su parte el elemento sorpresa. Sobre todo porque no le gustaba la idea de enfrentar su cólera en la puerta de entrada.

Más arriba, vio una luz tenue que brillaba entre las ramas inclinadas de los árboles. El corazón le dio un brinco de alegría y detuvo el auto. Ascendió por el sendero de ladrillos iluminado por la luna, sintiendo con cada paso el temblor incontrolable de las rodillas.

¡La lámpara del dormitorio estaba encendida!

Aferró el picaporte de la puerta y con un murmullo incoherente rogó que no estuviera cerrada porque ella no tenía las llaves. Suspiró aliviada cuando la puerta se abrió con facilidad. La cerró sin hacer ruido y miró en derredor. El living se hallaba en penumbras, pero a través de la puerta abierta del dormitorio se filtraba el débil reflejo de la luz de la lámpara.

Ya estaba, no había retorno. Se sacó el suéter que llevaba sobre los hombros y lo arrojó al piso. Con manos temblorosas alisó el vestido ajustado color canela que había elegido expresamente unas horas atrás con la intención de tentar a Ramón y la esperanza de debilitar su resistencia. Con un escote muy profundo, sin mangas y con unos breteles muy angostos, dejaba al descubierto casi toda la espalda. Se pasó los dedos por el pelo y empezó a caminar con pasos lentos y silenciosos.

En la puerta del dormitorio se detuvo para calmar sus nervios alterados. Ramón estaba tendido de espaldas sobre la cama, con las manos enlazadas hacia la cabeza y mirando al techo. Tenía la camisa blanca abierta casi hasta la cintura y no se había tomado la molestia de sacarse los zapatos. Mostraba una expresión de tal amargura y desolación que Katie sintió que el corazón se le apretaba de remordimiento. Se quedó contemplando en silencio la belleza morena y recia de su rostro, la potencia y la virilidad que emanaban de cada contorno de su cuerpo. Sintió que el pulso se le aceleraba con una mezcla de excitación y temor. Incluso acostado, Ramón daba la imagen de un adversario formidable.

Dio un paso dentro de la habitación, con lo que proyectó una sombra en el cieloraso justo encima del ángulo visual de Ramón, que giró bruscamente la cabeza hacia ella. Katie se sintió paralizada.

La miró fijo, horadándola con sus ojos negros, pero con una mirada tan vacía que en realidad no parecía que la estuviera viendo.

-No me fui -susurró Katie con timidez.

Ante el sonido de su voz, Ramón se incorporó y saltó de la cama con un único, movimiento ágil y aterrador.

Su semblante era una máscara impenetrable y Katie estaba demasiado nerviosa como para percibir su. estado de humor, excepto que se veía muy tenso y listo para saltar sobre ella.

-Yo... no quise irme -tartamudeó.

El dio un paso al frente y ella retrocedió.

-El padre Gregorio dice que nos casará -se apresuró a decirle.

-¡Oh! ¿Es cierto eso? -preguntó en voz baja. Avanzó nuevamente hacia ella y ella retrocedió otra vez.

-Yo... yo voy a devolver todas las cosas que compré con mi dinero -ofreció, mientras seguía retrocediendo ante el avance implacable de Ramón.

Así atravesaron la puerta del dormitorio y después el living.

-¿Lo harás? -murmuró suavemente Ramón. Katie asintió con un vigoroso movimiento dé cabeza. Tropezó de espaldas contra el sofá y empezó a rodearlo.

-Vi el álbum de recortes de Rafael -le explicó sofocada-. Si sólo me hubieras dicho quién eras realmente... yo habría entendido por qué no querías que pagara nada. Yo hubiera obedecido... -la palabra pareció estrangularse en su garganta-, yo te hubiera obedecido.

-Veo que has aprendido una palabra nueva -se mofó Ramón.

Katie volvió a tropezar, esta vez con la mesa con la lámpara y se corrió hacia un costado.

-Llenaré la casa de plantas... y volados... y niños -prometió atropelladamente.

Chocó con las pantorrillas contra una silla que le impidió cualquier otra posible retirada. Un pánico incontrolable se apoderó de ella.

-¡Tienes que escucharme! Yo tenía miedo de casarme contigo porque sabía que me ocultabas algo.

Pero no sabía qué era... y como David me había...

Ramón acortó la distancia y ella extendió las manos para apartarlo.

-¡Por favor, escúchame! -gritó-, ¡Te amo!

La tomó de los hombros y la apretó tan fuerte contra él que Katie echó la cabeza hacia atrás. Por primera vez estaba tan cerca de él que pudo ver la expresión de esos ojos ardientes. Y no era rencor lo que vio en ellos, sino amor... un amor tan intenso que se sintió insignificante.

-Tú me amas -repitió él con la voz estrangulada- y supongo que pensaste que si me decías que me amabas, yo olvidaría todo y te perdonaría...

-Sí -susurró Katie-, pensé que lo harías. Sólo por esta vez...

-Sólo por esta vez... -murmuró con un tono tierno y juguetón.

Con manos temblorosas le acarició primero las mejillas y luego los cabellos y emitió un sonido que era mitad gemido y mitad risa.

-¿Sólo esta vez?

Lo repetía como si fuera la más grande expresión de humildad. La apretó fuerte contra él y la besó con pasión incontenible.

Katie sintió que el corazón le estallaba de júbilo cuando le acarició el pecho, le tendió los brazos al cuello y dejó que la lengua ardiente invadiera su boca.

Ramón temblaba de placer y le recorría collas manos los hombros- y la espalda y más abajo, apretándola fuerte contra su cuerpo.

Se separó de su boca y empezó a besarla con avidez

en las sienes, en la frente, en los ojos, en las mejillas. -Dilo otra vez -le ordenó con voz ronca. -Te amo... -dijo Katie con voz temblorosa-. Te amo... y te necesito... y te deseo... y...

La boca de Ramón se abrió voraz sobre sus labios y silenció todas las palabras... Katie se sintió arrastrada al torbellino de un mundo donde no existía otra cosa que el reclamo ardiente de sus manos, de su boca y de su cuerpo. Él la besó una y otra vez hasta que Katie empezó a gemir y a apretarse contra él, con todo su cuerpo atormentado por feroces y salvajes estremecimientos de deseo.

Ramón apartó los labios de ella y la miró a los ojos, esos hermosos y profundos ojos azules.

-Ven a la cama, querida -le murmuró al oído, con la voz quebrada por el deseo.

Katie pasó la mano por debajo de la camisa abierta y le acarició suavemente el pecho cubierto de vello. Pero para gran frustración de Ramón, la hermosa mujer que tenía entre sus brazos, le dijo con la mayor suavidad posible:

-No. -Sí.

Inclinó la cabeza, con toda la intención de quebrar su resistencia con sus besos. Pero esta vez ella sacudió enérgicamente la cabeza.

-No-repitió y con una sonrisa que expresaba su propio pesar, agregó-: Eduardo no quería que yo viniera sola a tu encuentro. La única razón por la que me lo permitió fue que tenía la certeza de que no estabas aquí. Entonces quedamos en que si yo no volvía rápido, él vendría a pie... para defenderme de tu ira.

Ramón arqueó las cejas, disgustado, y Katie le acarició el pecho, siempre con una amplia sonrisa en el rostro.

-Además, hay otras dos razones por las que quisiera esperar. La primera es que es necesario que hablemos. Tú me pediste sinceridad, insististe en'ello y sin embargo me engañaste sobre tu personalidad. Yo quisiera poder comprender por qué lo hiciste. Ramón aflojó levemente y de mala gana su abrazo. -¿Y cuál es la otra razón? -preguntó en voz baja.

Katie miró con tristeza hacia otro lado.

-Ya hemos esperado tanto tiempo y... bueno... el padre Gregorio...

Ramón soltó una carcajada y la estrechó fuerte entre sus brazos.

-Cuando nosotros éramos jóvenes, Eduardo, Miguel y yo, creíamos que si hacíamos algo malo, el padre Gregorio lo sabría de inmediato con sólo mirarnos a los ojos.

La levantó en los brazos y la llevó hasta el sofá, donde la sentó sobre sus rodillas y la abrazó por la cintura.

-¿Y eso les impidió hacer algo malo? -bromeó Katie.

-No -admitió Ramón con una sonrisa-, pero no nos permitió disfrutarlo sin cargos de conciencia. En la silenciosa penumbra del living que Katie había decorado para él, Ramón le explicó por qué la había engañado y después, con toda la sencillez que le fue posible, la puso al tanto de los sucesos de ese día y de cómo habían cambiado drásticamente las per,, pectivas futuras para ambos. Katie escuchó la historia de Sidney Green con el semblante iluminado por una sonrisa. Su mente rápida e inteligente captó enseguida la presión que Ramón había ejercido sobre Sidney Green y el estrago que había causado en las finanzas de Green Paint and Chemical. Sin embargo, cuando Ramón terminó su relato, el regocijo y la excitación se

desvanecieron del semblante de Katie.

-Katie, ¿qué sucede? -le preguntó con dulzura. Katie echó una mirada a esa habitación tan acogedora en la que se encontraban.

-Nada, en realidad nada. Es sólo que extraña esta casa. Podría haber sido muy feliz aquí.

Ramón la tomó con suavidad de la barbilla e hizo quc lo mirara a los ojos.

-Tus otras casas te gustarán mucho más. Katie frunció la frente, desconcertada.

-Creí que habías dicho que los bancos te quitarían las casas y la isla.

-Todavía es posible, pero no probable -dijo Ramón-. Los bancos son como los animales que se alimentan de carroña. Cuando huelen un fracaso, son rápidos para cercar a la presa para asegurarse de que recibirán una participación de lo que quede de ella. Pero si el "fracaso" de pronto da señas de recuperación, con igual rapidez dan marcha atrás. Ahora ellos esperarán y vigilarán. Tomarán en consideración que tienen mucho más que ganar si yo prospero, como lo hice en el pasado. Mis abogados de St. Louis me dicen que Sidney Green le está diciendo a gritos a todo el mundo, desde St. Louis a Nueva York, que yo he estado manipulando sus acciones y que lo he sacado del negocio. Los bancos oirán eso y empezarán a preguntarse si no habrán subestimado mi influencia. Seguirán volando en círculos y vigilando, pero empezarán a retroceder cada vez más. Cuando yo siga con la construcción del rascacielos de St. Louis, el banco de Chicago va a olfatear ganancias y entonces se decidirán a reconsiderar mi pedido de préstamo para terminar el rascacielos de Chicago. Así que ya ves - concluyó-, tendrás tus casas y sirvientes y...

-...y nada qué hacer -terminó Katie la frase con una débil sonrisa-. Porque tú piensas que el lugar de una mujer está en su hogar.

Ramón entrecerró los ojos.

-Hace sólo unos instantes, dijiste que podrías haber sido muy feliz aquí. ¿Por qué no puedes ser feliz en una casa más lujosa?

Katie se levantó de sus rodillas y fue hasta las ventanas. En su mente buscaba con afán un argumento para explicar su posición. Mientras descorría las cortinas y miraba hacia la oscuridad de la noc sentía los ojos de Ramón clavados en su espalda.

-Dije que podría haber sido feliz viviendo aquí -dijo en voz baja-, porque tú estarías trabajando para construir una vida para los dos. Yo me habría sentido útil y necesaria. Y todavía podría sentirme útil y necesaria... pero tú no me lo permitirás.Sintió que, detrás de ella, Ramón se incorporaba y se le acercaba. Entonces su voz ganó en determinación. -Tú vas a empezar a reconstruir Galverra International y yo tengo experiencia con el personal. Conozco perfectamente las políticas de contratación, las escalas de salarios, las normas gubernamentales y todos los procedimientos para hacer las planillas de sueldas...

pero tú no me permitirás colaborar.

Sintió las manos de Ramón apoyarse en sus hombros, pero no se dio vuelta.

-Sé lo que opinas sobre la mujer que trabaja fuera de su casa. -prosiguió Katie-. Lo expresaste muy claro el día que salimos de picnic. Dijiste que cuando una mujer acepta un empleo, es para mostrarle al mundo que lo que el marido le brinda no es suficientemente bueno para ella. Dijiste que eso hiere el orgullo del hombre y...

Las manos de Ramón se apretaron sobre sus hombros.

-Vuélvete y mírame -la interrumpió amable.

Katie se dio vuelta, casi segura de que él trataría de calmarla con un beso. Pero, en cambio, él la miró con serenidad.

-Katie, un hombre es siempre mucho más sensible con respecto a su orgullo cuando en el fondo de su corazón sabe que tiene muy poco de qué enorgullecer. se. -La tomó de la barbilla y la miró melancólico a los ojos. -Cuando le dice a una mujer cuál es su lugar, es la manera que tiene para tratar de que esa mujer se conforme con menos de lo que tiene derecho a pretender. Entonces yo me sentía avergonzado por lo poco que podía ofrecerte, pero creía que podría hacerte sentir feliz y satisfecha viviendo aquí, simplemente como mi esposa. Yo trataba de convencerte de que tenía razón, porque era el único argumento y el único futuro que podía ofrecerte. Ahora... me sentiría muy orgulloso y muy complacido de que trabajaras conmigo.

De pronto giró la cabeza y Katie le siguió la mirada. Un pequeño haz de luz subía lentamente por la ladera de la colina en dirección a la cabaña. Eduardo, portando un linterna, "acudía al rescate" de Katie.

Miró a Ramón, pero en lugar de mostrar una expresión irritada por la llegada inminente de Eduardo, él le sonreía pensativo.

-¿En qué estás pensando? -le preguntó ella con dulzura.

Los ojos negros la miraron llenos de amor. -Estoy pensando en qué te daré como regalo de

bodas.

Katie le echó los brazos al cuello. "Tú eres regalo de bodas", pensó con ternura.

-¿Qué opciones tengo? -preguntó con un guiño. -Un hijo o una Ferrari-contestó él, abrazándola con más fuerza-. Una vez dijiste que una Ferrari podía convertir tu vida en un "éxtasis absoluto".

-Preferiría tener un hijo antes que una Ferrari. Katie rio y Ramón rio con ella, pero pensó que le daría las dos cosas.

CAPITULO VEINTIUNO

Un soleado domingo de junio, Katherine Elizabeth Connelly subió lentamente la escalinata de la vieja e imponente iglesia española, pasó entre las filas de tímidas sonrisas de los lugareños y se encaminó, voluntaria y orgullosamente, al encuentro de su destino.

Bajo los rayos iridiscentes del sol que penetraban a través de los vitrales de colores, Katie puso su mano sobre la mano de ese elegante hombre alto y moreno que la esperaba al pie del altar. Y así, de pie frente a un solemne sacerdote de sonrientes ojos azules, se convirtió en Katherine de Galverra.

Ramón miró a la hermosa mujer de brillantes cabellos rojizos coronados de flores. La escuchó pronunciar los votos matrimoniales, mientras por su mente desfilaban otras imágenes de ella...

... La hermosa y melancólica Katie, majestuosamente ausente en el bar de solteros donde se habían conocido tres semanas atrás...

...Katie, entregándole un billete de cinco dólares. "Por favor, Ramón, acéptelos. Estoy segura de que le serán útiles."

...Katie con sus ojos brillando de júbilo aquella mañana de picnic, mientras lo acusaba de ser un machista. "Puede sorprenderle oir esto, pero no todas las mujeres nacieron con un deseo ardiente de cortar cebollas y rallar queso."

...Katie, bailando en sus brazos en la fiesta junto a la piscina, con los labios todavía tibios por sus besos apasionados y la mirada sombría y temerosa... "Creo que estoy asustada."

Y ahora... Katie parada al lado suyo en la iglesia y alzando la mirada amorosa hacia él. "Yo, Katherine, te acepto como mi esposo y me uno a ti en legítimo matrimonio..."

Sintió que una gran felicidad le inundaba el corazón y le fluía atropelladamente por las venas, al punto que parecían estallar.

Sabía que durante toda su vida recordaría la visión de ese rostro radiante y que esas palabras que había pronunciado con tanta dulzura eran una bendición que quedaría plasmada para siempre en su corazón.

Esa visión estaba todavía muy viva muchas horas después, cuando su esposa fue por fin hacia él, con el esplendor de su cuerpo desnudo bañado por la luz de la luna que se filtraba por la ventana del dormitorio de la cabaña. Él la miró, ávido por darle el mundo entero con todo su contenido, porque ella ya le había dado tanto o más que eso.

El amor le estranguló la garganta cuando Karie le tendió los brazos y él la cubrió con su cuerpo. Sintió una ternura infinita cuando ella, despojada de todo falso pudor, lo recibió dentro del increíble calor de sus entrañas.

Se movían al unísono, dos seres entregados a un hermoso y salvaje acto de amor, hasta que Katie gritó en medio de un éxtasis sobrecogedor. Entonces la estrechó aún más entre sus brazos y, sin dejar de susurrar su nombre, Ramón le dio el único regalo que solamente él podía darle: le entregó su propia vida.